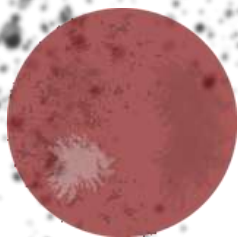


EL DESPERTAR DE LOS MARES

LUNA ROJA



Edmundo Molina



Una luna roja ha aparecido en el continente de Tierraí. Su siniestro brillo augura males por venir. Los pueblos son testigos de extraños sucesos: animales desangrados hasta la muerte, susurros de terror en el aire, el canto de un pájaro que vaticina la desgracia y la llegada de una isla llena de entidades de otro mundo. Tierraí será el escenario donde convergerán confabulaciones, conquistadores deseosos de venganza, y lances de capa y espada a la luz de las estrellas.

El despertar de los mares – Luna roja

Este libro fue financiado por el Fondo Nacional del Libro y la Lectura, Línea de Creación, convocatoria 2016, Gobierno de Chile

© Edmundo Molina: 2025-S-229

Código registro propiedad intelectual Chile: 2025-A-4535

ISBN: 978-956-423-009-2

Diseño de tapa y arte: Edmundo Molina

Mail: despertardelosmares@gmail.com

Instagram: [despertardelosmares](https://www.instagram.com/despertardelosmares)

Web: www.despertardelosmares.cl

EL DESPERTAR DE LOS MARES
LUNA ROJA

EDMUNDO MOLINA

Prólogo

CÁNTICOS CARGADOS DE ODOIO Y TERROR

Cedro Vientocalmo mordisqueaba un trozo de tortilla al tiempo que refunfuñaba en silencio. Odiaba ser vigía, sobre todo aquella noche fría, con niebla espesa, rasante. Se envolvió con su manta, se encogió de hombros y bebió un poco más de licor para calentar el cuerpo. A esa hora de la noche la piedra en la que estaba sentado se sentía aún más incómoda.

El crujir de las ramas, el viento en las hojas o el paso sigiloso de algún animal lo ayudaban a mantenerse despierto en aquella soporífera vigilia. “Estas guardias son absurdas”, decía a regañadientes. Y ese pensamiento no estaba alejado de la realidad, pues Montepardo era uno de los pueblos más apacibles del continente de Tierraíz.

El vaho que manaba de entre sus labios se hacía más espeso a medida que pasaban las horas, por lo que alimentó con una rama seca la hoguera que lo abrigaba.

Desde la cima de Colina Centinela oteaba el horizonte, enfocaba la vista y, por más que se esforzase, no veía nada digno de preocupación, ni el más mínimo movimiento en derredor.

Crac escuchó de pronto a sus espaldas. Guardó silencio y agudizó el oído. *Crac*. Cuidadosamente sacó el puñal que guardaba dentro de su cinto y lo apretó fuertemente con su diestra. Dejó la jarra de licor a un costado y el trozo de tortilla lo depositó suavemente sobre el césped.

El sonido se repitió una y otra vez, cada vez más cerca.

Cedro Vientocalmo no era un hombre alto ni fornido, pero era un excelente acechador. De niño había sufrido la desventaja de

su falta de cuerpo, por lo que su padre, un hábil cazador, le enseñó técnicas tanto para atacar a su presa como para defenderse de ella. Gracias a sus consejos, era capaz de combatir contra cualquier rival, aunque le sacara un palmo de estatura. Recordando las palabras de su padre, se deslizó sigilosamente de entre sus prendas, se ocultó y esperó.

Escondido entre unos matorrales vio aparecer a una criatura que no pudo distinguir por culpa de la niebla. Era imponente, de brazos y piernas gruesas. Se movía bruscamente, sin miedo a mostrarse. La criatura se acercó hasta la manta de Cedro, que seguía erguida simulando a un hombre sentado, y la derribó de un manotazo. Viendo que no había nadie en el lugar, la bestia se alistó al combate, alerta.

Cedro seguía agazapado entre los arbustos, esperando pacientemente el momento de atacar. Disminuyó la intensidad de su respiración. Cuando la bestia se arrodilló para revisar los pertrechos, Cedro saltó desde su escondite y se abalanzó con su puñal en alto, afianzándose con piernas y brazos a la enorme criatura. Le puso su hoja en la yugular, mas pagaría caro su acto temerario, ya que la bestia era más fuerte de lo que pensaba y con inusitada brutalidad arrojó a Cedro contra la hierba. Con una rápida acrobacia, el vigía se incorporó dispuesto a una nueva acometida.

—¡No me harás lo mismo que a Cedro! ¿Dónde está él? —gruñó la bestia y el vigía quedó helado ante aquella voz que conocía tan bien.

—¿Alerce? —preguntó sorprendido y bajó su puñal—. ¿Eres tú?

—¿Cedro? ¡Pensé que te habían asesinado o secuestrado! —Suspiró más relajado el dizque monstruo que no era más que Alerce Trombatroz, a quien llamaban el Árbol que Camina por su gran envergadura física. Se llevó la mano a la garganta y se sobó con cuidado—. Quería saber cómo iba tu vigilancia y por poco me degüellas —rezongó.

—Perdón... fue la niebla, no podía ver.

—Debes fijarte más en lo que haces —le espetó—. ¡No soy una persona difícil de reconocer, por todos los espíritus!

Alerce Trombatroz era uno de los hombres más respetados de Montepardo. Su valor superaba con creces su tamaño y fiereza en la caza. Años atrás, en el rito de la adultez, tomó lanza y maza y se internó en el bosque para realizar su primera cacería, rechazando cualquier tipo de compañía. Deseaba esa experiencia solo para sí. A diferencia del resto de jóvenes que regresaron a las semanas de partir, Alerce lo hizo a los dos años. Su cuerpo y mente habían cambiado. Había vuelto como un ser feroz, un guerrero en todo su significado.

—¿Está todo en orden? ¿Nada que alertar? —preguntó con voz hosca mientras arreglaba su manta desordenada por el inesperado combate.

—No, Alerce. Nada. Solo neblina y ropas húmedas —respondió el menudo Cedro mientras bajaba otro trago de licor de maíz por su garganta.

—El otoño es así —gruñó Alerce.

—¿Por qué subiste? Hace demasiado frío y estamos a la mitad de la noche. Yo estaría feliz durmiendo en mi cama.

—Desperté. Pesadillas. Algo me inquieta. —Observaba el horizonte en busca de ese *algo*.

—Relájate, no hay nada que temer. Todo está en completo orden. Bajé al arroyo, recorrí la rivera y no hay nada, ni siquiera animales. Todo duerme en Montepardo.

“Hasta los chunchos han cerrado sus ojos y no buscan por roedores”, se preocupó Alerce.

—Hablas mucho para alardear de tu sigilo. Calla. No puedo escuchar.

—¿Qué... qué cosa? —preguntó avergonzado el vigía.

—El viento...

De pronto, una brisa sopló desde el oeste, un rumor salino que acarició el follaje y el pasto adornado por el rocío. Tal fue su suavidad que Alerce dejó de lado su imagen fiera y cerró los ojos para sentir el céfiro en el rostro y oír la sinfonía que entonaron los

enormes bosques que los rodeaban. Sin embargo, aquella cadenciosa melodía traía consigo una advertencia, una que solo se evidenció cuando la brisa empujó las nubes y despejó los cielos. Allí, en lo alto de la noche, contemplaron una siniestra luna roja rodeada por un halo macabro. Una luna de fuego, de peligro, una luna de sangre.

—Esto no es normal. La Luna nos quiere decir algo —dijo Alerce con preocupación—. Cedro, ve a buscar a la lideresa Olivilla. ¡Ahora!

Alertado por aquella visión sanguinolenta, Cedro obedeció sin chistar y, tras muchos minutos, llegó hasta la aldea. Las sencillas casas levantadas con troncos y techos de paja y totora albergaban un silencio intranquilo. En ese momento el vigía sintió el rápido latir de su corazón y entendió la preocupación de Alerce. Algo no andaba bien.

—¡Olivilla! ¡Olivilla! ¡Despierte! —llamaba desde la puerta de la choza a la lideresa de Montepardo, Olivilla Campofrugal.

Cedro se sobaba las manos, preocupado. No era un hombre cobarde y aun así su cuerpo no dejaba de temblar, ya fuera por la helada noche o por el enorme astro carmesí que adornaba el cielo nocturno.

—¿Qué pasa, chiquillo? Y habla bajo, que es de madrugada. La gente duerme —le reprendió Olivilla al aparecer en el umbral de la puerta. Era una mujer entrada en años, de cabellos grises y rostro enjuto. Estaba arropada con una gruesa manta negra—. Espera un momento ¿No deberías estar vigilando en Cumbre Centinela? —lo interrogó arrugando el entrecejo.

—Sí, pero Alerce me mandó a buscarla.

—¿Y qué hace él allá?

—Dijo que no podía dormir. Tenía pesadillas y fue a ver cómo iba mi guardia. Cuando llegó, vimos eso. —Apuntó a la luna.

La anciana guardó silencio al ver el astro enrojecido.

—No es un buen augurio. Nunca había visto algo así. Vamos, pues, hablemos con Alerce.

—¿Alerto a la gente?

—No, no hay para qué. Déjalos dormir. No hagamos un escándalo, por más extraño que sea este agüero.

Ambos emprendieron el rumbo a la cumbre, atravesando una gran arboleda llena de robles, espinos, ulmos, enormes hojas de nalca y acampanadas flores escarlatas. La senda era estrecha e intrincada y solo la gente de Montepardo la conocía bien. Cualquiera otra persona se perdería por los laberínticos pasadizos del bosque y caería ante las raíces de los árboles sin encontrar nunca la forma de salir. Al dejar la foresta, llegaron a una explanada de pastizales con arroyos poco profundos que eran alimentados por un río que nacía del deshielo de las montañas orientales. Pasos más allá se levantaba un pequeño monte poblado de arbustos y hierbas, en cuya cima se alzaba una roca grisácea: habían llegado a Cumbre Centinela. Allí los esperaba Alerce Trombatroz, de pie, oteando a lontananza. El viento apenas movía su gruesa y azabache trenza que usaba como aljaba.

—¿Qué piensa de la Luna, lideresa? —preguntó al verla llegar.

—Podría tomarlo como un mal augurio, una advertencia. No debemos desoírla. —Se calentaba las manos con las brasas de la hoguera.

—¿Y usted puede hablar con ella? ¿Preguntarle qué quiere decirnos?

—Hablar con la Luna va más allá de mis capacidades, muchacho. Es un alto espíritu.

—Confío en usted —replicó el guerrero con seriedad.

La vetusta lideresa de la aldea guardó silencio. Bebió un largo trago de agua de hierbas. Se limpió la boca con el antebrazo, indecisa.

—Veré qué puedo hacer. —Suspiró al fin. Sacó unas ramitas de su faltriquera, las frotó con las palmas de sus manos y las arrojó al fuego.

El frío recorrió su espinazo al sentarse sobre el húmedo suelo. Acercó el cuerpo a la fogata, cerró sus ojos y susurró cantos en un lenguaje antiguo, los que fueron bajando en intensidad hasta volverse un murmullo tan silente como el posar de un zancudo en el

agua. El viento dejó de soplar y se transformó en una sutil brisa otoñal. Todos los árboles y arbustos cesaron su baile y un silencio penetrante reinó en Montepardo.

De pronto...

—¡Allí! —gritó Olivilla saliendo de su trance e incorporándose tan rápido como pudo para su edad—. ¡Allí está el peligro! —Apuntó a los bosques de la falda oeste del monte.

Abajo, entre los árboles, vieron a unas criaturas que no se asemejaban a nada que hubiesen visto antes. Alerce sacó velozmente una flecha de su trenza, la posicionó en su arco y, cuando se alistaba a tensar, desaparecieron en el follaje.

Sin discutirlo, comenzaron la persecución. Por generaciones habían vivido en aquel territorio y lo protegerían de cualquier amenaza. Descendieron desde la cumbre a gran velocidad. Aquel espeso bosque no significaba un retraso para sus ágiles pies, todo lo contrario, cada raíz y rama les eran conocidas, permitiéndoles avanzar siempre más rápido que sus presas. Fue el ágil Cedro el primero en dar alcance a una de las criaturas, aunque hubiera deseado no haberlo hecho, pues esta lo derribó con un golpe tan feroz que el vigía agradeció cuando notó que aún tenía la cabeza pegada a los hombros. En el piso, mareado por el impacto, apreció en toda su magnitud al siniestro ente que se alzaba amenazante ante él. Una ola de terror inundó su mente, un sudor frío bañó su cuerpo. ¿Qué era aquel horror que las palabras conocidas no alcanzaban a describir? Sus ojos y su mente no comprendían lo que veía. Estaba contemplando al mismísimo odio, al deseo de acabar con todo lo bueno que existía en el mundo levitando con un pseudo cuerpo insondable, fundido con la oscuridad de la noche. Quien lo mirara apreciaría el sempiterno vacío de la muerte... de la nada. Cedro tuvo tanto miedo que le fue imposible reunir las fuerzas para levantarse. Echado sobre su espalda se arrastraba para alejarse de aquel espectro que parecía provenir de los ignotos abismos del otro mundo. El silbido que precedió a la flecha fue su salvación. Cuando el dardo atravesó a la entidad, esta se desvaneció en el aire, no sin antes emitir un sonido ininteligible que parecía proferir maldiciones en alguna

lengua antigua y desconocida. ¡Alerce había llegado! El enorme guerrero se aproximó con su arco tensado y una nueva flecha presta a volar.

—¿Qué criatura era esa? —gritó Cedro aguantando las náuseas provocadas por el pánico.

No alcanzaban a reponerse del impacto cuando los árboles de los alrededores se agitaron con violencia. Se escucharon alaridos y gritos, rugidos y bramidos. Por entre las ramas pudieron ver a otras criaturas.

La cacería aún no terminaba.

—Sigan ustedes —jadeó Olivilla, cuya edad le hacía imposible continuar tal empresa—. ¡Persigan a esas aberraciones! ¡No deben pisar esta tierra ni un instante más!

Cedro y Alerce siguieron la pista de los espectros durante toda la noche. El bosque terminaba a escasos metros y las abominaciones ya no tendrían dónde esconderse.

—Prepara tu puñal, Cedro. Queda poco para que los alcancemos... y tendremos que luchar.

Al salir de la foresta llegaron al borde un acantilado que daba a una extensa playa de arenas pardas, y lo que vieron en el océano les heló la sangre: una inmensa isla de rocas escarpadas de la cual provenían lamentos, gritos y furibundas maldiciones en un lenguaje caótico.

—Alerce... esa, esa isla no estaba allí ayer ¡Nunca ha estado allí! —balbuceó Cedro.

El guerrero guardó silencio.

Cánticos cargados de odio y terror hicieron vibrar la tierra a sus pies, voces profundas que llenaban el cielo de miedo, desesperación y una oscuridad impenetrable. Desde la isla avanzaba una horda de entidades que parecían flotar sobre las aguas, todas prestas a acabar con la vida en esa tierra prístina. La sangre de Alerce ardió en deseos de combatir contra aquellos siniestros espectros que invadían su territorio, mas luego miró a su temeroso acompañante y sintió lástima por él y la corta vida que le tocó vivir.

Sauce Briznasol se deslizaba sigilosamente por entre la hierba. Con la diestra se ayudaba para avanzar entre los árboles que lo rodeaban y en la zurda cargaba su confiable lanza con la que esperaba procurar el alimento para su aldea. Tan suaves eran sus pasos que ni el animal con el oído más agudo podría haberlo percibido. Junto a él iban hombres y mujeres de mirada hosca y tez recia. Entre ellos también marchaba su hijo Junco Briznasol, un niño de doce años, delgado, de ojos contemplativos, y un brillante y liso cabello negro que le llegaba hasta los hombros. El pequeño estaba nervioso y con algo de miedo; era la primera vez que acompañaba al grupo de caza, mas no podía permitirse mostrar tales sentimientos, ya que los mayores se reirían. Guardó para sí aquellas emociones y se limitó a seguir a su padre.

Una cazadora encaramada sobre un árbol avisó mediante señas que dos guanacos pastaban a unos pocos metros. Los arqueros buscaron el blanco, tensaron las cuerdas de sus arcos y dispararon. Nada salió como debía. Las flechas fallaron y los animales huyeron aterrorizados. Los cazadores los persiguieron raudos por el bosque, atravesando arroyuelos y pequeñas fallas que aparecían de improviso. Junco, armándose de valor y entusiasmado por la bravura de sus acompañantes, corrió junto a ellos. Sacó a relucir su boleadora y la arrojó con todas sus fuerzas a uno de los guanacos, el que cayó pesadamente sobre la hierba.

—Padre, ese animal es mío. ¡Yo lo cacé! —gritó con alegría. Sauce guardó silencio.

El pequeño siguió corriendo a gran velocidad para capturar al segundo guanaco. El nerviosismo y el miedo se transformaron en adrenalina. Su corazón le latía con fuerza, su respiración se agitaba y sentía los músculos de sus piernas acalambarse. A su derecha apareció Palma Talloverde, otro joven cazador, pero mucho más corpulento que él, de espalda ancha y brazos sumamente fuertes para sus cortos trece años. Ambos se miraban con juvenil complicidad, deseosos de mostrarse capaces ante los adultos. El resto del grupo de caza se limitó a observar con seriedad la competencia entre ambos chiquillos. Palma corrió tan rápido como un puma y de un salto se abalanzó sobre el animal, derribándolo con sus propios brazos. Lo inmovilizó, mas no conseguía domarlo, por lo que sacó un puñal de hoja corta y terminó el trabajo.

Los pequeños estaban empapados en sudor y jadeaban con una amplia sonrisa cuando llegó la compañía con el otro animal. Sauce apareció de entre los cazadores y se acercó en silencio a los guanacos que yacían moribundos sobre la hierba. Su caminar era imponente. Su espalda ancha y cintura angosta le daban un aspecto fiero. Se inclinó ante los animales y les acarició el frondoso pelaje.

—Tendremos alimento para muchos días y abrigo para el invierno. Las ancianas podrán hacer buenas mantas. Espino, dame tu daga.

—¿Tú lo harás? —le preguntó Espino Pastoseco, un hombre entrado en años y de cabello encanecido.

—Sí. Estos dos chiquillos están muy verdes y yo estoy a cargo de la cacería.

Sauce abrazó con ternura a los animales, les acarició la barbilla, levantó sus cabezas y les enterró la daga en la garganta. Los cazadores colocaron vasijas de arcilla y cuero bajo los pescuezos para guardar la sangre. Sauce Briznasol se levantó y le devolvió el arma a su amigo Espino, dirigiéndose, luego, a los dos niños. El rojo lo bañaba desde los codos hasta la punta de los dedos.

—Hace un momento creyeron que tirar una lanza o apuñalar a un animal era un simple juego, nada más que una competencia —

les habló con voz dura—. No es así. Nunca es un juego acabar con una vida.

Las mujeres y hombres del grupo siguieron con sus labores, amarrando a los guanacos muertos en unos báculos y haciendo oídos sordos a la reprimenda que Sauce le daba a los pequeños.

—Cada cacería es algo sagrado, una instancia de respeto —siguió—. Los animales que cazamos nos regalan su vida y gracias a este sacrificio podemos sentir la caricia del viento, nadar por los grandes ríos, apreciar el calor del sol y maravillarnos con las estrellas. El regalo que nos hacen es tan grande que debe ser respetado y nunca mancillado con sus competencias infantiles. No cazamos para demostrar quién es el más capaz o el más hombre de nosotros o por una satisfacción personal, sino para vivir... para seguir unidos a la Tierra y a las personas que amamos. Recuérdenlo. —Junco y Palma bajaron la cabeza, avergonzados.

Una vez que terminaron de desangrar a los animales, emprendieron el regreso a Rocalga, su aldea. Junco caminaba cabizbajo al final de la compañía. Palma iba todavía más atrás, arrastrando una rama con la cual dibujaba surcos en el suelo.

—Fuiste demasiado severo con ellos —le recriminó Espino a Sauce.

—Nunca se es demasiado severo cuando se educa al futuro de nuestro pueblo.

—Es la primera cacería de esos niños y, por lo demás, lo hicieron bastante bien. Tu hijo tiene una puntería envidiable y el muchacho Talloverde, una fuerza descomunal. ¿Habías visto alguna vez que alguien atrapara a un animal tan grande con sus propias manos? Son niños —hizo énfasis en *niños*— y estaban felices por haber sido útiles a su aldea hasta que los regañaste. Tú mismo lo dijiste: tendremos comida y abrigo.

Sauce reflexionó y miró a los pequeños.

—Quizás... quizás tienes razón.

—Siempre la tengo. Es la ventaja de haber vivido tantos años.

—Sonrió el templado Espino.

Sauce dejó su puesto en la cabecera y esperó a los niños.

—¿Siguen tristes? —No contestaron. Tenían los ojos llorosos y Sauce supo que debía sosegar su infantil tristeza—. La primera vez que salí de cacería fue con tu abuela, y sus tíos y primos. —Comenzó a narrar mientras caminaban protegidos por los árboles y arbustos que rodeaban el sendero—. Yo apenas tenía nueve años. La lluvia y la nieve arreciaban con furia, los días eran más cortos y mucho más fríos. El invierno no tuvo piedad ese año. Por alguna razón no había peces en el mar ni moluscos en las rocas, por lo que tuvimos que aventurarnos en los bosques para cazar y recolectar frutos. Nuestra gente estaba hambrienta y eso nos llevó a adentrarnos en lo profundo de las faldas de las montañas del este, donde ocurrió lo peor. Yo iba apenas armado con un garrote cuando me encontré cara a cara con un puma de ojos fieros y colmillos afilados, blancos como la leche. No se había alimentado en semanas y eso se notaba en sus costillas descarnadas. El invierno había sido cruel con todas las criaturas y ahí estaba yo, frente a un puma hambriento. Aún recuerdo la espesa saliva colgándole del hocico y su áspera lengua relamiendo sus bigotes. Quise levantar mi maza, atacarlo con toda mi fuerza, quería llevarle comida a mi gente... —Suspiró—. No pude. Tenía tanto miedo que perdí la fuerza. Los otros cazadores se quedaron quietos y en silencio para no enfurecer a la bestia y provocar un ataque. Mi madre tensó el único arco que habíamos llevado, pero el puma, desesperado por el hambre, se abalanzó sobre mí antes de que alcanzara a disparar. Tuve tanto, tanto miedo. “Voy a morir, voy a morir”, era todo lo que pensaba mientras sus garras me arañaban los brazos y el pecho. —Los dos niños habían olvidado ya la pena y escuchaban con atención a Sauce, que movía las manos imitando las zarpas del animal—. Mi madre se abalanzó sobre el puma, enterrándole una y otra vez sus flechas mientras recibía zarpazos y yo, entremedio, creyendo que había llegado mi hora.

—¿Qué pasó al final, señor Sauce? —preguntó Palma, intrigado.

—Mi madre venció. Los dos quedamos con muchas heridas y nos llevaron en andas a la aldea junto al cadáver del animal. Al

llegar, el hambre de la gente pudo más y lo devoraron sin miramientos. Aquel día no hubo una muerte respetuosa, solo hambre, dolor y silencio.

Los pequeños entendieron el mensaje y esbozaron una triste sonrisa.

Tras mucho avanzar por el bosque, los caseríos de los clanes que habitaban en las proximidades de la aldea comenzaron a aparecer. “Estamos cerca de nuestro hogar”, suspiró Sauce y poco antes del anochecer llegaron a El Claro, donde vivía la mayor cantidad de familias de la aldea Rocalga, una zona descubierta de árboles que albergaba un veintenar de pequeñas casas construidas con madera, bases de piedras y recubiertas con hierba. En el centro de El Claro se hallaba El Fogón, una casona donde ancianas y ancianos preparaban el alimento diario. Junto a la casona se alzaba un tótem de madera de más tres metros de alto que representaba a Coirón Riobravo, el señor legendario que hace cien años unificó las seis aldeas que conformaban el pueblo de Costazul: Rocalga, Aguatrueno, Marbella, Tierrabaja, Torrente y Playamarilla. Como su nombre indicaba, Costazul era un pueblo costero ubicado al suroeste del continente de Tierraíz. Cinco de sus seis aldeas eran bañadas por el mar Tranquilo. Rocalga era una de ellas y cada mañana el cantar de las gaviotas y el aroma salino invitaban a su gente a disfrutar de un nuevo día.

Sauce agradeció a los espíritus de la naturaleza por haberles permitido retornar a salvo y ver nuevamente a su gente. Algunos aldeanos conversaban en pequeños grupos bajo las copas de los árboles que rodeaban El Claro, otros buscaban el calor de un buen fuego y reían a destajo, un grupo cantaba canciones de cuna a sus bebés y otros compartían una fruta y noticias mientras tejían en sus telares. Unos pequeños corrían tras las muchas luciérnagas que a esa hora del crepúsculo iluminaban los arbustos, intentando capturarlas en diminutos frascos de greda. Gritaban, reían y caían de bruces. Sus madres y padres conversaban y, de vez en cuando, les ordenaban que dejaran en paz a los insectos.

Los cazadores llevaron los guanacos y las jarras con sangre hasta El Fogón.

—Veo que les fue bien. —Se sorprendió una de las veteranas que cortaba afanosamente una papa con una cuchilla de piedra.

—La Tierra fue bondadosa —respondió Sauce con solemnidad—. Quiero pedirte un favor. Este guanaco lo cazó mi hijo y quería saber si puedes tejerle una manta con su lana. Se pondría muy contento.

La mujer palpó el pelaje del animal.

—Mmmh... es muy dócil y suave. Se podrá trabajar y teñir con facilidad.

Sauce le agradeció con una suave palmadita en el hombro y un beso en la mejilla. Adoraba a esa anciana y la trataba como la abuela que nunca conoció. Ella le correspondía el afecto tratándolo como el hijo que perdió.

Sauce Briznasol era una de las personas más queridas y respetadas de la aldea, sobre todo por el cruento combate que años atrás libró contra Emilio Martesta, el Rey Conquistador proveniente del lejano continente de Altamiria. Allí, en la misma aldea, sobre el pequeño monte que desde entonces llaman Colina de La Victoria, Sauce acabó con la vida de aquel enemigo y con la guerra que trajo consigo hace veintidós años.

La luna creciente estaba en lo alto del cielo cuando la gente de Rocalga comía y bebía alrededor de una gran hoguera. Las ancianas habían cocinado un jugoso guiso de carne de guanaco condimentado con hierbas silvestres y una pizca de picor. Sauce untaba el caldo de su guiso con un trozo de pan; a su lado, sentados sobre unas piedras, cenaban su hijo Junco y Palma. Con mucha atención escuchó la conversación de los pequeños.

—No sabía que fueras tan hábil con las boleadoras —dijo Palma mientras arrojaba ramas a la hoguera.

—Ni yo que fueras capaz de derribar a un guanaco solo con tus manos. —Abrió los ojos con sorpresa—. ¡Nunca imaginé que eso fuera posible!

—Lo es. Me entreno día tras día para llegar a ser un gran guerrero. ¡Quiero ser igual que Coirón Riobravo! —Infló su pecho—. Él ha sido el mejor guerrero que ha pisado estos bosques. Si quiero ser como él, debo entrenar como él.

—¿Entrenar?

—Sí. Ya hablé con mi madre y me dio permiso para ir a Aguatrueno y comenzar mi instrucción.

—¿Irás a la aldea—fuerte? —Se sorprendió Junco—. Dicen que su líder es terrible.

—Ven conmigo. Por lo que vi hoy, ambos podríamos ser grandes guerreros.

—No quiero serlo —respondió el pequeño mientras dibujaba en la tierra con una delgada rama.

—¿Y no te gustaría proteger a tu pueblo?

Junco Briznasol guardó silencio. Nunca había pensado qué hacer con su vida, mas sabía que ser un guerrero de élite no estaba dentro de sus planes. Era muy bajo, delgado y siempre le habían vencido en los juegos de fuerza. Quizás, su único gran logro hasta ese día era haber cazado un guanaco.

—Conseguir comida es difícil y no todos lo hacen —dijo finalmente—. Hace años que no hay una guerra, pero todos los días tenemos que comer. ¡Protegeré los estómagos de Rocalga! —Esbozó una amplia sonrisa, satisfecho por haber encontrado una meta.

LOS GUERREROS DE AGUATRUENO

Era la tercera mañana desde la cacería y se vivía una gran agitación en Rocalga. Mujeres y hombres prendían fuego y arrojaban hierbas aromáticas a las hogueras. Junco despertó confundido, sin entender el ajetreo. Al ver que su padre no se encontraba en la choza, salió en su búsqueda. Soplaban un viento frío, por lo que se abrigó con una manta gris y afirmó su cabello con un cintillo de lana del mismo color. Algo ocurría en el centro de la aldea, vio a muchas personas desconocidas ingresando a El Claro, lucían mucho más fornidas que los habitantes de Rocalga, vestían con muñequeras, cintillos de cuero, cubrían sus hombros con mantas rojas, y estaban armados con macanas, lanzas y puñales de piedra. “¡Los guerreros de Aguatrueno!”, exclamó al reconocer el inconfundible escarlata que nadie más que los mejores guerreros de su pueblo podían utilizar. De entre ellos, había uno que sobresalía, tenía el cabello largo y encanecido, y se veía más añoso que sus acompañantes. Conversaba con su padre.

—¡Sauce, muchas gracias por recibirnos! Estamos sedientos y nuestras barrigas no dan más del hambre.

—Aquí siempre serán bienvenidos, amigo Roble. Hay comida y bebida de sobra. Siéntate y disfruta.

“Roble Tallofuerte... el líder de Aguatrueno. ¡Y el hombre que dirige las tropas de Costazul!”, se sorprendió Junco.

La tropa se sentó alrededor de una gran hoguera que encendieron en el centro de El Claro al tiempo que corrían las vasijas con granos, frutas, carne de guanaco y pescado asado de una mano

a otra, inundando todo con un delicioso aroma. Junco, sin dudarlo, se acercó.

—¿Acaso este es Junco? ¡Vaya que estás delgado, muchacho! No te veía hace años —le dijo el veterano Roble al verlo llegar.

—Hijo, saluda a nuestro líder de batalla —le ordenó Sauce. El pequeño saludó cortésmente—. Y no lo juzgues por su delgado físico, Roble. Mi hijo es rápido y ágil como un zorro. El cazó la carne que estás comiendo.

—¿En serio? —inquirió escéptico mientras devoraba el humeante trozo de guanaco—. ¡Está bastante buena!

—Lo cacé con la boleadora —contó el pequeño con un toque de inocencia y una pizca de orgullo.

—Y un muchacho de la aldea cazó a otro animal con sus propias manos —sumó Sauce—. En Rocalga tenemos gente fuerte y valerosa. No nos menosprecies.

—No podría menospreciar a quienes viven en esta aldea, amigo mío —dijo al tiempo que bajaba la comida con un largo trago de licor de maíz—. ¡Ah! Esto está bueno. ¡Está muy bueno!

Escondido detrás de un árbol, Palma observaba toda la escena. Los guerreros le inspiraban un profundo respeto y admiración, por lo que se mantenía lejos, temeroso. Junco lo descubrió y, a sabiendas de los profundos deseos de su amigo, lo llamó a gritos, agitando sus manos para que tomara asiento con ellos. Palma se acercó a paso lento, tímido. Sentía el rostro acalorado. El líder de batalla vio al muchacho y le llamó profundamente la atención su envergadura física.

—Junco, ¿quién es este chico al que invitaste a comer con nosotros? —le preguntó mientras untaba un trozo de tortilla en una vasija con miel.

—Me llamo Palma Talloverde. —Se adelantó él, haciendo lo posible para que no se notara su nerviosismo.

—¿Talloverde? ¿Eres el hijo de Boldo Talloverde?

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes ya, muchacho?

—Trece años...

—¡Trece! La última vez que te vi eras apenas un crío de nueve y no pensaba que fueses a alcanzar esta talla. ¡Si pareces un guerrero!

El pecho de Palma se infló tanto del orgullo que cualquiera habría pensado que iba a reventar.

—Él fue quien cazó al guanaco a mano limpia.

—Así que fuiste tú ¡Acércate! —El joven se puso de pie lo más estirado posible. Casi alcanzaba en tamaño a Roble Tallofuerte, quien ya era más corpulento y alto que el resto de los guerreros que lo acompañaban—. ¿Por cuánto tiempo pensabas ocultarme a este gigante, mujer? —gritó buscando con la mirada a la madre, que sonreía orgullosa entre el gentío—. Este chiquillo podría ser cabeza de tropa en el futuro. ¡Podría sucederme en el puesto, incluso! ¿Estás seguro de que tienes trece años? ¡No me mientas!

—¡Yo nunca miento, señor!

—Muchacho, muchacho, tu destino es venir a Aguatrúeno con nosotros. Acepta acompañarnos a la aldea fuerte y te convertirás en un gran guerrero. Me imagino que tu madre Boldo te educó bien en los juegos de destreza.

—Sí. Me enseñó lucha y adiestramiento de armas.

—Interesante. ¿Qué arma te gusta más?

—Mi madre me enseñó a usar la lanza y la macana. —Miró de reojo a su progenitora.

—¿Y si tuvieras que elegir? —insistió Roble.

—Me quedaría con la macana, señor.

—Y me imagino por qué. Un golpe con ese brazo tuyo debe ser devastador. Jugaremos a algo, muchacho, combatiremos tú y yo, aquí, a los pies del tótem de Coirón Riobravo. ¡Que él vea desde la tierra de los ancestros que los costeros seguimos siendo los más fuertes de Tierraíz!

“¡Eaaaa!”, gritaron a viva voz los aldeanos.

Decir que Palma estaba emocionado era poco. Su corazón latía con celeridad ante la posibilidad de convertirse en un guerrero. Su madre le entregó una gigantesca maza de madera envuelta en lienzos de cuero y reforzada con incrustaciones de piedra. Era tan

pesada que muy pocos niños de su edad podían siquiera levantarla del piso, mientras que él la maniobraba como si fuese la ramita seca de algún arbusto moribundo.

—Trátalo con respeto, hijo. Recuerda que es el líder de batalla —le aconsejó su madre con seriedad.

—No te preocupes, no le pegaré tan duro —bromeó Palma y agitó su maza de un lado a otro.

Roble observó la imponente macana del joven y quiso combatirle con un arma de igual poderío.

—Muchacho, tendrás el honor de luchar contra Eclipsalunas.

Dijo y de entre unas telas sacó una lanza de punta refulgente. Su asta estaba hecha con la mejor madera de regiones lejanas y su punta era de la piedra más exótica que se podía encontrar, la adornaban pañuelos y lienzos de colores tan vivos como el atardecer de un ardiente verano.

—Esta arma —continuó— ha pasado de generación en generación en mi familia y, como pueden ver, sigue indemne. Fue forjada por artesanos de tierras distantes y entregada a mis antepasados. Si no hubiera sido mi abuelo quien me contó la historia de esta arma, no la hubiese creído, pues sus palabras se remontan a tiempos en que nuestros ancestros compartían con extraños seres que tenían el cabello del color del fuego, seres que hoy, cuentan las historias, se ocultan de la luz del mundo. Sí, habrían sido ellos quienes forjaron esta maravilla. Y tú, Palma, debes sentirte orgulloso de luchar contra un artefacto de esta belleza. —Alzó a Eclipsalunas y su punta resplandeció con la luz del sol que a esa hora de la mañana despuntaba entre las montañas de la cordillera.

—Cada vez que saca esa lanza repite la misma historia, palabra por palabra —le susurró Sauce a su hijo Junco que se aguantaba las ganas de reír.

En El Claro se celebró el combate. Ambos duelistas estaban emocionados, uno por tener la posibilidad de convertirse en guerrero y el otro por tener la posibilidad de entrenarlo.

Roble fue el primero en atacar. Tan veloz fue su embestida que Palma apenas tuvo tiempo de reaccionar y hacerse a un costado.

Poco duró su sorpresa, pues contraatacó con vehemencia, blandiendo la maza de un lado a otro y de arriba hacia abajo. Dos golpes provocaron un grito ahogado en los aldeanos, el primero hundió el piso y retumbó en los montes cercanos, mientras que, el segundo, fue un golpe directo a la cabeza del líder de batalla, quien alcanzó a interponer su lanza. Roble sintió aquel embate como una avalancha de rocas. Sus muñecas y codos apenas consiguieron mantenerse firmes.

—¡Suficiente! —exclamó alzando la diestra—. Ya he comprobado la fuerza de tu brazo. Dirigí a los guerreros cuando nos invadieron las huestes de Emilio Martesta y también cuando vencimos a los insurgentes de Pampadorada, y pocas veces he tenido el honor de luchar contra alguien que haga temblar mi brazo como tú lo has hecho hoy. Me acalambreste los hombros, muchacho. —Se masajeaba—. Arregla tus pertrechos ¡Mañana partes a Aguatrueno!

El rostro de Palma desbordó felicidad y miró a su madre, que lo observaba satisfecha y con semblante sereno, como si hubiese sabido el resultado de antemano. Agradeció la oportunidad que se le había dado y corrió a festejar con los aldeanos, quienes lo vitoreaban como si fuera el más famoso de sus héroes.

—Ese muchacho será un gran guerrero, Sauce. Suerte que pasé por aquí antes de volver a Aguatrueno.

—¿Suerte, amigo mío? A mí no me engañas. ¿Qué hacías con toda una tropa en las inmediaciones de Rocalga? No creo que la suerte te trajera por la aldea o que anduvieras por aquí por simple entretenimiento.

—No te puedo ocultar nada, ¿verdad? —Sonrió con amargura—. Ven, no quiero que otros oídos escuchen esto.

Le tomó del hombro y caminaron hacia la foresta simulando despreocupación. El rostro de Roble se tornó serio.

—Pumagrís me envió un canto con un ave mensajera —suspiró, demostrando el poco ánimo que le provocaba el tema. Sauce quedó perplejo al oír nombre del chamán de Costazul—. El mensaje venía cargado de peligro. Nos advirtió que algo malo podría pasar.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Dos lunas. Nos ordenó hacer guardia en las seis aldeas. Al ver que en Rocalga no existía peligro los visitamos para transparentar el asunto y evitar sospechas por si alguien de la aldea nos hubiera visto en los lindes del bosque. Tenemos todo cubierto, así que ahora nos marchamos. Estos hombres y mujeres deben descansar y ver a sus familias, mas no te preocupes, viene un contingente nuevo. Costazul nunca quedará sin protección —le aseguró.

—¿Pumagrís te dijo si regresaría?

—Dudo que vuelta pronto. —Hizo una mueca de resignación—. Anda recorriendo las estepas. Dice que los espíritus están inquietos y que le han enviado extraños mensajes en sueños, que el peligro se acerca.

—Desde aquella luna roja de hace un año que los chamanes nos vienen advirtiéndolo de un peligro que aún no llega. —Resopló.

—Tranquilo, no podemos hacer más que seguir sus consejos.

—Por sus consejos nuestros líderes vienen y van de una aldea a otra. Se siente el miedo en el aire. Nuestra gente está preocupada.

—Los líderes y los chamanes están haciendo su trabajo, viejo amigo: hablar, hablar y hablar —sonrió Roble—. Cuando dejen de palabrear, será la época de nosotros, ¡los guerreros! —Le tomó los hombros con fuerza.

—Nuestra época... —Suspiró Sauce con añoranza—. Nuestra época ya pasó. Las tribus se han unificado, los conquistadores fueron desterrados, y estos valles y montañas están protegidos. Ya no quedan enemigos. La era de los guerreros jamás regresará. Y por el bien de nuestro pueblo, espero que así sea.

No todos los días un niño era elegido por el mismísimo Roble Tallofuerte para ir a Aguatrueno. Los aldeanos estaban contentos por Palma e iban a su pequeña casa para felicitarlo y darle los más vistosos obsequios. Piñones, mantas, cuchillas de piedra y más recibía el joven, no teniendo ya ningún lugar libre en su morral. Los niños se agolpaban en el umbral para verlo y, los más osados, entraban sin permiso y comparaban su estatura con la del fornido chiquillo. “¡Yo seré más alto!”, exclamaban mientras sacaban sus infantiles cálculos.

—Quizás algún día sean tan altos como yo, pero ¿serán así de fuertes? —gruñó y alzó a uno de los niños con un solo brazo. Tanto asombro y temor les causó, que huyeron gritando y agitando las manos.

Palma rio a carcajadas y siguió ordenando su equipaje cuando vio una nueva sombra ingresando a su morada.

—¿Acaso no jugaron bastante? —preguntó y, al voltear, vio el rostro de su madre— ¡Perdón, mamá, pensé que eran los niños!

—Esos pequeños... Recién los vi jugando con unas ramas. Gritaban tu nombre y el de Roble, imitando la pelea de ayer. Te admiran.

—No deberían hacerlo. Apenas tengo dos o tres años más que ellos. Además, soy un donnadie. —Seguía sacando y guardando cosas de su atiborrado morral. No sabía cómo ordenarlo.

—Algún día serás alguien. Los niños te tienen fe. Piensan que serás un héroe. Tú también deberías confiar en ti mismo ¿O acaso dudas de tus habilidades?

—Dudo de pasar el entrenamiento de Roble. ¡Dicen que es terrible!

—Lo es, de eso no hay duda. Aún me quedan un par de cicatrices de mis años en Aguatrueno. —Le mostró unas heridas que tenía en la espalda y otras en la cabeza, donde ya no le crecían cabellos—. A ti te irá bien.

—¿Te entrenó Roble?

—No, fui su compañera. A ambos nos entrenó el anterior líder de batalla. Nos conocemos desde entonces.

Notó que su hijo seguía complicado ordenando sus pertenencias. Lo ayudó empujando con fuerza hacia abajo.

—Apresúrate. La tropa está por partir y no querrás quedarte fuera por culpa de tu equipaje.

Toda la aldea estaba en pie. Querían despedirse de los guerreros y del joven Palma Talloverde. Vitoreaban y le gritaban arengas.

—Nos veremos en unos años —le dijo Junco y alzó su mano en despedida.

—Cuando vuelva veremos quién caza más guanacos —bromeó Palma.

Su madre fue la última persona de Rocalga en hablarle. Su rostro reflejaba a la vez orgullo y tristeza. Le tomó de los hombros por largos segundos hasta que el cantar de una loica le sacó las palabras.

—Cuídate, cuida a tus compañeros y respeta a Roble.

—Lo haré, madre.

Palma marchó en dirección al alba. Volteó para ver a su gente y se despidió con la mano en alto. “Extrañaré Rocalga”, pensó y se perdió en la lejanía con sus nuevos compañeros de armas.

Roble avanzaba decidido, siempre adelante. Eclipsalunas lucía majestuosa en su mano derecha apuntando hacia la aldea—fuerte. Tras él iba Palma, nunca había salido de los límites de Rocalga y menos emprender un viaje a otra aldea. Siempre había soñado con tener aventuras en tierras lejanas: rescatar a una

doncella, ser un batidor avezado o defender a su pueblo. Tales eran sus fantasías y ahora se estaban cumpliendo. Todo aventurero debía partir de abajo y este viaje a nuevas tierras lo prepararía para futuros peligros. Mientras cruzaba arroyuelos y escalaba lomas, se imaginaba vistiendo una resistente armadura de cuero confeccionada por famosos peleteros y blandiendo su maza con majestuosidad. Se vio a sí mismo bajando a las cavernas más profundas presto a luchar contra aquellas extrañas criaturas de las historias que le contaba su madre ¡Él sería el héroe que volvería con la cabeza del monstruo!

—¡Eh, muchacho, deja de soñar despierto y ten cuidado por donde pisas! —le dijo un guerrero al verlo tropezar—. No llevamos ni mediodía de viaje como para que te lastimes una pierna.

Roble detuvo la marcha y oteó el horizonte oriental desde la cima de una loma. Palma aprovechó para encaramarse en una formación rocosa y contemplar el paisaje. Desde las alturas vio un inmenso bosque de canelos, boldos, temu, mañíos y otros tantos árboles que cubrían gran parte del territorio; hacia el ahora lejano oeste divisó el mar que había abandonado, brillaba con destellos plateados y dorados. Pudo distinguir también la Colina de La Victoria en todo su esplendor, así como los árboles que rodeaban a El Claro; más cerca, vio pequeñas humaredas provenientes de las casas de los clanes aledaños.

Todo le parecía maravilloso.

—Nos detendremos aquí, comeremos un bocado y luego proseguiremos —ordenó Roble, dejando caer pesadamente sus pertenencias—. Aún nos queda mucho camino. ¿Cómo te sientes, muchacho?

—Bien —respondió Palma.

—¿Cansado?

—No, señor.

—Excelente, porque caminaremos unos cuantos kilómetros más antes de que anochezca. —Llamó al resto de la tropa, tomó una pequeña rama y trazó rutas en la tierra—. Si seguimos a este ritmo llegaremos cerca de la media tarde al Paso de las Raíces y allí

doblaremos hacia el norte para llegar al Derrotero del Gigante, donde acamparemos. Por la mañana...

—¿Derrotero del Gigante? —interrumpió Palma.

—¿Te asusta el nombre, hijo?

Esa pregunta no pudo estar más alejada de los reales sentimientos del joven, pues al escuchar el nombre de aquellas criaturas de cuentos antiguos su ánimo aumentó por la posibilidad de ver a un gigante de carne y hueso.

—No hay nada que temer —aseguró Roble—. Nuestros ancestros se encargaron de que ese camino antaño peligroso hoy sea seguro. Esto pasó hace mucho tiempo. —Comenzó a narrar—. Extraños temblores asustaban a la gente. Los bebés lloraban y los perros ladraban atemorizados. Nadie sabía qué ocurría. Los más temerosos culpaban a los espíritus, otros, más suspicaces, decían que los temblores eran provocados por una criatura que podían tocar, ver y oler. Fue así como dos guerreras y una cazadora tomaron arco y flecha, cuchilla y hacha, y marcharon al lugar donde los temblores se sentían más fuertes. ¡Cuál fue su sorpresa! Al llegar vieron a una criatura de piel amarillenta y extremidades grandes y grotescas. Para qué hablar de su tamaño, era tres veces más alto que la más alta de las tres. ¡Era un gigante! —Palma escuchaba emocionado—. Ellas no quisieron atacarlo, mas no por miedo, sino por piedad, pues lo vieron allí, sentado, triste y desolado. Craso error, todos saben que los gigantes son arteros, una estirpe que proviene de lugares oscuros, donde los humanos nunca deben ir. La cobarde bestia fingía tristeza para que sus perseguidoras bajaran la guardia y así poder atacarlas por sorpresa. Claro que no contaba con su valentía. Al verlas en acción, el gigante huyó espantado y, en su fuga, la tierra tembló, partió rocas a la mitad, sacó árboles de cuajo y dividió las lomas. Por allí pasaremos ahora, por el camino que forjó en su huida.

—¿Y qué pasó con el gigante?

—Saltó al río Tronador no sin antes recibir certeros flechazos. La corriente se lo llevó lejos y dicen que murió en el mar.

—¿Y es posible que veamos otros?

—Esas bestias ya no son más que historias antiguas. Yo nunca he visto nada extraño. La mayor aventura será enfrentarse a algún puma hambriento o la crecida de algún río, pero ¿gigantes?... No. En estos tiempos solo sirven para asustar a los niños.

El sol estaba en todo lo alto cuando la compañía retomó la marcha. Respetuosos y silentes eran sus pasos, evitando molestar a los animales y a los espíritus que habitasen en el bosque. Toda esa jornada tuvieron enormes árboles sobre sus cabezas, arbustos rozando sus piernas y, muy de vez en cuando, arroyos bañando sus pies. Pese al sol, el otoño era el otoño y fugaces lluvias aparecían de la nada. “Corten hojas de nalca. Denle una grande al chico. Cubran las provisiones”, ordenó Roble y continuaron sin ánimo de parar. Palma se sentía diminuto bajo la lluvia, más aún guarecido bajo aquella enorme hoja que le entregaron sus compañeros.

—¡Laurel, canta algo para animarnos! —gritó el líder de batalla—. Los veo muy afligidos.

—¿Algo en especial? —preguntó Laurel Montepiedra, una guerrera robusta, de brazos fuertes y falta de un ojo.

—Que el chico aprenda de Riobravo.

La veterana guerrera recordó una canción que le cantaba su padre en las noches de invierno, cuando los vientos soplaban entre las ramas de su choza y los rayos caían a los lejos. Tomó aire y cantó con potente voz:

*Ante guerras y traiciones
De familias y naciones
Se peleaban los hermanos
Primaba el asesinato
Pero el martillo llegó
¡De cóndores nació!
Y los pueblos él unió
¡Ahuyentando el horror!
Mató a cinco, cien y mil
“¿Quién es él?” Gritan sin fin*

Aquellos que conocían la canción se unieron a la voz de Laurel y corearon:

*Es el dueño del martillo
Que a la tierra
trae brillo
¡Riobravo!
¡Riobravo!
De aves él amigo es
Con ellas lo verás correr
Al puma y zorro
¡Siempre fiel!
¡Riobravo!
¡Riobravo!*

Aunque Palma no se sabía la letra, la aprendió rápido y se unió a las voces.

*Aquel fuego se esparció
Y el bosque pereció
Mas él nunca se rindió
Dirigió más de mil lanzas
Todas de una gran templanza
A la muerte él marchó
A los Campos del Terror
En el volcán alzó su maza
Ante Tromba El Ladino
De todos, el más vil
¡Traicionero y asesino!
Venció al cruel enemigo
Y la paz trajo consigo
¡Riobravo!
¡Riobravo!*

Al siguiente amanecer se adentraron en un bosque gigantesco, de árboles tan altos y tupidos que había lugares donde no penetraba la luz del sol. Los rodeaba el canto de insectos, aves y el croar de las ranas. Extraños bichos de alas azules y largos agujones se posaban en las hojas. Era un bosque fangoso, con muchos charcos y riachuelos. Los troncos y rocas estaban cubiertos de resbaloso musgo, flores y lianas. Mientras más profundo iban, más se encontraban con escarpadas pendientes apenas transitables y en muchas ocasiones tuvieron que descender por inclinados senderos ayudándose de pies y manos. A los tres días salieron de la arboleda y el bosque se tornó disperso. Caminaron hasta el anochecer, deteniéndose en un socavón en el camino para pernoctar.

A Roble le tocó la tercera guardia. Cuando llegó su turno, decidió despertar a Palma.

—Muchacho, ven, acompáñame —le dijo y le entregó una manta—. Esta noche sabrás qué se siente ser responsable de la vida de tus compañeros. Me acompañarás en la vigilia.

—Sí... sí, señor —respondió Palma amodorrado y bostezando.

—Ten, mójate la cara y despierta bien. —Le pasó un plato de greda con agua fría en su interior.

Fuera del socavón había brasas para calentar a los vigías y allí se sentaron, al alero del fuego, bajo las infinitas estrellas que titilaban en aquel frío y despejado cielo otoñal.

—¿Por qué quieres ser un guerrero, muchacho? Sé muy bien que lo deseabas antes de que yo te lo pidiera.

—Por distintas razones.

—Cuéntame, tenemos tiempo y debemos conversar para no dormirnos.

—Los cuentos, señor. Los cuentos e historias que me contaba mi madre. En ellos siempre había héroes valientes que soportaban peligros y realizaban hazañas imposibles. Una vez me contó una historia en la que usted fue el protagonista... usted y el papá de Junco.

—¿Te contó historias de mí?

—Sí, señor. Ella me dijo que marchó junto a ustedes cuando se enfrentaron a una enorme tropa de conquistadores de Emilio Martesta que había llegado hasta Rocalga. Me contó que se ocultaron tras los Dos Árboles y que atacaron por sorpresa a los invasores. Eran decenas de ellos, me dijo ¡decenas! Y ustedes pelearon y pelearon hasta el amanecer. Fueron la carnada que permitió que los aldeanos huyeran. Ella nunca lo olvidó, señor.

—Sí, fue una buena pelea —soltó una risa humilde.

—También me contó historias de Riobravo Maza de Piedra, Corazón de Cóndor. Riobravo fue mi gran inspiración. ¡Sé todo sobre él!

—Riobravo nos inspiró a todos, muchacho. Fue el mejor guerrero que la Tierra nos haya dado.

De pronto, Roble guardó silencio y fijó su mirada en unos extraños puntos de luz que aparecieron en el cielo del norte. Parecía que peleaban, chocando una y otra vez.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó Palma, atemorizado. Se levantó con cautela y recogió su maza.

—Tranquilo, chico. —Lo tomó del brazo y lo hizo sentarse—. Tienes suerte de ver este espectáculo. Nadie sabe qué son esas luces. Esta es la segunda vez que las veo en mi vida. Solo es posible apreciarlas en ciertas noches, dicen las ancianas. La primera vez que las vi fue con mi abuelo. Era de madrugada. Habíamos ido a recolectar algas y pasó lo mismo que ahora: dos luces rojas chocando entre sí. Mi abuelo estaba feliz. Me dijo que su lanza, Eclipsalunas, la habían forjado aquellos seres, espíritus antiguos con cabello de fuego.

Las extrañas luces se movían de un lado a otro, dibujando variadas formas en el cielo nocturno y provocando chispas en la lejanía. Siempre chocando, siempre girando. Era un espectáculo bello y misterioso.

—Nunca supe si mi abuelo había inventado esa historia para impresionarme o si hablaba con la verdad. Tampoco me contó el cómo o por qué le regalaron a mi familia un arma tan bella. ¡Mira, ya desaparecieron! Siempre ocurre lo mismo —dijo con nostalgia.

Ambas luces se habían esfumado sin dejar más rastro que el recuerdo. Palma quedó tan fascinado que, al amanecer, contó a todos sus acompañantes, con total seguridad, que había visto pelear a dos espíritus antiguos.

CONOCER EL TERRITORIO

Junco recogía con fuerza la red que había arrojado a la desembocadura del río. Sus músculos infantiles apenas podían con el peso de los peces que había atrapado. Alternaba con ambos brazos, izquierdo, derecho, izquierdo, derecho. Mantenía un ritmo constante. Su red tenía cerca de cuatro pescados, todos enormes. Dejó la captura sobre el lodo de la rivera y se sumergió, nadando desde las dulces aguas de la desembocadura del río Tronador hasta las saladas aguas del mar Tranquilo y, tras largos minutos, salió con una bolsa de cuero con algunas lapas, choritos, algas y locos.

Habían transcurrido dos semanas desde la partida de Palma y sentía un gran vacío. Era uno de sus mejores amigos y, para no caer en la tristeza, pasaba el tiempo capturando peces y moluscos, y recolectando frutos para la gente de la aldea. Cuando no lo hacía, se dedicaba a recorrer en solitario la playa y los bosques costeros.

—La soledad no es buena compañera. —Se acercó su padre al encontrarlo sentado en los roqueríos junto a una manada de lobos marinos y unas pocas gaviotas que sobrevolaban en círculos, graznando por alimento.

—No estoy solo, los animales me acompañan. —Le arrojó una cola de pescado a un pelícano.

—Sabes a lo que me refiero, hijo. —Se sentó a su lado—. Sé que extrañas a Palma, pero hay otros niños en la aldea.

—La mayoría son menores que yo. El más grande apenas tiene diez años y lo único que hacen es jugar. Yo quiero hacer cosas importantes.

—¿Por eso dedicas tu tiempo a la pesca? ¿Por nuestra gente o para calmar tu tristeza? —Junco guardó silencio—. No desquites en la Tierra la pena por la partida de tu amigo. Piensa que solo está a unos días de aquí.

—No puedo molestarlo mientras dure su entrenamiento.

—¿Y qué harás durante todo este tiempo?

—Quiero servir a mi pueblo —afirmó con tristeza.

Sauce le señaló a unos aldeanos que estaban a lo lejos, buceando y tirando redes en la orilla de la playa. Habían capturado mucho alimento.

—¿Sabes por qué ellos son capaces de pescar tantos peces sin necesidad de esforzarse o salir todos los días a la mar como tú lo haces? Es porque conocen esta tierra y su mar. Somos un pueblo costero. La mar es lo más importante para nosotros. —Apuntó con su mentón al océano que a esa hora se veía de un majestuoso azul brillante—. Aprende a leer las mareas. Los espíritus nos envían mensajes a través de ellas. Nos enseñan, nos aconsejan, nos dicen dónde buscar alimento, cuándo lloverá y cuándo saldrá el sol. Aprende a sentir la brisa y a leer el vuelo de las gaviotas y de los pelícanos. Los espíritus del viento y de la mar se unen para ayudarnos. Respétalos. No entres a la mar sin su permiso y, si sacas algo de ella, dale otra cosa a cambio y no abuses de sus bondadosos regalos.

Juntos cargaron la captura de ese día. Subieron por la Colina de La Victoria y se detuvieron a descansar en la cima.

—Si quieres procurar alimento a tu pueblo, Junco, debes conocer tu territorio. ¿Sabes el nombre de aquel río? —Apuntó hacia el sur, a una enorme porción de agua que bajaba desde el este.

No era un desafío complejo para el pequeño, conocía esas aguas desde que nació.

—Es el río Tronador. Nace en la cordillera de Piedrafría y termina en el humedal.

—Que llamamos...

—Nido de Garzas —respondió con rapidez.

–Bien, bien. ¿Y cómo llamamos al bosque que rodea a El Claro?

Había escalado aquellos árboles desde antes de aprender a hablar.

–Bosque Pardo.

Sauce asintió con un gesto orgulloso.

Emprendieron el descenso y en el camino se encontraron con la sabia Totorá Hierbanoble, una de las integrantes del Consejo de Ancianos de Tierraíz. Sus más de ochenta años habían transformado sus ojos aceitunados en grises, adelgazado su piel, dibujado manchas en sus manos y sienes, y teñido de blanco sus largos cabellos azabaches. Vestía una manta negra, un fajín de lana del mismo color y apoyaba su humanidad sobre un cayado nudoso adornado con incrustaciones de huesos.

–Sauce –dijo la anciana con voz grave y carraspeada–, Amancay desea hablar contigo. Te espera en su hogar.

–¿Ya llegó? ¿Qué es lo que desea?

–Doy su mensaje, no hice preguntas.

Sauce resopló resignado.

–¿Podría ayudar a Junco a llevar esto a El Fogón mientras me adelanto, por favor? –Le entregó una bolsa llena de peces y mariscos.

–No hay problema, muchacho –respondió y Sauce marchó con desgano.

–Esa Amancay. –Suspiró la anciana Totorá–. Le pone los pelos de punta a tu padre. –Junco se preocupó. Su padre siempre llegaba de mal humor cuando regresaba de hablar con Amancay–. Tranquilo, él sabe cómo tratar con ella. No tienes de qué preocuparte.

Tras dejar la captura en El Fogón, Junco mantuvo una mirada pensativa en la anciana. Hace mucho tiempo su padre le había contado que ella era una de las mujeres más sabias de Tierraíz, conocía los secretos de cada región y de sus habitantes, desde el árido desierto del norte hasta las heladas tierras australes. No había

río, lago, bosque o montaña que no estuviera en su memoria. Todo ese conocimiento lo obtuvo tras La Guerra de las Veinte Lunas, nombre que le dieron a un gran conflicto de antaño del cual ya quedaban pocos testigos vivos. Cuando la paz fue alcanzada, Totora fue designada como mensajera de buenas nuevas, por lo que recorrió sin descanso todos los pueblos para entregar la noticia, travesía que le dio una comprensión total del territorio. Muchos años después, ese conocimiento generó la estrategia que permitió poner en jaque al rey conquistador Emilio Martesta y a sus Huestes del Corazón de Hierro, ganándose un puesto en el Consejo de Ancianos. Lamentablemente, su avanzada edad ya no le permitía asistir a los cónclaves, por lo que ahora pasaba sus días en Rocalga, donde narra historias a los pequeños de la aldea y ayuda a quien busque su sabiduría. “¡Yo necesito ese conocimiento!”, pensó Junco.

—Anciana Totora, ¿puedo preguntarle algo?

La ternura causada por el entusiasta interrogatorio del pequeño apenas cabía en el avejentado cuerpo de Totora Hierbanoble. La sabia escuchaba con paciencia frases como “*servir a mi pueblo. Conocer mi tierra. Respetar a la mar*”. “¿Cómo no ayudar a un chiquillo tan apasionado?”, pensó, y juntos fueron hacia los lindes del bosque Pardo. Allí, la anciana se sentó sobre el tocón de un árbol y bebió una infusión de hierbas.

—Conocer el territorio es una cosa, Junco, pero entender los mensajes que los espíritus nos dejan para que puedas servir a tu gente es algo muy diferente.

—¿Y cómo lo consigo? No lo comprendo.

—Primero debes preguntarte, “¿para qué deseo este conocimiento?”

—¡Para servir a mi pueblo!

—Buena respuesta, pero no por ello vas a pescar, cazar y recoger hierbajos indiscriminadamente. Si cometes tal falta, se acabarán los animales y las plantas, y, si eso pasa, todos nos veremos afectados. Si la naturaleza sufre, nosotros sufrimos; si ella está bien,

nosotros también. No debes pescar por pescar, ni cazar por cazar, debemos respetar y retribuir lo que nos entrega la Tierra, pequeño.

—¡No soy un pequeño, ya tengo doce años!

—Eres pequeño para la inmensidad en la que habitamos. —
Comió un trozo de tortilla y le convidó una porción a Junco—. Y es a través de esa inmensidad que los espíritus nos hablan, pero no todos pueden escucharlos.

—¿Tú puedes hacerlo?

—No. —Sonrió—. Aunque hay algunos que sí pueden. Y sus sentidos van aun más allá, y entienden el canto de la lluvia y el lamento del atardecer, no solo escuchan a los espíritus, sino que son capaces de hablarles, recibir sus consejos y entender sus señales. Si quieres ser como ellos, debes dejar que la brisa te anuncie la llegada del otoño, que las aves te canten el arribo del verano, que las mareas te enseñen a prever los días de lluvia, que la luna te advierta del peligro.

Junco se quedó en silencio, pensativo, y recordó la luna de hace un año.

—¿O sea que la luna roja nos estaba advirtiéndole de una amenaza? —preguntó.

Totora evocó aquella fría madrugada. Después de esa noche todo fue distinto en Tierraí, los chamanes se pusieron en alerta y los líderes de los pueblos iban de una aldea a otra. La anciana le acarició el hombro con ternura.

—Nos quería advertir que debemos disfrutar de nuestra vida, muchacho.

“Porque quizás se nos acabe pronto”, continuó para sus adentros.

Sauce no iba feliz a conversar con Amancay Hojaviva. Le molestaba que se ufanara de ser la hermana del líder de la aldea y sentirse con el derecho de dar órdenes como si el mundo estuviera a sus pies. Al llegar a su hogar, no se sorprendió al encontrarla sentada en el sitial de su hermano, un tronco tallado y cubierto con mantas de lana de alpaca. Sobre sus hombros caían lizos cabellos negros que enmarcaban un rostro de rasgos angulados adornados con intensos ojos brunos. Llevaba un vestido oscuro, una manta gris colgaba de su cuello y en su cintura calzaba un fajín de lana de tonos ocre.

—Amancay —saludó Sauce.

La mujer esbozó una dulce sonrisa y lo invitó a sentarse junto a ella. Sauce se negó, manteniéndose de pie en su lugar, apenas un paso después del umbral de la puerta, con ambos brazos tras su espalda. La mujer volvió a sonreír, ahora con cinismo.

—¿Qué desea la hermana del líder?

—Tan formal como siempre, Sauce. —Su voz era seria, casi un susurro. Se levantó del sitial, se acercó a la hoguera ubicada en el centro de la pequeña casa, tomó una vasija de greda y se sirvió una infusión de hierbas aromáticas. Sauce negó con la cabeza cuando le ofreció—. Como sabrás, acompaña a mi hermano a un viaje a Marbella. Allí llegaron unas loicas provenientes de los clanes de Rocalga que le llevaban un canto preocupante. —Volvió a posarse en el sitial.

—¿Qué decía el canto? —preguntó estoico.

—Tu forma de hablar es tan dura, Sauce. —Cambió el tema—. Esa es la dureza que hace falta en Rocalga. Tú deberías ser nuestro

líder, no el blando de mi hermano. –Sauce no respondió, ya sabía hacia dónde iba la conversación. No era la primera vez que la tenían—. No se puede respetar a un hombre sin carácter como Ulte. Para estar a la cabeza de una aldea se requiere de lanzas y brazos fuertes.

–Son tiempos de paz, no se necesita de guerreros. Te recuerdo que Ulte se ganó su puesto al salvar a esta aldea hace cinco inviernos. Ni mil lanzas habrían remediado la sequía y la escasez de alimento.

–Cualquiera que hubiese sabido qué sembrar, dónde plantar y cuándo cosechar, habría salvado la aldea –respondió ella con desdén.

–No sabía que fueses experta en cultivos. ¿Por qué no fuiste tú, entonces, quien nos salvó del hambre? Ahora serías nuestra lideresa y no tu hermano. –Los ojos de Amancay no reflejaron la ira que sintió en ese momento.

–Tiempos de paz –dijo finalmente Amancay–. ¿Quién te ha dicho que son tiempos de paz? Nuestros líderes revolotean por todo Tierraíz buscando una explicación a la luna roja y a las siniestras visiones de los chamanes, ¿y crees que hay paz? Vivimos tiempos de incertidumbre y la incertidumbre lleva a tiempos turbulentos. Te aseguro, Sauce, que en algún lugar de este mundo alguien está forjando una guerra. Es ahora cuando más necesitamos de tu fuerza –dijo con seriedad.

–Llevamos años de tranquilidad. Ningún ejército nos ha atacado, los pueblos son libres. Los tiempos de los guerreros han terminado.

–¿Sí? –preguntó con sorna–. ¿Cómo explicas, entonces, el canto de las loicas?

“¡Las loicas!” Sauce ya las había olvidado. Miró en silencio a Amancay esperando sus siguientes palabras

–Los años de paz se han acabado y el tiempo de los guerreros está por volver.

–¿A qué te refieres?

–Las loicas dirigidas a mi hermano traían un canto de terror. Y ni siquiera por esa razón él fue capaz de venir personalmente a

informarte de la situación. Prefirió quedarse en Marbella y enviarme en su lugar –bufó con indignación–. Suerte que estaba apenas a un día de distancia. Las loicas cantaron que todas las llamas del clan del norte fueron asesinadas. El clan de la ribera sur del río Tronador también envió un canto alertando que algo o alguien desangró a sus ñandúes. Y hace tres noches los perros del clan de los bosques del este aparecieron degollados.

–¡Pumas!

–No lo sabemos. Cada clan enviará emisarios para narrar lo sucedido. Llegarán en ocho días. Como mi despreocupado hermano Ulte se encuentra en Marbella, tú tendrás que recibirlos.

–¿Por qué yo? No es mi deber.

–Como hermana del líder tengo potestad para decidir si yo o alguien más atiende estos asuntos. No es trivial lo que ha ocurrido. Los aldeanos no necesitan a un líder ausente e incapaz de tomar decisiones como Ulte. Quieren a alguien que les infunda seguridad. ¡Desean un guerrero! Aunque solo sea por esta vez, asume el puesto que te corresponde, Sauce. Esa es mi palabra y debe ser respetada.

6

AGUATRUENO

Al fin había llegado el último día. Quince jornadas duró el viaje de Palma hasta Aguatrueno, pues Roble no paró de cambiar el rumbo de manera constante para visitar los clanes dispersos por Costazul y ayudarlos en caso de necesidad. “Somos los protectores de esta tierra y nuestro deber es velar por ella”, arengaba cada vez que se desviaba del camino. El morral que Palma llevaba consigo se había hecho más pesado con el paso de los días. No estaba acostumbrado a recorrer grandes distancias. Pese a su alegría inicial, ahora añoraba su hogar y su cama. Estaba cansado de dormir sobre el suelo desnudo. Extrañó aún más aquellas comodidades cuando le informaron que debían escalar un cerro para llegar al valle donde se emplazaba la aldea–fuerte. “Al menos es diminuto”, fue su consuelo.

–Desde aquí parece pequeño, pero te sorprenderás cuando lo veas de cerca... ¡Es gigantesco! –le advirtió la guerrera Laurel Montepiedra como si hubiese leído su mente–. Acostúmbrate a ese cerro, chico, desde mañana tendrás que subir y bajar por él todos los días hasta que termine tu entrenamiento.

Pese a su tez huraña, el joven Palma consideraba a Laurel como una excelente compañera de viaje. Siempre estuvo dispuesta a brindarle consejos y a reconfortarlo en el cansancio. Sin embargo, aquella información sobre su cada vez más cercano entrenamiento fue como si le hubiesen puesto un enorme saco de arena sobre los hombros. Su única respuesta fue un suspiro resignado.

Tras un frugal desayuno continuaron su derrotero sin detenerse para almorzar. Tan extenuante fue la caminata que pasado

el mediodía ya se encontraban en las faldas del otrota pequeño cerro que ahora se alzaba como un enorme macizo. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Palma comenzó el ascenso. Paso a paso subió y cada paso le pesaba más que el pasado. Ya no respiraba, jadeaba. Siete veces tropezó y cayó de bruces, y las siete veces se levantó sin ayuda, no porque se la negaran, sino porque él la rechazaba. Quería demostrar su valía en esta última etapa. El sol estaba justo detrás de sus cabezas. Sentía sus hombros quemarse con el dorado astro e irritarse con el roce de los cordones de su bolso de cuero. Tenía que dar su último esfuerzo. Nada le importaba más que llegar a Aguatrueno para poder descansar y convertirse en un guerrero.

Aún no atardecía cuando alcanzaron la cima. Roble se adelantó al trote hasta una roca de casi cuatro metros de alto.

—¡Palma, ven! —lo llamó a viva voz. El joven obedeció apenas. Tenía los muslos agarrotados—. Esta es la Piedra del Águila. Desde este punto puedes ver todo el valle de Aguaviva, donde yace nuestra aldea. Mira.

Aguatrueno se le apareció como si estuviese en un sueño. Al interior del valle y rodeada por escarpados cerros cubiertos de árboles de tupido follaje se hallaba la aldea—fuerte. La capital de Costazul estaba protegida por una resistente muralla de piedra de tonos pardos que desfilaba por las faldas de los cerros. En su costado norte había un lago de aguas verdes que nacía por obra de una altísima y delgada cascada, cuyo estruendo al caer daba el nombre a la aldea; en el sector sur de la fortaleza se encontraba un portón confeccionado con resistentes troncos que daba paso a un camino que bifurcaba al este, perdiéndose en un enorme bosque.

—El lago Esmeralda y el bosque Silente. —Apuntó Roble con su lanza—. Ambos, junto a estos enormes cerros, nos protegen de toda amenaza. Aquí será tu entrenamiento, muchacho. Es aquí donde te convertirás en un guerrero. Tu única misión en la vida será entrenar cuerpo y mente para que, llegado el momento, defiendas a tu gente de cualquier mal, venga del norte o del mar, del sur o de

más allá de las montañas. ¿Entiendes eso, Palma? Siempre debes estar del lado de tu pueblo.

—Entiendo, señor.

—¡Bajemos entonces!

El descenso fue mucho más sencillo. Saltaban de roca en roca y se deslizaban con agilidad por los senderos. El grave canto de un cuerno los recibió y las puertas se abrieron de par en par. ¡Al fin Palma había llegado a Aguatrueno!

Pese a que el sol ya se ocultaba, había un gran alboroto en el interior. Hombres y mujeres cargaban bultos de aquí para allá, entre las chozas y casas construidas con piedra, madera y colihue. El sonido constante de voces y gritos inundaba la aldea. Al igual que en Rocalga, en el centro también contaban con un tótem de Coirón Riobravo, el cual se encontraba junto a una enorme hoguera donde parte del pueblo se reunía para capear el frío otoñal. Era similar a su antigua aldea, pero mucho más grande y con más habitantes.

—¿Habías visto alguna vez tal cantidad de personas en un solo sitio, muchacho? —Palma no era capaz de cerrar la boca—. Antiguamente esta aldea era muy parecida a la tuya, no más de diez casas en el centro y algunos pocos clanes en los alrededores. El muro que rodeaba Aguatrueno en ese entonces no se compara con el actual. Fue durante la invasión de Emilio Martesta que mejoramos la fortificación, siendo nuestra última defensa en caso de que tuviéramos que huir y refugiarnos de los conquistadores. Pese a nuestra victoria, mucha gente se vino a vivir tras estas murallas. Se sienten seguros aquí y todos los años recibimos a más personas. De las seis aldeas de Costazul, esta es la más habitada y contamos con grandes huertas y animales para subsistir en caso de una nueva invasión.

—Pensaba que solo era un lugar de entrenamiento.

—También lo es. Sígueme, te mostraré lo que te espera.

Roble guio al joven por entre las casas y la multitud hasta llegar a una explanada ubicada fuera de los muros, en la ribera del lago Esmeralda. Allí vio a una veintena de jóvenes combatiendo con lanzas y mazas.

—¡Señor Roble, ha regresado! —gritó una chica de negro pelo trenzado que corrió hacia ellos mientras guardaba un puñal de piedra en su cinto de cuero. Palma notó que era muy joven, casi de su edad, quizás un par de años mayor. Una manta gris cubría su cuerpo, pero alcanzó a vislumbrar una fea cicatriz en su antebrazo izquierdo y unas más pequeñas en el brazo derecho—. Estuvo fuera por mucho tiempo, señor. Pensé que le había ocurrido algo malo.

—Solo andaba de reconocimiento, Chañar, pero he vuelto... y con un nuevo aprendiz.

La joven saludó amistosamente a Palma e iba a continuar hablando cuando el grito de su instructora la obligó a regresar a su entrenamiento. Con un rápido gesto se despidió de ambos y volvió a empuñar su daga, presta a utilizarla contra los otros aprendices.

—Sus cicatrices...

—Chañar Cieloazul es una joven tan disciplinada como tozuda, muchacho. Esas cicatrices son reflejo de lo último. Sería bueno que ella misma te cuente cómo las obtuvo para que aprendas a obedecer. Ya mañana podrás hablar con ella. Por ahora es mejor que vayas a dormir. Me imagino que extrañas las bondades de una buena cama.

—Sí, señor.

—Entonces aprovecha esta noche. Solo por hoy te quedarás en un lugar confortable y con un colchón blando. A partir de mañana olvídate de las comodidades. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Sígueme.

La choza que le habían preparado tenía unas brasas encendidas en el centro y un colchón de lana en el piso. Un lugar bastante acogedor, o al menos eso le pareció a Palma tras dormir por quince días sobre rocas y fango.

—Espero que descanses, pues el bullicio se extiende hasta tarde. Que tengas buenas noches.

Palma se encontró solo en aquel lugar, sin su madre, sin sus amigos, sin su gente... y aun así, se sentía feliz por estar haciendo lo que siempre soñó. Se acercó a las brasas para calentar el cuerpo y

se recostó sobre el suave colchón. “Al fin apoyo la cabeza sobre algo que no sea mi antebrazo”, se dijo con alegría. Su último pensamiento antes de caer profundamente dormido fue la lucha de aquellas luces en el bosque. “Cuando sea un guerrero iré hacia el horizonte en busca de esos seres para que me fabriquen un arma”.

“Tengo que aprender a escuchar a los espíritus”, pensaba Junco. La sabia Totorá le había dado unas cuantas pistas: “Si crees que el mar es azul, estás equivocado, muchacho”. Con esas palabras en mente, día tras día se sentaba en las rocas repletas de algas que daban el nombre a su aldea para intentar distinguir las diferentes tonalidades del océano y leer los mensajes que allí se ocultaban. En ocasiones, podía apreciar ondas de un azul claro, otras más oscuras, jirones blancos con manchas parduzcas y, cerca de la desembocadura, un manchón grisáceo que provenía del río. Inconforme con solo ver la diferencia de colores, se sumergía en las aguas para saber a qué se debía. Gracias a su curiosidad supo que representaban profundidades, mareas y corrientes distintas, lo que le permitió descubrir hacia dónde iban los bancos de peces, dónde se alimentaban y un sinfín de detalles de los cuales nunca se había percatado. “Cada grieta en la corteza de un árbol es un mensaje de los espíritus que solo aquellos con ojos sagaces pueden leer”, le decía Totorá, así que Junco se esmeraba en estudiar los temus, canelos y maquis que crecían cerca de la costa o del río, y se adentraba en los bosques con el objetivo de desentrañar sus secretos.

Aquel día, al igual que muchos otros, Junco estudiaba la foresta. Había despertado antes de que despuntara el alba para poder regresar al atardecer y no preocupar a su padre. Todos dormían, salvo algunas ancianas que ya preparaban comida en El Fogón. Arrojaban ramitas y hojas secas en una olla de arcilla y amasaban lo que parecía un futuro pan de semillas. Amaba el olor del desayuno, pero no podía detenerse a comer.

La bruma matutina que acariciaba la hojarasca fue desapareciendo a medida que pasaban las horas. Para el mediodía había caminado con tanto ahínco que ya se encontraba en la quebrada Escarlata, que recibía su nombre por albergar innumerables flores acampanadas del mismo color. Un arroyuelo cruzaba en lo profundo y desembocaba en un pequeño humedal cerca de la costa, al norte de la aldea. Junco se acercaba a las flores, sentía su aroma, veía si alguna brizna de hierba era diferente al resto, inspeccionaba las grietas en las cortezas de los árboles, escuchaba las abejas, el cantar de las ranas y el olor que traía el viento. Todo le decía algo... solo que no sabía qué, y eso era lo que debía averiguar.

De pronto, llegó a su nariz un aroma que le recordó que no había probado bocado en todo el día. Se imaginó que el pan de semillas que preparaban las ancianas ya estaba horneado, tibio, delicioso... y él no comería ni un mísero mendrugo. Caminó en dirección a aquel perfume y vio una fina línea de humo elevarse por sobre las copas de los árboles. Escaló a lo alto de la quebrada. De allí venía el aroma. Se escondió tras un árbol y vio a un hombre de unos veinte años, de largo pelo negro, piel morena y ojos sagaces. Vestía un peto confeccionado con cuero de lobo marino y de su cuello colgaba una larga manta de lana gris que asemejaba una capa. En la cintura llevaba una daga y un hacha de piedra. Mascaba una tortilla que untaba en un jugoso guiso de zapallo con papas y charqui aliñado con una pizca de merquén. Todo servido en un plato de greda puesto sobre una fogata. El estómago de Junco rugió con rabia.

—Puedes comer si quieres —dijo el sujeto sin quitar la vista de su plato.

“¿Cómo me vio?”, se preguntó el pequeño.

—Desde aquí escucho tus tripas. —Junco se sonrojó—. Ven aquí y come conmigo, chiquillo.

Junco salió tímidamente tras el árbol. Tenía miedo. Nunca había visto a aquel sujeto. No era de Rocalga. Su manta tampoco era la de un guerrero de Aguatrueno. Se preguntó si era alguien de las otras aldeas o clanes.

—Ven, no tengas miedo. No te haré daño —le dijo. Su voz sonaba como la de una persona confiable. Le ofreció un plato lleno de guiso—. Cociné más de la cuenta y no quiero botar la comida. Sería deshonar a la Tierra. Acompaña a almorzar a este viajero.

“Respetar a la Tierra”, pensó Junco. En los últimos días muchos viajeros habían pasado cerca de Rocalga. Dos noches atrás una familia entera marchaba hacia el noreste. Se veían asustados. Hace cinco días su padre se encontró con dos hombres que arreaban un guanaco, marchaban al este, a las tierras de más allá de la cordillera. Por alguna razón los ojos de esos viajeros estaban cargados de terror.

—¿Quién eres? —preguntó Junco con timidez.

—Me llamo Litre Brisaveloz. Vengo de muy lejos, de los reinos del norte. Y tú, ¿de dónde eres, pequeño?

—No soy pequeño, ya tengo doce —replicó indignado.

—No te enojas, muchacho. Ven aquí, siéntate.

Junco se sentó al alero del fuego y recibió el plato de greda, sin dejar de sentirse ofendido.

—Vale, toma. Un regalo a modo de disculpa por haberte hecho enfadar. —De su bolsillo sacó lo que para Junco parecía una piedra plana y brillante con tallados sin sentido.

—¿Qué es?

—Se llama *moneda*. Con ella puedes conseguir cosas. ¡Muchas cosas! En el reino del norte todas las personas las tienen. Si sabes cuándo sembrar y cosechar, cómo obtener carne o pescados, martillar, pintar o lo que sea, te dan monedas. Yo sabía todo eso y gané bastantes, y las intercambié por esta manta de alpaca y mis botas de cuero.

—No te creo. ¿Por qué te darían tantas cosas por esta piedrita tan pequeña? —Junco no comprendía.

—Así son las cosas en el reino del norte. Esta moneda que te doy la llaman *lienzo*. Tengo otra aquí, más oscura, que llaman *cuadro*. Vale cinco lienzos. Con un lienzo puedes comprar un buen charqui de guanaco, en cambio, con otra moneda llamada *tallado*, que equivale a muchos cuadros, compré esto. —Desenvainó una daga

de acero—. La bauticé como Canto Recio, porque... Mejor escucha. —Agitó la cuchilla de un lado a otro y un silbido resonó en los alrededores.

Junco no sabía de dónde provenía ese sonido hasta que notó que la daga tenía unos pequeños orificios por donde entraba el aire.

—Y canta más fuerte cuando va de cacería. —Le guiñó el ojo y chasqueó su lengua. Junco se rio de aquel gesto tan peculiar.

—¿En verdad has estado en el reino del norte? —El pequeño no dejaba de mirar el brillo de la moneda que aquel extraño joven le había regalado. Le parecía un artefacto casi mágico.

—Así es. Viví en el reino de Tierra Amarga un par de años, pero nací aquí, en Costazul.

—¿Tu familia es de acá?

—No tengo familia —le respondió mientras comía su guiso.

—¿Y por qué regresaste? —Pese a que lo negase, Junco era un pequeño, y un pequeño curioso... y hambriento. Se había devorado el plato que le había ofrecido Litre y ya iba por una segunda porción—. Es raro ver a un viajero que venga desde el norte. Casi toda la gente que he visto pareciera que huye hacia allá. No sé por qué. Es como si estuviesen arrancando de las tierras del sur.

—¿Y tú sabes por qué están huyendo?

—No. Aunque he escuchado conversar a mi papá con la sabia Totora...

—¿Totora? ¿Totora Hierbanoble del Consejo de Ancianos? —Litre lo interrumpió intrigado.

—Sí. ¿La conoces?

—¡Por supuesto! ¡Cómo no voy a conocer a la gran mensajera! No sabía que siguiera viva.

—Si quieres puedes ir conmigo a Rocalga y conocerla. Ya nunca sale de la aldea. Está muy vieja —dijo con tristeza—. Le caerías bien. Es muy agradable. Mi padre también te recibirá. En la aldea todos los viajeros son bienvenidos.

—¿Acaso tu padre es el líder?

—No. El líder de la aldea es Ulte, o eso dicen... ya nunca está con nosotros. Mi papá se llama Sauce.

—¿Sauce? ¿El mismo Sauce que derrotó en combate a Emilio Martesta? —Junco asintió con inocencia—. ¡Sauce Briznasol! Si pudiese conocerlo sería un honor. ¿Me llevarías a tu aldea?

Junco asintió con una sonrisa mientras devoraba su tercer plato.

Cuando iniciaron el camino a Rocalga el sol se ocultaba en el horizonte, dejando a su paso un cielo cobalto en el este y arrebolado en el oeste. Litre iba a paso firme, ansioso por conocer a quienes consideraba como dos de los más grandes héroes de Tierraíz.

—¿Dónde estabas? Me tenías preocupado. —La voz de Sauce estaba al borde del enojo—. No me gusta que salgas más allá del atardecer, Junco. Es peligroso. ¿Qué hubiera pasado si aparece un puma?

—Yo lo habría defendido, señor —intervino Litre—. ¡Es un honor conocerlo! —Se acercó y le tendió su mano, temblorosa de la emoción.

—¿Y tú eres? —Sauce devolvió el saludo de manera dubitativa.

—Mi nombre es Litre Brisaveloz. Me encontré con su hijo mientras él jugaba en el bosque.

—¡No jugaba en el bosque! Estaba leyendo a los árboles.

—Lo alimenté y conversamos un rato —continuó Litre haciendo oídos sordos al reclamo del pequeño—. Me invitó a su aldea para conocerlo... a usted y a Totora.

—La sabia Totora —corrigió Sauce.

—¡La sabia Totora! Para mí es un verdadero honor estar hablando con usted, señor.

Sauce le dio una mirada desconfiada al joven y se dirigió a su hijo.

—¿Es verdad lo que dice este muchacho, Junco? No me mientas. Estando en la aldea ya te encuentras a salvo.

—Sí, padre. Comimos guiso, mucha tortilla, conversamos y me regaló un lienzo. —Le mostró la moneda.

Sauce guardó silencio y escudriñó a Litre de pies a cabeza. Miró su pechera, sus botas de cuero a la usanza del reino de Tierra Amarga, sus armas, la fortaleza de sus brazos y sus ojos... Parecía confiable.

—Bueno, Litre, bienvenido a Rocalga.

8

DUELO DE AMIGOS

El grave cantar de un cuerno despertó a Palma de su apacible sueño. Le siguió un ir y venir de fuertes pisadas y muchos “¡sí, líder!”. Amodorrado, se levantó lo más rápido que pudo y peinó sus desgrednados cabellos negros. De improviso, Chañar Cieloazul, la joven que había conocido en su primer día en Aguatrueno, entró a su tienda.

—¡Despierta, despierta! Iremos al lago. ¡No hay tiempo que perder! —Lo sacó de la choza a empujones.

Aún estaba oscuro y hacía mucho frío. La tropa de aprendices ya se encontraba formada fuera de la muralla norte junto a la ribera del lago Esmeralda. Los cerros que rodeaban el valle apenas se veían a esa hora de la madrugada.

—Parece que a algunos les gusta dormir un poco más que al resto —dijo Roble sin quitarle la vista a Palma.

El líder de batalla se veía intimidante ese día. Llevaba una armadura de cuero con el cráneo de un huemul tachonado en el pecho.

—Todos a trotar alrededor del lago. Son diez kilómetros ¡Sin parar! —ordenó y durante todo el recorrido marchó tras el grupo azuzando con una vara de colihue a los rezagados.

Así comenzaba un nuevo día de entrenamiento. Trotaron y nadaron por tanto tiempo que Palma sentía que su corazón iba a estallar y que sus pulmones se congelarían.

—¡Suficiente! Tengo un regalo para ustedes —dijo Roble—, mantas recién tejidas por nuestras ancianas. Ellas se esmeraron

mucho. Son bastante gruesas y hechas con la mejor lana de guanaco. Fórmense en la orilla del lago para entregárselas ordenadamente.

Una vez con las mantas puestas, apareció una docena de guerreros y empujaron a los jóvenes a las aguas del lago.

—¡No se las saquen! Con esas mantas mojadas y pesadas deben ser capaces de salir del lago y subir aquel cerro. —Roble apuntó uno de los macizos—. ¡Imaginen que llevan a un compañero herido a cuestras! ¡Rápido!

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Palma a Chañar. Estaban recostados sobre la tierra fría, exhaustos tras salir del lago y subir y bajar el enorme cerro.

—Casi un año. Aún me queda bastante —respondió Chañar, aún jadeante por el esfuerzo.

—¿Y siempre es así?

—Estos días el entrenamiento ha sido suave, para que no te asustes. Mañana... mañana ya puedes empezar a asustarte.

Y el mañana llegó. Al amanecer, Palma se encontraba en lo alto de la cascada. Debía saltar desde allí, vestido con la misma manta del día anterior, y quedarse flotando en el lago hasta que Roble le ordenase lo contrario. Tiritaba de miedo y de frío, tenía los pies congelados y arrugados por el agua. Nunca en su vida había visto una cascada y ahora debía saltar desde lo alto de una. “Todos lo hemos hecho y seguimos vivos. No te preocupes”, lo arengaban sus compañeros. Palma apretó sus puños y miró de reojo a Roble que lo observaba con severidad. Junto al líder estaba Chañar con el puño en alto, dándole ánimos. El joven tensó sus músculos, cerró sus ojos, respiró hondo y se lanzó al vacío. En un segundo estaba arriba y, al otro, se encontraba bajo el terrible tumulto de las aguas. El peso de la manta le impedía salir a flote y tuvo que nadar con todas sus fuerzas para alcanzar la superficie, dando una inmensa bocanada cuando logró emerger, feliz de haber sobrevivido a la experiencia. Los vítores de sus compañeros inundaron el valle y le llenaron de júbilo. De pronto, se dio cuenta que los gritos se

acallaban y que sus compañeros se marchaban, abandonándolo a merced de las frías aguas del lago.

Recién al atardecer regresó Roble.

—Ya puedes salir, muchacho —le ordenó.

Palma estaba al borde de la hipotermia, tenía los dedos arrugados y tiritaba de pies a cabeza. Ni siquiera le quedaban fuerzas para caminar y el peso de la manta mojada poco le ayudaba; apenas dio un par de pasos, se desplomó pesadamente en la orilla.

—Quítate eso. Ten, sécate y come. —Le pasó una manta seca, un trozo de pan y un caldo caliente increíblemente reconfortante—. Ya has tenido suficiente. Todos los niños que llegan a Aguatrueno creen que se convertirán en el héroe que salvará al pueblo... pero los héroes no nacen, se hacen a punta de disciplina y sangre derramada. Aunque debo reconocer que, de todos los chicos que han pasado por esta prueba, eres el primero que soporta flotando en el lago hasta mi llegada. Siempre salen antes, cansados de tanto mover pies y brazos. —Palma no podía pronunciar palabras de agradecimiento ante las alabanzas, le temblaba demasiado la mandíbula—. Toma el caldo, te hará bien. Lo hizo nuestra chamana Quila Flordorada. Es medicinal.

En los siguientes días no hubo tiempo para descansar. Palma se dedicó a reparar los cimientos del torreón sur, añadir piedras a un hueco del muro oeste, mejorar las casas de abastecimiento y combatir, su actividad favorita. La robusta Laurel estaba a cargo del entrenamiento de esa jornada.

—Ustedes dos —apuntó a Palma y a un chiquillo de cara huesuda—, tomen un arma al azar y muestren lo que tienen.

Palma tomó una lanza de madera de punta redondeada y el otro chico una daga de piedra sin afilar.

—¡Peleen! —ordenó la guerrera.

Palma intentaba no burlarse de las débiles estocadas lanzadas por su rival, limitándose a detenerlas con el mango de su lanza o con el dorso de su mano.

—Está muy verde esta criatura —gruñó Laurel agitando su cabeza con rabia—. ¡Chañar Cieloazul! —gritó—. Tú te enfrentarás a

Palma. ¡Denme una pelea de verdad y no esta burla de combate que acabamos de ver!

—¡Sí, señora! —respondió la muchacha e ingresó al círculo formado por la tropa de aprendices que agitaban sus lanzas y puños, ansiosos por verlos pelear.

—Tómatelo con calma, Chañi —le aconsejó Palma, desafiante—. Ya sabes cómo terminará esto.

—¿Contigo en el suelo y llorando?

—Así es como se parte un buen duelo de amigos —reía la veterana Laurel—. ¡Aprendan!

—¿Estás listo, Palma?

—Siempre lo estoy para patearte en el suelo —respondió y se arrojó al combate.

La chamana Quila Flordorada posaba una toalla húmeda sobre el gigantesco cardenal que se extendía por toda la espalda de Palma. Chañar estaba a su lado, le sangraba la nariz, tenía un ojo en tinta y el otro completamente cerrado.

Estaban en las estancias de curación, una pequeña choza donde enviaban a los aprendices que fuesen víctimas de su propio entusiasmo.

—Fue una buena pelea. —Sonrió la joven desde su colchón.

—Creo que te escuché llorar —se burló Palma.

—¿En serio? Pues yo vi que de tus ojos manaba agüita y no de sudor.

—Dudo que hayas visto algo con lo morado que te dejé ambos ojos.

—No necesitaba ver, podía escuchar tu lloriqueo mientras me rogabas que soltara tu brazo... ¡Au! —chilló la joven cuando la chamana comenzó a curar sus heridas.

—¡A mí no me reclames! Yo no te rompí la nariz en frente de toda la aldea —dijo la sanadora en su defensa—. Hay que desinfectar las heridas y eso duele. Si quieres ser una guerrera, acostúmbrate.

Tras la reprimenda, arrojó esencias aromáticas al brasero que se encontraba en medio de la estancia y comenzó a remojar vendajes en una infusión de hierbas medicinales.

—No puedo creer que tengamos que estar aquí todo el día —reclamó Palma.

—Dos días —corrigió Quila Flordorada al tiempo que colocaba las vendas en la frente de la muchacha.

—Tendremos tiempo para conversar —bromeó Chañar.

Palma observó a su nueva amiga en silencio y decidió que la conversación sería sobre algo que llamó su atención desde su primer día en Aguatrueno.

—Podrías contarme lo de tus cicatrices —propuso.

—¡Ja! Ya me extrañaba que te tomaras tanto tiempo en preguntar. La mayoría lo hace el mismo día que llega.

Hubo un largo silencio.

—¿Y? ¿Me contarás?

—No es la gran cosa. A Roble le gusta usar mi historia para asustar a los recién llegados. En fin. —Suspiró con resignación—. Pasa que en algún momento del entrenamiento todo aprendiz debe hacer el rito de iniciación para convertirse en guerrero.

—¿Es al tercer año, cierto?

—Eso dependerá de si te sientes preparado o no. En mi caso, a los dos meses me convencí de que podía hacerlo. Roble se negó, obviamente. Decía que aún estaba verde. “No me importa”, le respondí. Tomé mi arco, unas pocas flechas y escapé de Aguatrueno, presta a iniciar el ritual. Seguí el camino al Bosque Silente para demostrar que podía sobrevivir por mí misma, y desde ahí les grité “¡Volveré como una guerrera!” —Se reía al recordar lo tontas que habían sonado esas palabras con su aguda voz—. Era una chiquilla sin padres. Me había valido por mí misma toda la vida. ¿Qué más daba internarme en los bosques por un invierno y volver? No parecía la gran cosa. Si lo conseguía, me darían el rango de guerrera y me habría ahorrado muchos años. —Palma escuchaba intrigado—. Recién cuando me vieron gritando sobre la loma se dieron cuenta que había huido. A veces me pongo a imaginar qué habrá pensado la gente de

la aldea al verme agitando las manos y gritando: “¡volveré como una guerrera, volveré como una guerrera!” –Sacudía las manos y ponía la voz chillona–. Me imagino la cara de Roble, sobre todo, cuando vio que un puma se abalanzó sobre mí y me dejó al borde de la muerte –dijo y estalló en carcajadas ante un boquiabierto Palma.

Contagiado por la risa de su amiga, ambos comenzaron a reír hasta las lágrimas.

–¡Cállense y duerman! Hay gente que mañana tiene cosas que hacer –ordenó Laurel desde la puerta de la estancia.

Las carcajadas aumentaron su intensidad.

—¡Esto es insólito! ¿Dónde está Ulte Hojaviva? ¿Dónde está el dizque líder de Rocalga? Hace días le envíamos loicas avisando que vendríamos y aún así no está aquí para recibirnos —gruñía Hualo, un hombre de panza prominente y el padre del clan del norte.

—Ulte Hojaviva se encuentra de viaje en las otras aldeas. Tendrás que conformarte conmigo. En ausencia del líder, su hermana Amancay Hojaviva ordenó que me hiciera cargo de esta situación, así que habla libremente y cuéntanos lo ocurrido con tus animales —le respondió Sauce con serenidad.

El guerrero yacía en un sitio que se había dispuesto en medio de El Claro para recibir a los emisarios de los clanes, quienes venían a narrar lo sucedido con sus animales muertos. Más de doscientos hombres y mujeres se agolpaban en el tótem de Coirón Riobravo para escuchar el testimonio de los recién llegados.

Hualo se mordía el labio de la rabia.

—¡Tu hermano debería haber estado acá! —le gritó a Amancay—. ¡Por algo lo elegimos líder! Si no cumple sus deberes como tal, que Sauce Briznasol asuma el liderazgo de Rocalga y de los clanes.

El silencio se hizo en toda la aldea.

—Elegir a un nuevo líder sin la presencia del actual es ir contra la ley —advirtió la sabia Totora—. Nuestras leyes dicen que si un líder no está presente se debe elegir a un aldeano confiable que lo represente y eso es lo que ha hecho Amancay. Una vez que Ulte regrese podrás postular a otro aldeano para liderarnos, no ahora.

—Totora habla con la verdad —dijo Sauce—. Al igual que los presentes, también lamento que Ulte no esté en la aldea, pero tiene razones poderosas para ausentarse. Y ya que nada podemos hacer al respecto, te pido que nos cuentes por qué los clanes han solicitado este consejo.

Hualo resopló airado, miró a sus acompañantes y comenzó su narración.

—Si estamos acá no es por gusto, Sauce. Como ya sabes, como ya todos saben, nuestras llamas fueron asesinadas. Fue hace unos días. Desperté para darles alimento cuando las vi tiradas sobre la hierba con sus pescuezos desgarrados, abiertos de lado a lado. Los pumas han vuelto. Los clanes no estamos seguros en los lindes de la aldea... ¡y ustedes tampoco! —Un susurro de preocupación surgió entre el gentío.

—¿Escuchaste algún sonido fuera de lo normal durante la madrugada? —preguntó Amancay.

—Nada. Por eso digo que fue un puma. Solo esos animales pueden matar con tanto sigilo.

—Una cosa es el sigilo y otra muy distinta es ningún ruido —se entrometió Litre Brizaveloz, que estaba entre la multitud.

—Según entiendo, estoy hablando con Sauce, Totora y Amancay, no con un mocoso allegado —espetó el robusto hombre acercándosele amenazadoramente.

—Tranquilos, mis amigos. —Sauce se levantó de su asiento y apoyó su brazo sobre la gruesa espalda de Hualo—. Litre sabe mucho de animales. Me ha contado que es un cazador experimentado y quiso ayudar. No volverá a interrumpirte.

—Controla la lengua de ese muchachito. —Lo apuntó amenazante—. Lo que ha pasado no es motivo de bromas.

—Lo haré, lo haré. Continúa. —Sauce volvió a sentarse y respiró hondo, hastiado por la situación.

—No solo eran mis llamas, eran las de todo el clan. Nos servirían de abrigo, fuerza y alimento. Las criábamos entre todos. Queda poco para que llegue el invierno y ya no tendremos ni su leche ni su carne. ¡Necesitamos una solución ahora! —demandó.

—No se preocupen por eso. Esta temporada la cosecha ha sido abundante y nuestras llamas se encuentran saludables, por lo que podremos proveerles de alimento.

—Sauce, nuestro caso fue igual de trágico —intervino un hombre delgado que vestía un taparrabos—. Soy Tepú, representante del clan de la ribera sur del río Tronador. La vejez le quitó las fuerzas a nuestra matriarca, mi madre, para venir en persona, por lo que hablaré en su nombre.

—Habla, Tepú, conozco a tu madre. La tengo en alta estima.

—Nuestros ñandúes, Sauce. —Apenas podía hablar de la ira—. Todos ellos fueron asesinados. Sus pescuezos estaban destrozados. El grito de una pequeña nos alertó. Cuando salí a ver qué ocurría vi los cadáveres de nuestros ñandúes regados por todo el caserío.

Sauce recordó aquel invierno de hace años. Aún tenía las cicatrices de su encuentro con aquel felino famélico. “¿Será este invierno igual de terrible?” Sin darse cuenta llevó su mano a la antigua herida de su pecho.

—¡Nuestros perros también fueron asesinados! —gritó de entre la multitud la anciana Ulmo del clan de los bosques. Dos trenzas encanecidas le colgaban sobre los hombros—. Ni uno de ellos ladró, ni gruñó, ni aulló. No, Sauce, no fueron pumas los que atacaron. En los cuerpos de nuestros perros no quedó ni una gota de sangre. ¡Ni una! Lo que mató a nuestros animales fue algo más que un puma, ¡fue una bestia! —advirtió con tal seriedad y convicción que erizó la piel de los aldeanos.

Silencio.

“¡Hay que cazarla!”, gritó un aldeano de los clanes. “¡Hay que cazarla!”, lo siguió otra a coro. “¡Hay que cazarla! ¡Hay que cazar a la bestia!”, comenzaron a gritar a puño alzado los emisarios de los clanes hasta que el clamor emergió de toda la gente de Rocalga. “¡Silencio!”, pedía infructuosamente Totorá, pero su avejentada voz era incapaz de sobrepasar la de la multitud. Sauce se levantó de su asiento con una severidad que pocos conocían. Junco nunca le había visto esa mirada. No era su padre, era un guerrero

aterrador, de ojos bravos y boca fiera, y sin decir palabra alguna, las voces se fueron acallando.

—Anciana Ulmo, sabe que guardo un profundo respeto hacia su sabiduría, pero lo que acaba de decir... —Suspiró—. Trae a nuestra aldea un miedo infundado.

—Si hubieras estado allí esa noche sabrías que hablo con la verdad, Sauce —replicó la anciana con serenidad, convencida de sus palabras—. Hacía frío. Una brisa que cortaba la piel entró a mi hogar y apagó la lumbre. El viento susurraba el terror. ¡Esa noche actuó algo ajeno a nuestro mundo!

—¡Ulmo! —interrumpió Totora.

—Quiero escuchar a la mujer —intervino Amancay en defensa de la matriarca del clan de los bosques—. Ulmo, continúa tu relato. Tienes mi permiso.

—El odio encarnado en una bestia actuó esa noche, señora Amancay, no pumas. Nuestros perros se hubiesen defendido y espantado a cualquier animal o intruso, siempre lo hacen a punta de ladridos, pero esa noche reinó el silencio. Deben llamar al chamán Pumagrís. Debe regresar a la aldea para ayudarnos. Debe regresar para protegernos de esa bestia.

—¿Puedes jurar ante este, tu pueblo, que tu relato es real? —preguntó Amancay con una seriedad que habría hecho retroceder a cualquier guerrero.

—¡Lo juro por mis huesos, señora! Están viejos, sí, pero nunca han dicho mentira alguna.

—Puma o bestia, debemos actuar ya —escupió Hualo.

“¡Hay que actuar! ¡Hay que matar a la bestia! ¡Matar a la bestia!”, gritaba toda la aldea alzando lanzas y dagas. El griterío era ensordecedor.

—¡No hay tal bestia en Tierraí! —La voz de Sauce se endureció—. Sin embargo, reconozco que hay una amenaza. Enviaré un ave a Aguatrueno. Le pediré a Roble Tallofuerte que mande algunos guerreros para que busquen y cacen a ese puma, porque eso es lo que es... no otra cosa.

—Aguatrueno queda a días de viaje, para entonces toda mi gente habrá sido devorada —exclamó Hualo—. ¡Toda Rocalga debe ir a la cacería!

Sauce guardó silencio. Los tres voceros de los clanes estaban frente a él, tras ellos, sus familias y, alrededor, su propia gente, mujeres, hombres y niños, todos con miedo y aguardando su decisión.

—Totora, ¿de cuánta gente podríamos prescindir? —preguntó en voz alta. La anciana se acercó a paso lento, siempre afirmándose de su cayado.

—Quedan pocas semanas para el invierno y aún se deben reparar muchas de las casas de El Claro. Hombres y mujeres harán falta.

—¿Y las casas de los clanes? ¿En qué estado se encuentran?

—Mhh... Tampoco están muy bien, la verdad.

—Quizás sea una buena oportunidad para visitar los clanes, reparar las casas e investigar qué está pasando —dijo con decisión.

—Como digas. Haré los preparativos que estimes necesarios.

—Un grupo de diez regresará con cada clan —anunció—. Ayudarán a sus familias a reparar sus hogares para el invierno y también para ayudarlos a cazar... al puma. Para tal efecto se les entregarán lanzas, mazas, arcos y flechas, y a cada clan se le entregarán mantas, comida y semillas para la siembra.

Cuando todo acabó, Sauce se retiró a su pequeño hogar para descansar. Junco lo acompañó. El pequeño agitaba con rapidez una hoja de nalca para alentar el fuego y hervir el agua de boldo que relajaría a su padre.

—Señor Sauce...

—No más solicitudes, por favor. —Se sobó las sienes y se sentó en su cama al ver llegar a Litre Brisaveloz—. ¿Qué deseas, muchacho?

—Hay algo que no le he dicho, señor. No pensé que fuera necesario... hasta hoy. Antes de dejar el reino de Tierra Amarga escuché rumores...

—¿Rumores de otra bestia? —Sauce bufó con sorna.

—No, señor —habló con seriedad—. Muchos aldeanos del sur del continente están huyendo en dirección al reino del norte. Algunos se quedaron en los campos aledaños de Tierra Amarga o en sus condados, pero todos con los que hablé me dijeron lo mismo —Sauce prestó atención—: que una isla oscura ha emergido desde el mar, que los nómadas esteparios se están preparando para la guerra, que en ciertas noches una sombra con alas opaca las estrellas.

—Tales historias no me son ajenas, Litre, yo mismo he conversado con familias que marchan al norte, pero no puedo promover noticias sin fundamento en mi aldea. ¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Porque creo que todo está relacionado, señor. Vine al sur para corroborar esos rumores y probar mi fortaleza, y creo que esta es una oportunidad para ello. Le pido, por favor, que me deje ir con el grupo de caza.

—Los cazadores ya fueron elegidos, Litre. No puedo prescindir de nadie más.

—Lo sé, pero ellos van a buscar a un puma... yo iré a cazar a una bestia.

10
CAZANDO A UNA BESTIA

Litre se arrastraba sigilosamente por entre las raíces de los árboles. Su manta estaba embarrada con lodo y musgo. Tenía la cabeza bien apegada al suelo, olfateando, oteando, escuchando. No había sido difícil convencer a Sauce para que lo dejara partir.

—No hay tal bestia —le dijo hace cinco días—. Eso era el miedo de Ulmo hablando, nada más.

—Ella tiene razón, señor —le rebatió—. Cuando los perros se ven amenazados arman un alboroto que despierta hasta a los muertos y, según ella, ni siquiera aullaron.

Junco estaba atento a las palabras de Litre. Sauce guardaba silencio, tenía los ojos cerrados y apoyaba el mentón sobre sus pulgares.

—Además, los pumas no asesinan y abandonan a sus presas. Matan para comer o por miedo. Para mí esto es bastante raro.

—Lo sé, muchacho, pero ¿qué querías que hiciera? ¿Que alentara la idea de que una bestia anda suelta por Costazul? ¿Que el odio encarnado actuó esa noche? Si hubiera hecho eso, ahora mismo tendría una revuelta.

—Una bestia anda suelta, señor, y debemos capturarla. Déjeme ir por ella. Iré solo, así nadie sabrá de mis intenciones y no cundirá el pánico.

Sauce meditó en silencio el ofrecimiento del muchacho. El pequeño Junco le entregó una jarra de greda con agua de boldo. Sopló para enfriar la bebida. El vapor dibujó siluetas en el aire. Bebió un largo trago. “No pierdo nada con dejarlo ir”, pensó el guerrero.

—Por arma llevarás tu hacha, tu daga y una lanza. Pide a las ancianas que te den frutas, charqui y raciones para diez días. Partirás hoy después de la medianoche para que ningún aldeano te vea salir de El Claro.

Y ahí estaba ahora, en medio del bosque. Habían transcurrido cinco días desde que emprendiera la cacería y no había visto nada fuera de lo normal. Evitó los clanes para no levantar sospechas. Durante el día los observaba a lo lejos, estaban conformados por apenas tres o cuatro casas y no más de cinco familias, las que compartían el alimento en una fogata ubicada en medio de sus tierras. Su vida era similar a la de El Claro solo que en menor escala. No más de treinta personas vivían en cada clan. “Es algo bastante melancólico y solitario”, pensaba al compararlos con el reino del norte, donde vivían miles de almas.

Caminaba por la foresta y siempre se mantenía alejado de los senderos, de cuando en cuando descansaba bajo un árbol y se echaba un trozo de tortilla a la boca. De pronto, escuchó el crujir de una rama. No era habitual. Era un sonido pesado. Venía de su derecha. Desenvainó su daga con presteza y la arrojó contra un árbol lejano. El silbido de Canto Recio fue tan agudo que resonó en todo el bosque y *tac*, se clavó de lleno en un grueso tronco. Se acercó enfurecido cuando vio una pequeña niña cubriéndose las orejas y a Canto Recio clavada justo al lado de su cabeza.

—Chiquillos entrometidos. ¿Qué hacen aquí? ¡Es peligroso! —les increpó mientras sacaba la daga del árbol.

—Queríamos ayudarte. —Junco apareció desde atrás del árbol con una sonrisa temerosa—. ¡Trajimos armas! —Le mostró una lanza corta y boleadoras—. ¡Venimos a cazar a la bestia!

El pequeño había llegado acompañado de unos mellizos del clan de los bosques con los que había hecho buenas migas durante la audiencia en El Claro: Ñirre y Lenga Finarraíz. Ñirre era una niña morena cuyos cabellos estaban bien peinados en la parte superior de su cabeza, y, luego, caían trenzados hasta sus hombros. Su hermano Lenga era muy similar a ella, salvo que llevaba el cabello rapado en los costados, y los del centro los peinaba hacia atrás, terminando en

una larga trenza que le llegaba a la espalda. Ambos vestían mantas de tonos oliváceos.

—Los vi seguirme desde el primer día y no dije nada, pensando que se cansarían y que volverían a sus hogares. ¿Qué dirán sus padres? —Los tres pequeños bajaron la vista—. No se diga más. ¡Regresaremos ahora mismo!

—¡No, por favor! Déjanos ir contigo —rogó Junco—. Deseamos ayudar a los clanes.

—¡Por favor! —suplicaron al unísono los mellizos.

—Nuestros perros también fueron asesinados. Llegaron a nosotros cuando cumplimos cinco años —clamó la pequeña Ñirre.

—Queremos vengarlos —insistió su hermano Lenga—. ¡Eran nuestros amigos!

—No sabemos a qué nos enfrentamos, chiquillos. Si se nos cruza un puma corremos riesgo de morir, imaginen si lo que cazamos es realmente una bestia.

—¡No somos chiquillos! Tenemos doce años. Mi padre partió con trece a la guerra contra los conquistadores, y a los quince mató al rey Emilio Martesta —replicó Junco.

Ante aquel argumento, Litre se quedó sin palabras. Los repasó con una mirada llena de rabia y suspiró resignado.

—No cometan ninguna estupidez —bufó.

Los niños se miraron entre ellos, sonrieron, y lo siguieron con sus armas bien firmes en sus diminutas manos.

Los cuatro buscaban cualquier indicio de la bestia, el musgo corroído en las rocas, marcas de garras en las cortezas de los árboles, heces, pelos, lo que fuera.

Nada.

—Yo no creo que encontremos a un puma. Debe ser un monstruo —le susurró Ñirre a su hermano.

—¡No seas tonta! Los monstruos no existen. —Le dio un empujón—. Fue un puma. Clavó sus colmillos en los gaxnates de nuestros perros y los desangró.

—Un puma no hace eso —respondió—. ¿Para qué matarlos si no se los comerá?

—Ñirre tiene razón. —Junco la defendió—. Con mi papá hemos recorrido muchos lugares de Costazul y hasta hemos llegado cerca de las primeras montañas y sé que un puma no hace eso. Yo he visto los restos de sus presas, no son más que huesos y pellejo.

—Ignorantes —resopló Lenga—, mira que creer en monstruos. Fue un puma —afirmó sin dejar de caminar y buscar rastros entre la hierba y las raíces—. Estoy seguro de ello. Si tengo razón, los golpearé a los dos. Es una apuesta.

—Inténtalo. Podría ganarte con una mano en mi espalda —le advirtió Ñirre con su voz aguda.

—¡Ssh! Silencio —les ordenó Litre—. Espantarán a la presa.

—¿Ven lo que hacen? Guarden silencio —rezongó Lenga.

—Junco, ven aquí. Dime, ¿qué debo hacer si quiero encontrar a un puma?

Junco se quedó pensando.

—Nunca he tenido que cazar un puma. —Se encogió de hombros.

—Yo tampoco. Generalmente, los evito. —Le guiñó el ojo y chasqueó su lengua—. Solo sé que cuando te encuentras con uno no debes correr porque inmediatamente te verá como su presa... y no queremos que eso pase, ¿cierto?

—¡Cierto!

—Esos animales son grandes y pesados, la hierba se quiebra y el lodo se hunde ante sus pisadas, pero hasta ahora no he visto nada. —Rascó su cabeza—. Quizás nos falta perspectiva. Caminaremos un poco más. Si no encontramos huellas, subirás a los árboles para ampliar nuestro rango de visión. ¿Entendido?

—Entendido.

Recorrieron cerca de dos kilómetros de frondoso bosque. Husmeaban, levantaban piedras y en más de una ocasión desenvainaron sus puñales para defenderse de un inocente chincol.

—No podemos seguir así. Junco, ¡escala!

El pequeño asintió y comenzó a subir árboles con agilidad.

—¿Ves algo?

—Nada, ningún rastro —gritó desde lo alto.

—Sea lo que sea que mató a esos animales es imposible que sea más inteligente que nosotros. ¡Algo que es capaz de matar llamas, ñandúes y perros tiene que ser grande y dejar huellas! —se quejaba Litre.

—Un cóndor es grande, pero vuela, así que no deja huellas.

—El cóndor no caza. —Ñirre corrigió a su hermano—. Es un carroñero, así que come animales que ya están muertos. Y si por alguna casualidad llegara a cazar, sus presas son pequeñas... no perros ni llamas.

Litre estaba perdiendo la paciencia ante la estéril cacería y las eternas discusiones de los mellizos.

Junco se encaramó en otro de los tantos árboles y miró al horizonte, desilusionado. Iba a bajar cuando algo llamó su atención.

—¡Allá hay algo! —Apuntó a una quebrada poco profunda.

Los cuatro corrieron hasta llegar a la quebrada, donde se deslizaron por la tierra y el fango para llegar a lo que había visto Junco. El olor a muerte los aturdió. Ñirre se tapó la nariz con su manta y Lenga apenas aguantó las ganas de vomitar. Habían encontrado al puma. Las moscas festinaban con su carne.

—¿Se habrá caído? —preguntó Ñirre.

—Imposible. No habría muerto con esta altura —opinó Junco—. ¿Qué animal es capaz de hacerle esto a un puma?

—Ninguno —respondió Litre preocupado al notar que el cuello del animal había sido desgarrado—. Parece que en verdad estamos cazando a una bestia.

11
CARBÓN Y CENIZAS

Sauce se encontraba en su hogar, sentado en el tocón de árbol que usaba como sillón. Apoyaba sus codos en las rodillas, los ojos cerrados, las manos empuñadas. El aroma de las hierbas dispuestas sobre la hoguera no lograba calmar la preocupación que le había provocado el canto de la gaviota mensajera que llegó por la mañana. “Así que eso es lo que ocurrió hace un año. Eso nos advertía la luna roja”, pensaba inquieto.

Bebió un trago de su licor de maíz.

En su mente vio a los animales muertos de los clanes y sintió un repentino temblor en su barriga cuando recordó la cacería de Litre y el puma con el pescuezo desgarrado que halló. “Todo debe estar relacionado”. Se restregó los ojos, acongojado, intentando dilucidar lo que estaba ocurriendo.

Suspiró.

“Antes la vida era más sencilla –pensaba–, cuando las guerras se ganaban luchando mano a mano y no desentrañando misterios”.

La llegada de Espino, Amancay y Totorá lo sacaron de su ensimismamiento.

–Sauce, ¿nos has mandado a llamar? –le preguntó su amigo.

–Sí, siéntense, por favor –dijo con voz soñolienta.

–¿Cansado?

–Preocupado, más bien. –Se acomodó en su sitio.

–¿Acaso esa preocupación tiene algo que ver con la gaviota que vi llegar hoy en la mañana? Provenía del sur. Sus alas no me

eran familiares. Su presencia llamó mucho mi atención –habló Totora.

–Siempre tan observadora, sabia.

–A veces creo que te haces la ciega, anciana. –Amancay cruzó los brazos con frío. Aquella mañana lucía un vestido negro, una manta de lana gris y una tiara de plata–. Sauce, pon más maderos en la hoguera, esta no es forma de recibir a tus invitados. Está helado y Totora ya está vieja, necesita calor en sus huesos.

–No te preocupes por mí, Amancay, esta manta es más gruesa de lo que parece. –Totora forzó una sonrisa–. Eso sí, feliz aceptaría un agua de hierbas caliente.

Sauce le sirvió en una taza de greda.

–¿La hermana del líder desea algo?

–Más maderos en la hoguera –insistió Amancay.

Una vez que los cuatro estuvieron sentados, Sauce recién accedió a arrojar unas cuantas ramas al fuego y habló:

–El chamán Pumagrís envió un mensaje.

–Eso no es novedad. –Amancay soltó un bufido socarrón–. Lo único que ha hecho el chamán en todo este año es enviar mensajes y ninguno dice algo de interés. –Acercó las manos al fuego.

–Debes tener más respeto con Pumagrís, él sabe por qué hace las cosas. Es un chamán sabio.

–No hay duda de que sea sabio, Totora, pero nos abandonó a nuestra suerte. Ya no puedo confiar en él.

–Si Pumagrís no está en Rocalga no es por voluntad propia. El chamán está cumpliendo con su deber, al igual que tu hermano. El mensaje, Sauce, ¿qué decía? –recordó Totora buscando terminar con la estéril discusión.

–Sí... el mensaje –suspiró el antiguo guerrero–. Tras mucho investigar y recorrer todo Tierraíz, Pumagrís y los chamanes de la Orden de la Cascada al fin descifraron el significado de aquella luna roja de hace un año. Como temíamos, advertía la desgracia. –Guardó silencio como si le costara reunir las fuerzas para dar la noticia–. El pueblo de Montepardo, nuestros aliados del sur, ha desaparecido. Lo

que fuera un enorme y verde bosque ya no es más que carbón y cenizas. Nada ni nadie quedó con vida.

Un silencio gélido invadió la morada.

Tuetué, tuetué rompió el silencio un misterioso pájaro que sobrevolaba la aldea.

Tuetué, tuetué.

12
TIERRA AMARGA

El eco de sus botas resonaba en el pasillo que llevaba al Salón del Rey. La capa y la pluma de su sombrero de ala ancha ondulaban con su decidido andar. Afirmaba con seguridad la espada ropera que llevaba envainada al cinto.

—Llegas temprano, Bastián. —Lo recibió en la puerta del salón su amigo Abdón Buenaventura, un sujeto de baja estatura y espalda ancha que oficiaba como consejero del rey y, en sus ratos libres, como poeta.

Aquel día vestía camisa y pantalones negros, los que combinaban con su cabello azabache siempre bien peinado. Su atuendo lo completaban unos elegantes zapatos con broche de plata.

—Sabes que gusto de la puntualidad —respondió con aspereza Bastián Bocablanca, maestre de campo del reino de Tierra Amarga—. Cuéntame, ¿qué novedades hay?

El poeta y consejero del rey adoptó un tono sombrío, frunció el ceño y habló en voz baja. No quería que los guardias de la casona real escucharan ni una sola palabra.

—Llegó un mensaje de un chamán de las tierras del sur. No son buenas noticias. Por lo que alcancé a escuchar, una de sus aldeas fue atacada y no solo eso, al parecer, la redujeron a cenizas.

—No me jodas, Abdón. ¿Crees que fue...?

—Ni lo pienses, Bastián. Ni lo pienses.

Ambos ingresaron al Salón del Rey, una estancia de cuyas paredes colgaban gigantescas pinturas que narraban la historia del reino de Tierra Amarga, la que apenas se remontaba a veintidós años. En el primer cuadro se veía el cuerpo abatido de Emilio

Martesta, el rey conquistador proveniente del continente de Altamiria. Junto a su cadáver se alzaba victorioso un joven Sauce Briznasol, que cargaba en sus manos una hoz de hueso ensangrentada. El segundo lienzo era un óleo que mostraba al ejército de Altamiria y al de Tierraíz, uno frente al otro, en un paisaje agreste con columnas de humo en el fondo. Entre ambos, un mozuelo de cabellos oscuros se encontraba arrodillado, con la cabeza gacha y con ambas manos extendidas ofreciéndole su espada a Roble Tallofuerte en señal de rendición y misericordia. Aquel rapaz era Tulio Hojaltiva, otrora escudero de Emilio Martesta y el actual rey de Tierra Amarga.

Os pido humildemente que considere esto como señal de perdón por todas las atrocidades cometidas por mi pueblo. Emilio Martesta, su capitán general, sus maestros de campo, sargentos mayores, alféreces y capitanes han sido asesinados, y, con ellos, ha muerto la codicia y el deseo de conquistar vuestra tierra. Nosotros, simples criados, anhelamos la paz.

Tales palabras fueron dichas por Tulio Hojaltiva, registradas por los cronistas y plasmadas en una placa de madera dispuesta bajo el marco de aquel cuadro. Aquella súplica de Tulio no faltaba a la verdad, pues fueron los aristócratas de Altamiria y no los criados quienes emprendieron la campaña de conquista. La ambición fue su principal motivación tras haber escuchado de boca de mercaderes y exploradores que Tierraíz era un continente donde sus habitantes tenían tanto oro que incluso los niños jugaban con este como si fuese una cosa sin importancia. Los nobles pensaron que sería una empresa sencilla, mas nunca imaginaron que los habitantes de Tierraíz defenderían su tierra hasta el punto de la victoria. Tras la derrota de Emilio y sus Huestes del Corazón de Hierro, Tulio Hojaltiva imploró por asilo en Tierraíz para él y los más de tres mil sirvientes que no deseaban volver al continente de Altamiria, donde eran tratados como parias por las clases altas.

La respuesta de Roble Tallofuerte fue registrada por los cronistas, tallada en una placa de madera y colocada junto a una tercera pintura.

Ocuparán las tierras donde desembarcaron con sus espadas, arcabuces y alabardas, donde derramaron la primera gota de sangre de nuestra gente, allí, donde talaron y quemaron los bosques, morada de los espíritus; allí, donde escupieron a la Tierra y le dieron la espalda; allí, donde esterilizaron con sal para traer el hambre. Allí, allí habitarán y su reino Tierra Amarga se llamará. Por ese nombre lo llamarán ustedes, sus descendientes y los nuestros, hasta que los bosques hayan crecido y el verde cubra nuevamente esas tierras que ahora solo emanan el nauseabundo olor del carbón. Tierra Amarga es lo que trajeron y en la Tierra Amarga vivirán. Ahora será su reino y entre nosotros habrá paz.

Tras aquellas palabras, los sirvientes de Altamiria se asentaron en Tierraí, pero no en cualquier zona, sino donde Emilio Martesta taló bosques completos y quemó la tierra en su afán de amedrentar a sus enemigos, un territorio plagado de tocones carbonizados y campos estériles. Desde entonces, los nuevos habitantes plantan y riegan con ahínco para sanar la tierra, pero esta sigue dañada y solo unos pocos parches de hierba y retoños de árboles se han animado a crecer.

Como una manera de retomar la vida que alguna vez tuvieron, la gente eligió a Tulio Hojaltiva como el primer rey de Tierra Amarga, y levantaron a punta de piedra y madera quemada la capital del reino: Nueva Esperanza. Una plaza con apenas dos árboles de maqui y un pozo de uso comunitario marcaba el centro de la ciudad, a su alrededor levantaron una austera casona de adobe de dos pisos de color terracota que servía como palacio real; una pequeña capilla en cuyo techo se erguía una efigie de madera de la Señora mirando hacia el pueblo, velando por su seguridad; el mercado central, que rebosaba de mercaderes desde la madrugada hasta el atardecer; y un cabildo, donde se reunían los ciudadanos

ilustrados para discutir temas del día a día de la capital. El paisaje urbano continuaba con cientos de moradas construidas con adobe, paja y tejas donde vivían cientos de personas, y miles más habitaban en las afueras y en los nuevos centros urbanos que bautizaron como los condados de Corteza Quemada y Campo Yermo, el puerto de Lobera y la marca de Colina Magra.

Nadie pensaba que tras la cruenta guerra se retomarían los lazos comerciales entre ambos continentes, pero con el pasar de los años llegaron mercaderes de los distintos reinos de Altamiria, y Tierra Amarga se transformó en un lugar lleno de vida.

En aquel diminuto salón adornado de pinturas se encontraba el rey Tulio Hojaltiva sentado en su trono que no era más que una humilde silla emplazada sobre una plataforma de madera alfombrada. Se peinaba hacia atrás los largos cabellos negros que le impedían leer cómodamente unos informes. Junto a él se encontraban dos guardias reales vestidos con largas chaquetas de cuero roído y desgastado, y una anciana de piel morena vestida con una manta negra y que afirmaba su cuerpo en un cayado de boldo.

—Soldados, pueden retirarse. Ya os mandaré a llamar cuando haya terminado aquí —les ordenó el rey amablemente.

La anciana vestida de negro no se movió de su lugar. Cuando Roble permitió la creación del reino de Tierra Amarga lo hizo bajo ciertas condiciones, y una de ellas era que en su capital siempre debía estar presente un integrante del Consejo de Ancianos para enseñarle a Tulio las costumbres y creencias de los pueblos, además de aconsejarlo y ayudarlo en caso de necesidad. Acacia Saviaviva fue la elegida por el Consejo para cumplir esa tarea y desde entonces se ha quedado al lado del rey.

—Su alteza, sabía Acacia —saludaron Bastián Bocablanca y Abdón Buenaventura con una sutil reverencia.

—Buen día tengan vuestras mercedes, aunque lo sería si no fuera por las malas nuevas que me han llegado desde los pueblos del sur —suspiró preocupado el rey Tulio—. Imagino que Abdón ya os habrá puesto al corriente, maestro de campo Bastián.

—Algo, su majestad.

El rey se acomodó en su austero sitio.

—Supongo que recordaréis la luna roja de hace ya un año.

Bastían y Abdón afirmaron con su cabeza.

—Sabia Acacia, por favor. —El rey cedió la palabra a la mujer de negro.

La anciana aclaró su garganta.

—He traducido y transcrito al papel la totalidad del mensaje que ha enviado nuestro chamán Pumagrís. Si lo desean puedo leerse los.

—Por favor —solicitó Bastían.

La anciana comenzó la lectura del siniestro mensaje que hablaba de cadáveres y árboles carbonizados, y de la desaparición total de Montepardo. El rostro del maestro de campo ganaba diez años ante cada palabra, cualquier persona que hubiera visto su semblante en ese momento jamás habría adivinado sus treinta y tres años.

—¿Qué pensáis? —preguntó el rey.

Bastían intentó componerse. Enderezó la espalda, echó atrás los hombros, alzó la mandíbula y con su mano peinó parte de su mal cortado cabello castaño.

—El mensaje no dice quiénes fueron los atacantes...

—No hubo sobrevivientes que los describieran —aclaró Tulio—. Y eso es lo que más me preocupa, porque el fuego y el no dejar testigo alguno fue la estrategia militar favorita de Emilio Martesta en los primeros días de su intento de conquista. Temo que algunos altamirios, ansiosos de poder, deseen repetir aquella... gesta.

—¿Y qué desea que haga, su majestad?

—Sois el maestro de campo y sobre vuestra merced recae la responsabilidad de liderar las tropas y de proteger este reino. Por tanto, Bastían, deseo que ordenéis a todos los soldados que abran mejor sus ojos y paren mejor las orejas. Estad alertas a cualquier movimiento, a cualquier sujeto sospechoso, a cualquier rumor que se escuche entre el pueblo y el campesinado. Si este ataque fue el

primer movimiento de alguien tan insensato como para creerse el nuevo Emilio Martesta, ¡debo saberlo!

El toque de alerta de una trompeta de bronce interrumpió las órdenes del rey. Guardaron silencio, atentos al llamado del vigía. El tarará se repetía insistentemente.

—Majestad, debo marchar. —Bastían se disculpó con el rey, quien lo dejó partir con un gesto de su mano.

El maestre de campo se dirigió con premura al encuentro del vigía. No era el único, decenas de ciudadanos se agolpaban a las afueras del sector este de la ciudad, curiosos por saber qué estaba ocurriendo.

—¡En esa dirección! —El centinela entregó el catalejo al maestre de campo, quien logró distinguir en la lejanía a un sujeto con el cuerpo lleno de heridas que caminaba a trompicones.

—Traed mi montura y que tres hombres me acompañen —ordenó el maestre.

Un total de cuatro jinetes cabalgaron al encuentro del herido, quien, agotado, se desvaneció sobre la escasa hierba. Ardía en fiebre y sangraba por todas sus heridas. Bastían le obligó a beber de su odre, lavó sus llagas y le puso un paño húmedo sobre la frente. Entre espamos, el herido balbuceaba palabras que ninguno de los presentes lograba comprender.

—Id a buscar a la sabia Acacia. ¡Necesito saber qué está diciendo este hombre!

Tras unos instantes llegó la mujer.

—Sabia, este hombre habla vuestra lengua, que aún no comprendo del todo. ¿Qué está intentando decir?

La anciana se espantó cuando vio al sujeto, tenía la mitad del cuerpo calcinado y apenas respiraba. Los ropajes de la sabia se tiñeron de rojo cuando se arrodilló para escuchar los tenues susurros del herido, quien recuperó parte del brillo de sus ojos al ver el rostro de Acacia Saviaviva. Con su ensangrentada mano le sujetó de la manta y le acercó sus resecaos labios a la oreja.

—Qué alegría verla, sabia Acacia —le susurró en su idioma—. He venido a rescatarla, pero he fallado. Debe huir de aquí. Debe huir.

Ellos... –Miró a los soldados–. ¡Ellos nos han traicionado! –alcanzó a advertirle antes de perder la conciencia.

Acacia se quedó junto a él unos segundos, intranquila ante la oscura advertencia. Miró a los soldados y al maestro de campo. Los vio a todos, altos y erguidos. Sus ojos eran fríos y sus cejas, ceñudas. Parecían nerviosos y sudaban pese al frío del otoño. La pluma de ñandú del sombrero de Bastián se mecía suavemente con el viento. Su espada se mantenía firme y bien envainada en su cinturón. Todos estaban armados y rodeándola. Notó cómo uno de los soldados acariciaba el pomo de su espada.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

13
EL CONSEJO DE GUERRA

—No entiendo por qué otra vez no entrenaremos. —Se quejaba Palma mientras ataba unas tablas y apretaba los nudos con indignación.

—¿No escuchaste los rumores? —le preguntó Chañar— Dicen que llegó una gaviota con un canto terrible.

—¿Qué puede ser más terrible que esto? —respondió otro de los aprendices, un joven delgado que le gustaba peinar su cabello con dos trenzas colgándole del cuello— Hace tres días que construimos techos para proteger las torres. Vine para ser un guerrero, no un carpintero —refunfuñaba.

—Escuché que el Rey Conquistador regresó a Tierraí y que quemó una aldea en el sur —susurró una muchacha de brazos firmes.

—Emilio Martesta murió hace años. Los muertos no vuelven a la vida.

—Sea lo que sea que haya pasado, debe ser bastante grave —dijo Chañar—. Los líderes de Aguatrueno llevan días conversando y solo se detienen para comer.

—¿No les gustaría saber de qué hablan? Podríamos escabullirnos y escucharlos.

La propuesta de Palma no entusiasmó a sus camaradas.

—Esto de ser nuevo —suspiró Chañar—. Si te atrapan husmeando en el Consejo de Guerra te castigarán. Lo mejor que podemos hacer es obedecer. Queda poco para el invierno y hay que fabricar techos para las torres. No querrás mojar te cuando te toque la guardia.

Palma no se convenció, quería enterarse de lo que pasaba en la morada de los consejos a como diera lugar. “¿Cómo no sienten curiosidad?”, pensaba impotente. Suspiró resignado, se sentó pesadamente sobre una roca, comió con desgano un trozo de charqui y arrojó una piedra contra el muro. “¿Qué estará ocurriendo ahí dentro?”

Al interior de la morada, Roble Tallofuerte se encontraba reunido con los guerreros más importantes de Aguatrueno, todos sentados sobre tocones o en el suelo, al alero de una fogata.

—No podemos quedarnos inmóviles ante lo que hemos escuchado. ¡Los muertos de Montepardo claman venganza! Roble, da la orden y partiré con un grupo de valientes para investigar a fondo qué fue lo que ocurrió —vociferaba la robusta Laurel—. Cuando Emilio Martesta arribó a Tierraíz nuestra indecisión de atacar le costó la vida a gran parte de nuestros hermanos del norte. No podemos cometer el mismo error. ¡Hay que actuar!

—Ni investigar ni actuar son nuestro deber. Los chamanes de la Orden de la Cascada están a cargo —le recordó Ciprés Huironegro, un calvo guerrero de cuarenta años que vestía una manta carmesí y un cintillo negro.

—Montepardo fue carbonizado y su gente asesinada. —Laurel se puso de pie, mostrando su amenazadora y elevada figura—. Es lógico que alguien atacó la aldea. Los chamanes no podrían con una amenaza como esa. Es ahora cuando necesitan nuestra ayuda. ¡Requieren de los guerreros de Aguatrueno!

—Cuando el rey conquistador invadió Tierraíz, todas las aldeas fueron atacadas en el transcurso de muy pocos días —intervino la chamana Quila Flordorada, la única representante de la Orden de la Cascada que se encontraba en el consejo—, y una tras otra cayeron ante el poderoso fuego de las Huestes del Corazón de Hierro. Recuerdo esos días como si fueran ayer. En cambio, ahora ha transcurrido un año desde la luna roja y, hasta donde sabemos, ningún otro pueblo ha caído en desgracia, solo Montepardo.

La anciana se quedó en silencio, reflexionando al tiempo que contemplaba la hoguera que abrigaba la morada.

—No entiendo la naturaleza de este ataque —prosiguió—. Es posible que el responsable esté probando su propia fuerza o, simplemente, busca ir paso a paso para no cometer el mismo error de Emilio Martesta, que se dejó llevar por su ambición, invadiéndolo todo en una embestida poderosa que no pudo mantener en el tiempo.

—¿Piensas que habrá un nuevo ataque, chamana? —habló Corcolén Pastosombrío, un hombre de rostro serio y ojos sin expresión. Su delgada figura hacía imposible imaginar que fuese uno de los guerreros más letales de Costazul.

—¡Ya basta de tanto elucubrar! —gritó Ciprés con molestia—. Lo más seguro es que solo fue una guerra entre aldeas y Montepardo se llevó la peor parte. Ni siquiera deberíamos estar discutiendo entre nosotros por algo así. ¡Este concejo de guerra me parece un exceso!

—La luna roja no se mostró ante nosotros por una simple pelea entre dos aldeas, Ciprés. Al igual que los otros chamanes, siento en mi cuerpo que algo terrible está a punto de ocurrir —advirtió Quila—. Mis sueños son intranquilos, en ellos veo la llegada de una sombra que no logro reconocer.

—Quizás es una coincidencia.

—¡Las coincidencias no existen! —replicó con vehemencia la anciana—. Las coincidencias son para aquellos que no saben ver las señales que nos entregan los espíritus. Todo en este mundo es un entrecruzamiento de caminos donde cada suceso va dejando una huella, una que los chamanes sabemos identificar. Estoy segura de que la luna roja fue el aviso de un mal por venir, y su primer paso fue la destrucción de Montepardo.

El consejo guardó silencio. Ciprés movía sus dedos con ansiedad. No estaba del todo convencido. No era un hombre que creyera en las señales.

—¿Y los esteparios? —preguntó finalmente— Son gente extraña. No podemos descartar su participación. Montepardo queda en el límite de sus tierras, no me extrañaría que esos grandotes hayan decidido expandir su territorio hacia el norte y la invadieran.

—No hables desde el prejuicio y la ignorancia, Ciprés. —La voz de Corcolén Pastosombrío se tornó aún más seria de lo que ya era—. Los esteparios son buena gente. Los conozco, he compartido con ellos. Si de tu boca vuelven a salir palabras falaces hacia ese pueblo, que en el pasado fueron nuestros aliados, juro ante los espíritus que lo próximo que manará de tus labios será tu propia sangre.

—¡Basta! —intervino Roble, cansado de escucharlos discutir— Ciprés, es absurdo pensar que los esteparios atacaron Montepardo. Sabes bien que son incapaces de ello.

—Nadie nos lo asegura, Roble. ¡Dame cien guerreros y me encargaré de esos nómades!

—Si tuviera que entregarle guerreros a alguien, no sería a ti, Ciprés. No estás pensando bien —le increpó Roble con dureza. Tomó su lanza y se puso de pie. Su enorme sombra tiñó de negro la morada—. Quila y Laurel tienen razón. Hay un mal por venir y los chamanes se encuentran desprotegidos en el sur. Necesitan de nuestra ayuda. Enviaré un grupo a Montepardo para que se pongan al servicio de Pumagrís.

“Pero ¿quién los liderará?”, pensó.

Observó uno a uno a sus mejores guerreros. “Laurel o Corcolén serían ideales, pero los necesito en Aguatrueno... saben poner a raya a Ciprés”. Había otros en la morada, pero ninguno lo convencía. Notó que alejada del fuego se encontraba Chilca Ramaseca, una guerrera silenciosa, de mano rápida y ojos sagaces como los de un tiuque. Ella sería la elegida.

—Chilca, escoge a cincuenta guerreros. Hoy al anochecer marcharán a toda velocidad al sur, a la frontera con las estepas. Enviaré una golondrina informando a Pumagrís para que aguarde por ustedes. Si Tierraíz tiene un nuevo enemigo, tu deber es averiguarlo y regresar con vida para que podamos combatirlo.

Junco regresaba de una de sus tantas incursiones en el bosque cuando vio a la sabia Totorá conversando con un extraño sujeto en un costado de El Claro, lejos de las fogatas que los aldeanos habían encendido para paliar aquel atardecer helado. De todas las personas que había visto en su corta vida esta era la más singular, era extremadamente alta, de casi dos metros de altura, con la cara curtida por la intemperie y los pómulos pintados con franjas blancas y negras. Su atuendo era aún más extravagante, gruesas capas de pieles pardas adornadas con plumas colgaban de sus hombros, como si un ave se hubiera incorporado y caminara cual hombre. Un gigantesco arco le colgaba del hombro y un carcaj de cuero marrón cargado de flechas adornaba su cintura. Junco notó que los aldeanos estaban intranquilos con la presencia de aquel peregrino y encerraban a sus pequeños en las casas.

—No lo mires tanto. —Litre Brisaveloz apareció al lado de Junco—. Es un *pájaro de mal agüero*, un mensajero del pueblo estepario. Ellos saben cuando los miran, cuando hablan de ellos e, incluso, cuando están pensando en ellos.

De pronto, el inmenso sujeto dirigió a Junco una mirada penetrante. Tenía los ojos rasgados y misteriosos. El pequeño se asustó y desvió la vista hacia el suelo.

—¿Por qué les dicen pájaros de mal agüero? —preguntó con miedo.

—Fíjate en sus vestimentas. La gente de las estepas se viste con pieles de animales. Los desuellan y se colocan el cuero directamente sobre sus cuerpos, no tejen la lana como nosotros.

Identifican su posición social según la piel del animal que visten, y las pieles que lleva ese sujeto son de esos pájaros gigantes llamados ñandú, un atuendo reservado exclusivamente para los mensajeros... mensajeros que nunca entregan buenas noticias. Por eso los llaman pájaros de mal agüero. Son personas misteriosas que van de pueblo en pueblo a una velocidad sobrehumana dando malas noticias de lo que sucede en las estepas.

—¿Entonces pasó algo malo allá?

—Los rumores que vienen del sur hablan de miedo y terror. Si él está aquí, hay que pensar lo peor. Los esteparios siempre vigilan, siempre esperan, siempre saben. Son nómades guerreros, todos enormes, el más pequeño de ellos es más alto que el hombre más alto de Costazul. Vagan durante toda su vida en las tierras del fin del mundo, recorriendo los espesos bosques de arrayanes, atravesando selvas insondables, sorteando vados, escalando glaciares tan anchos y altos como nuestra cordillera, dibujando senderos por las amplias y desoladas estepas donde el viento corta la piel como un cuchillo. Las historias dicen que hasta han navegado por el mar Negro que separa a Tierraáz de la Tierra de Hielo. Toda su vida es un eterno deambular. Si este pájaro de mal agüero está aquí, es señal de que han sido testigos de malas noticias y lo han enviado a advertirnos del peligro.

Junco se estremeció.

Totora seguía hablando con el pájaro de mal agüero. Arrugaba su ya arrugada frente y sujetaba su mentón con el pulgar y el índice, fruncía los labios. Se veía diminuta al lado del pájaro, apenas le llegaba al pecho. Junco, curioso, quiso acercarse, pero Litre lo contuvo tomándolo de la muñeca.

—No vayas, muchacho. No es bueno escuchar a los pájaros que pregonan fatalidades. “Hablar del mal, llama al mal”, dicen los ancianos, y escuchar del mal, también. Que los líderes se encarguen.

—No quiero que mi papá escuche el mal —dijo con preocupación—. Quiero estar ahí, apoyándolo.

—Él no necesita apoyo... ¡Es Sauce Briznasol! Una leyenda viviente.

–Es mi papá –replicó el pequeño con tristeza.

Totora tomó del hombro al exótico viajero y se dirigieron hacia el hogar de Amancay. Junco notó que las zancadas del sujeto eran enormes y la pobre anciana debía caminar rápido para seguirle el paso. Los aldeanos se alejaban a su andar y los perros huían aullando con la cola entre las patas.

–Es un monstruo –susurró Junco.

–Es un estepario –le corrigió Litre.

La casa de Amancay estaba hermosamente adornada. En las paredes colgaban tejidos coloridos, armas, escudos y regalos de otras tierras. El aroma a canelo inundaba la estancia. Amancay estaba sentada en el sitio de su ausente hermano Ulte. A su lado, de pie, se encontraban Sauce y Espino.

–Amancay –habló Totora–, como había anunciado, ha llegado un mensajero de las estepas.

“Un pájaro de mal agüero, querrás decir”, pensó Amancay y lo miró con recelo.

–Puede llamarme así, si lo desea –habló el sujeto, como si hubiese leído sus pensamientos–. Todos en este continente me dan ese nombre y usted también, lo veo en sus ojos. Consideran la verdad como un mal agüero. En cambio, nosotros los esteparios vemos la verdad como la verdad. –Sus ojos rasgados se clavaron en los de Amancay.

–¿Y qué verdad nos traes? –preguntó Espino con voz seca.

–La de la muerte.

–¿Acaso nos amenazas, estepario? –Espino acarició el mango de su daga de lapislázuli. El pájaro no se inmutó.

–Calma, calma. –Totora llamó a la prudencia–. Permitan que dé su mensaje.

–¡Que lo entregue pronto y se vaya de Rocalga! –Agitó la mano Amancay–. Habla, pájaro de mal agüero.

Sauce se percató de lo mal que estaban tratando a su invitado y quiso remediar la situación.

–Tu nombre, estepario, dinos tu nombre.

–Cormorán Surcalagos me llamó mi padre y mi madre, y Cormorán Surcalagos pueden llamarme ustedes. –Mantuvo su semblante serio.

–Dime, Cormorán Surcalagos, ¿podemos ofrecerte algo? ¿Comida? ¿Bebida?

–Orejas. Vine a entregar dos mensajes y pido que sean escuchados, tal es mi propósito y no otro –gruñó.

–Pues habla ya –refunfuñó Amancay, molesta. Cormorán la observó por largos segundos, escrutándola, como quien mira sin comprender lo que tiene frente a sus ojos. Amancay se sintió incómoda, se arregló el vestido y la manta, se sentó más erguida y aclaró su garganta.

–He ido de pueblo en pueblo entregando un mensaje de muerte y terror proveniente desde el sur. Venía hacía aquí cuando me encontré con Pumagrís, su chamán. Me pidió que les dijera que ya viene en camino. Espera regresar en la primera noche del nuevo año.

“Al fin retornaré”, se alegró Sauce.

–¿Cuándo lo viste? –preguntó Amancay, escéptica.

–Hace once días, en el humedal Juncosalto. Su chamán descansaba con los pies en las aguas cuando lo encontré.

–¡Por tu boca no salen más que mentiras, pájaro! El Juncosalto queda a más de dos lunas de viaje –se exasperó Amancay–. ¿O es verdad lo que se dice de ustedes y pueden moverse tan rápido como esos pájaros gigantes de sus tierras? ¡De otra forma es imposible!

Un sutil encorvamiento de cejas fue la primera expresión que demostró Cormorán en toda la conversación. Sauce se dio cuenta de que el mensajero se había enfurecido al ser tratado de mentiroso, mas si quiso decir algo contra Amancay, se lo guardó.

–Los mensajeros de las estepas no avanzamos como las personas comunes de su pueblo. Nuestras piernas son largas, fuertes y no conocen el cansancio –fue su única defensa.

–Gracias por entregarnos las palabras de nuestro chamán –añadió amablemente Totora–. ¿Y cuál es el otro mensaje?

Aguardaron en silencio a que el pájaro cantara. Amancay tamborileaba con los dedos, Totorá se apoyaba en su cayado mientras miraba al gigante, Sauce y Espino guardaban respetuoso silencio. Tras unos segundos, habló.

—La Isla Oscura existe. Un día estaba sobre el mar y, luego, no —dijo escueto.

—¿Eso es todo? —preguntó Amancay, sin entender—. ¿Acaso debemos preocuparnos? —Su voz tenía un dejo de sarcasmo.

Espino compartía la confusión de Amancay. En cambio, Sauce y Totorá sabían de lo que hablaba, pues ya estaban alertados de aquel rumor que rondaba por el sur.

—Hace ya un año que los esteparios venimos escuchando la historia de la Isla Oscura —continuó el pájaro—, pero de diferentes bocas, todas temerosas. Quienes huyen al norte o marchan más allá de las montañas cuentan que hay una isla que aparece frente a estas costas, y cada vez que lo hace la noche se hace tan insondable que desafía la vista de los ojos más penetrantes. Dicen que perturbadores cantos povienden de ella, infundiéndole el terror en los cuerpos más valientes. Dudamos de esas historias hasta que dos de nuestros batidores vieron la Isla con sus propios ojos hace algunas lunas, y en su propia carne sintieron el horror de los cánticos proferidos en una lengua desconocida. Tan oscura se hizo la noche que las estrellas desaparecieron y nuestros vigías no pudieron verse entre sí, pese a estar a un palmo de distancia. En sus corazones supieron que desde esa isla llegará un horror inimaginable a Tierraáiz. Desde entonces, los esteparios nos estamos preparando para lo peor. Nuestros guerreros se han pintado el rostro de blanco y de negro. Han abandonado las regiones de Pasto del Sol, Bosquelenga, Sotomuerto, Lagohondo y Río fuerte para reunirse en Picohielo. Tres mil esteparios acampan a pocos kilómetros del mar Negro. En la siguiente luna marcharán a la costa e iniciarán La Vigilia. Cuatro mensajeros fuimos enviados a todos los puntos de Tierraáiz para confirmar los rumores de la Isla Oscura. Tiempos sombríos se avecinan. De ustedes depende tomar los resguardos para proteger a

su gente. No me pidan consejos, solo soy un mensajero... un pájaro de mal agüero.

—Muchas gracias por advertirnos. —La voz de Totora sonaba más seca que de costumbre. Una cosa eran simples rumores, otra muy distinta era que se confirmaran—. Tomaremos las salvaguardas correspondientes. ¿El chamán Pumagrís sabe de esto?

—Lo sabe. Se lo dije en Juncosalto. Ahora debo retirame. Ya he entregado los mensajes a los pueblos que me correspondían. He de volver a las estepas, mi familia aguarda mi llegada. —Cormorán hizo una sutil venia a la anciana.

—Un momento, pájaro. —Espino lo detuvo—. Si algo se dice de los esteparios es que siempre vigilan, siempre esperan, siempre saben. Sin embargo, recién ahora, después de un año, nos enteramos del desastre de Montepardo y fue gracias a Pumagrís. ¿Por qué no recibimos a un pájaro de mal agüero hace un año? ¿Cómo es posible que ustedes no supieran nada siendo que Montepardo colinda con su territorio? ¿Por qué no nos advirtieron de aquella desgracia apenas ocurrió? ¿Acaso esta isla que mencionas tuvo que ver con lo ocurrido a nuestros aliados del sur? Incluso la luna nos avisó del peligro.

El pájaro guardó silencio. Se mantuvo erguido por unos minutos, se sacó el arco del hombro, apoyó una de las puntas en el suelo de tierra y la otra la sujetó con ambas manos.

—La luna roja no les advirtió del peligro, no. Todo lo contrario, dio la orden para iniciar la matanza y el baño de sangre. No hay que confiar en ella, es traicionera, solo el sol nos salva de su perfidia.

—Respeto a la Luna, pájaro —le advirtió Amancay—. Es uno de nuestros altos espíritus.

—Cormorán, te ruego que respondas —intervino Sauce para evitar una discusión mayor.

El pájaro asintió con un gruñido gutural.

—El hombre de la daga azul habla con la verdad. Los esteparios fallamos esa noche, mas no por desidia. Puedo asegurarles que somos muy pocos los esteparios que sabemos que

Montepardo ya no existe, y de esos pocos, ninguno sabe si la Isla tuvo algo que ver. La noticia llegó a mí por boca de Pumagrís en Juncosalto. Según sus palabras, todo el bosque de Montepardo, sus casas y su gente fueron carbonizados, pero ningún esteparío vio columnas de humo alzarse en el cielo y ningún esteparío sintió el rancio aroma del carbón. Lo que acabó con Montepardo no fue el fuego, sino algo tan siniestro que ni siquiera su chamán me quiso decir.

El día se despedía con un cielo arrebolado. Poco faltaba para que cayera la noche cuando Totorá, Espino y Sauce dejaban el hogar de Amancay para acompañar al pájaro de mal agüero a la tienda que le habían preparado.

—Cormorán, en unos días celebraremos la llegada de un nuevo año y el inicio del invierno. En agradecimiento por tus mensajes me gustaría que pases con nosotros esta fiesta. Estoy seguro de que tanto Espino como Totorá estarán de acuerdo con esta invitación. Puedes tomarlo como un breve descanso antes de tu regreso al sur.

Cormorán Surcalagos asintió con un suave rugido y se acomodó en su precaria tienda sin decir más palabras.

Tras dejar al pájaro de mal agüero, Sauce se despidió de sus acompañantes y se dirigió a El Fogón, donde una de las ancianas se movía de un lado a otro cargando una olla con reinetas y otra con cebolla y papas.

—Tengo tu encargo, Sauce. Le quedará muy bien a tu pequeño —le dijo la mujer apenas lo vio llegar y le entregó una hermosa manta teñida con tonos marrones y verdes—. ¿Se la darás ahora?

—Así es. Muchas gracias por tejérle —respondió Sauce al tiempo que olfateaba el caldo—. Mmh... Espero con ganas la cena. —Sonrió.

Buscó a su hijo entre los aldeanos que a esa hora se guarecían del frío junto a las fogatas, pero no halló rastro de él. Fijó la vista en la tienda de Litre, un simple toldo de cuero afirmado por

unos delgados puntales de colihue; el muchacho abrigaba las manos en un pequeño fuego.

—¿Litre, has visto a mi hijo?

—Sí, señor. No quería estar cerca del pájaro de mal agüero y se marchó al Nido de Garzas. Ya sabe, con eso de entender a la naturaleza lo único que hace es andar por el bosque o la playa. ¿Quiere que vaya con usted a buscarlo?

—Si no es molestia...

—Nunca lo será, señor. ¡Todo lo contrario! —Se levantó de un salto—. Siempre es un honor acompañar a un guerrero legendario como usted.

Caminaron hacia el humedal en busca del pequeño Junco. Poco a poco las conversaciones de los aldeanos y las risas de los críos se fueron apagando. Los sinuosos y fangosos senderos aparecían ahora ante ellos. La humedad y el frío se hacían más intensos a medida que se acercaban a la desembocadura del río Tronador. Desde el mar ingresaba una niebla espesa y rasante que cubría el bosque y humedecía sus mantas. *Uuuuuh* aullaba el viento norte, presagiando la llegada de las lluvias de invierno, movía las ramas y hojas con fuerza. Negros nubarrones avanzaban con ahínco opacando las estrellas que recién comenzaban a aparecer en el cielo crepuscular.

—Ahí está. —Litre apuntó al centro del humedal.

Junco flotaba de espaldas sobre las tranquilas aguas. Lo rodeaban las gaviotas, huairavos, uno que otro pilpilén e incontables garzas rezagadas que aún no marchaban a tierras más cálidas. Las aves nadaban tranquilas junto a él, pues no sentían peligro alguno al lado del pequeño. De vez en cuando un pidén se le subía al pecho y desde allí intentaba capturar algún insecto incauto.

—Este niño salió a su madre. —Sauce sonrió.

“Que sirva a su pueblo”, fueron las últimas palabras de Salvia, su querida esposa, recordó el guerrero y suspiró apenado.

—¿La extraña mucho, señor... a su mujer?

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Veinte, señor.

—A tu edad yo ya había acabado con una invasión —rememoró sin dejar de mirar a Junco—. Derroté a Emilio Martesta el Rey Conquistador, y antes asesiné a muchos de sus señores, entre ellos su primo Sibelyn Martesta, también a algunos de sus capitanes, como Remigio Malatesta, Andreu Ojosrojos y Clau Garrafuego. Aún recuerdo a Demetrio Alafuria, uno de sus maestros. Peleaba bien con la espada ropera. Durante los años que duró la invasión tuvo muchas oportunidades de matarme. Cuando lo vencí, respeté su cadáver y lo devolví a sus hombres para que lo sepultaran según las costumbres de su continente. Demetrio Alafuria fue un rival honorable y merecía un trato digno.

—Entiendo que después de la guerra usted se ganó muchos nombres: Sauce Mano de Trueno, Sauce Vencedor del Alba Sangrienta —enumeró Litre, demostrando su conocimiento de los antiguos guerreros.

—Así es. Me dieron muchos, pero a mí solo me interesaba un nombre: Salvia Lomazul. Era hermosa, no te imaginas cuánto. En ese entonces yo era un crío de trece años que le gustaba pelear y lo hacía bien. Fue por ella que fui a la guerra contra Emilio, por ella pedía estar en las emboscadas, saltar los caminos por donde transitaban las tropas del Rey Conquistador. Ella era la luz en mis pesadillas de sangre y muerte. Deseaba demostrarle a su padre y a su madre que yo era un hombre digno para su hija. Y qué mejor que defendiendo a nuestro pueblo de las Huestes del Corazón de Hierro.

El frío aumentaba.

Tenían los pies helados y el suelo húmedo y fangoso no ayudaba. Los mosquitos, amantes de los atardeceres, volaban y zumbaban a su alrededor. A lo lejos se escuchaba el canto de un grillo y, aún más lejos, el croar de una rana confiada.

—Tras la victoria, estuvimos semanas recorriendo los pueblos y aldeas, ayudando a los heridos y dando esperanza a los abatidos —continuó Sauce—. Nos recibían con honores y vítores. La paz había vuelto al fin. El último pueblo al que llegamos fue al de ella. Allí, junto a las aguas turquesas que bañaban su caserío, me estaba esperando. No sabes cuánto me alegré al verla con vida. Sus

ojos eran tan negros que podías hundirte en ellos y vivir feliz por siempre. Al cabo de unos años nos casamos y fuimos felices por mucho tiempo. –Dejó de hablar. El zumbido de los insectos que pululaban en la desembocadura se escuchó con más fuerza. Cerró sus ojos. Suspiró–. Fui muy feliz con ella y sí, la extraño demasiado.

Sauce guardó para sí los recuerdos más dolorosos. Por más que intentaban tener hijos, todos nacían muertos. La tristeza embargó el corazón de Salvia, su alegría había desaparecido, así como también el brillo de sus ojos azabaches. Las noches no eran más que largos silencios acompañados por sutiles e infructíferas caricias. La amargura inundó aún más el hogar de ambos cuando Sauce tuvo que marchar a luchar contra los insurgentes de Pampadorada. Si perdía la vida en aquella batalla allende la cordillera, Salvia moriría con él. Tras su triunfal regreso, y luego de años, nació Junco, un niño delgado e inquieto. Se sentían bendecidos por la Tierra. “Que sirva bien a su pueblo”, fueron las últimas y dolorosas palabras de Salvia antes de ser vencida por la fiebre. “Que sirva bien a su pueblo”, le rogó con el pequeño Junco en sus brazos.

Sauce y Litre seguían en silencio, de pie en la ribera del humedal.

Cuando Junco los vio, nadó hacia ellos. Las aves no se asustaron con el movimiento. El pequeño era uno más entre ellas.

–Te tengo un regalo –le dijo Sauce cuando se encontraron en la orilla, y le entregó su nueva manta–. Una manta verde y marrón para que sigas siendo uno con la naturaleza y puedas servir bien a tu pueblo.

La sabia Acacia Saviaviva ascendía con cuidado la escalera que llevaba al segundo piso de la Casona Hospitalaria de Nuestra Señora del Sagrado Halo, donde las hermanas de la Congregación de la Piadosa Curación atendían a los enfermos y a los más necesitados del reino de Tierra Amarga. La anciana necesitaba saber cómo se encontraba aquel extraño hombre que había llegado con la mitad de su cuerpo quemado. Una vez en su habitación, vio que aún no recobraba la conciencia. Revisó los vendajes y se alegró de no ver infecciones en las múltiples llagas. “Las hermanas lo están atendiendo bien”, agradeció para sus adentros.

Le puso una compresa fría en la frente para ayudar a bajar la fiebre.

“¿Quién eres, muchacho?”, se preguntaba. “¿De quién debo desconfiar?”, “¿quién nos traicionó?” Se sentó a los pies de la cama mientras tamborileaba con sus dedos, preocupada.

Unos pasos resonaron en la escalera. La anciana se puso de pie, alerta, y empuñó la daga que ahora siempre cargaba consigo tras la advertencia de aquel desconocido. El crujir de los escalones se escuchaba más y más fuerte. Un sombrero emplumado de ala ancha y una capa marrón aparecieron bajo el dintel de la puerta.

—Maestre de campo —lo saludó sin saber si sentirse o no aliviada ante su presencia.

—Perdón, sabia Acacia —se disculpó Bastián Bocablanca—. No sabía que estaba aquí o hubiese tocado la puerta. Pensé que acompañaba al rey en la casona real. ¿Cómo sigue el herido?

—Con toda seguridad puedo decir que no empeorará. — Guardó disimuladamente su daga.

—Pese a que nací en esta tierra y mi padre era de vuestro pueblo, él murió cuando yo aún era un crío y nunca aprendí bien vuestro idioma. Me hubiese gustado saber que os dijo esta pobre alma.

“Me alegro de que aún no domines nuestra lengua”.

El maestre de campo se acercó al enfermo. Dejó sus guantes de cuero sobre el pequeño velador de madera quemada emplazado junto a la cama y le tocó la frente. “Arde demasiado”, pensó.

—El rey ha ordenado la mejor de las atenciones para este hombre. Hablaré con las hermanas para que le dediquen el mayor de los cuidados. Si muere, tendríamos problemas con vuestra gente y mantener las buenas relaciones con vosotros es vital para Tierra Amarga. —La anciana asintió—. Llevamos más de veinte años sin conflictos y un malentendido como este podría quebrantar la paz.

“Si el Rey no desea la guerra y Bastián tampoco, ¿a qué traición te referías, muchacho?”, se preguntaba Acacia.

—¿Sabe si alguien más lo ha venido a ver? —Bastián observó sutilmente entre las cortinas para vigilar el entorno.

Vio a unos hombres descansando sobre carromatos y a otros tirando a sus caballos de las riendas. En la plaza del centro de la capital las damas reían y disfrutaban de su caminata vespertina mientras algunos niños jugaban junto a sus padres.

—Nadie más que las hermanas, el rey, usted y yo hemos entrado en esta habitación —respondió.

—Que continúe así.

La anciana asintió en silencio y en silencio quedó la habitación cuando Bastián se marchó junto con el resonar de sus botas.

En su camino en busca de un vaso de vino para distraerse de sus propios pensamientos, el maestre de campo esquivó carretas cargadas de mercadería con destino a los distintos pueblos de Tierra Amarga. Al pasar por el mercado los gritos de los vendedores

llegaban con fuerza a sus oídos: “Naranjas, exquisitas naranjas”, “lleve uvas, uvas de Histolia”, “limpiecitas las granadas... Recién traídas de Dontos”. Compró una naranja cuyo jugo le resbaló por la barbilla. Se limpió con el antebrazo y siguió su camino hacia la chingana, una suerte de taberna donde terramargos y viajeros podían comer un guisado caliente, beber vino a destajo y bailar hasta desplomarse. Aquella tasca no era más que unos puntales verticales cubiertos con tablas y ramas secas, pero contaba con mesas a disposición para cualquiera que quisiera pasar un buen rato.

Al llegar, vio junto a la barra a una joven de apelmazados cabellos cenizas tocando una vihuela, su música le daba un toque alegre al maloliente tugurio. La rodeaba un grupo de marineros de Histolia, quienes alzaban sus jarras cuando la mujer entonaba canciones de aquel lejano puerto altamirio. Disfrutaban también de la buena música algunos espadachines y arcabuceros provenientes de Estrechos, aventureros dispuestos a dar la lucha por quien les diera unas pocas monedas. Bastián los miró con desconfianza. Tras la fallida conquista de Emilio, se firmó el Tratado de Paz y Buena Voluntad entre Tierraíz y Altamiria, el que estipulaba claramente que no se permitiría el ingreso de mercenarios a Tierraíz. Le pareció que la presencia de aquellos sujetos era, por lo menos, sospechosa.

—¡Eh, Bastián! —le gritaron desde una mesa. Su amigo Abdón agitaba un pañuelo para atraer su atención.

El maestre supo sortear los pies de los ebrios contertulios que repletaban la chingana para llegar a la mesa de su compañero. En el camino estuvo a punto de chocar con la tendera y hacerle botar las jarras de vino tinto que cargaba. La mujer lo miró con indignación y se alejó con insultos entre dientes.

—¿Despertó el pobre muchacho? —le preguntó Abdón al tiempo que bebía de su último vaso y corría unas hojas garabateadas con poemas inconclusos que tenía sobre la mesa.

—No. La sabia Acacia se quedó con él.

—¿Qué os vais a servir? —los interrumpió la camarera.

Su voz era tan brusca como sus modales. Bastián la observó airado y le pidió una jarra de vino caliente aliñado con cáscaras de naranja y clavo de olor.

—Eh, bonita, pues que a mí se me ha acabado el tinto y un poeta necesita paliar la sed de la inspiración y el hambre del intelecto, así que traedme una limonada de vino y un salpicón con unos toquecillos de ajo y pimienta —le dijo Abdón con la coquetería que lo caracterizaba. La tendera marchó por el pedido sin siquiera mover los labios—. Dura de roer la moza, ¿eh?

—Y que lo digas —gruñó el maestro—. ¿Has notado a esos espadachines y arcabuceros? —Cambié el tema y apuntó al grupo de sujetos de mala calaña—. Son mercenarios de Estrechos. Se les nota a leguas. Su presencia aquí está prohibida por ley y eso es sabido en todos los continentes. ¿Habrán tenido ellos algo que ver con nuestro misterioso herido o con lo sucedido en Montepardo?

Al poeta no se le había cruzado esa idea por la cabeza.

—¿Y si nos paramos y les preguntamos? ¿Por los viejos tiempos? —Abdón se levantó la camisa y le mostró el puñal que siempre cargaba en su cinto.

—Ahora tengo un cargo que debo respetar y tú también. No podemos desenvainar acero con tanta facilidad como antes. Lo mejor será consultar al rey. Si él lo ordena, apresaré a esos joputas.

—Bueno, ya habrá chance de bailar con esos pelafustanes. Ahora disfrutad, que hasta te dedicarán una canción para que alegres la jeta —le aconsejó Abdón y apuntó hacia la barra.

La mujer de apelmazados cabellos cenizas alzó un vaso con vino tinto y brindó a la salud del maestro, siempre mirándolo a los ojos. Puso la vihuela sobre sus piernas y rasgó a un compás de seis octavos.

*No me venga a mí, señor,
con ese talante frío,
mire que soy de chingana,
una patrona de brío*

*Aquí se las da de macho,
Serio, callado y bebedor
¿por qué no viene conmigo?
No me reniegue el amor*

*Del amor yo le enseño,
mire que tengo pista
algo de espadachín,
y también de corista*

*A ver si se anima
con mujer de verdá
No como esas de la corte
que están empotrá's*

*Lo imagino conmigo
Aquí mismo bailando
En chingana o cama
Lo estaré esperando*

Tras los aplausos, la mujer envió una jarra con vino caliente de cortesía a Bastián. Él le agradeció con un gesto de su cabeza y le devolvió el brindis, sin dejar de mirar de reojo a los sospechosos mercenarios. En ese momento no le apetecía el baile ni la música. Era un soldado, le correspondía cuidar el reino.

—Así que mercenarios de Estrechos merodean por la capital. Eso está mal, muy mal, Bastián —decía con preocupación el rey horas más tarde, bien entrada la noche.

Tulio Hojaltiva se dejó caer sobre el borde de la fuente de agua que adornaba el pequeño jardín interior de la Casona Real.

—¿Estáis seguro de lo que visteis? —le preguntó por enésima vez.

—Tan seguro como que me apellido Bocablanca, su majestad. He visitado muchas veces Estrechos como para no saber reconocer a esos mercenarios. —Se acarició el bigote.

—¿Y qué harán aquí esos asesinos a sueldo? —se preguntaba Abdón— Todos sabemos que ellos viven de agitar la espada al mejor postor y aquí no hay guerras ni batallas. ¡Ni siquiera hay rencillas locales!

—Como sea, ellos no pueden estar aquí. Mañana al amanecer serán enviados al puerto de Lobera y puestos en el primer barco que zarpe a Altamiria —sentenció Bastián.

—No hablemos con tanto ahínco, maestre. Tierra Amarga es un reino al que muchos llegan para dejar atrás su vida anterior —reflexionó el rey—. Quizás estos mercenarios, cansados de tanto batirse en duelos ajenos y arriesgar el pellejo por aristócratas que poco y nada saben de lances, han venido a colgar la espada y sentar cabeza, quizás dedicarse a la minería en los lavaderos de oro o a comerciar bienes y especias, quizás a cultivar la tierra.

—Disculpe mi insolencia al mostrarme escéptico ante tal posibilidad, su majestad. La mera presencia de estos mercenarios es peligrosa. ¿Debemos esperar acaso que cometan alguna tropelía para actuar contra ellos?

El rey meditó en silencio las palabras de su maestre de campo. Agitó el agua de la fuente con sus dedos. Estaba fría. Observa ensimismado las sutiles ondas que viajaban hasta golpear los bordes.

—¿Su majestad?

—Montepardo incendiado, un nativo de Tierraáz agonizante en nuestro reino y mercenarios de Estrechos rondando tranquilamente por nuestras calles —enumeró con hastío—. Hasta un mocoso sabría que hay algo sospechoso detrás de todo esto. Tenéis razón, maestre. Vigilad a esos sujetos. Disponed de vuestros hombres para ello. Quiero que me reporten diariamente las andanzas de esos mercenarios. Si se emborrachan, hacédmelo saber; si arman pleitos, hacédmelo saber; si se cambian los calzones ¡joder! hacédmelo saber —ordenó con seriedad—. En pocas semanas será la

Fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Halo y lo que menos deseo es que ocurra algún incidente con tanta gente y los nobles reunidos en la capital.

“Tu amiga Lirio no podrá traer todas sus cosas sola, así que debes ir a buscarla”, fue la orden que le había dado su padre, por lo que partió sin chistar a lo profundo del bosque Pardo para ayudar a Lirio Hierbarcoíris, la aprendiz del chamán Pumagrís.

Misiones como esa eran las que Junco adoraba. Caminar bajo los árboles, escuchar el ulular de los insectos, respirar el aroma del bosque y escuchar el canto de las aves le hacían sentir vivo. Respiraba hondo, hinchando su pecho para que no se le escapara ninguno de los olores de la foresta. Por aquí percibía el aroma del copihue, por allá algo de huingán y a lo lejos sentía un dejo a raulí. Olfateaba todo lo que podía y memorizaba sus nombres, tal como le había aconsejado la anciana Totora. Junco alzaba su nariz e inspiraba una y otra vez. “Por aquí pasó un pudú”, “en este boldo se posó un jilguero”, reconocía. Un olor extraño le llegó de pronto, no era una planta, tampoco un animal, al menos no uno que él pudiera reconocer.

—Pareces un zorro oliendo de aquí para allá. —Junco se sobresaltó con la voz que apareció de la nada—. En las estepas no se ven muchos, son escurridizos y difíciles de atrapar. Olfateas como un zorro, pero te muestras confiado como un coipo en la seguridad de su río.

“El pájaro de mal agüero”, se asustó Junco. No lo vio llegar ni escuchó sus pasos. Qué mal se sentía por haberse convertido tan fácilmente en una presa.

Cormorán Surcalagos estaba sentado sobre un árbol caído a la vera del sendero. Las capas de piel de ñandú le cubrían desde la cabeza hasta los pies.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Junco.

—Tu padre me dio hospedaje en Rocalga y me ha invitado a la celebración del nuevo año. Como invitado, tengo permiso para recorrer libremente los bosques y eso hacía.

—¿Y acaso puedes volar? No escuché tus pasos.

—Un mensajero estepario no deja huellas ni hace ruido al caminar —respondió sin levantarse—. ¿Y tú, qué hacías olfateándolo todo como un cachorro que recién descubre los olores del mundo?

Junco se avergonzó.

—Estoy aprendiendo a leer a la naturaleza. Quiero entender todos los mensajes que nos entrega y así poder servir a mi pueblo. Si lo consigo, podría ser un buen cazador para llevar comida a mi gente.

—Dejas muchas huellas en el camino para querer ser un cazador —gruñó Cormorán con displicencia—. No solo debes saber leer a la naturaleza, sino también ser invisible en ella si así lo deseas.

Se levantó y se acercó a grandes trancos, tanto que en solo dos pasos ya estaba al lado de Junco. El pequeño se percató que en ese trecho el pájaro no dejó ninguna huella.

—Un cazador es un acechador, como el águila, que vuelta tan alto que nadie logra verla y, cuando menos te lo esperas, te atrapa entre sus garras —apretó el puño—. Un rastreador no deja huellas en el camino ni se deja atrapar con tanta facilidad como tú lo has hecho, pequeño coipo. Un puma es mucho más grande y corpulento que tú, mas te aseguro que no lo hubieras visto llegar. El último olor que habrías sentido en este bosque sería el de tus tripas saliendo de tu barriga.

—No he dejado huellas —se defendió Junco. El pájaro se rio a carcajadas y miró hacia atrás.

—Brizna de hierba rota, marca en el fango, rama aún moviéndose cuando la rozaste con tu hombro —enumeró—, y puedo seguir hasta que empezaste tu camino en El Claro. Ni nuestros recién

nacidos dejan tantos rastros al gatear en busca del pecho de sus madres.

Aun con la rabia que Junco sentía en ese momento nada podría haber hecho contra aquel gigante de dos metros al que apenas le llegaba a la altura del vientre.

—No tenía necesidad de ocultar mis pasos —argumentó.

—¡Siempre debes hacerlo! —gruñó el pájaro— Uno nunca sabe cuándo el enemigo estará detrás de ti con una daga en la mano, listo para rebanarte el pescuezo. Los bosques esconden muchos demonios. —Miró alrededor—. Más en estos tiempos.

—Mi padre dice que no hay demonios en Rocalga —refutó Junco.

—Tu padre es buena gente, pero no ha ido a las estepas. ¿Acaso nunca has escuchado de la Isla Oscura?

El pequeño guardó silencio.

—Es una isla siniestra que aparece y desaparece como si tuviera vida propia. Mis hermanos esteparios la vieron. De la nada se materializó frente a sus ojos, emanando cantos espeluznantes de odio, sangre y deseos de muerte. La noche se oscureció tanto que todas las estrellas desaparecieron, y el viento y la lluvia fueron tan terribles que apenas podían mantenerse en pie. Y así como apareció, se desvaneció y la vida volvió al mundo. Nadie sabe qué criaturas viven en esa isla, pero algunas personas han visto extraños pájaros volar desde ella hacia nuestras costas, y todo aquel que escuche su canto morirá... *tuetué* —cantó Cormorán— *tuetué*. Dicen que les fascina la sangre y no dudan en asesinar para obtenerla, dejando tras de sí un reguero de cadáveres resecos de animales. Mientras más pequeña la víctima, más fácil beberle su sangre.

Junco tragó saliva.

—Siempre oculta tus pasos o morirás, pequeño coipo. Ahora sigue tu camino, que yo proseguiré el mío. Un estepario como yo no siempre puede ver bosques como estos y quiero conocerlos bien.

El pájaro dio media vuelta y se alejó entre brincos y trotes tan rápidos que Junco no podría haberle seguido el paso, aunque corriera a toda su velocidad. Y lo más humillante para el pequeño

fue que el pájaro no dejaba huellas. A partir de ese momento Junco decidió caminar con más cuidado, fijándose siempre dónde ponía sus pies y borrando su rastro. Así se dirigió hasta el hogar de su amiga Lirio.

Tras mucho andar, se preguntó: “¿pájaros que beben sangre de animales?” Y recordó lo sucedido con los ñandúes, llamas y perros de los clanes. El único sonido en kilómetros era el de las hojas golpeándose entre sí y por primera vez tuvo miedo al encontrarse solo en el bosque. “Son solo cuentos para asustar niños, y yo no lo soy”, se convenció y siguió su camino, sin embargo, ya nunca más dejó de mirar al cielo... asustado.

—Esto huele muy bien, Alanoche. ¡Huele, huele! ¡Hasta a ti te gustaría! —le decía Lirio Hierbarcoiris a un tordo que la miraba meneando la cabeza de lado a lado, intrigado—. Estoy segura de que a la gente le fascinará. ¿Qué dices? No, no. No es un licor. Esto se debe beber después de la cena. Les hará bien. Es una infusión que se bebe tibia. Tiene unos toquecitos personales para calmar los dolores de estómago. Tú ya sabes cómo son en Rocalga. De toda la gente de Costazul, debe ser la que más come.

Lirio Hierbarcoiris era la aprendiz del chamán Pumagrís. Todos los aldeanos la conocían por ser la persona con más conocimiento de plantas y hierbas en Costazul. En su memoria guardaba el nombre de cada hierbajo, hongo, musgo, arbusto, flor, enredadera y árbol del territorio, además de cómo y cuánto tiempo viven, qué hacer para que crezcan sanos y fuertes, y cómo mezclarlos para cocinar, embellecer o aromatizar y, lo más importante, para sanar. A sus cortos trece años era una maestra en las artes medicinales y el pueblo la respetaba por ello, sin embargo, era sumamente introvertida y más que la compañía de los humanos prefería la de los animales, especialmente la de las aves, con ellas se sentía cómoda. Les preparaba platos con semillas y ellas le agradecían consiguiéndole plantas de otras regiones, por lo que contaba con una exótica y muy bien preservada colección. Vivía lejos de El Claro, en el interior de la foresta noreste. Allí, bajo la protección de un sauce, junto a un pequeño arroyo, tenía su humilde hogar, el que se camuflaba muy bien con el entorno. En su interior había un sinnúmero de especies vegetales de cactus, helechos,

retoños de árboles, líquenes y más, además de muchos nidos para pájaros. Sobre una mesa tenía platos, fuentes y botellas de greda donde experimentaba con la esencia de las plantas en la búsqueda de nuevas recetas que pudiesen servir a los más variados propósitos. Al pasar la mayor parte del tiempo dentro de su casa o bajo la sombra del sauce que la cobijaba, era pálida; y así como era pálida, también era delgada, pues solo se dedicaba a la recolección de hierbas para estudiarlas y nunca hacía mucho esfuerzo físico. A veces se la veía en el bosque con un aspecto desgarrado, llena de ramas y raíces colgándole de su manta. “Algo propio de mi labor”, se defendía ella. Pese a vivir en la soledad del bosque y su carácter introvertido y tímido, se llevaba muy bien con los aldeanos, quienes la visitaban de vez en cuando, sobre todo cuando requerían de algún brebaje para el dolor de cabeza o un ungüento para las molestias de la piel.

Aquel día se encontraba particularmente afanada en un nuevo licor de boldo con el que esperaba sanar los dolores estomacales, hasta que el canto de alerta de Alanoche la sacó de su concentración.

—¿Qué? ¿Viene alguien? —le preguntó asustada— Vuela, Alanoche, averigua quién anda por ahí —le ordenó al tordo que voló raudo por el cielo del mediodía y volvió al instante, tranquilo.

“Es un amigo”, pensó aliviada. Al segundo después escuchó: “Lirio, ¿estás ahí? Soy yo, Junco”.

Lirio dejó sus trastos sobre la mesa, limpió sus manos con un paño viejo y se dirigió a recibir a una de las pocas personas que consideraba un amigo.

—Junco, ¡qué sorpresa! —le gritó invitándolo a pasar con ademanes toscos, propios de su escasa, o nula, habilidad social.

—¿Cómo estás?

Le preguntó Junco amablemente mientras entraba a aquella casa llena de vasijas, jarras y plantas de todo tipo. El pequeño no pudo dejar de mirar a las aves que allí anidaban, lo que le otorgaba un olor peculiar al hogar de su amiga.

—Mi padre me ha enviado por si necesitabas ayuda para llevar tus cosas hasta la aldea. Es largo el trecho para que cargues

todo sola –decía mientras abría una olla tras otra, curioso por la cantidad de olores y vapores que de ellas emanaban.

–¡Muchas gracias! Mi carreta esta averiada y necesita de dos personas para que funcione. Tú la arrastras y yo voy detrás dándole patadas a la rueda para que no se salga.

Entre ambos cargaron las ollas y un sinfín de vasijas de barro cocido, todas llenas de licores, brebajes, pociones y hierbas molidas, y las depositaron ordenadamente en el viejo carretón de ruedas agrietadas. Aún no llegaba el atardecer cuando terminaron de acarrear y amarrar el equipaje. Junco estaba agotado.

–Toma, bebe esto.

Lirio le ofreció a su amigo un odre con agua aromatizada. Apenas dio un trago el pequeño se sintió revitalizado y en paz, como si estuviera en una fresca tarde de primavera.

–¿Mejor?

Junco nunca dejaba de sorprenderse de las siempre excelentes y útiles pociones de su amiga.

–¡Por supuesto! –respondió él con renovados bríos.

Durante la ida a Rocalga, Lirio se detuvo en varias ocasiones para recoger algunas semillas, las medía, las estudiaba con detenimiento y las guardaba en su faltriquera si tenían el tamaño correcto. De vez en cuando algunas golondrinas se le posaban sobre los hombros y ella las alimentaba con paciencia y dedicación. Pese a su alegría por el viaje, notó que su amigo no era el mismo de siempre.

–Te noto preocupado –advirtió la pequeña al tiempo que pateaba la rueda que estaba a punto de salirse del eje.

–No pasa nada. Estoy bien.

–A mí no me engañas, somos amigos desde que nacimos y conozco todas tus caras. Estás preocupado por algo.

Junco no podía evitar estar inquieto por las dificultades que debía enfrentar su padre y la misteriosa bestia que asesinó al puma. Si sumaba a los viajeros que huían del sur y las palabras de terror de

Litre y Cormorán, era obvio que no pudiera ocultar su cara de desasosiego.

—Están... están pasando cosas extrañas y no sé cómo ayudar a mi padre para aliviar su carga.

—Ah, es eso —dijo ella con el rostro serio—. Pumagrís me mandó un ave contándome lo de Montepardo. Terrible. También me enteré de lo del puma que atacó los clanes. Fuiste valiente, y tonto, al ir en su cacería.

“¿Le contaré la verdad?”, pensó Junco.

—No debemos preocuparnos —prosiguió Lirio—. No en estos días, al menos. Lo único que debemos tener en mente es la llegada del nuevo año. Festejemos hoy y preocupémonos mañana —le soltó una sonrisa que Junco le devolvió de manera sincera.

El sol ya estaba sobre el horizonte marino cuando Junco y Lirio llegaron a El Claro. La pequeña se maravilló al ver las mesas rebosantes de comida dispuestas alrededor de una inmensa fogata junto al tótem de Coirón Riobravo. Junco la ayudó a bajar las ollas y jarras del carro, y los niños de la aldea se apresuraron a ir su auxilio para aprovechar de probar los exquisitos brebajes que Lirio siempre llevaba para las festividades.

Mientras los pequeños descargaban, Sauce, Amancay y Totora recibían a los miembros de los clanes, que traían consigo ollas con guisos de cochayuyo o charqui, pescado asado aliñado, mote, sopaipillas y tortillas. Todos deseaban celebrar con ansias la llegada del nuevo año.

—Sauce. —Se le acercó una mujer entrada en años y de andar lento. Las manchas de la vejez adornaban el dorso de sus enflaquecidas manos. Era Tara, madre de Tepú, y matriarca del clan de la ribera sur del río Tronador—, agradezco tu ayuda. Tus enviados repararon nuestras casas y levantaron otras nuevas, muy firmes todas. —Su voz era apenas un susurro forzado—. Las ancianas agradecemos las mantas. Nuestros huesos las pedían a gritos.

—¡Eh, Sauce! —le gritó una voz ronca— Veo que hay que hacer fila para darte las gracias.

—¡Hualo! —saludó al grueso padre del clan del norte con un abrazo.

—Todo ha vuelto a la normalidad. La gente te lo agradece. —Le palmeó la espalda con fuerza.

—Me sumo a los agradecimientos. —Sauce reconoció la voz de la anciana Ulmo, del clan de los bosques.

—No me gusta lo que voy a decir... —empezó Hualo.

—Entonces no lo digas —interrumpió Totorá.

—¡Debo decirlo! Ulte ya nunca está en Rocalga. Sí, nos salvó de la hambruna de aquel invierno, pero es un líder ausente. Tú deberías ser nuestro líder, Sauce. Lo harías bien, estoy seguro de ello.

—Hoy es un día para celebrar, Hualo, no para tomar decisiones así de importantes.

—De acuerdo, tras la fiesta hablaremos, ojalá más temprano que tarde, eso dalo por hecho. No puede ser que Ulte no esté con nosotros en la llegada de un nuevo año. Las cosas van a cambiar en Rocalga, Sauce, van a cambiar.

Sentados alrededor del enorme fogón que habían preparado durante la mañana, los aldeanos festejaban el inicio del invierno y de un nuevo año. Comían, conversaban, reían y entonaban melodías que narraban las batallas de los antiguos espíritus y la formación de la Tierra. Los ancianos contaban historias a los más jóvenes y estos aprendían de su sabiduría. La sabia Totorá se sentó trabajosamente en un tronco para narrar una historia antigua, de años y sufrimientos pasados. La luz de las llamas dibujaba sombras sobre sus avejentados ojos.

—Este cuento es para los más pequeños aquí presentes, para que conozcan un poco más de sus antepasados y sepan cómo, gracias a sus acciones, forjaron lo que somos hoy —comenzó su relato ante los atentos oídos de los niños—. De lo que voy a contar han pasado muchos años, tantos que estas tierras eran vírgenes y el viento que acariciaba la hierba evocaba melodías desconocidas para los humanos. En esa época, detrás de la cordillera de Piedrafría, donde nace el sol, existió una tribu muy parecida a la nuestra. Aunque era un pueblo pacífico y nunca había tenido disputa alguna, fue atacado por gente amante de la guerra y de la muerte. Con gran pena en su corazón, un aldeano tomó de los hombros a su hija, una chiquilla de

apenas trece años, y le dijo: “Huye. Llévate a todos los niños y atraviesa la cordillera. Al otro lado hay valles de árboles verdes y ríos cristalinos. Llévatelos y comiencen una nueva vida, pues aquí no hay futuro”. Sin que lo invasores se dieran cuenta, la pequeña escapó con más de cien niños, todos de la misma edad de ustedes. –Apuntó a su asustada audiencia–. Aquella joven valiente, llamada Loica Vientoleal, emprendió el arriesgado viaje para llegar a estas tierras. La travesía no fue fácil. Muchas veces tuvo que cargar hasta tres niños en sus brazos y espalda para que no se les congelaran los pies con la nieve de las montañas. Dice la historia que contó con la ayuda de un pequeño de tan solo doce años llamado Gorrión Plumaférrea, quien siempre la apoyó en momentos de necesidad.

»A medio camino, Loica Vientoleal notó que todos los pequeños habían perdido sus fuerzas, por lo que llamó a Gorrión Plumaférrea y le dijo: “Eres el mayor de los niños a mi cargo. Yo iré a rezar al Espíritu de la cordillera para que nos deje continuar. Si no regreso, debes cumplir la misión que se nos ha encargado”. Dicho esto, la pequeña Loica escaló durante días para llegar hasta la cumbre más alta. Cuando llegó, invocó al poderoso espíritu, quien apareció en la forma de un majestuoso cóndor. Sus alas eran tan grandes que cubrían el cielo y su plumaje era de un negro tan profundo que ella pensó que la misma noche venía a buscarla.

»–¿Qué deseas, pequeña semilla? –le preguntó el espíritu.

»–Vengo a rogar por su bendición para que mi gente llegue sana y salva al valle del oeste, gran Espíritu. Le he traído esto como ofrenda –le respondió Loica y le entregó una vizcacha–. Conmigo van más de cien niños. Escapamos de un ataque a nuestra tribu y la única esperanza que nos queda es vivir en el valle que está cruzando estas montañas. Lamentablemente, el frío y el viento nos lo impiden. Por favor, le ruego que interrumpa el invierno hasta que crucemos.

»El espíritu, sorprendido por la valentía y arrojo de Loica, le dijo:

»–Tu petición será concedida, pequeña semilla. A partir de hoy y hasta que lleguen a su destino, no habrá más nieve ni vientos

ni frío en su camino. Marcharán bajo un sol cálido y sus pies siempre estarán tibios. Esa es mi promesa, pequeña semilla.

»Tras la respuesta, el poderoso espíritu se marchó volando y con él se llevó las nubes, los vientos y la nieve. Así fue como los niños continuaron su viaje hasta llegar a esta tierra llena de vida y con árboles cargados de frutos para saciar su hambre.

»Cuando pasaron dos años y los niños ya eran fuertes y podían cuidarse por sí mismos, Loica decidió regresar a su pueblo natal para tener noticias de sus madres y padres. Gorrión Plumaférrea, que ahora era un muchacho fornido, la acompañó en esa travesía. Al llegar, se enteraron de que su gente había librado terribles batallas y muchos habían sido capturados y esclavizados. Loica, enfurecida, juró que lucharía por rescatar hasta la última persona capturada y que no se detendría hasta ver en llamas a las tribus invasoras. Con sus corazones infundidos por el valor, coraje y determinación de Loica, las tribus, aldeas y pueblos oprimidos la siguieron en lo que hoy llamamos *La campaña de los mil rescates*, venciendo a todas las tribus enemigas y liberando a los cautivos, pero tamaña valentía tuvo un precio muy elevado –se lamentó la anciana–, pues en la última batalla Loica cayó herida por una flecha envenenada. El que fuera un día de liberación y triunfo se convirtió en uno de sufrimiento. El joven Gorrión se aferró al cuerpo moribundo de su amada amiga y tan amargo fue su llanto que conmovió al mismísimo Espíritu de la Montaña, quien bajó desde sus estancias cordilleranas. Viéndola agonizante sobre la hierba, el gigantesco cóndor le ofreció el más grande de los dones y cortó parte de su ala y vertió su propia sangre en las heridas de la joven guerrera. Desde el momento en que abrió sus ojos, Loica fue bautizada como Alacóndor y la nueva sangre que le fue brindada le otorgó una sabiduría y resistencia más allá de lo imaginable, convirtiéndose en la primera chamana y líder de nuestro pueblo. Su resurrección fue motivo de gran felicidad y toda la aldea regresó junto a ella a esta tierra, donde madres y padres se reencontraron con sus hijas e hijos, y forjaron los cimientos de nuestro pueblo.

Así terminaba Totorá la historia de Alacóndor y todos guardaron un respetuoso silencio en honor de sus ancestros.

—¿Es verdad que Loica se hizo inmortal al recibir la sangre del Espíritu de la Montaña? —preguntó un pequeño.

—Hay gente que cuenta eso. Otra dice que vivió muchos años, tantos como para ver nacer a cinco generaciones de nuestro pueblo y dedicarle canciones a cada una. Sin embargo, mi abuelo contaba que, cansada por los años, Alacóndor se retiró a la cordillera y que desde allí nos cuida junto al Espíritu de la Montaña. Esa versión me gusta mucho más —dijo la anciana con una sonrisa.

Los festejos seguían en la aldea. El joven Litre conversaba con el pájaro de mal agüero, Junco reía de buena gana junto a su amiga Lirio, Sauce caminaba de aquí para allá, mostrándose amable con cada aldeano que lo saludaba, y a su lado siempre estuvo Amancay. Las ancianas se aprestaban a preparar un guiso de cochayuyo, por lo que comenzaron a picar papas y algas. Llamados por el aroma, los cientos de aldeanos se apretaban contra el fuego con sus platos y jarras de greda, todo esto al son de los tambores y flautas que tocaba un grupo de músicos bajo el tótem de Riobravo.

Las estrellas hermoseaban aquella noche sin luna en la que todos comían y cantaban alegremente. De pronto...

Uoooooooooooooooooh

Un macabro sonido asustó a los aldeanos. “¿Qué ha sido eso?”, se preguntaban. Junco notó que el rostro de Lirio palideció.

Uoooooooooooooooooooooooooh se escuchó nuevamente, con mayor intensidad. “¿Qué ocurre?”, se preguntaban alarmados.

Uoooooooooooooooooh

El sonido venía desde el mar.

—Espino, ven conmigo —dijo Sauce y subieron hasta lo alto de la Colina de La Victoria.

Cormorán se levantó del tronco en el que estaba sentado. De la nada tenía su arco y su carcaj en la espalda, y advirtió:

—La Isla Oscura. Ha aparecido la Isla Oscura.

20
LA ISLA OSCURA

Uoooooooooooooh

Un poderoso vendaval comenzó a agitar el mar con violencia. Las gaviotas y pelícanos emprendieron el vuelo, despavoridos, y los lobos marinos huyeron tierra adentro, lo más lejos posible de ese mar iracundo. En El Claro, los aldeanos estaban atemorizados ante la inesperada tormenta que amenazaba con destruir sus casas. Sobre la Colina de La Victoria el viento arreciaba con aún más fuerza, siendo capaz de tambalear a Espino y a Sauce.

Uoooooooooooooooooooooooooooooh

–Sauce, algo viene desde el mar. Es... ¿es una isla? ¿Es la isla de la que hablaba el pájaro de mal agüero? –Espino Pastoseco no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Uoooooooooooooh uoooooooooooooh

Un murmullo amargo y lamentos de terror se escucharon en toda la costa. Cánticos en una lengua desconocida que parecían provenir de los más insondables rincones del mundo, de lugares prohibidos para los humanos y cualquier otra criatura viviente. Las estrellas desaparecieron del cielo y el fuego perdió su potencia y luminosidad.

Todo se tornó en la más lúgubre oscuridad.

Sin lograr ver lo que sucedía en la playa, Sauce alzó una antorcha, pero esta apenas emitía una tenue luz ante aquella penumbra que parecía tener sustancia. Cuando logró vislumbrar lo que ocurría, deseó nunca haberlo hecho, deseó nunca haber contemplado aquella terrorífica visión: cientos de extraños seres levitaban por sobre el mar como si fuese tierra firme, criaturas cuyos

cuerpos se fundían en la densa oscuridad, emanando un odio irrefrenable y el deseo de acabar con toda forma de vida. Sauce Briznasol y Espino Pastoseco, guerreros que tantas veces demostraron una valentía sin igual en el pasado, ahora apenas podían mover sus cuerpos, helados ante el horror. Sauce dirigió su vista hacia El Claro y vio a su gente aguardando por una respuesta, aterrorizados ante la sensación de hostilidad que sentían en sus cuerpos.

No tenían elección. Debían defenderse. Sauce Mano de Trueno debía renacer ante aquella amenaza proveniente de quién sabe qué aterradoras profundidades.

—¡Espino, trae mis armas y armadura! Ordena a todos los hombres y mujeres que puedan maniobrar un arma que suban a la colina. Defenderemos a nuestra gente y nuestra tierra. Los niños y ancianos deben huir hacia el bosque Pardo. Asegúrate de que Junco también se vaya de aquí. ¡Este no es lugar para él! —Apenas tenía fuerza en la voz.

Espino obedeció y descendió a El Claro.

—¿Qué sucede? ¿Qué esta oscuridad? —le preguntó Amancay sin ocultar su angustia.

—Abominaciones, abominaciones que pueden caminar sobre el mar vienen hacia Rocalga. ¡Cientos de ellas! ¡Deben huir! Tú y Totorá reúnan a todos los ancianos y niños, y llévenlos lejos de aquí, al bosque Pardo. Allí estarán a salvo.

—¿Huiremos? ¿Todos? —preguntó la mujer con indignación.

—No. Los demás nos quedaremos a luchar para permitir que escapen.

—¡Entonces también me quedaré! —Amancay desenvainó una daga de piedra.

—Eres la hermana del líder, tu deber es guiar a nuestra gente.

—¡Defender a nuestra gente! —replicó ella—. Otras mujeres lucharán. ¿Por qué yo no puedo combatir junto a ustedes?

A pesar de que Espino no sentía simpatía por Amancay, sí le tenía un secreto respeto. La consideraba una persona capaz y

valiente, claro que nunca había querido reconocerlo, menos decírselo a la cara. No tuvo otra opción.

—Nosotros lucharemos para que ustedes logren escapar. Si caemos, tú eres la única que puede guiar a nuestra gente y mantenerla con vida. Si abandonas a los ancianos y a los niños por ir a la batalla, los dejarás sin esperanzas. No hay persona más capaz que tú para liderar a nuestro pueblo en esta hora de necesidad.

—Espino tiene razón —intervino Totorá—. Sé la lideresa que debiste ser hace años.

Amancay le mantuvo la mirada a la anciana. Vio sus ojos grises, casi ciegos, indefensos. Resignada, comenzó a reunir a gritos a los cientos de niños y ancianos, y huyeron hacia el bosque. Antes de dejar El Claro, Amancay volteó una última vez para ver a las mujeres y hombres que lucharían contra aquellas criaturas, mas la oscuridad se lo impidió y apenas pudo divisar sutiles siluetas moviéndose hacia la cima de la colina. “Sobrevivan”, les deseó y dejó atrás las arengas de la inminente batalla.

—Lirio Hierbarcoíris —gritó Espino—, quédate por si tu medicina nos hace falta. Todos los demás tomen un arma. ¡Invaden Rocalga!

Sauce seguía de pie en la cima cuando Junco escaló hasta llegar a su lado.

—¡Ordené que te fueras! —le gritó indignado.

—No me llegó esa orden, padre. ¡Quiero estar contigo!

—No sabes lo que pides, Junco. Por favor, vete.

—¡Quiero estar contigo! ¡No te abandonaré!

Lo que fuera digna valentía o infantil tozudez se esfumó al ver a los cientos de espectros llegando hasta la playa. El miedo le impidió escuchar las desesperadas palabras de su padre, quien lo sacó de su estupor tomándole la cabeza con fuerza.

—¡Hazme caso y huye de aquí, Junco! No podré luchar si estoy preocupado por tu seguridad —le rogó.

–N... no te quiero abandonar, papá. Son muchos. No quiero que te pase nada –tartamudeaba. El miedo le recordó lo que siempre negó ser: un pequeño chiquillo desvalido.

–No me pasará nada, hijo. Venceremos.

–Roguemos a los espíritus que tu convicción nos dé la victoria –rugió el inmenso Cormorán Surcalagos que apareció de la nada. Su rostro reflejaba una ferocidad inhumana.

Tensó su arco y apuntó.

Uoooooooooooooooooooooooooh

Espino llegó con cerca de trescientos hombres y mujeres armados. Sauce se vistió con celeridad. Se protegió el pecho con un peto de cuero de lobo marino endurecido y en el cuello se colgó una manta roja, el color de los guerreros de Costazul. En la derecha empuñó una maza de alerce y en su cinto de lana envainó una hoz de hueso, la misma con la que derrotó a Emilio Martesta en ese exacto lugar hace más de dos décadas.

–Nos parapetaremos tras las rocas. Necesito arqueros a los costados –ordenaba–. Cuando los enemigos estén a distancia, disparen a discreción.

Los aldeanos se refugiaron tras los peñascos, aguardando con miedo el inminente ascenso de las criaturas.

Uoooooooooooooooooooooooooh

La oscura marcha de los espectros iniciaba. Los aldeanos tensaron sus arcos con manos temblorosas, incapaces de apuntar bien ante aquella terrorífica visión. Algunos ni siquiera cargaban sus flechas, convencidos de que estaban dentro de una pesadilla de la que despertarían en cualquier momento.

Cuando el deseo de muerte que emanaba de aquellas inefables abominaciones llegó a su clímax, Sauce dio la orden.

–¡Disparen!

Centenares de flechas volaron sobre su cabeza. La mayoría se clavaron en la hierba. “Qué desperdicio”, pensó Cormorán Surcalagos al ver cómo fallaban los disparos de sus improvisados compañeros de batalla y se levantó de entre las rocas para atacar. Antes de que su flecha atravesara a un espectro, ya había tensado

otra en su arco. Su mano era veloz como el relámpago. Diez flechas había soltado mientras los demás apenas iban en su quinta andanada. No fallaba. Un tiro de su arco era un espectro que se esfumaba en la noche.

—Seres inhumanos son esos esteparios —le susurró Litre a Junco.

—¡Llegaste! —dijo el pequeño, con algo de alivio.

—¿Pensabas que no lucharía? Solo fui a colocarme mi armadura. Tú no deberías estar acá. No es un lugar para un niño.

—¡A este ritmo nos quedaremos sin flechas! —gritaba Espino.

—¡Entonces afinen su puntería! —gruñó Cormorán, agazapado de espaldas tras una piedra.

Sauce alzó la vista y vio una nueva oleada de espectros, habían dejado su lento levitar y ahora embestían de manera avasalladora. Las andanadas de flechas no hacían mella en ellos. Donde uno desaparecía, tres continuaban su sombrío ascenso.

Tendrían que luchar cuerpo a cuerpo.

—¡A la batalla! —gritó Sauce con la maza en alto— ¡Que estas criaturas no pasen la Colina!

Hualo, el padre del clan del norte, saltó cual puma desde las rocas seguido por otros tantos hombres y mujeres dispuestos a dar su vida por la aldea. “¡Rocalga! ¡Rocalga!”, vociferaba el grueso guerrero agitando su hacha de piedra. “¡Rocalga!”, gritaban los miembros de su clan, pero las valerosas arengas se apagaban ante la arremetida invasora. Eran demasiados, los doblaban en número.

Junco no podía moverse del miedo y se quedó oculto tras las rocas, tapándose las orejas y viendo cómo se despeñaban faldas abajo aquellos que hace apenas unos instantes celebraban con alegría la llegada de un nuevo año. “Tenían razón, solo soy un niño. Un chiquillo miedoso”. Afirmaba una lanza corta, intentando reunir el coraje para batallar, mas no podía levantarse, sus piernas no le respondían. No era como su padre. Nunca podría ser como él. Sauce, en lo alto de la colina, se movía con ferocidad, atravesando con su maza a los espectros que se esfumaban ante sus golpes. Uno tras otro caía ante su brutal poderío. Los demás aldeanos poco podían hacer.

Ninguno de ellos era un guerrero legendario y pocos habían estado antes en un campo de batalla.

—¡Salgamos de aquí, Junco! —Litre lo alzó en vilo y lo arrastró hacia El Claro—. Tu padre ha ordenado que defendamos esa zona. No debemos permitir que las bestias entren al bosque Pardo. Hay que proteger a los que han huido y a los heridos.

—N... no puedo moverme. ¡Tengo miedo!

—¿Qué vez, Junco? ¡Dímelo! —Litre le gritó enfurecido. El pequeño cerró sus ojos. Estaba aterrado—. ¡Dímelo, Junco!

—¡Veo a mi pueblo morir! —chilló entre lágrimas al verse rodeado de cadáveres.

—¡Véngalos, entonces! —le ordenó y desenvainó su daga Canto Recio—. Venga la muerte de cada uno de ellos al igual que lo hace tu padre.

En la cima de la colina, la manta escarlata de Sauce flameaba ante el poderoso vendaval.

—¡Espino, todos deben bajar! —gritaba mientras blandía su arma.

—No puedo dejarte solo. ¡Es una locura!

—Haré lo imposible para impedir que lleguen a El Claro. Deberán enfrentar a los que logren pasar mi defensa.

—¡No me pidas que te abandone! ¡Nunca lo he hecho y no lo haré ahora!

Sauce lo tomó con fuerza del hombro. “No hay otra opción, amigo mío. No sacrificaré la vida de nadie más”, le dijo con su mirada. Espino se mostró reticente ante la idea de abandonar a su camarada, sin embargo, y con el corazón lleno de tristeza, descendió.

—¡A El Claro, a El Claro! —ordenó a gritos.

Sauce se quedó de pie, solo sobre la cima. Cerró sus ojos y se encomendó a los espíritus de la naturaleza. “Denme fuerza”, les rogó y de un golpe de su maza liquidó a un espectro, y un segundo cayó ante otro brutal impacto. Era el mejor guerrero vivo de Tierraíz, cada movimiento de su maza era letal, allí donde caía su golpe un enemigo se evaporaba cual escarcha ante la salida del sol. Podría haber seguido combatiendo, pero una voz cadavérica proveniente

desde la Isla Oscura lo paralizó. “¡Que todo arda!”. Sin fuego de por medio, los árboles se tornaron negros como el carbón y la hierba comenzó a morir ante los ojos de los atónitos aldeanos. “¡Brujería!”, pensó Sauce con desespero y comprendió lo ocurrido en Montepardo. “Cormorán tenía razón”. El viento rugió con más fuerza y sacó de raíz los carbonizados árboles. “¡Cuidado!”, alertaban en El Claro para no morir bajo el peso de los troncos o atravesados por las ramas.

Sauce apenas soportaba el poderoso vendaval. De unas rocas se afirmaba con su izquierda mientras seguía luchando con su derecha. “¡Denme fuerza, denme valor!”

Un relámpago dejó ver sus ojos inyectados en sangre.

La embestida de las huestes espectrales se detuvo gracias a la irrefrenable defensa de Sauce y una breve tregua se pactó sin acuerdo alguno. El guerrero se mantuvo de pie con los puños apretados. Su pecho subía y bajaba, agitado. Gotas de sudor resbalaban por su rostro y caían al pasto ennegrecido.

Un nuevo susurro se escuchó desde la Isla.

–Di tu nombre, guerrero.

–Vienen a nuestra aldea, profanan a la Tierra, asesinan a mis amigos ¿y exigen mi nombre? Les diré, pues, quien soy, engendros. Soy el Vencedor del Alba Sangrienta, Mano de Trueno... ¡Soy Sauce Briznasol! Y mía es la leyenda del más valeroso guerrero vivo de esta tierra. Nadie puede derrotarme. No ha nacido aún quien siquiera me haya herido –respondió con orgullo y un fulgor legendario brilló en sus ojos negros.

Desde la Isla provino un sonido similar a una risa socarrona y una inefable masa fundida en la penumbra ascendió lentamente por la falda de la colina. En El Claro, los aldeanos miraban con espanto a la gigantesca nada que se alzaba en la cima frente a Sauce. Junco tuvo miedo por su padre y se aferró a la manta de Espino.

–¡Hay que ayudarlo! –chillaba, pero Espino no reaccionaba, miraba a su amigo, quizás, por última vez.

En lo alto de la Colina de La Victoria Sauce hacía lo posible por comprender lo que tenía frente a sus ojos, una oscuridad

insondable, el reflejo de la muerte, del odio. De aquel vacío solo se podía percibir la siniestra voluntad de extinguirlo todo. El guerrero afianzó su maza con todas sus fuerzas, alejó la duda de su mente y se abalanzó. “¡Imposible!”, exclamó al ver su maza estallar en miles de astillas cuando golpeó a la siniestra entidad. A los otros espectros los hacía desaparecer si los golpeaba lo suficientemente fuerte, pero este era diferente.

—Ríndete —ordenó la Isla.

Sin deseos de someterse ante el enemigo, Sauce desenvainó la segunda arma que le quedaba: su hoz de hueso. Saltó con tal potencia que aquella hazaña se narró por años. Sobrepasó la inmensidad del espectro y le asestó un golpe, pero su hoz se partió en dos. Estaba desarmado, sudor frío manaba de su rostro, cada músculo de su cuerpo estaba resentido por la fatiga, su brazo no le respondía como debía, las piernas le temblaban y su enemigo seguía allí, indemne, inmóvil... hasta que atacó. Qué escena más terrible fue la que presenciaron los aldeanos cuando el cuerpo de Sauce fue envuelto por aquella entidad sin forma, engulléndolo hasta hacerlo desaparecer en la oscuridad de la noche.

“¡Papáááááá!” Las lágrimas manaron cual cascadas por el desencajado rostro de Junco.

El más grande guardián de Rocalga se había desvanecido y la marea de espectros no tuvo rival que le impidiera descender hacia el pueblo. Junco nunca olvidará los gritos de terror de su gente. Vio caer a Espino, vio a Litre tendido sobre la hierba. “¿Están muertos?”, se preguntaba al borde de la locura. No veía al pájaro de mal agüero. “¿Dónde está Lirio?” La oscura marea se cernía ante él y su único reflejo fue cerrar los ojos ante la inminente perdición. De pronto, el grito de una mujer sobresalió de entre los alaridos de pánico, pero no era de terror, todo lo contrario, era un llamado a luchar.

—¡No dejen abominación con vida!

El pequeño alzó la vista y vio a una mujer de ojos iracundos emerger rauda desde el bosque Pardo. La acompañaba un hombre vestido con pieles, cuyo yelmo era la cabeza de un puma. Tras ellos, hombres y mujeres usando el escarlata atravesaban a las oscuras

entidades como los rayos del sol atraviesan las nubes tras una larga tormenta. Y lo que fuera una muerte segura para la gente de Rocalga, se tornó en esperanza, pues a esa hora de la madrugada llegaba el chamán Pumagrís junto a la guerrera Chilca Ramaseca y los guerreros de Aguatrueno. “¡Hoy venceremos! ¡Esta noche venceremos!”, gritaban, y una luz resplandeciente inundó la costa. Los guerreros arrasaron con todos los espectros a su paso, llegando hasta la cima de la Colina de La Victoria y descendiendo hasta la playa, desde donde arrojaron flechas en llamas a la Isla Oscura.

Lo último que vio Junco antes de perder el conocimiento fue que las estrellas volvían a adornar el cielo.

21
ÚLTIMO VIAJE AL MAR

El dolor de cabeza aumentó cuando la luz del sol entró por la puerta e iluminó su rostro. Se protegió colocando la mano sobre sus doloridos ojos y miró a su alrededor. Todo estaba borroso. Cuando al fin logró enfocar la vista vio junto a su cama a un sujeto de aspecto siniestro, tenía el rostro arrugado y los ojos serios. Por yelmo llevaba el cráneo de un puma, las garras del inerte animal caían sobre sus hombros y el pellejo pardo le colgaba como una capa.

—¿Chamán... chamán Pumagrís? —Lo reconoció—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hace aquí? —preguntó Junco, desorientado— Mi padre... mi papá... él.

—Descansa. Aún no te has recuperado.

—Ha muerto. ¿Verdad? —Una lágrima solitaria rodó por su mejilla—. No fue un sueño.

—Después de su defensa ante aquellas bestias, tu padre se ha convertido en el más grande guerrero de nuestro pueblo. —Intentó consolarlo—. Ni Coirón Riobravo se le compara. Las ancianas ya componen canciones en su honor.

Junco sentía que se reventarían las venas de sus sienes. No conseguía aguantar las lágrimas y caían sobre la manta que le había regalado su padre.

—¿Cuándo... cuándo llegaste?

—Demasiado tarde. Lamento mi ausencia y mi demora. Sin embargo, de no haber sido por ambas, Rocalga y su gente ya no existirían.

—El... el cuerpo de mi padre ¿Dónde está?

–Es mejor que descanses –respondió Pumagrís y arrojó unas ramitas a la hoguera que estaba en el centro de la pequeña casa. El humo aromático relajó los músculos del pequeño y cayó en un profundo sueño.

Fuera de la morada se encontraba la capitana Chilca Ramaseca. Un hilillo de sangre le corría desde el hombro, la única herida que tuvo durante la batalla.

–¿Cómo está el chiquillo? –preguntó.

–Tan mal como alguien que hubiera visto desaparecer a su padre.

–Estoy a tu servicio, chamán. ¿Qué más necesitas?

–Gaviotas –respondió–. Muchas gaviotas.

Pumagrís sabía que debía advertir de lo sucedido al resto de los pueblos de Tierraíz, por lo que se dirigió hacia los roqueríos. Allí, frente al mar, emitió un sutil silbido y, al cabo de unos segundos, una decena de gaviotas respondió a su llamado y se posaron sobre sus hombros y antebrazos. Chilca, aunque maravillada ante aquella imagen, mantuvo su compostura, la cara seria, los brazos quietos, siempre afirmando su lanza, alerta. El chamán habló con las aves en un lenguaje que la guerrera no logró comprender, y estas agitaron sus alas para emprender el vuelo en distintas direcciones.

–¿Qué les has dicho?

–Cada una va con un canto para los líderes de Tierraíz. Espero que lleguen sanas y salvas. Chilca, agradecería que estés al mando de la fabricación de las balsas para nuestros caídos. Hoy les daremos su último viaje al mar. –Suspiró y se alejó de la playa en dirección a El Claro.

En el pueblo, los niños y ancianos lloraban a sus muertos, a lo lejos una mujer desconsolada se aferraba al cuerpo sin vida de su esposo, más allá se oía el lamento de un hombre que había perdido a su mujer, la abrazaba y hundía con amargura el rostro entre sus negros cabellos. Los árboles y la hierba carbonizados hacían todo

mucho peor. “Esto es imposible de lograr sin fuego. ¿A qué nos enfrentamos?”, se preguntaba el chamán.

—Han salvado a Rocalga —lo sorprendió Totorá. Le tomó por los hombros con vehemencia. La mano huesuda y débil le temblaba.

—No como hubiese querido —respondió Pumagrís—, pero hemos de sobreponernos rápido. Hoy enviaremos todos los cuerpos al mar y mañana al amanecer nos iremos de aquí.

—¿Huiremos? —los interrumpió una voz juvenil.

El muchacho estaba sentado sobre el tronco de un árbol caído. Tenía una compresa en la frente y un vendaje que le rodeaba el pecho y el hombro.

—¿Y tú eres?

—Litre Brisaveloz.

—Es un amigo de Junco —lo presentó Totorá—. Llegó a la aldea hace unas semanas.

—Sí, Litre, huiremos. No podemos quedarnos aquí. Si los espectros regresan, solo encontrarán gente malherida.

—¿Entonces nuestro sacrificio fue en vano? De haberlo sabido antes, todos hubiéramos escapado y no estaríamos lamentando ninguna muerte.

—Lo que hicieron fue valiente. Si todos hubiesen huido los espectros los habrían alcanzado en el bosque y asesinado por la espalda —respondió el chamán—. El sacrificio que hicieron permitió salvar a niños y ancianos, y dio el tiempo para que llegáramos. Ahora que la amenaza ha pasado, debemos abandonar estas tierras.

—No me molesta huir, chamán, me preocupa el dónde. No podemos escondernos de la Isla Oscura —dijo desesperanzado.

—No por ello nos dejaremos morir, Litre Brisaveloz. Mañana, antes de que salga el sol, marcharemos lejos de la costa, lejos del mar... Iremos a Aguatrueno.

—Pues a Aguatrueno —dijo Litre y alzó el vaso que tenía en la mano sana, bebió todo su contenido de un trago y se levantó trabajosamente—. Ustedes hagan sus planes, yo iré a ver a Junco. Alguien tiene que cuidar del pobre huérfano.

Fue triste aquel atardecer.

El que ayer fuera un mar amenazador, hoy se mecía suavemente dispuesto a recibir a más de doscientas balsas, cada una con el cuerpo de un ser querido que cayó protegiendo a su pueblo, entre ellos el del buen Espino Pastoseco. Junco Briznasol hacía infructuosos intentos para no llorar, pero las lágrimas no respetaban su decisión. Los mellizos Ñirre y Lengua Finarraíz hacían estériles esfuerzos por consolar a su amigo, una tarea imposible pues el único cuerpo que faltaba era el de su padre.

—Oh, espíritus de los mares, guíen a estas mujeres y a estos hombres valientes —clamaba el chamán Pumagrís al ritmo solemne de su tambor ceremonial—. Permítanles reunirse con sus ancestros, guíenlos con sus corrientes e impúlsenlos con la fuerza de su marea.

Los sobrevivientes se agolpaban en la orilla y hundían sus pies en las aguas en un intento desesperado por sentir a sus seres queridos. Sumergían las manos y salpicaban sus rostros con el espumante mar. Un último beso, un último abrazo.

Entre llantos y dolores, la gentil Lirio Hierbarcoíris agitó una rama incinerada y cantó:

*Naden al horizonte
que el sol los escolte.
Hacia la mar irán,
ella los cuidará.*

*A sus ancestros podrán saludar.
No miren atrás.
Nuestra hora ya llegará
y nos volveremos a encontrar*

*Disfruten del calor,
que aquí aún queda valor.
Desde allá velen por nuestro corazón,
rueguen que lata con fuerza y tesón*

*La tierra a nuestros pies
cuida a sus hijos, por eso velaré.
Ahora que ya no están,
a su familia y amigos voy a cuidar.*

*Su tiempo bello fue,
mas no deben de volver.
Este ya no es su hogar
Marchen sin parar,
hacia su nueva casa...
el mar*

Junco miró de reojo a Cormorán Surcalagos. El pájaro de mal agüero estaba de pie sobre una roca oteando a lontananza, siempre con su arco y su carcaj.

—No cualquiera puede ser un estepario —le dijo Litre.

—Él peleó bien —susurró y se quedó en silencio por largos minutos. “Podría ayudarme a buscar a mi padre”, pensó.

Las balsas se perdieron en la lejanía junto con el sol del crepúsculo. “Adiós, amigos. Adiós, Rocalga”, se despidió el pequeño y allí, frente a los espíritus del mar, juró que daría su vida por encontrar a su papá.

22

CARRERA DE YEGUAS

La algarabía y la música se escuchaban desde kilómetros a la redonda. Cualquier viajero empedernido que hubiera transitado por las afueras de Nueva Esperanza habría cambiado su rumbo y se dirigiría a la capital del reino de Tierra Amarga, sobre todo porque en aquellas tierras agrestes no era habitual la alegría, menos la celebración. Cualquier viajero empedernido se habría sorprendido por la multitud que peregrinaba a la capital: carruajes llenos de comestibles, enormes grupos de ancianos sonrientes, mujeres alegres, niños intentando encumbrar sus volantines y hombres con deseos de ganar en las apuestas de caballos. Cualquier viajero empedernido se habría unido al jolgorio, pues en aquella jornada se celebraba el Día de Nuestra Señora del Sagrado Halo, la fiesta más importante de Tierra Amarga, y cualquier viajero empedernido sabe que tal ocasión es perfecta para recibir un plato caliente y un buen vaso de vino.

“¡Pago a Buenamoza!” “¡Tres monedas a Voladora!”, apostaban a gritos las miles de personas aglomeradas en la recta, prestas a ver la carrera de yeguas. Se amontonaban alrededor de los organizadores dejando caer bolsas de dinero que variaban en volumen según la posición social del apostador.

Caminando entre los pobladores iba Calisto Fuenteamplia, el conde de Corteza Quemada, que miraba con desdén aquel espectáculo y hacía lo posible por esquivar al bajo pueblo. Si alguien osaba rozar su refinada chaquetilla burdeo con cuello de lechugilla, fruncía el ceño sin ocultar la repulsión que le causaban aquellos hombres y mujeres con olor a vino. No se asombró cuando vio entre

el gentío a Santiago de Monteáguila, el conde de Campo Yermo, quien, como era habitual en él, llevaba el rostro maquillado con polvos blancos, los labios delineados, su cabello dorado muy bien peinado y lucía una elegante chaqueta plateada. A su lado, un joven de bellas facciones y labios sutilmente pintados le ayudaba a sujetar la montura de su yegua Buenamoza.

—¿No estará yendo demasiado lejos con vuestra política de estar siempre con la gente, conde Santiago? —le interrogó Calisto con una voz llena de reproche.

—Siempre hay que estar con el pueblo, mi señor conde. De no hacerlo, nos arriesgamos a olvidar sus necesidades y ellos olvidarán que deben respetarnos —respondió con pomposidad el conde Santiago de Monteáguila mientras acariciaba el lomo de Buenamoza—. Es más, hoy aconsejé a la gente de mi condado que apostara por mí. Si termino primero, ellos obtendrán todas las ganancias y yo obtendré su cariño.

—¿Y si perdéis?

El conde Santiago soltó una aguda y chillona carcajada.

—¡Eso no pasará, conde Calisto! Pero, si llegase a ocurrir tamaña tragedia, al menos habré ofrecido un gracioso espectáculo, y por mi condado correrá el vino y comida gratis por muchos días como muestra de mis sinceras disculpas. —Se ordenó con su enguantada mano los dorados bucles de su cabello.

—Recordad vuestra posición, conde Santiago. Sois un representante de nuestra majestad, no un bufón que hace reír al vulgo.

—Si tenéis quejas, don Calisto, presentadlas formalmente a nuestro amado Tulio Hojaltiva. Su mismísima majestad me ha otorgado el permiso para participar de la carrera. —Santiago saludó al rey, quien le devolvió el gesto desde la galería construida especialmente para la celebración.

Sentados junto al rey estaba su esposa, la reina Felicia de Mondragón, el fiel ejecutor Evaristo Manofirme, el marqués Antoine Garraleón, y otros tantos aristócratas y comerciantes que

ocupaban los exclusivos asientos destinados a la nobleza de Tierra Amarga.

—Aaah... Las festividades populares me recuerdan tanto a mi querido hogar. —Suspiró el marqués Antoine Garraleón, un hombre entrado en carnes que gustaba vestir con los mejores trajes del continente—. En mi natal Fontarragués celebrábamos domaduras. Para participar había que ser valiente, pues nuestras bestias nada tienen de mansas, y dan coces y mordidas a cualquiera que ose ponerles una montura.

—He visto aquellas fiestas, don marqués —respondió Sebastián Barrancones, un acaudalado mercader de Altamiria que había llegado hace apenas tres días a Tierraíz—. Puedo decir que bravos son vuestros señores jinetes, pues para domar a esos animales hay que tener la sangre fría.

—Tan fría como los sesos del conde Santiago de Monteáguila —se burló Evaristo Manofirme y apuntó a la recta de carreras—. Mírenlo allí, dispuesto a correr por unos cuantos aplausos de la gente de su condado. ¡Habrase visto espectáculo más patético!

—Disfrutad del espectáculo, don Evaristo —le aconsejó el rey con seriedad—. El conde Santiago sabe que lo único que nos diferencia del pueblo son nuestros cargos y títulos. Sin el pueblo, no tendríamos reino. Fue el pueblo el que levantó a pulso cada una de las murallas y techos que nos rodean, fue el pueblo el que construyó vuestra casa y fue el pueblo el que levantó esta galería en la que disfrutamos cómodamente de esta celebración —le recordó.

—Perdonad mi insolencia, su majestad, pasa que me cuesta disfrutar la humillación pública de uno de nuestros nobles.

—¿Humillación? Lo aman, Evaristo, mirad.

La ovación fue cerrada cuando apareció Santiago de Monteáguila montando a su yegua Buenamoza. Su entrada fue tan pomposa como él mismo al ser acompañada por la orquesta que amenizaba la festividad. Alzó su sombrero emplumado de ala ancha y saludó a su público con una flamante sonrisa. Innumerables vasos de vino se alzaron ante su presencia y los brindis al conde se gritaban por toda la recta. El maquillado noble maniobraba con elegancia a

su yegua, que trotaba ante la gente al son de la fanfarria, saludando con su mano a cualquiera que se la tendiera, fueran mujeres, infantes o un borracho cualquiera. No discriminaba a nadie y la gente lo amaba por eso. Le aplaudían y arrojaban flores como si fuese la Señora del Sagrado Halo en persona.

—¡Buen día tengan, amado pueblo! —saludó con su pomposa voz al tiempo que tiraba de las riendas para que su yegua galopara sobre sus patas traseras y relinchara con majestuosidad. Amaba el espectáculo.

“¡Tres lienzos por el conde!” “¡Pago quince cuadros a que gana Buenamoza!”

—¿Quién será el rival del conde? —preguntó el rey.

—No creo que eso importe demasiado, querido. —La reina Felicia aplaudía con elegancia, encantada por el carisma del noble—. Santiago tiene a la gente a su favor. Comen de su mano. Él es el único jinete que interesa en esta carrera.

—¡A sus puestos! —llamó el juez.

El público estaba expectante. Buenamoza piafaba y agitaba su cabeza, deseosa de partir. La carrera era sencilla, cuando el juez diera el “vamos”, ambas yeguas debían correr a toda velocidad en línea recta. El primer jinete en llegar a la meta se llenaría de gloria.

—¡Esto es un absurdo, don Santiago! Vuestra merced es un conde y osa medirse con un donnadie del bajo pueblo, quizás un mero campesino. Nunca se ha visto un acto de tan poca hidalguía en nuestro reino —se quejaba Calisto Fuenteamplia junto al punto de partida.

—Si no me daréis ánimos, mejor cerrad la boca —lo increpó Santiago—. Lo que menos necesito ahora son vuestras lecciones de nobleza.

—Atento, mi señor conde —alertó el joven que lo acompañaba—, darán la partida.

El público estalló en una sola voz ante el grito del juez. Santiago de Monteáguila cabalgó cual pintura con sus dorados cabellos al viento, agitando las riendas y dándole con la fusta a su Buenamoza, que corría a todo lo que daban sus fibrosas patas. La

yegua rival no fue capaz de dar alcance al conde que llegó con varios segundos de ventaja.

“¡Viva el conde Santiago!”, gritó un ebrio, feliz por haber ganado cincuenta cuadros. “¡Viva!”, lo siguieron otros cientos de apostadores.

El noble hizo girar a su yegua y trotó hasta la meta, donde lo esperaba su criado con un cacho de vino tinto de su propia viña. El conde Santiago lo alzó sobre su cabeza.

—¡Vino para todos! ¡Yo invito, carajo!

La capital estalló en vítores y gritos de felicidad.

—¿Crees que el conde Santiago de Monteáguila sea un problema para nuestro... negocio? —El acaudalado mercader Sebastián Barrancones se preocupó por la buena fama del noble.

—Es solo un hazmerreír —respondió el marqués Antoine Garraleón, aprovechando los gritos de alegría de la plebe para susurrar sus maquiavélicos planes—. Un petimetre pomposo que no tiene por qué preocuparnos. Si se nos une, tendremos al pueblo de nuestra parte. Si se rehúsa a estar de nuestro lado... bueno, los accidentes pasan.

Se puso de pie para aplaudirlo.

23
CANTO DE PUMAGRÍS

—¡Felicidades por vuestra victoria, conde Santiago! —El rey Tulio Hojaltiva lo alabó desde la galería.

—Gracias, su majestad —respondió él desde la recta aún montado sobre Buenamoza—. Aunque también debería felicitar a los que apostaron por mí. Ahora serán casi tan acaudalados como el conde Fuenteamplia aquí a mi lado —soltó su risa aguda. Al conde Calisto Fuenteamplia no le agradó el comentario, a diferencia del pueblo que alzó los vasos y cachos cargados de vino para celebrar la broma.

Cuando las carreras y las apuestas finalizaron, la reina Felicia de Mondragón se levantó de su asiento en la galería, en su mano izquierda cargaba una copa de madera y en la mano derecha un pequeño libro con tapa de cuero. Allí, de pie, vertió parte de su vino en la tierra e inició el rito que solo las reinas tenían derecho a dirigir en aquel día.

—Gente de Tierra Amarga —habló con vehemencia ante la multitud que se había congregado en la capital—, hoy nos hemos reunido para adorar a nuestra Señora del Sagrado Halo, Dadora de Vida, Aliento de Eternidad. El Códice Sagrado escrito por santa Nuncia la Primera nos cuenta parte de la historia de este mundo y de cómo la Señora nos permitió vivir en él. Sobre esto, santa Nuncia escribió: Hace incontables años la Señora yacía en el éter, a veces dormida, a veces soñando, a veces pensando, y en tales cogitaciones añoraba que hubiese algo más allá que solo ella. En su insondable mente soñó mundos y les dio forma, soñó poderosas tormentas y ríos

que dibujaban sinuosos caminos, soñó fieras y alimañas, soñó lagos y montañas, hasta que un día decidió que debía abrir sus ojos, y tan poderoso fue aquel acto que la existencia que clamaba y que soñaba fue creada, extendiéndose hasta donde le llegaba la mirada. Tal visión le pareció sublime y la contempló por eones, y un día decidió que era momento de recorrerla. En su camino, escribió santa Nuncia, la Señora halló muchos de los luminosos mundos con los que fantaseó, y lloró al verlos materializados. Deambuló por más de cien mil años antes de tropezar con nuestro mundo, y era tal como lo había imaginado, una pequeña esfera pletórica de bosques, montañas, y desiertos de hielo y de arena, pero algo no era como lo había vislumbrado en su mente: estaba sumido en la total oscuridad, faltábamos nosotros y sobraban unas criaturas malevólas que erraban de allí para acá en la penumbra. Sumida en la preocupación, la Señora nos buscó en las nubes y no nos encontró, buscó en los océanos y no nos halló, removió los valles y no vio rastro de nosotros. Solo estaban aquellas entidades sin forma, oscuras y cargadas de odio, cuya única motivación era la destrucción de la existencia. El Códice santa Nuncia dice que la Señora, tras buscar por cien años, finalmente encontró a una mujer desnuda y temerosa agazapada en el interior de una cueva, y la reconoció: ella era la criatura que faltaba en este mundo que había soñado.

Los habitantes de Tierra Amarga hicieron la señal de la Señora, besándose ambas manos empuñadas, llevándolas a sus pechos y, finalmente, alzándolas abiertas al cielo. La reina Felicia bebió de su vino y prosiguió:

—Viéndola desvalida y asustada, la Señora le acarició los cabellos y la tranquilizó con lo que hoy llamamos el Aria para Ella —dijo y entonó una dulce melodía que fue acompañada por toda la gente del reino—. La mujer —continuó la reina al finalizar el nostálgico cántico— le contó a la Señora que había más personas como ella, pero que se ocultaban de la vista de las entidades que deambulaban amenazadoras por el mundo. La Señora le tendió su mano, la alzó con suavidad y le dijo: “Tras mucho buscar, eres la primera de tu estirpe que he hallado, bella como te soñé, mas no feliz

como imaginé. Los demonios que aquí pululan no pertenecen a este mundo y traen horror a tu espíritu, por lo que prometo, ¡oh mujer!, que de estos demonios me encargaré”.

»La Señora es poderosa, pero no destructora –continuó Felicia–, y no le bastó con solo deseirlo para que aquellos demonios desapareciesen; sin embargo, es creadora, y en su deseo de librar a la humanidad de aquel yugo, invocó un fanal de llamas incandescentes para disipar la oscuridad que aquellos demonios engendraban y una maza plateada que reflejaba la luz de su farol para defenderse si la asaltaban. Largo fue su peregrinar hasta que a la última entidad logró erradicar. Con su misión finalizada, volvió con la mujer y le dijo: “No podré quedarme para compartir con ustedes como sí lo hice con las criaturas de otros mundos. Estos demonios tuvieron un origen y he de encontrarlo para que no sometan a nadie más en ningún lugar de la existencia. Te entrego el don de la escritura para que registres lo que te he contado y lo que he realizado. Busca a otros humanos y nárrales lo que aquí hice y diles que son libres. Te bautizo como Nuncia, la mensajera, la Primera mujer, la primera que vi y la primera que amé”. Dicho esto, la Señora le regaló al mundo su farol dorado y su maza plateada para que nunca más la luz le faltara.

La reina Felicia bajó la mirada y rezó en silencio.

Si antes Nueva Esperanza fuera una algarabía de voces ebrias, ahora estaba invadida por un silencio penitente. Y en aquella paz cargada de devoción, la efigie de la Señora del Sagrado Halo fue sacada del rústico templo de la capital y exhibida a la plebe. La hermosa y maravillosamente esculpida estatua de una mujer sin edad, de piel lisa y blanca, vestida con faldones de oro, plata y lapislázuli, y un halo de diamantes sobre su cabeza, era llevada en andas por jóvenes frailes. Todo el trayecto recibió flores blancas, rosas, azules y naranjas, que caían suavemente sobre los cabellos finamente tallados en madera. Tras un corto peregrinar fue depositada sobre un altar cubierto con un mantel lila y sirios del mismo color, donde aguardaba el anciano arzobispo Miguel de

Simahonda. Llevaba un libro dorado que apoyó sobre el sagrario y tomó la posta del sacro ritual.

El maestre de campo Bastián Bocablanca, pese a que guardaba un respetuoso silencio, daba escaso valor a tales ritos. Para él, la Señora, los demonios, la Primera, los santos o lo que fuera que estuviese por encima de los humanos, no se manifestaba a través de los cánticos ceremoniales, ni en los rezos, ni en las dolorosas plegarias. Había estado en demasiados campos de batalla como para seguir creyendo que aquellas entidades respondían a los ruegos de los penitentes. Él ya no seguía las creencias que su padre le inculcó. Su única creencia era que quien tuviera la mejor espada y supiese maniobrarla, sobreviviría, profesara la fe que profesara. Ante un acero afilado y un buen espadachín, no sirven las súplicas ni las convicciones, pues estas no son más que el último reducto de los que mueren con la esperanza de no hacerlo en vano. Claro que debía guardar las apariencias ante el pueblo y la corona. Si el arzobispo decía “arrodillense”, debía hacerlo; si decía “contemplad al cielo”, alzaba la vista, aunque el sol le quemara los ojos; y si decía “rogad misericordia por vuestros pecados”, bajaba la cabeza y pensaba en qué podría cocinar para la cena. Era el maestre de campo y debía ser un ejemplo de fe, aunque tuviera que fingirla; mal que mal, si no lo hacía, podría ser considerado un hereje y llevado ante el Santo Tribunal.

Tras casi dos horas de rito, el arzobispo dio por finalizada la ceremonia y la imagen de la Señora se quedó junto al pueblo, protegiéndolos mientras ellos continuaban el festejo y las libaciones. La música festiva se escuchaba en cada rincón de la capital, los niños corrían para elevar sus volantines, los mercaderes ofrecían su mercancía a fuertes gritos y los ebrios danzaban felices. Era el día que todos esperaban para dejar de lado sus tareas y dedicarse por completo a la juega.

En ese ambiente, Bastián mantenía su vigilancia.

—¿Has visto algo sospechoso? —Notó que su amigo Abdón hablaba con algo de torpeza. Cuando vio el vaso de vino en su mano y los labios morados, entendió el porqué.

—Cómo te envidio, amigo mío —dijo el maestro de campo—. Y a tu pregunta, no, no he visto nada sospechoso. Entre esta multitud he visto pocos mercenarios. Y los que he visto se comportan como cualquier parroquiano, como aquel junto al abrevadero.

Apuntó a un sujeto de cara hosca, cicatriz en la mejilla, capa y sombrero de ala ancha con una pluma roída. Regateaba con un tendero para que le rebajara el precio de una jarra de vino especiado. A su lado pasó un crío con un perro, el que chilló cuando fue pateado por aquel hombretón que siguió su camino a una mesa donde lo esperaban más como él, todos amenazadores, de ojos asesinos, bigotes prominentes y barbas ralas.

—Han estado bebiendo vino desde la mañana —comentó Bastián—. Solo durante el oficio de la reina y del arzobispo dejaron los vasos de lado y se hincaron, fieles a la Señora. Cualquiera diría que son más devotos que el mismísimo clero. —Escupió al suelo.

—¡Joputas! —eructó Abdón—. Me gustaría saber si en verdad vinieron a colgar la espada. Yo mismo les partiría esa jeta si no fuera porque el rey lo prohíbe. —Se tambaleaba de lado a lado. Bastián lo estabilizó—. ¡Un poema! Eso haré. Un poema —arrastraba las palabras—. Les cantaré necedades a sus necios sesos, sesos tan insensatos que no sabrán que las necedades que declamo son para burlarme de su insensatez.

—Tranquilo, buen Abdón. Mira que esos caballeros pueden reaccionar mal si los atacas, aunque sea con tu pluma.

—¡Caballeros mis cojones! —gritó. Bastián agradeció el bullicio que tapaba las palabras del poeta y consejero real—. Un poemilla, un poemilla con cuatro versos hará que se les acalore el rostro y me busquen pelea. Así tendrás las pruebas para expulsarlos de Tierra Amarga.

—Hasta yo te dejaría en el suelo si me insultas con versos, Abdón, y eso no serviría ni para que me llevara la guardia.

—¿Necesita ayuda con su amigo, maestro? —preguntó una voz familiar—. Tengo un brebaje que podría dejar lúcido a nuestro consejero real en un segundo.

—Os lo agradecería, sabia Acacia.

—Estoy sobrio, muchas gracias por vuestra ¡hic! ayuda, sabia —dijo y se desplomó sobre los hombros del maestro.

Abdón se fue hablando incoherencias todo el trayecto hasta la casa de la chamana. Soltó unos “joputas” para los mercenarios, amenazas vanas a las palomas, uno que otro sacrilegio, alzó el puño contra una nube con forma de mujer a la que llamó “Matilde” y lanzó un sinfín de improperios cuando comenzaron a caer unas gotas de lluvia.

—Os espero aquí, sabia Acacia. —Bastián se quedó junto a Abdón en el umbral de la puerta—. No me gustaría que vuestro hogar fuera mancillado si Abdón devuelve algo de lo que tomó.

Al rato la anciana volvió con una infusión de hierbas. No tuvieron que forzar mucho al poeta para que la bebiera. A esas alturas podría haberse tomado con gusto el agua de los caballos.

Tras un par de minutos sentados en una banca de la plaza, la mente de Abdón se tornó más lúcida y se llevó las manos a la cabeza en señal de dolor.

—¿Se siente mejor, don Abdón?

—Ya estoy sobrio, sabia, pero mejor no estoy —se quejó—. ¿Es idea mía o hay un terrible bullicio en esta ciudad? ¡Encarcélalos a todos, Bastián! Hacen demasiado ruido. —Apuntó a las decenas de niños que corrían y jugaban a su alrededor.

—Eso se llama resaca —sonrió la anciana. Tengo un brebaje para curarla, si lo desea.

—Os lo ruego, deme esa cura, por favor, porque creo que me estoy volviendo loco, pues estoy escuchando el graznido de una gaviota aquí, lejos de la costa.

Hasta ese momento ni Bastián ni Acacia se habían percatado de aquel canto. Buscaron en el cielo y vieron a una gaviota que planeaba en círculos sobre Nueva Esperanza hasta que se posó sobre el techo de la casona real.

—Ha llegado un canto de Pumagrís —advirtió la anciana.

Los ojos aceitunados de Evaristo Manofirme, el fiel ejecutor de Tierra Amarga, no paraban de moverse mientras revisaba cientos de documentos. Los leía una y otra vez con preocupación. Su escaso cabello castaño delataba sus cincuenta y dos años, y su rostro endurecido revelaba su carácter disciplinado. A su lado estaba Santiago de Monteáguila, el conde de Campo Yermo, quien vestía una chaquetilla de seda lila con bordados dorados, gregüescos del mismo color, medias blancas, zapatos de charol con un broche de plata y una camisa blanca de encaje abultado. El noble conversaba con sus característicos gestos rimbombantes con Calisto Fuenteamplia, el conde de Corteza Quemada.

—No puedo creer que ayer estuviéramos celebrando y hoy estemos encerrados en este sombrío salón —decía Santiago mientras bebía de su copa de vino tinto y jugueteaba con los bucles dorados de su cabello. Odiaba las reuniones.

—Es el rey el que ha convocado a los nobles, conde De Monteáguila. Nosotros nada somos ante su palabra, así que os ruego que mantengáis la compostura y os comportéis como el hijodalgo que sois —le advirtió Calisto—. Tengo entendido que ha ocurrido una situación algo... compleja en los pueblos del sur. ¿O me equivoco, maestro de campo?

—No se equivoca, conde —respondió Bastián Bocablanca.

Santiago de Monteáguila se interesó en la historia. Apoyó los codos en la mesa, entrelazó sus dedos y apoyó en ellos su mentón.

—¿Y podría adelantarnos algo, maestro?

—Lo lamento, conde, se me ha prohibido entregaros detalle alguno. Es su majestad quien os dará las malas nuevas.

—Al menos ahora sé que son malas —sonrió Santiago.

Al otro lado del salón estaba el marqués Antoine Garraleón, regidor de Colina Magra, la marca de la corona, el último poblado al sur del reino de Tierra Amarga. Pese a su barriga prominente, curioseaba en cada rincón. A veces se inclinaba trabajosamente para tocar con sus gruesos dedos el suave terciopelo de la alfombra roja que cruzaba la habitación o miraba por enésima vez alguno de los tantos cuadros que la adornaban.

—¡Ah, qué recuerdos me trae esta pintura! ¿Alguna vez ha estado en este maravilloso lugar, maestro de campo? —El cuadro plasmaba una extensa pradera llena de flores de todos los colores y un castillo en la lejanía.

—No, mi señor —respondió Bastián—. Nací aquí, y pese a que he viajado muchas veces a Altamiria, nunca tuve la dicha de conocer Fontarragués.

El marqués se encogió de hombros.

—Es una lástima. Fontarragués es mi tierra natal y en ella crecen amplias praderas que rodean lagos tan azules como el zafiro, y las flores alfombran kilómetros y kilómetros de paisaje —decía sin dejar de mirar la pintura—. Los caballos de Fontarragués son los mejores del mundo conocido. Bravos como ellos solos y muy pocos hombres pueden montarlos, salvo los fontarraguenses, claro está —hablaba con orgullo.

—Tenemos algunas yeguas de ese linaje en Tierra Amarga. Son salvajes y cuesta domarlas —reconoció Bastián.

—¡Imaginad a los potros! Bestias que no admiten jinete. Ni aun capados son menos brutos.

—Como todos en esa tierra —se entrometió burlonamente Santiago de Monteáguila.

Bastián prefirió guardar silencio. Siempre que se reunía la nobleza se daban esas incómodas conversaciones.

—¿No dicen acaso que los hombres y mujeres de Fontarragués son tan... mmh... toscos como sus monturas? —

prosiguió el conde mientras bebía un trago de su copa de vino—. En cambio, en mi tierra natal, Aguilera, preferimos la elegancia y el poderío de las águilas. Ellas nos representan tal cual somos.

—¡Habládme con más respeto, conde! —La gorda cara del marqués se puso roja de ira.

—Con respeto le hablaré, marqués, cuando ame más la tierra que actualmente rige antes que aquella que recuerda con nostalgia y a la que desesperadamente anhela regresar —respondió desafiante.

—¡Santiago! —intervino el conde Calisto alzando la voz—. Es obvio que el marqués extrañe sus bellas tierras, envidia de todos los reinos de Altamiria, no como los territorios de vuestra familia dizque noble, que vive en unos riscos donde crecen más rocas que hierbas. Las águilas que allí vuelan tienen más nobleza en las puntas de sus garras que vosotros en toda la historia de vuestro linaje. Así que callaos, conde, no vaya a ser que se estropee tan lindo maquillaje. Y vuestra merced —se dirigió al marqués Antoine—, ruego que perdonéis las soeces palabras proferidas por este hombre que me iguala en rango nobiliario, pero que no se comporta a la altura.

—Está perdonado, mas solo por vuestra intervención. —El marqués se limpió el sudor de la papada y la frente.

Ni siquiera el blanco maquillaje del conde Santiago consiguió esconder la cólera que sentía en ese momento.

Bastían odiaba a los nobles, personas de Altamiria que solo por cuna y no por mérito regían los destinos de Tierra Amarga.

Los minutos pasaban y los presentes en el salón, salvo Bastían, se sentaron a la mesa a espera de los demás convocados. Cada silla estaba dispuesta para un cargo en particular. En la cabecera debía sentarse el rey, a su derecha iba la reina y, luego, por ambos lados, iban duques, marqueses, condes, vizcondes, barones, aristócratas y los altos rangos militares.

La puerta se abrió de par en par.

Con una reverencia los guardias dejaron entrar a un hombre alto, de hombros anchos y barba abultada: el capitán Lucio Molinero, líder de las Espadas de los Caminos, el batallón encargado

de proteger todas las rutas del reino. El recién llegado vestía su uniforme negro compuesto por una chaqueta y pantalones ajustados, la punta de su capa de terciopelo azabache le colgaba del hombro izquierdo y el otro extremo le colgaba del cinturón. Por armas llevaba una espada ropera, una daga quitapenas y dos pistolas. Se sacó el chacó e hizo una sutil reverencia al maestre de campo y a los nobles.

—¡Capitán! —Se levantó Calisto—. Que grato veros. Por favor, tomad asiento, y comed y bebed junto a nosotros.

—Gracias por vuestra cortesía, conde. Ha sido un largo viaje.

—Vino y agua de canela para el capitán de las Espadas de los Caminos. Traed también pescado en salazón ¡Rápido! —El criado corrió por el pedido.

Tras los saludos protocolares, el recién llegado se sentó al final de la mesa.

—¿Dónde está su alteza? —consultó.

—Su majestad se encuentra en sus estancias privadas —respondió el marqués al tiempo que comía afanadamente el pescado en salazón—. Entiendo, capitán Molinero, que recorría los caminos cuando fue convocado a esta reunión. Contadnos, ¿hay alguna nueva que comentar?

—Hay algo. —Lucio Molinero dio un largo trago a su agua de canela—. En los recorridos he notado una mayor presencia de peregrinos. Están llegando grandes grupos familiares, vienen con carretas cargadas de provisiones y se están instalando en el despoblado, otros atiborran las posadas y no pocos acampan a la suerte de la naturaleza.

—Tenemos registro de ello, capitán —confirmó Evaristo Manofirme con los lentes sumergidos en cientos de documentos—. Según los informes del puerto de Lobera, hemos recibido a quinientas veintitrés personas, eso sin contar mercaderes y visitantes de paso, lo que significa un incremento de casi un doscientos por ciento en el mismo periodo del año anterior. —Revisaba un papel, luego otro—. Ahora que lo mencionáis, también me llama la atención tal aumento en la solicitud de asilos.

–Y hemos de recibir todavía más, la mayoría proveniente de Altamiria –se escuchó repentinamente desde las puertas del salón.

–¡Duque de Mondragón! –exclamaron todos al unísono.

Los presentes se levantaron rápidamente de sus asientos, totalmente sorprendidos. Pensaban que el duque aún se encontraba fuera de Tierraiz.

–No se nos había informado que contaríamos con vuestra excelentísima presencia en esta junta –dijo Calisto.

–Ni a mí que había una junta. Me he enterado ahora, apenas llegué a la capital –respondió el duque.

–Es un deleite contar con vuestra ilustrísima compañía, señor duque. Si su excelencia me permite preguntar, ¿cómo está nuestra querida Altamiria y el reino de Baluarte? –preguntó con nostalgia el marqués Antoine.

–Tan bellos como siempre lo han sido.

El recio duque Evelio de Mondragón, que se había ausentado por casi un año, se sacó el sombrero de terciopelo y su chaquetón burdeo, se acarició la castaña barba y ocupó su lugar en la mesa, muy cerca del puesto del rey, junto a la silla de la reina.

–Estimado duque, ¿a qué os referíais cuando dijisteis que hemos de recibir aún más viajeros provenientes de Altamiria? –preguntó Evaristo, retomando el tema.

El duque Evelio tosió para aclarar la garganta.

–Señores, hay muchas malas nuevas que debo contaros, mas prefiero esperar la llegada de su alteza. Él debe ser el primero en escucharlas.

No tuvieron que aguardar por mucho tiempo. Los guardias abrieron las puertas del salón dejando ingresar a cinco pajes y, entre ellos, apareció el rey Tulio Hojaltiva. Su chaqueta larga de seda roja ondulaba majestuosa a su andar, al igual que su brillante y larga cabellera negra.

–A continuación, su majestad el rey Tulio Hojaltiva, hijo de Emeterio Hojaltiva, hijo de Froilán Hoja...

—¡Deteneos! Ellos saben muy bien quién soy —dijo el rey con serenidad—. El tiempo apremia y no puedo perderlo en mi centésima presentación de esta semana.

Tras el rey venían la reina Felicia de Mondragón, la sabia Acacia y Abdón Buenaventura, quien saludó a Bastián guiñándole un ojo. El maestro advirtió que su amigo ya se sentía mejor de su resaca.

El primero en levantarse para recibirlos fue el recién llegado duque.

—Alteza. —Inclinó su cabeza.

—¡Mi querido Evelio! —exclamó el rey con una expresión llena de alegría—. Tanto tiempo sin veros, amado cuñado. ¿Cómo os trató la corona de Baluarte?

—Nunca tan bien como la vuestra, su majestad.

El duque saludó a la reina Felicia.

—Amada hermana, dichosos los ojos que te ven. Veo que la Señora no se cansa de darte belleza infinita. —Le besó la mano y la abrazó.

—No pensaba verte hoy, hermano. Es una grata sorpresa.

—Lo mismo dijeron nuestros padres cuando les anuncié que regresaba —sonrió.

—¿Cómo están padre y madre?

—Sufriendo por no tener a su hija a su lado. Te advierto que quieren venir a visitaros. —Soltó una sonrisa.

—Bueno, ya tendremos la privacidad necesaria para recibirlos como os merecéis, querido cuñado. Lamentablemente, ahora debemos celebrar esta junta. Podéis quedaros o ir a descansar. Me imagino que el viaje os ha dejado exhausto.

—¡Más que exhausto! Sin embargo, me quedaré, pues deseo ponerme al corriente de los sucesos de Tierraí z y también porque tengo muchas nuevas que contaros del continente de Altamiría.

—¡Que traigan la capirotada y el vino con miel, entonces! —ordenó Tulio—. A mi hermosa reina traedle una jarra de chocolate que el hielo prima en este salón.

Al instante los criados llegaron con una fuente de plata repleta de carne picada y huevos revueltos aderezados con ajo, distintos tipos de queso fundido, hierbas aromáticas y aceite de oliva.

—Coman, coman. Es el rey el que lo ordena —los invitó con la amabilidad que lo caracterizaba. Tras acabar medio plato, Tulio se apoyó en el espaldar de su silla, respiró profundo y habló—: Nobles, os he convocado a esta junta extraordinaria para comunicaros dos malas nuevas que han preocupado a mi ya angustiada mente. La primera tiene relación con la luna roja de hace poco más de un año. Imagino que la recordaréis. —Los nobles asintieron—. Bueno, hace unas semanas recibí un mensaje del chamán Pumagrís informándome que Montepardo, uno de sus pueblos, había sido atacado. Hasta ese momento no sabían quiénes eran los autores de tamaña agresión, pues solo encontraron el pueblo arrasado por el fuego y a sus aldeanos asesinados. —Los nobles se miraron con preocupación—. Aquel mensaje ya me había hecho pensar bastante en privado, pero ayer en la tarde llegó un nuevo mensaje de Pumagrís que me hizo tomar la decisión de convocaros aprovechando que se encontraban en los festejos de Nuestra Señora del Sagrado Halo.

El rey les narró lo ocurrido en Rocalga, la aparición de la Isla Oscura, la cruenta batalla contra los espectros, la desaparición de Sauce Briznasol y el exilio hacia Aguatrueno. Los nobles se miraban consternados los unos a los otros sin decir una palabra. Fue Santiago de Monteáguila el primero en alzar la voz. Bebió un trago de vino para armarse de valor.

—Si escuché bien, me pareció que su majestad pronunció la palabra *espectros*. ¿No habrá habido una mala traducción del mensaje que envió el chamán Pumagrís?

—No. Yo misma lo traduje para ustedes —intervino con tristeza Acacia—. No hay error en el mensaje. Mi pueblo ha sufrido una terrible desgracia.

El duque Evelio aclaró su garganta.

—Señores, como todos recordaréis, los primeros ataques realizados por Emilio Martesta incluyeron el fuego y una hueste de jinetes atacando a todo aquel que viviese en esta tierra. En ese entonces, los nativos de Tierraáz que no tenían relación con los mercaderes altamirios que comerciaban aquí desde antes de la guerra, confundieron a los soldados con monstruos que utilizaban brujería, pues no conocían las armaduras de acero, ni las armas de fuego. Quizás en este caso ocurrió lo mismo.

—¿Dice que Pumagrís está mintiendo? —El rostro de Acacia se endureció.

—Jamás diría algo así, respetada sabia, mas creo que podría haberse producido una confusión que tiene relación con las malas nuevas que traigo desde Altamiria.

Los nobles escucharon atentos las palabras del duque.

—Señores, vientos de guerra soplan en Altamiria. El rey de Secarena, aburrido del desierto y las malas cosechas, pactó una alianza con los reinos de Puerto Tiburón y Dunaria con el objetivo de derrocar al rey Francisco de Odragón y conquistar el reino de Baluarte. Por este motivo hay muchos altamirios que están huyendo del continente, subiendo a cualquier barco que los acepte dentro de su tripulación. En el puerto de Histolia fui testigo de cómo cientos de personas intentaban subir a los navíos, todas dispuestas a pagar el precio que fuera para huir de la guerra, ya fuera en oro, ya fuera en animales o especias. Eso responde la masiva solicitud de asilos mencionada por don Evaristo y también podría responder los ataques sufridos por los pueblos del sur.

—Entiendo la llegada de personas, a quienes generosamente ofreceremos asilo por la grave situación que nos comenta, mas no veo la relación con los ataques acaecidos en Montepardo y Rocalga —inquirió el conde Calisto.

—A mi regreso al continente —prosiguió el duque— avistamos dos barcos de velas negras en el horizonte.

—¡Piratas! —Calisto frunció el entrecejo con asco.

—Tuvimos suerte de que no nos atacaran en mar abierto —asintió el duque.

—¡Eso es insólito! —Se enfureció el marqués Antoine—. Es la armada de Baluarte la encargada de proteger los mares para impedir el arribo de sus piratas a los otros continentes.

—La armada de Baluarte está preocupada de la potencial guerra y han descuidado la vigilancia del océano —aclaró el duque Evelio—. Esto lo están aprovechando los piratas para traspasar el bloqueo y probar fortuna en otros territorios, entre ellos, Tierraíz. Escuché que muchos desembarcaron en Isla Reja e Isla Antigua, causando desmanes, incendios y apoderándose de ellas para convertirlas en sus bases.

El rey se quedó pensativo.

—Cuñado, ¿estáis diciendo que podrían haber sido piratas y no espectros los que atacaron Montepardo y Rocalga?

—Eso es lo que creo. Me parece lo más racional y lógico —dijo todavía intranquilo—. Claro que, si esto fuese así, Altamiria y nosotros mismos estaríamos pasando a llevar el Tratado de Paz y Buena Voluntad al no cumplir con nuestra promesa de evitar este tipo de situaciones. Si no hacemos algo, Roble Tallofuerte podría tomar represalias por considerarnos traidores al pacto e iniciar una guerra contra nosotros.

“Nos han traicionado”. La sabia Acacia recordó aquellas siniestras palabras del hombre calcinado. ¿Este era el momento de contarles la verdad? Prefirió guardar silencio.

—Si estos “espectros” —Evaristo Manofirme dibujó las comillas con sus dedos— supuestamente llegaron desde el mar, tal y como especifica el mensaje de Pumagrís, lo más lógico es que hayan sido piratas. Esos desalmados albergados por la oscuridad de la noche deben haber llegado disfrazados para sembrar el terror.

—En ese caso, deberíamos enviarles un mensaje a los pueblos del sur. Contarles detalladamente la situación en Altamiria y sus repercusiones en Tierraíz —aconsejó Abdón Buenaventura.

—Tenéis razón. —El rey se restregaba los ojos con las palmas abiertas, cansado de la situación—. Bueno, señores, tal es la primera mala nueva que os traía, profundizada aún más por mi querido cuñado. Pero hay una segunda mala nueva que tiene que ver con

mercenarios de Estrechos deambulando por el reino. Me imagino que su presencia en Tierraíz también se debe a la tensión bélica de Altamiria.

—¿Mercenarios de Estrechos? —El conde Calisto ya no daba crédito a tanta mala noticia.

—Así es —confirmó el maestre de campo Bastián Bocablanca—. Los vi por primera vez en la chingana. Bebían y bailaban como si su presencia aquí fuese de lo más habitual. Abdón estaba conmigo en aquella ocasión. —El poeta corroboró el testimonio de su amigo—. Desde entonces los hemos vigilado.

—¿Y por qué no fueron inmediatamente encarcelados? —El conde Calisto no comprendía.

Bastián prefirió omitir comentarios y observó de reojo al rey.

—Yo ordené al maestre que no lo hiciera —respondió Tulio con seriedad—. No han cometido delito y no puedo iniciar una caza de brujas que tenga como base el mero prejuicio.

—Tenemos piratas, mercenarios y pactos rotos en Tierraíz —dijo Calisto con la voz pausada, haciendo lo posible por contener su preocupación—. Eso es motivo suficiente para que Roble Tallofuerte nos ataque con todos sus guerreros y destruya nuestro reino.

—Es posible, pero hasta que no pasen a llevar las leyes de Tierra Amarga, los mercenarios serán tratados como ciudadanos —insistió el rey.

—¿Aunque su presencia pase a llevar leyes intercontinentales? —El marqués Antoine Garraleón apoyó al conde Fuenteamplia.

—Así es, pues no han desenvainado su espada a pedido de ningún cliente. Mientras no lo hagan, les daré el beneficio de la duda. Pero no os preocupéis, las distintas divisiones del ejército y guardias urbanos están al tanto de la presencia de estos sujetos y no les han sacado los ojos de encima.

Ninguno de los presentes quiso contradecir al rey.

—¿Y cómo informaremos de esto a Roble Tallofuerte? —preguntó Abdón.

—Enviaremos a un embajador de buena voluntad que viajará a Aguatrúeno a más tardar esta semana.

—¿Y quién será ese valiente que mire cara a cara a Roble Tallofuerte, a Pumagrís y a sus guerreros y les diga que estamos dejando que invadan su tierra? —preguntó el conde Santiago.

Los nobles se miraron entre sí. Ninguno tuvo una respuesta.

Le era imposible ocultar su frustración a la mujer de apelmazados cabellos cenizas. Ella lo conocía bien. Quizás mejor que cualquier otra persona en Tierra Amarga.

—Venga, Bastián, ¿por qué esa cara? —Le acariciaba las greñas mal recortadas—. Aún no amanece y ya estás amargado ¿Qué más pasó en el consejo de ayer?

Bastián estaba de espaldas, recostado en su humilde cama, sin quitar la vista del techo. No respondió. Ella le acarició el torso desnudo.

—Déjame adivinar... —Le besó el cuello—. Ya me dijiste que el rey insiste con la idea de no encarcelar a los mercenarios, también me contaste que hay una posible invasión de piratas. —Le pasaba el índice por una de las tantas cicatrices que tenía en su pecho—. ¿Acaso temes por la reacción de Roble y los suyos?

Bastián entornó los ojos.

—¿Me acerco? ¿Es por el embajador que designó el rey?

Bastián resopló preocupado.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

Bastián mantuvo su mutismo.

El maestre de campo recordó un oscuro episodio de su infancia. La invasión de Emilio Martesta ya llevaba algunos años y la crueldad de las batallas y el trato entre los bandos empeoraba. Se vio a sí mismo de niño en el fuerte Villa Isabella, junto a su padre, un simple peletero. No recordaba qué hacía precisamente en ese momento. “¿Desollaba unas chinchillas?” Los pobladores comenzaron a agitarse, dejaron de lado sus martillos, las herraduras,

las cuchillas, las redes de pesca y hasta los vasos de vino caliente, y salieron de sus casas y tiendas para ver llegar a la patrulla montada liderada por Ernesto Siemprebravo, capitán y brazo derecho de Emilio. Decían las malas lenguas que antes de enrolarse en el ejército de Altamiria había ejercido como pirata y Bastián no dudaba de ello, pues conocida era su ferocidad y ansia de sangre. Ernesto Siemprebravo venía a la cabeza de la tropa con una decena de prisioneros encadenados. Bastián temblaba de pies a cabeza. La imagen del capitán siempre le había infundido más miedo que respeto. Abrazó las piernas de su padre.

—¡Arriba, salvaje! —Recordó cómo Ernesto Siemprebravo le gritó a una niña que traía atada de las muñecas. La alzó con violencia ante la mirada de los habitantes—. Mirad, ciudadanos de Villa Isabella, hemos capturado a los hostiles que mataron a vuestras cabras.

“Apenas debe tener mi edad”, pensó Bastián.

—Encontramos a esta salvaje rondando por los bosques colindantes. A punta de azotes confesó el ultraje. —Hablabla desde su caballo mientras arrastraba a la indefensa pequeña, paseándola ante los cientos de ojos temerosos—. Y aquí están sus cómplices.

Los soldados empujaron con sus monturas a los otros prisioneros, todos niños de entre nueve y once años. Ernesto descendió de su potro y se acercó a la niña que, pese al castigo infligido, se mantenía en pie, con actitud desafiante.

—Esta no es una niña. Las niñas no andan por los bosques cazando animales que no les pertenecen. ¡Esta no es una niña! —le gritó al pueblo—. Es un animal salvaje, cual león, cual lobo, que se come nuestro ganado. ¿Y qué hacemos en Altamiria con los animales que devoran nuestra comida? —Un murmullo se escuchó entre los aldeanos—. Los sacrificamos.

Desenvainó su espada ropera y colocó la punta en la garganta de la pequeña.

—¿Al menos entiendes lo que digo, mocosa, o es que ni siquiera sabes expresarte con palabras?

Ella no le respondió. No entendía su lenguaje. Ni siquiera intentó escapar. Entornó sus ojos con ira. Si hubiera podido, si hubiera tenido la fuerza necesaria, habría matado a aquel invasor con sus propias manos, pero no había nada que pudiera hacer.

—Lo que hago, lo hago por vosotros, pueblo de Villa Isabella. ¡Por vosotros y por la corona de Baluarte!

Y con esas palabras se convenció de que hacía lo correcto cuando asesinó a los pequeños.

—¿Lo conozco? —La pregunta de la mujer de apelmazados cabellos cenizas sacó a Bastián de sus oscuras reminiscencias.

—Sí. El rey ha decidido enviar como embajador a Asterio Siemprebravo, el hijo de Ernesto Siemprebravo el Infanticida, el hijo del hombre que más odian Roble Tallofuerte y los suyos. Por lejos el peor ser humano que ha pisado estas tierras. Temo que el rey ha sumado otro problema al reino —suspiró Bastián.

Aún no cantaba el gallo cuando Bastián ya se había vestido y se dirigía a la casona real para convencer al rey Tulio de no cometer lo que consideraba una insensatez. Los guardias le abrieron las puertas del salón real donde estaba el rey estudiando unos mapas con el duque Evelio.

Su respiración agitada lo delató.

—¿Algo os molesta, maestro? —preguntó Tulio Hojaltiva.

—Sé que su majestad sabrá perdonar mi insolencia, pues entenderá que proviene de mi amor por el reino...

—No digáis más, maestro, no estáis conforme con mi elección de Asterio Siemprebravo como mensajero.

—Así es, su majestad —respondió sin miedo a las consecuencias—. El apellido Siemprebravo se asocia al Infanticida. Es odiado en estas tierras y temo que vean su presencia como una provocación.

—¿Y por qué no hablasteis ayer en el consejo?

—No deseaba cuestionaros frente a los nobles, su majestad.

–Pero aquí estáis, cuestionándome igualmente y frente al noble de mayor rango del reino y mi propio cuñado –endureció la voz.

–Son nuevos tiempos, maestre –intervino el duque–. Yo mismo hablé con Asterio. Creo que esta es una gran oportunidad para que demuestre que él nada tiene que ver con su señor padre, cuya alma debe estar ardiendo por sus pecados cometidos en vida. Son nuevos tiempos –repitió– y Roble debe entender que no siempre corre el dicho de “a tal palo tal astilla”. Asterio ni siquiera conoció a su padre. Él creció como un hombre de bien, un hombre instruido en las artes, en la literatura... no como su salvaje progenitor que nació con la espada en la mano y mamó sangre en vez de leche.

–Sus aptitudes son idóneas para la tarea que se le encomendó. Es un excelente cronista, un gran historiador y excelente diplomático –sumó el rey.

–Su majestad sabe que yo también poseo ciertas cualidades de valor –se defendió Bastián–. Quizás no las más adecuadas para la misión, sin embargo, mi presencia en Aguatrueno sería menos... polémica. Enviadme a mí en su lugar, os lo ruego.

–Demasiado tarde. Asterio ya ha marchado. Partió en la madrugada con una pequeña soldadesca.

El maestre apretó la mandíbula.

–Roble Tallofuerte debe comprender que el apellido Siemprebravo no es sinónimo de maldad y Asterio así se lo demostrará –dijo el duque–. En estos tiempos de oscuridad necesitamos la luz de la confianza entre los pueblos y hemos de forjarla cueste lo que cueste.

“Mientras no le cueste la cabeza al pobre de Asterio”, pensó Bastián.

Primero se vio un destello en el cielo y, luego, el largo trueno se escuchó por todos los rincones del reino. Bastián agradeció que la lluvia lo encontrara guarecido en la Casona Hospitalaria de Nuestra Señora del Sagrado Halo. El día ya había sido lo suficientemente malo como para sumar el andar empapado por las calles.

—Con todos los problemas que tendrá que enfrentar el pobre Asterio, agradece que el rey no te envió a ti como embajador a dar la cara. Sobre todo, con esa jeta de perro ahorcado que tienes —bromeó Abdón.

A cualquiera le habría ensartado la quitapenas por tal insulto, pero al poeta se los aguantaba y hasta se reía. Esta vez solo atinó a resoplar y masajearse el bigote.

—Sabía, ¿qué opina usted? ¿Bastián debería estar que baila en una bota o no?

La anciana escuchaba sentada en una silla al fondo de la habitación. No respondió a la broma de Abdón. Caminó hacia la cama y le tomó la temperatura al hombre herido.

—Ha bajado la fiebre —dijo escueta—. Las hermanas de la Piadosa Curación hicieron lo que pudieron. Ahora solo queda esperar a que despierte.

—Venga, vamos, que no todo es malo ¿eh? —brindó el poeta e intentó reconfortar a Bastián dándole un abrazo con la zurda. Ni el maestre ni la sabia le correspondieron la alegría.

Abdón bufó indignado y se acomodó en un sillón ubicado junto a la pared.

–Vosotros dos sois cortados por la misma tijera. El uno se queda en la seguridad de su reino y sigue amargado, y la otra cuida a un enfermo cada vez más sano y no esboza ni una mísera sonrisa. Venga, que el mundo no es tan malo, aún tenemos poesía –brindó.

“El mundo no es tan malo”, reflexionó la anciana Acacia mientras cambiaba los vendajes del herido. Las dudas le embargaban la cabeza. “¿Qué pasaría si les cuento lo que me dijo este hombre? Lo peor es que ellos estén involucrados en el ataque, me asesinen y me hagan desaparecer. Está atardeciendo. Nadie los vería cargar mi cadáver para ocultarlo en alguna zanja”, pensaba. “No parecen culpables. El maestro de campo se ha mostrado preocupado por el muchacho y el consejero real no es más que un ebrio despreocupado sin apariencia de conspirador”.

Ya había tomado su decisión.

–“He venido a rescatarla, pero he fallado. Debe huir de aquí. Debe huir. Ellos nos han traicionado” –susurró la anciana.

Abdón y Bastián se miraron entre sí y alzaron las cejas. No entendían las palabras de Acacia. El poeta bajó los pies del taburete y apoyó los codos sobre sus rodillas.

–¿Qué habéis dicho? –preguntó el consejero frunciendo el ceño.

–Tales fueron las palabras de este hombre cuando llegó moribundo a la capital. Dijo que venía a rescatarme, pues ustedes habían cometido una traición contra nuestro pueblo.

–¿Por qué habéis guardado tanto tiempo el secreto?

–Ya estoy vieja y mis fuerzas no son las de antes. Opté por escuchar y saber en quién podía confiar. Es lo que hacemos los ancianos. Si les cuento esto ahora es porque confío en ustedes y también porque las noticias del duque Evelio me hicieron sentido. Este pobre hombre debe haber sufrido el ataque de mercenarios o piratas altamirios, no de los terramargos. Eso es lo que creo. Él, incapaz de diferenciarlos, asumió que vuestro reino había cometido traición.

–Las palabras de este hombre podrían reforzar nuestras sospechas de que los mercenarios y piratas ya están actuando de

mala manera en Tierraí; ¡Hay que contarle esto al rey para que dé la orden de capturarlos!

—Con tus palabras, Abdón, pienso que, o no conoces a nuestro rey o el pánico te ha nublado el buen juicio. —Bastían se masajeaba las sienes con el pulgar y el índice de su mano derecha, preocupado—. Lo que haya dicho este hombre no será prueba para el rey, pues Acacia solo ha presumido un posible ataque de los mercenarios. Es una conjetura, no un hecho. Si le contamos esto al rey, querrá pruebas y nuestro deber será conseguírselas.

Horas más tarde, Bastían Bocablanca se encontraba en su humilde hogar junto a Lucio Molinero, el capitán de las Espadas de los Caminos. Encendió una vela semi derretida que iluminó melancólicamente la habitación de paredes de adobe.

—Quiero que entienda, capitán, que lo que ha pasado es estricto secreto. Necesitamos pruebas irrefutables que indiquen que hay mercenarios desenvainando la espada a diestra y siniestra por el reino. Decid a vuestros hombres que, ante un hecho formidable, entiéndase espadachines avezados o aparición de soldadescas sin la insignia del rey, se me informe primero. Yo tomaré las riendas de ahí en adelante.

—Comprendo —dijo Lucio Molinero—. Hablaré con mis hombres para que os informen de cualquier suceso fuera de lo común. Os conseguiré las pruebas que necesita para encarcelar a esos joputas.

RELACIÓN DE LA TRAVESÍA A AGUATRUENO I

“Siendo el día veintiocho del sexto mes de nuestra Señora del Sagrado Halo, yo, Asterio Siemprebravo, cronista real, escribo estas líneas para narrar la travesía que he emprendido junto a veinte buenos hombres, que han decidido acompañarme por voluntad propia, al pueblo conocido como Aguatrueno a dar las malas nuevas al guerrero Roble Tallofuerte.

El viaje no ha presentado problema alguno. Cada soldado conoce sus deberes y hemos avanzado según los planes trazados.

Triste y desolado es el paisaje. Cualquiera pensaría que Tierra Amarga va cambiando según se suman kilómetros hacia el sur, mas eso no es verdad, no al menos por donde vamos. Para nuestro pesar, el reino aún tiene ceniza por tierra y tocones por bosques. No hemos visto animales a la redonda, a excepción de unas loicas y unos jotes de cabeza colorada. Los espinos crecen tanto en las faldas de los cerros como en las praderas. Dicen los naturalistas que estas especies vegetales preparan la tierra para la llegada de vegetación un poco más amable, así que, bienvenidos sean los espinos si tales palabras son verdaderas, pues Tierra Amarga necesita de un verde más hermoso.

Su gente lo necesita.

Los espinos nos han acompañado durante todo el viaje, incluso en la desviación que hicimos al tomar el Sendero del Conquistador, ruta que tuvimos que transitar por obligación, ya que el Camino de la Costa está obstaculizado por el barrial que han dejado las intensas lluvias de este recién iniciado invierno.

Nos desviamos unos dos kilómetros hacia el este, internándonos por lomas de baja altura. Tras mucho cabalgar, llegamos a un brazo del río Susurrante que, según nuestros mapas, correspondería al arroyo El Morado. Atravesamos el curso de agua a través del puente Los Molinos, nombre colocado en honor de Ambrosio Molinos, dueño de una histórica fonda y quien levantara a pulso la pasarela para el libre transitar de los parroquianos.

En dicha fonda encontramos cobijo hace una noche.

Llamó mi atención la presencia de cinco sujetos que lucían como veteranos de muchas batallas, cicatrices les cruzaban las mejillas, las cejas e incluso los ojos. Bebían a destajo y comían poco. Pese a ello, no hacían escándalo alguno. Eran sumamente silenciosos. Los soldados que me acompañan no los miraron con buenos ojos.

A sabiendas de las cosas que ocurren en el reino, preferí consultar al posadero, quien me dijo que tales hombres no llevaban ni dos noches allí y que nada sabía de su procedencia ni de su destino.

Nada ocurrió esa jornada y al día siguiente el sol salió sin novedad.

Quisimos retomar el rumbo hacia el sur, pero una familia que viajaba en una carreta nos advirtió que el río Blanco había crecido en demasía y que cruzarlo era faena imposible. Debo destacar aquí la labor del soldado Darío García y Peñafiel, hombre letrado y conocedor del territorio. Cuando ninguno de nosotros sabía qué rumbo tomar, él, pragmático y decidido, abrió un mapa e hizo gala de su gran conocimiento. Parecía como si él mismo hubiera trazado con carbón las cartas (dejo constancia de esto para que sea considerado en futuras campañas de exploración).

Pues bien, don Darío señaló que debíamos seguir el trayecto hacia el sur y, luego, cambiarlo al llegar a la encrucijada de Las Arañas, hacia el este, hasta los límites de la marca de Colina Magra. Indicó que era la única ruta posible para continuar hacia nuestro destino y sortear la crecida del río... y la seguimos”.

—¿Tenéis que escribir todo lo que hacemos, don Asterio? —preguntó Darío García y Peñafiel al tiempo que se echaba a la boca un trozo de pan untado en un grasoso caldo de carne.

—Soy el cronista y tal es mi trabajo, don Darío.

Darío siguió comiendo con seriedad. Acercó las manos a la fogata. El invierno había llegado con fuerza, más que otros años. Se sobó las manos e intentó abrirlas con su aliento.

La noche era más fría que la anterior, por lo que se cobijaron a la ladera de un cerro para que no los congelara el viento que corría a esas horas. Agradecieron que no estuviera lloviendo, aunque las nubes sobre sus cabezas se veían amenazadoras.

Algunos soldados dormían alrededor del fuego, abrigados solo con sus capas y una que otra manta. Otros hacían guardia con la pistola desenfundada. Por su parte, Asterio Siemprebravo se mantenía despierto para no atrasarse con sus escritos. Apoyaba la espalda sobre su caballo, que descansaba echado junto a la fogata. Darío García y Peñafiel estaba despierto porque así lo quería. De todos los soldados, era siempre el último en dormir, a menos que le tocara guardia. En esas ocasiones no le importaba pasar de largo hasta la noche siguiente. Asterio lo había notado. Le parecía un excelente soldado, fiel a su soldadesca, por muy pequeña que esta fuera.

Sí, un excelente y bravo soldado, aunque algo silencioso.

—¿Hace cuánto tiempo que servís a la corona, don Darío? —le preguntó el cronista sin dejar de escribir.

—De mis quince —contestó el soldado sin dejar de comer. Se bajó el chambergo y se cubrió las piernas y los brazos con la capa.

—¿Y eso hace cuánto?

—Seis años —respondió escueto.

“¡Tenemos casi la misma edad! Me cuesta creerlo, él se ve mucho más joven”, pensó Asterio hasta que notó que, a diferencia de los demás soldados y hombres de su edad, el rostro de Darío no tenía ni barba ni mostacho. Recordó que todas las mañanas lo veía afeitarse con una navaja. El cabello negro bien recortado también le quitaba años de encima. “Será una nueva moda”, supuso Asterio

pensando en la cercana posibilidad de afeitarse el bigote y recortarse su castaña melena.

Notó que Darío no tenía intenciones de seguir hablando, así que optó por seguir escribiendo.

28

MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS

La gente de Aguatrueno corría de un lado a otro cargando vasijas llenas de aguas medicinales, hierbas y vendajes para los heridos de Rocalga, siempre siguiendo las órdenes del chamán Pumagrís o de su aprendiz Lirio Hierbarcoiris.

—Debes descansar, chamán. No te has detenido desde que llegaron —le aconsejó Roble Tallofuerte.

—Fue mi lentitud la que produjo esta debacle. Si no pude impedir que fueran heridos por los espectros, al menos debo ser capaz de sanarlos. —Su voz estaba quebrada y sus ojos, cansados e inflamados.

El chamán llevaba días y noches enteros sin dormir ni comer en su afán de atender a los heridos. Pese a su arduo esfuerzo, fueron muchos los que murieron entre espasmos y heridas infectadas.

—El Consejo de Guerra lleva días esperando una explicación. No puedes seguir evadiéndolos, chamán.

—Asistiré al consejo cuando el último de los aldeanos esté recuperado, no antes —respondió secamente al tiempo que limpiaba las laceraciones de una mujer.

—La chamana Quila puede encargarse de los enfermos. Tu aprendiz también puede hacerlo.

—¿Lirio?... Esa chiquilla está tan herida como sus pacientes y aún así ha colaborado sin miramientos ni queja alguna. No puedo creer que tus líderes guerreros gimoteen más que una niña de trece años que acaba de librar una batalla. No la abandonaré. Tus guerreros pueden esperar, los heridos no.

Roble observó las camas llenas de lesionados, la ardua labor de las ancianas que hacían lo posible por aliviar sus dolores y el rezo de otras que rogaban a los espíritus para que el alma de los moribundos se encontrara con sus ancestros en la otra vida. Ante tamaño sufrimiento, el líder de batalla no tuvo más opción que asentir resignado ante la obstinación de Pumagrís.

—Cuando tengas tiempo ve al consejo, Pumagrís. Necesitamos respuestas —dijo al fin.

Roble dejó al chamán en su misión y recorrió la ribera del lago Esmeralda donde ahora había tiendas repletas de heridos. En los alrededores de la aldea los aprendices no paraban de martillear y fortalecer ya fueran las torres, las puertas o los muros. Entre ellos estaba Palma, afanado en el techo de una torreta.

—Muchacho, ven aquí —le gritó.

—Señor —saltó desde lo alto.

—Deja eso. Tu madre quedó muy herida tras la batalla, ve a atenderla.

—Fue mi madre quien me envió a trabajar, señor. Ya se encuentra mejor y no desea que pierda mi tiempo con ella. Dijo que Aguatrueno necesita mejores defensas contra los... los monstruos —le tembló la voz.

—Las murallas ya están bastante altas, muchacho. Esos monstruos deberían tener alas para poder sortearlas —sonrió. No consiguió el mismo efecto en Palma.

Notó que apretaba los puños, no sabía si por rabia o por miedo. La altura, la contextura y la voz grave de Palma le hacían olvidar que solo era un niño.

—¿Cómo está tu amigo Junco?

Palma hizo una mueca de tristeza.

—Lo... lo escuché llorar cuando fui a verlo esta mañana. No se encuentra bien.

—Nadie lo está, muchacho.

Los días pasaron y los aldeanos sanos ya se veían en mayor número por la aldea-fuerte. Caminaban con muletas, cabestrillos, cataplasmas en la frente y vendajes en distintas partes del cuerpo. “Ya es hora”, pensó Pumagrís con mejor ánimo y se dirigió al Consejo de Guerra sorteando a duras penas el barrial que las lluvias de aquel invierno inmisericorde habían provocado.

–Bienvenido. –Roble lo recibió con talante serio.

En el interior de la morada se encontraba la chamana Quila alimentando la hoguera y, a su alrededor, los líderes guerreros que conformaban el consejo, sentados en el suelo o en tocones. Pumagrís los saludó uno por uno.

–Doy disculpas por mi demora... debía atender a los aldeanos heridos si deseaba tener a alguien a quien defender ante el mal que se avecina. –Se sentó trabajosamente sobre un tocón cubierto con piel de chinchilla.

–¿Y qué mal es ese, chamán? ¿Acaso los esteparios te contagiaron esa fantasía de la Isla Oscura? –inquirió Ciprés Huironegro, mordaz como siempre-. Espero que sepas respondernos, porque tenemos demasiadas preguntas.

–Y yo no tengo todas las respuestas... quizás, solo más preguntas.

–No te burles de nosotros y habla claro. –La voz del calvo Ciprés iba cargada de insolencia.

Pumagrís le dirigió una mirada iracunda. Los guerreros sintieron la tensión en el ambiente. No era sensato ofender a un chamán, menos a uno con la fama de Pumagrís, cuyas habilidades, decían los rumores, iban más allá de lo puramente medicinal, siendo capaz de manejar la energía de la naturaleza a su antojo y superar a cualquier guerrero de Tierraíz.

–Puedo enumerarles hechos –dijo al fin.

–Cuéntanos, por favor –solicitó el flemático Corcolén Pastosombrío.

–Dinos todo lo que sepas, ya que Chilca no ha querido soltar la lengua pese a mi insistencia –gruñó la robusta Laurel mientras devoraba un trozo de pierna de guanaco-. Lo último que sabíamos

de ella es que tenía órdenes estrictas de ir a las estepas para encontrarse contigo y averiguar qué ocurría en Montepardo, y no pasa ni una luna y ya está de vuelta... Y para nuestra sorpresa, ¡no llegó sola ni con buenas noticias!

Roble guardaba silencio. Sabía que los guerreros estaban molestos con el chamán.

Pumagrís bebió un trago de su agua de hierbas y abrigó sus manos junto a la hoguera.

—Todo comenzó con la luna roja —comenzó su narración—. Sabíamos que aquello no era normal, era una advertencia de los espíritus. Esa misma noche anuncié a Ulte, el líder de Rocalga, que invocaría a los chamanes de la Orden de la Cascada para un concilio que nos permitiera reflexionar sobre aquel críptico mensaje. Envié los cantos y emprendí el rumbo hacia nuestro punto de encuentro habitual. Tras mucho discutir entre los chamanes, decidimos buscar respuestas en los distintos territorios. Unos marcharon a Pampadorada y otros al pueblo de Arenárida; pocos quisieron aventurarse en Ventosol y muchos menos en las Tierras Selváticas. Yo y el chamán Llamablanca decidimos ir a las estepas... Y me alegro, pues elegimos bien.

»Los chamanes esteparios nos permitieron recorrer libremente sus tierras para seguir nuestra investigación. Hubo semanas enteras en que caminamos por páramos desolados, descendimos por profundas quebradas de hielo, escalamos riscos traicioneros y navegamos por ríos tan claros como el cielo del amanecer. Pero por mucho que nos esforzáramos sintiendo la brisa y leyendo el comportamiento de los árboles, nada nos entregaba un indicio acerca de qué podría haber significado la luna roja. Todo se veía... normal. —Guardó silencio, como quien intentase evitar un mal recuerdo—. Fue un día que nos adentramos en un bosque de arrayanes cuando escuchamos un angustiante susurro en el aire y una pesada carga sin nombre se posó sobre nuestros hombros. Llamablanca me miró con un dejo de terror. “Esto no es obra de un ser humano”, me dijo. Aquella noche preferimos guarecernos en los límites de la foresta antes de adentrarnos en sus extraños senderos

cargados de una energía que atacaba nuestro espíritu. Esa misma madrugada envié un mensaje a Roble para que vigilara los pueblos de Costazul. –El guerrero asintió con la cabeza confirmando el testimonio del chamán–. Ya de mañana, cuando nos preparábamos para internarnos en el bosque, escuchamos un susurro que nos erizó la piel: “No entren, no entren”, nos advertían los árboles incluso cuando nos tapábamos las orejas. No hicimos caso a la advertencia y proseguimos. Los arrayanes nos cerraban el paso, impidiendo nuestro andar, levantando sus raíces para hacernos caer sobre el fango en un vano intento por protegernos. Al amanecer del quinto día notamos que muchos de los árboles tenían serias quemaduras, pero nunca sentimos olor a carbón. Mientras más nos adentrábamos, más árboles carbonizados veíamos. El suelo estaba ennegrecido. A lo lejos vimos una pequeña elevación con una piedra gris en la cima. “Colina Centinela”, me indicó Llamablanca. Estábamos en Montepardo o lo que quedaba de ese pueblo, pues lo que fuera un inmenso y hermoso bosque lleno de vida, era ahora un cementerio de árboles calcinados. Nos dirigimos al centro de la aldea. –Se quedó en silencio. Bebió de su infusión sin dejar de mirar el bailar de la llama sobre la hoguera, perdido en sus recuerdos. Tras un largo rato prosiguió la narración–. Cuando llegamos encontramos el suelo lleno de cadáveres. Cientos de ellos. El miedo se apoderó de nosotros cuando escuchamos nuevamente aquel susurro en el viento. “¡Hullan! ¡Hullan!” Esta vez decidimos escuchar al boque y huimos, corrimos con todas nuestras fuerzas, siempre advertidos por aquel murmullo. Los arrayanes ahora nos abrían el paso.

»Fuera de la foresta, exhaustos, nos encontramos con un grupo de cazadores esteparios. Les contamos de nuestra misión y lo que encontramos en la aldea. Valientes son esos esteparios, pues sin importarles la advertencia de peligro, nos acompañaron para rescatar los cuerpos. “Todo hombre y mujer merece digna sepultura”, nos dijeron decididos. Tantos cadáveres eran, que la triste tarea de dar los rituales y dejar los cuerpos en el océano Tranquilo nos llevó largos y tristes días. Recorrimos el territorio advirtiéndolo de lo ocurrido a los chamanes esteparios, los que se reunieron en

cónclaves con fogatas tan inmensas que llegaban al cielo. Llamablanca y yo enviamos cantos narrando lo sucedido a los pueblos y emprendimos el camino de regreso. En el humedal Juncosalto separamos nuestros caminos y allí me encontré con Cormorán Surcalagos, un mensajero de las estepas...

—Un pájaro de mal agüero, querrás decir —bufó Ciprés.

El chamán hizo caso omiso a la intervención del impertinente guerrero y prosiguió:

—Cormorán Surcalagos se dirigía a Rocalga a informar que dos esteparios habían visto la Isla Oscura, una isla que solo habían escuchado en historias de viajeros temerosos, una isla que hasta ese momento dudaban de su existencia. Le pedí de favor que también avisara a Sauce Briznasol de mi pronta llegada y se marchó a toda prisa. Aproveché la soledad del bosque para rogar a los espíritus por respuestas y me enviaron una imagen de Rocalga ennegrecida, al igual que Montepardo, pero por obra de aquella isla. Horrorizado, avancé lo más rápido que pude y al llegar al Senda Estrecha me encontré con Chilca Ramaseca y sus guerreros que iban camino a las estepas. Les conté lo sucedido y me acompañaron a Rocalga para evitar que sufriera el mismo destino que Montepardo... y ya conocen el resto de la historia.

Los líderes guerreros se observaron con preocupación.

—¿Sabes de dónde proviene esa isla, chamán? Nunca había escuchado de ella —preguntó Corcolén.

—¡De la estupidez de los esteparios! ¡De ahí proviene! Cuentos que los esteparios creen a destajo y que andan promoviendo por todo Tierraíz mediante sus pájaros de mal agüero —respondió Ciprés con desdén.

—¿Dices que un cuento inventado fue lo que atacó a Rocalga? —le reprendió Corcolén—. Cuida tus palabras si quieres seguir siendo parte del consejo. Hay cientos de testigos que vieron a los espectros y a la Isla Oscura.

—¡Estupideces! —gruñó Ciprés.

—Lo único estúpido son tus palabras —le increpó Chilca—. Siempre nos contradices a sabiendas que tenemos la razón.

—Traigo sensatez a este consejo —se defendió el calvo guerrero.

—¡Basta ya! —De un terrible grito Pumagrís terminó la discusión—. No estamos aquí para discutir si Ciprés es o no un insensato, y atrévete a rebatirme si deseas conocer mi poder —le amenazó apuntándolo con su índice—. Estamos aquí para tomar decisiones, y yo ya tomé la mía.

—¿Qué harás? —suspiró Roble, hastiado.

—Como les advertí, tengo más preguntas que respuestas. ¿Qué es la Isla Oscura? ¿Qué son los espectros? ¿Volverán a atacar? ¿Qué pueblo o aldea invadirán ahora? Y, la más importante, ¿por qué lo hacen y quién los comanda? Ante esto, he tomado una decisión. Al igual que la pequeña Loica Vientoleal hizo hace años, me dirigiré a la cordillera a hablar con el Espíritu de La Montaña para que me dé respuestas.

29
LA PARTIDA

Junco Briznasol se encontraba mejor de sus heridas, mas la tristeza aún lo embargaba. Deambulaba por Aguatrueno durante las mañanas y se dirigía al lago en el atardecer, rememorando las largas conversaciones que mantenía con su padre en los roqueríos de su antigua aldea. Ahora se encontraba solo en un mundo que, día a día, se tornaba más peligroso.

—Coipo, ¿aún lloras a tu padre?

Cormorán Surcalagos apareció a sus espaldas y se quedó de pie junto a él, observando la huella que una solitaria lágrima le había dejado en la mejilla.

El pequeño no contestó.

—Deja de lado los recuerdos que traen rabia y frustración —le dijo con su voz grave—. Debes dejarlo ir y sobreponerte.

El pequeño no contestó.

—Veo en tus ojos que deseas ir a buscar a tu padre, no lo niegues, los esteparios siempre vigilan, siempre esperan, siempre saben. Eres un coipo valiente, pero sigues siendo un coipo. Ya llegará el día en que tengas la fuerza para enfrentar tu destino y emprender la búsqueda de Sauce Briznasol. Debes ser paciente y prepararte. Mientras ese día llega, enfócate en tu gente. Hay demasiadas personas en Aguatrueno y muchas de ellas están tan heridas u ocupadas atendiéndolos que no tienen tiempo de cumplir tareas como la comida. Recuerdo que querías ser un cazador, así que haz honor a ese deseo y sirve a tu pueblo: tráeles alimento.

“Sirve a tu pueblo”. Esas eran las palabras de su padre y de su madre.

—¿Irías conmigo? —dijo reuniendo fuerzas.

—No puedo, Coipo. Pumagrís quiere voluntarios para un viaje suicida y decidí ir con él. Parece un paseo entretenido.

—¿El chamán se marcha otra vez?

—Sí, y también Roble. El Consejo de Guerra registró Aguatrueno hasta que regresemos.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque alguien debe hacerte crecer, Coipo. Y, para hacerlo, debes saber lo que pasa en tu pueblo. Nos iremos mañana antes de que salga el sol. Vamos a la cordillera. El chamán dice que iremos a ver a un espíritu de la naturaleza. Nos aseguró que este nos dirá por qué atacaron Montepardo y Rocalga.

Junco sacó sus pies del lago y se levantó entusiasmado.

—¿Puedo ir?

Cormorán lo miró con seriedad.

—Para ir a una montaña debes ser un puma... y tú solo eres un coipo.

A la mañana siguiente, Cormorán, Roble y Pumagrís dejaban la aldea. Marcharon en la oscuridad que aún reinaba en aquel día frío y lluvioso, abrigados con unas cuantas mantas y cargando poco equipaje, apenas un morral de cuero por cada uno y una antorcha para iluminar el camino. Poca gente los vio partir, solo estaban los líderes guerreros y, más atrás, Junco, Lirio, Palma y Litre.

—Espero que ese chamán demente no nos deje sin líder de batalla —gruñó Ciprés—. El camino a la montaña es peligroso y dudo que Cóndor Vientofuria les permita traspasar sus fronteras. Es un hombre extraño. Además, van con ese estepario que ni siquiera conocen. Quién sabe qué les puede hacer mientras duermen.

Los guerreros omitieron los comentarios de Ciprés, ya sabían que argumentar contra él era perder el tiempo y decidieron observar en silencio la partida de sus tres aliados, quienes tomaron el sendero del sur y emprendieron el rumbo hacia el este, adentrándose en el bosque Silente hasta perderse de vista.

—¡A trabajar se ha dicho! —ordenó Laurel Montepiedra—. Queda mucho por hacer y esta lluvia no nos detendrá. Las torres norte y sur tienen agujeros en los techos, y la muralla oeste necesita bloques de piedra y arcilla. Palma, despierta a los otros chiquillos ¡y trabajen!

Los líderes guerreros se retiraron y en la puerta solo se quedaron los cuatro jóvenes.

—¿Crees que Ciprés tenga razón? —le preguntó Junco a su amigo Palma—. ¿Qué Pumagrís es un demente?

—Haz como yo y todos los de Aguatrueno y no tomes en cuenta ningún comentario de ese idiota —respondió—. Nadie sabe por qué es miembro del Consejo de Guerra si todo lo que hace es aportillar las decisiones.

—¿No que son elegidos? —preguntó Litre.

—Sí, a veces. Del actual consejo, solo cuatro fueron elegidos: Chilca Ramaseca, entre ellos. Es una excelente peleadora. Del tiempo que llevo aquí, nunca la he visto perder. Es tan atenta y amable conmigo como lo es Laurel, pero me grita mucho menos —bromeó.

—¿Y los otros? —preguntó la pequeña Lirio. Se apoyaba sobre una rama nudosa, aún recuperándose de la batalla y el cansancio. Sus ojeras denotaban la falta de sueño.

—Los otros se ganaron su puesto por derecho. Laurel, por ejemplo, pertenece al consejo por haber vencido a las tropas de Emilio Martesta en la batalla de Los Muelles.

—¿Ahí perdió el ojo?

—No, eso fue mucho antes, a manos de un tal Ernesto Siemprebravo. Dicen los viejos que ese Siemprebravo era un sujeto tan cruel como aterrador. Capturó a Laurel y la torturó por semanas, cuando vio que no obtendría respuestas sobre la ubicación del grueso de nuestras tropas le sacó el ojo con una cuchilla al rojo vivo y la arrojó desde una quebrada dándola por muerta. No se les vaya a ocurrir mencionar el apellido Siemprebravo frente a ella... lo odia. Los aprendices sabemos eso y contamos su historia cuando sabemos que ella anda lejos —les susurró—. Corcolén Pastosombrío también es

un miembro por derecho. Él y unos pocos esteparios supieron defender por semanas tanto Bosquemar como Vadosombra.

—¿Y Ciprés también protagonizó alguna batalla?

Palma soltó una carcajada.

—No participé en batalla alguna ni fue elegido —dijo cuando terminó de reír—. Los mal pensados dicen que está en representación de su abuelo, un guerrero de antaño al que la vejez ha incapacitado. Pese a ello, Ciprés pelea bastante bien, al menos ninguno de los aprendices le ha podido ganar en combate, aunque eso no quita que sea el idiota más grande que exista —les dijo y se despidió para ir a reparar los techos.

Lirio fue a descansar de sus heridas y Litre optó por ir a desayunar y ayudar a las ancianas en los quehaceres matutinos. Junco tenía en mente algo mucho más interesante. Morral en mano, se aperó con unas tortillas de rescoldo, trozos de charqui y agua fresca. En su cinto se enfundó una cuchilla de piedra y una lanza corta, tuvo la precaución de ir con la manta verde que le había regalado su padre para camuflarse mejor en el entorno, y partió hacia el bosque Silente a buscar alimento para su pueblo.

Los árboles no diferían tanto de los de Rocalga, sin embargo, notó que algunos eran de hojas más gruesas y duras. “La sabia Totorá sabría sus nombres”, pensó. Recorrió los intrincados senderos sin éxito, ya que los animales se habían guarecido en sus madrigueras a causa de la lluvia. No había presas para cazar, por lo que se dedicó a recolectar pequeños frutos y hierbajos. De pronto, en un claro del bosque, cerca de un charco, una vizcacha apareció corriendo a gran velocidad y se derrumbó muerta sobre la hierba. Junco se alegró, pues la cena se había presentado sin necesidad de cazarla. Cuando se aprestaba a recoger el cuerpo del pobre animal, se percató de extrañas heridas en su lomo y enseguida supo que era la presa de alguien o algo más. Segundos después apareció un zorro joven, de no más de un año, una bestia de pelaje frondoso y lomo adornado con tonos ceniza. Movía su cola de un lado a otro, alerta. Al ver a Junco acechando a su presa emitió un agudo chillido y erizó sus pelos. El pequeño cazador se quedó quieto, no era un ladrón, así

que retrocedió unos pasos y dio media vuelta. Esperó unos instantes y, al volverse, ya no estaban ni el zorro ni la vizcacha.

30
SANGRERRADA

Con sutiles movimientos de su mano pasaba las hojas una tras otra, fascinado por aquel cantar de gesta. De vez en cuando bebía un trago de vino tinto y comía con delicadeza pequeños cubos de un cremoso queso traído de Fontarragués, siempre sumergido en la lectura.

*Dirigióse a Histolia errante y bravo
Juró cruel venganza espada en mano
—Cuidaos de aquél, falso amigo,
a vuestra espalda macabro enemigo—
Cantó el poeta su hermano de grescas
Aún de mañana sin botas puestas*

... Leía entre dientes el duque Evelio de Mondragón, inmerso en los versos de aquel cantar. Un golpe en la puerta lo sacó de su concentración. Por el umbral entró un flacucho paje de cabellos negros bien recortados.

—Excelentísimo señor, el conde Calisto Fuenteamplia ha llegado. —Hizo una exagerada venia.

—Dile que pase. Trae otra botella de vino y más comida.

—Como ordene, su excelentísimo señor.

El duque Evelio de Mondragón cerró el libro que leía y al instante ingresó el conde. Vestía un jubón dorado y pantalones de lana muy bien confeccionados, dignos de su altura nobiliaria.

—Buen día tenga, conde Calisto. Asiento, por favor.

—Gracias, su excelencia. ¡Vaya!, la gesta de El Bardo Errante —dijo distraídamente al ver de reojo el título del libro que estaba sobre el mesón.

—¿Vuestra merced ha leído dicho cantar? —El duque se mostró curioso ante el buen gusto del conde.

—Es mi favorito. Mi señor padre me lo leía cada noche antes de dormir.

—Vuestro señor padre, un hombre poderoso y respetado tanto en Altamiria como en Tierraíz. Le ha enviado cariños. Había olvidado mencionarlo. —Se levantó de su asiento y caminó hacia la abultada biblioteca que llenaba tres paredes del cuarto—. Así que os gustan las gestas heroicas. Aquí tengo muchas, quizás demasiadas, nunca me aburro de aquellos caballeros andantes que daban la vida por sus ideales —suspiró mientras acariciaba los lomos de los libros—. ¡Qué maravilla de historias! Mirad esta. —Sacó del estante un grueso tomo encuadrado en cuero llamado *Las Desventuradas Andanzas del Montaraz Intrépido*—. Este libro fue escrito por doña Inés de Campoidílico, una mujer inteligentísima, docta, amante de la música y las letras. Fue su ópera prima. Tomó como base la histórica Batalla de Monte Huracán. Algunos dicen que se inspiró en sí misma para inventar al personaje del montaraz, pues los rumores señalan que ella participó de aquella contienda disfrazándose de espadachín. Es tan alta como un hombre y no le habría costado mucho pasar por soldado, no tenía más que recortarse el cabello y fingir un poco la voz. Algunos lo consideran una comedia, yo lo considero un drama. Como fuese, es un excelente libro, os lo recomiendo.

Paseó su vista por un nuevo volumen.

—Imagino que este lo conocéis. —El conde asintió al ver las doradas letras sobre fondo terracota de *La Balada de Lucila Danzaria*—. Siempre he creído que todo terramargo debería leer este libro. La esforzada Lucila Danzaria, al igual que nosotros los terramargos, crea un pueblo nuevo tras las cenizas de la guerra. —Habla con una mezcla entre orgullo y ese tono especial que utilizan los académicos apasionados—. ¿No le parece maravilloso

este libro, conde? Los personajes son sometidos a incontables y terribles penurias, pero siempre logran salir adelante, a punta de entereza y voluntad.

—Y de venganza —agregó el conde Calisto—. Recuerde que ella, una simple campesina, fue testigo del asesinato de su esposo e hijos a manos de los mismos soldados que habían jurado protegerlos. A ella la golpearon hasta dejarla inconsciente y, al despertar, juró venganza.

—“... Por el asesinato de su hombre, su prole y la desolación de su pueblo” —dijo de memoria el duque con voz inspiradora—. Sean los motivos que sean, es un libro maravilloso, siniestramente maravilloso. Fue escrito tomando como base la historia misma de Altamiria, cuando la sociedad era menos... civilizada. Y es increíble, mi estimado conde, que aún en estos tiempos exista gente que desee volver a aquellas épocas de sangre y fuego.

El conde Calisto no comprendió.

—Mirad. —Se alegró al encontrar el libro que buscaba y lo dejó sobre el escritorio—. Esta es una obra que me hace pensar muchas cosas. Tratadla bien, es una edición de casi doscientos años de antigüedad. Es uno de mis más grandes tesoros. Su título es sencillo, nada grandilocuente, de hecho, a buenas y primeras no dice mucho sobre la trama. Simplemente se llama *Sangrerrada*. —El conde conocía aquel famoso libro escrito por Darío Rocanegra, un letrado fraile altamirio quemado en la hoguera por culpa de aquella obra—. Este libro trata de una ficticia familia real amante de la violencia y el asesinato. Sangrerrada no era su apellido, pero así les llamaba el bajo pueblo que sospechaba de su pasión por el incesto. —Bebió un trago de su copa de vino—. Los Sangrerrada eran despiadados torturadores y asesinos. No dejaban tranquilos ni a amigos ni a enemigos. Todos debían caer bajo su poder. En sus garras tenían a las cortes, la religión, a los soldados, la corona, todo el imperio. Hicieron lo inhumanamente posible para llegar al trono y hacerse con el reino... Y eso, conde Calisto, es lo que me temo tras mi viaje a Altamiria.

—¿A qué os referís, duque?

—Como sabéis, estuve allá por casi un año, principalmente en el reino de Baluarte. Para disfrutar mejor el viaje recorrí aquellas tierras que me vieron nacer y que tanta alegría dan a mi ya viejo corazón. Conversando de incógnito con el pueblo, escuché rumores y comidillos que me resultaron difíciles de creer, así que desembolsé una buena cantidad de oro para que algunos informantes conocidos me dieran respuestas a las tantas preguntas que nacieron en mi atribulada cabeza. Me respondieron algunas, callaron otras y me llegaron rumores de cosas que ni siquiera había consultado. Uno de esos rumores llamó poderosamente mi atención.

Se sentó y aclaró su garganta.

—Sabemos que cuando se acabó la intentona de conquista de Emilio —prosiguió—, toda su familia y sus seguidores fueron ajusticiados.

—Y muy bien hecho estuvo —interrumpió con frialdad el conde—. No podíamos dejar vivo a ningún Martesta luego de las atrocidades que cometieron en este continente.

—¿Y si en verdad no se acabó con todo ese linaje? —inquirió el duque. Apoyó ambos codos sobre la mesa, notablemente perturbado.

—Un absurdo. —El rostro del conde permanecía inmutable—. Todos vimos morir en la guillotina y en la horca a primos, hermanos, tíos, sobrinos y madres Martesta. No queda nadie en este mundo que lleve ese infame apellido. Sus muertes constan en los registros.

—¿Y su esposa, la reina Anabella?

—¿Anabella la loca? Todos saben que se suicidó cuando se enteró de la derrota y muerte de su marido.

—La versión oficial dice que Anabella se arrojó desde lo alto de la Torre de la Doncella Indomable, destrozando su cuerpo contra las rocas y perdiéndose en el mar por siete días, tiempo en que los animales desdibujaron sus restos.

—Así es. Tal fue su locura que se lanzó al vacío usando su vestido de matrimonio. Gracias a ese detalle el médico de Baluarte identificó su cuerpo. Además, tenía el collar de esmeraldas que yo mismo le regalé en su boda.

—Indumentarias y alhajas que muy fácilmente se podrían haber colocado en el cadáver de cualquier otra mujer... una sirvienta, por ejemplo.

El conde Calisto observó al duque con recelo.

—¿A dónde desea llegar, su excelencia? ¿Estáis diciendo que Anabella nunca falleció? ¿Que todo fue un engaño?

—No lo digo yo. Al igual que en *Sangrerrada*, donde el pueblo sospechaba del incesto de sus gobernantes, en Altamiria es la gente de Baluarte la que dice que Anabella no murió, lo dicen las viejas que lavan la ropa en el castillo, los vendedores de pescado de la caleta de Histolia, los herreros de Dontos, los armeros de Berenús, los jinetes de Fontarragués. Algunos hasta dicen saber el nombre de la sirvienta que usaron para fingir la muerte de la reina... Una chiquilla del bajo pueblo llamada Clara Bobadilla.

—Palabras de ignorantes, su excelencia. Si me dedicara a escuchar lo que dice la plebe de Corteza Quemada, viviría preocupado de esferas de luces que aparecen en la madrugada.

—Conde, Anabella estaba embarazada cuando supuestamente cometió suicidio. ¿Visteis el cadáver del nonato?

—No, mi señor. El médico de Baluarte fue quien nos informó de la muerte. Ninguno de los nobles vio el cadáver.

El duque Evelio entrelazó los dedos con fuerza y apoyó en ellos su mentón.

—Eso es una lástima, estimado conde. Si sumo lo que me decís, más lo que me dijo el pueblo de Altamiria, puedo llegar a creer que Anabella la loca nunca se suicidó, que orquestó un intrincado plan para huir y dar a luz al hijo de Emilio Martesta y que, en un acto de demencial venganza, estaría perpetrando desde las sombras una estratagema para hacerse con el trono de Baluarte y el de Tierra Amarga, y hacer que llueva fuego sobre todas las personas que considere culpables por la muerte de su esposo.

—Creo que deberíamos desestimar las palabras del bajo pueblo, duque —su voz se endureció—. No es una fuente de fiar. Anabella está muerta.

—Espero que sea así, conde. No me gustaría que, al igual que los Sangrerrada, los Martesta muevan hilos tras bambalinas y reaparezcan para hacerse con la corona y desbaraten la frágil paz que tanto nos ha costado. Y por eso os he llamado, ya que el condado de Corteza Quemada, que vuestra merced dirige, es de suma importancia para nuestro reino, pues allí se encuentran los lavaderos de oro y plata con los que pagamos a los ciudadanos y mantenemos la economía —revisó unos papeles—. Con los mercenarios deambulando por el reino sería terrible que alguien intentara tomar por la fuerza vuestro condado o, peor aún, que intentara corromperos en su afán de mover hilos para llegar al poder —dijo con un tono sombrío—. Por tanto, el rey os ruega que si veis o escucháis algo sospechoso, por favor, hablad primero con nosotros. Su majestad confía plenamente en vuestra merced y sabrá como recompensar vuestra lealtad con creces.

—Agradezco la confianza, duque.

—No es mi confianza... Es la de vuestra majestad.

31
NEGOCIO

—Calma, don Sebastián. —El marqués Antoine Garraleón devoraba un trozo de carnero con total naturalidad, al tiempo que intentaba tranquilizar a Sebastián Barrancones, el mercader altamirio—. Que el duque Evelio mandara a llamar al conde Calisto no nos tiene por qué importar. —Bebió un largo trago de su bebida.

Sebastián Barrancones se mantuvo en silencio observando hacia la chimenea con las manos empuñadas en la espalda. El brillo del fuego tornaba rojiza su cabellera castaña.

—Nuestro... negocio —dijo al fin— ha requerido de mucho tiempo y esfuerzos, don Antoine. Temo que el duque haya escuchado ciertas cosas durante su viaje a Altamiria y que su conversación con el conde Calisto le aclare algunas sospechas. Como usted comprenderá, me es imposible tranquilizarme a la luz de estos acontecimientos.

—Lo que el duque haya conversado con el conde nos debe tener sin cuidado, don Sebastián. Nuestro negocio seguirá en pie. Os lo puedo asegurar.

—Creo que el duque sabe más de lo que pensamos —insistía Barrancones con nerviosismo—. Debemos preparar un plan de contingencia.

—Ese plan comenzó hace mucho, don Sebastián. Tengo cien mercenarios en la marca de Colina Magra que harán lo que yo les ordene. Y a nadie le extrañará que un duque que se la pasa viajando por el mundo un día desaparezca y no regrese jamás.

“No hay duda de que Colina Magra, la marca que rige el marqués Antoine Garraleón, es la ciudad más hermosa del reino. Aun a la distancia resalta con majestuosidad al romper abruptamente las planicies de plantaciones de trigo y maíz.

Al cabalgar por entre sus tantas haciendas nos salió al paso don Manuel de Botacera, un hacendado de renombre. Sacóse su sombrero y me solicitó agradecer al rey por los cien soldados que había enviado para ayudar en Colina Magra, todos de excelente disposición y siempre prestos para colaborar en todo lo que se les pidiera, incluso en las faenas agrícolas propias de su campo. No estaba enterado de tal decisión de su majestad; aun así, tal muestra de gratitud la dejo por escrito en este mismo texto.

Seguimos nuestro camino.

No pocas veces nos salieron al encuentro otros hacendados, parceleros, inquilinos y peones arreando ganado, principalmente vacas. Sus niños nos saludaban y nos regalaban frutas y algunos panes.

Para ser sincero, lamento no habernos hospedado en alguna chingana de Colina Magra, más aún cuando nos cayó encima un chaparrón nocturno que casi nos mata del frío.

Ya habíamos cruzado la frontera del reino y entrado en territorio de los nativos cuando la lluvia comenzó. ¡Qué diferencia de paisaje! El daño provocado por Emilio Martesta y por mi propio padre nos dejó un triste legado. Si Tierra Amarga no era más que tocones, ceniza y árboles muertos, el territorio de Roble Tallofuerte

y su gente era todo lo contrario, con verdes bosques que se extienden más allá de donde permite la vista.

Los soldados no tienen la misma expresión que yo ante aquellos parajes, imagino que por la lluvia. Un bello paisaje no compensa un mal tiempo, sobre todo si los truenos y relámpagos restallan por doquier, asustando a los caballos y mulas que cargan nuestro equipaje.

De no haber sido por un nativo, quizás yaceríamos congelados a la vera del camino. Salió de entre los árboles con un atado de pescados y nos invitó a su hogar para protegernos del frío. Dicen que solo un hombre de bien y con la conciencia limpia podría confiar así en un grupo de extraños”.

Los agarrotados músculos de Asterio Siemprebravo apenas conseguían relajarse al alero del brasero en el que se asaban los peces. Los soldados agradecían el techo y el fuego ofrecido, y pese a que no comprendían la lengua de su anfitrión, sonreían cada vez que él o su esposa les entregaban una manta o un caldo caliente para olvidar el temporal que azotaba esas tierras.

—Reitero mis eeeh gracias, buen señor —balbuceaba Asterio haciendo un gran esfuerzo por recordar las formas verbales y algunas palabras de la lengua de Tierraíz, sin éxito—. De no ser por tú y ella, habríamos muerto por frío.

—No deberían haber salido con este día. Es una lluvia extraña. —Destelló un relámpago y retumbó un trueno—. Cosas raras están ocurriendo por estos lares, animales que nunca habíamos visto merodean por nuestros clanes y pájaros que no deberían existir andan cantando la muerte a quien los escuche —dijo su anfitrión.

—No los asustes —le reprochó su esposa.

—Si se asustaran no serían soldados. Me imagino que si andan por aquí, tan lejos de su tierra, es porque algo deben haber escuchado. ¿O me equivoco? —Los miró inquisitivo—. A ustedes los terramargos les gusta eso de estar tranquilos en su reino y que ojalá nada fuera de lo normal ocurra. Son distintos a sus ancestros, que amaban la guerra y explorar territorios ajenos.

–Tener razón. No estamos aquí por *eeeh* gusto, señor. Vamos a Aguatrueno como mensajeros. –Asterio se sobaba las manos frente al fuego.

–Imagino que sabrán lo que pasó en las aldeas. –El hombre sacó un trozo de pescado con sus dedos para comprobar si estaba en su punto–. Esto ya está listo para comer.

Los soldados entendieron la invitación que les hizo con la mano y sin decir esta boca es mía sacaron un pescado cada uno y lo comieron directo de la vara en la que estaban ensartados. El anfitrión se mostró satisfecho. Si no hubieran aceptado su comida, los habría expulsado de su hogar, lloviera o no lloviera a cántaros.

–Muchos estamos dejando el sur debido a lo que ocurrió en Montepardo y Rocalga –dijo la mujer–. Con mi esposo vivíamos en Tierrarcilla, un pueblito que quedaba al norte de Montepardo y digo “quedaba” porque Montepardo ya no existe. En la noche de la luna roja nos encontrábamos en el límite entre Tierrarcilla y Montepardo recolectando frutos y habíamos decidido quedarnos allí a dormir... Lo cual fue imposible. Era una noche fría, la oscuridad era densa, apenas se podían ver las estrellas. No podíamos dormir, así que decidimos ocupar el tiempo en algo provechoso, por lo que caminamos hacia la costa para ir a pescar.

–Fue un error –dijo su esposo sacándose una espina de entre los dientes–. El frío se hizo más intenso, la noche más oscura, las nubes desaparecieron y en el cielo apareció esa enorme luna roja.

–También la vimos –dijo Asterio.

–No como nosotros –resopló el fornido sujeto. Bebió un largo trago de licor y removió las brasas para aumentar la temperatura de su hogar–. Recién iniciada la noche habíamos partido a la costa, por lo que ya estábamos cerca de la playa cuando la luna roja apareció. Su brillo era misterioso, peligroso. Su advertencia era clara. Llegamos a la cima de una pequeña loma donde siempre acampábamos para relajarnos con el romper de las olas, pero lo que vimos esa noche fue algo totalmente distinto.

La tormenta aumentó su intensidad, azotando violentamente el techo de colihue de la morada. Los soldados miraban con

reticencia la rústica construcción, rogando que soportara el aguacero. Su anfitrión no parecía inmutarse ante el inclemente temporal y continuó su narración.

—Gritos, lamentos, aullidos de odio y de dolor, como si miles de personas gritaran con una ira y un sufrimiento incontenible. Y en donde antes estuviera el mar, vimos una isla... La isla.

—Corrimos —dijo la mujer—. No soportamos ver esa isla ni oír los cantos que provenían de ella. Nadie en Tierrarcilla nos creyó, así que abandonamos nuestra aldea, conscientes de la amenaza que caería sobre todos nosotros. Abandonamos el sur y nos instalamos en esta tierra que aún no ha sido imprecada por la maldad. Hace poco nos enteramos de lo que ocurrió aquella noche en Montepardo y hace unas semanas en Rocalga. Si van al sur, tengan cuidado. Los bosques ya no son lo que eran antes, ahora albergan animales del bajo mundo que deambulan por las noches buscando presas incautas. Si ven aves desconocidas, por precaución, tápanse los oídos, pues el canto de una de ellas trae la muerte a quien la escuche.

—*Tuetué... tuetué...* —cantó el hombre—. *Tuetué... tuetué...* Aquel que oiga ese canto, morirá.

Al amanecer del día siguiente el sol entró con fuerza por la puerta de la casa y acarició los ojos de Asterio. Fue el primero en despertar o eso creyó, pues la pareja que los había cobijado recogía maderos desde temprano.

—Buen día, terramargo.

—Buen día. —Asterio hizo una venia—. Al fin paró de llover.

—No te hagas ilusiones, terramargo, allá las nubes siguen negras. —Apuntó hacia el oeste—. Deberían quedarse otra noche aquí. Se viene un temporal igual o peor que el de anoche —le advirtió el hombretón, que cargaba en sus brazos un atado de hojas y ramas.

—Muchas gracias por vuestro *eeeh* ofrecimiento. Si no fuera por lo urgente de misión *eeeh* ¿nuestra?, lo aceptaría gustoso.

—Tengan cuidado y recuerden lo que les contamos.

La soldadesca cabalgó sin novedad toda la mañana y, tal como fueron advertidos, el sol de mediodía desapareció entre densos

nubarrones. Asterio respiró hondo, arrepentido por no haber aceptado el alojamiento.

—De ahora en adelante hay que andar con cuidado, caballeros —advirtió a sus hombres—. Nuestros generosos anfitriones me insinuaron que animales salvajes rondan por estas tierras.

—¿Y les dirá lo de taparse los oídos cuando vean un pájaro desconocido? —le susurró Darío García y Peñafiel acercándose con su caballo.

Asterio quedó sorprendido. ¿Acaso aquel joven soldado, aparte de ser un buen explorador, dominaba también la lengua de Tierraíz?

—Veo que sois más docto de lo que deseáis demostrar, don Darío. Asumo que vuestro silencio es señal de inteligencia más que de timidez. Bien podríais servir a las filas de exploradores y lenguas de su majestad. —Asterio lucía sinceramente asombrado—. Decidme, ¿qué pensáis de la advertencia de aquellas aves que cantan la fatalidad?

Darío se tomó un largo tiempo para responder.

—Lo que yo piense no importa, don Asterio. Lo que importa es lo que pensará nuestra majestad. No creo que tome muy en serio las apariciones de espectros, bestias nocturnas y pájaros que matan con su trinar.

—Pues para eso vengo yo —dijo Asterio con orgullo—. Como cronista, registraré todo, cada testimonio, cada hecho y redactaré un relato fiel, de tal manera que sea creíble y así nuestro amado rey tome las acciones pertinentes.

Darío siguió cabalgando sin decir palabra.

Tras mucho andar entre praderas, cerros y bosques, el espadachín volvió a hablar.

—El rey no os creerá.

33
SIEMPRE HAY ENEMIGOS

El viento y la lluvia arreciaban con tanta fuerza que apenas podían abrir sus ojos, cada gota que les golpeaba el rostro era como un puñal gélido que les laceraba la piel. Sus pies estaban llenos de heridas y sentían que sus manos se les caerían a pedazos por el implacable frío que aumentaba a medida que se acercaban a la cordillera. *Uuuuh* aullaba con fuerza el inclemente céfiro, desestabilizándolos a cada paso, y en más de una ocasión cayeron de bruces sobre raíces húmedas y musgosas. Un relámpago furtivo rompió la férrea oscuridad dejándoles ver el cordón montañoso de Piedrafría en la lejanía, ese era su destino; segundos después, un poderoso trueno se dejó sentir en el paso de Crestacuerno, provocando el lamento de una jauría de perros cuyos aullidos resonaron en lontananza.

—Queda poco para el amanecer —gritó Pumagrís con todas sus fuerzas y aún así apenas consiguió hacerse escuchar. El viento opacaba su voz—. Cuando salga el sol, descansaremos.

—Hoy no saldrá el sol —advirtió Roble con pesimismo.

—Ni hoy ni mañana. ¡Lloverá mínimo por tres días más! —gruñó el pájaro de mal agüero.

Y así fue. Recién al cuarto día el sol se dignó a salir. Para ese momento ya habían dejado el paso de Crestacuerno y ahora caminaban por frondosos parajes. A su lado desfilaban arrayanes y tineos, algunas quilas y muchos notros, las murtas abundaban, al igual que los coigües y colihues. De vez en cuando se alzaban enormes alerces milenarios de troncos tan gruesos que ni siete personas con los brazos extendidos lograrían darles la vuelta. La

lluvia había amainado, mas no el frío del invierno. Y mientras más ascendían, más helados eran los días. La vegetación iba cambiando a medida que aumentaba la altura. Si antes veían extensas familias boscosas, ahora apenas apreciaban parches de árboles.

Al doblar por uno de los tantos senderos, notaron que sus pies se hundían en el piso y que el caminar se convertía en una tarea cada vez más ardua: nieve.

—Esta nieve parece de ayer. No tardará en nevar nuevamente —hizo notar Cormorán.

—No estamos preparados para esto —dijo Roble.

—No, no lo estamos. A unos pocos kilómetros hay una pequeña cueva. Ahí descansaremos —respondió el chamán y ordenó que recogieran todas las ramas que encontrasen por el camino.

—Dime la verdad, ¿crees que Cóndor Vientofuria nos permita ir al templo? —preguntó Roble mientras descartaba una rama húmeda.

—Claro que lo creo, es un aliado de Costazul. —El chamán se agachó por un tronco pequeño.

—Todos sabemos que esa alianza no se forjó por el amor que Vientofuria siente por nosotros —replicó Roble con escepticismo—. No confío en él.

—Entonces, confía en mí. Mira, allí está la cueva.

Sintieron un gran alivio en sus cuerpos cuando consiguieron encender un fuego al interior de la gruta. El pájaro de mal agüero vigilaba la entrada en silencio.

—Tranquilo, aquí no hay enemigos. No son las estepas. Ven y come. —Pumagrís le ofreció un pan de trigo.

—Siempre hay enemigos, chamán. —No dejaba de otear el negro horizonte—. A veces puede ser un puma hambriento, otras, un cóndor envalentonado, una jauría rabiosa y, en ocasiones, espectros sin forma.

En los siguientes días de caminata Cormorán Surcalagos olfateaba el aire y se parapetaba sobre las rocas para vigilar, siempre intranquilo. “Siento que nos observan”, pensaba, incapaz de descubrir qué o quién lo hacía, ocultaban bien su rastro.

El camino se hacía monótono y la pendiente se inclinaba a cada paso. Avanzaban por riscos tan altos que un simple tropezón los haría perder la vida. A un lado tenían un macizo y al otro un precipicio por donde el viento desfilaba silbando una tonada deletérea. Comenzó a nevar. Sus mantas tenían pequeños montículos de nieve en los hombros y los cabellos se les tiñeron de blanco, al igual que sus pestañas. Agradecieron que estuvieran en los primeros días del invierno, cuando la nieve todavía era bella y no letal.

Un grupo de cóndores sobrevolaba sus cabezas dando vueltas en círculos.

—Los hijos del Espíritu de La Montaña —dijo Pumagrís, fascinado.

Sorpresivamente, Cormorán se dirigió hacia la cabeza de la compañía.

—¡Cuidado, chamán!

Alcanzó a advertir cuando unos veinte hombres de rostro arisco, todos armados con lanzas y puñales, aparecieron entre la nieve.

34
CÓNDOR VIENTOFURIA

El negro cabello de Cóndor Vientofuria, el líder de Cumbres Plateadas, resplandecía ante el sol del amanecer. Las mantas que lo abrigaban flameaban armoniosamente ante el bravo céfiro que provenía del desfiladero desde donde contemplaba el horizonte cordillerano. Se sentía intranquilo. El viento le traía oscuras noticias. Sentado al borde de aquel nevado precipicio cerró sus ojos e insufló su pecho con el aire congelado. A su cabeza llegaron imágenes de guerra y sufrimiento. Tierraíz estaba en peligro. La última vez que el viento le entregó tales mensajes fue cuando Emilio Martesta arribó al continente junto con sus Huestes del Corazón de Hierro.

La culpa aún calaba su alma por no haber actuado con prontitud en aquel momento.

Tras cuatro largos años de guerra, la mayoría de los pueblos de Tierraíz se encontraban sitiados bajo el poder de Emilio. Confiado de vivir oculto en la cordillera de Piedrafría, Cóndor Vientofuria optó por no inmiscuirse en las batallas, pues no deseaba exponer a su gente a la crueldad de aquel rey proveniente de tierras lejanas. “Ningún señor, ni siquiera uno tan ambicioso como Emilio Martesta, sería tan desquiciado como para intentar franquear el poderío de estas montañas. Aquí podremos vivir ocultos por mil años”, pensaba, pero se equivocó, pues la guerra es inevitable. Fue una mañana de otoño, mientras su hijo jugaba en las faldas de la cordillera, que la guerra llegó hasta su pueblo. Una tropa de cien soldados de las Huestes del Corazón de Hierro vio al pequeño y lo tomo como rehén con el objetivo de invadir Cumbres Plateadas. El capitán de la tropa, un sujeto de prominente barba roja y exigua

cabellera, le puso su cuchillo en la garganta y a gritos amenazó a Cóndor Vientofuria, retándolo a que bajara y entregara Cumbres Plateadas. Altivo y orgulloso, Vientofuria descendió desde el alto cielo montado sobre el cóndor más imponente que jamás se había visto en aquellos años y miró fijamente al capitán. “¡Suelta a mi hijo!”, gritó con tal potencia que dicen que su voz hizo temblar los mismos cimientos de la cordillera. Gritó aún más fuerte cuando vio manar la sangre por el delgado cuello de su pequeño.

Nunca ha dejado de sentirse culpable por ello.

Motivado por la venganza, Cóndor Vientofuria lideró a su Compañía de los Cielos Gélidos contra los invasores. No se detuvo allí, y fue liberando pueblo tras pueblo de Tierraíza hasta mermar al ejército de Emilio. Si hubiera intervenido antes, quizás su hijo seguiría vivo.

Tal posibilidad le impedía conciliar el sueño.

De aquello habían pasado más de veinte años y pensó que nunca más tendría que luchar. Al parecer, nuevamente se había equivocado.

—Vientofuria —interrumpió sus pensamientos una mujer de tez morena que vestía prendas tejidas con lana de alpaca blanca—, los guardias capturaron a unos hombres que merodeaban por los senderos. Uno de nuestros guerreros fue herido por uno de ellos, un gigante que no parece de este mundo.

Tal relato no parecía baladí, por lo que Vientofuria decidió dejar de lado su meditación y marchó a la aldea, descendiendo por un intrincado camino de piedras y nieve, siempre acompañado de un intenso nevazón.

—¿Dónde se encuentran? —le preguntó a la mujer, Perdiz Soplocalmo, cabecilla de la Compañía de los Cielos Gélidos.

—En el centro de la aldea, ante los ojos de todo el pueblo.

“¿Tendrá esto que ver con lo que me ha susurrado el viento?”

Al llegar vio a cientos de curiosos rodeando a los prisioneros, quienes se encontraban arrodillados, atados de pies y manos a un poste empotrado junto a una fogata. Pese al calor del

fuego, tiritaban por el frío de aquella tarde y por la nieve que caía sobre sus cuellos desnudos.

—¡Desátenlos y sáquenles las vendas! ¡Son aliados de Cumbres Plateadas! —ordenó Vientofuria ante la sorpresa de los aldeanos.

—Veo que las malas noticias ya han llegado hasta aquí si tratas así a quien alguna vez te salvó la vida —dijo uno de los cautivos mientras le quitaban las gruesas cuerdas y se ponía de pie.

—Chamán Pumagrís, Roble Tallofuerte. —Vientofuria los saludó estoico y escudriñó de pies a cabeza a Cormorán Surcalagos—. Tú debes ser el *gigante*. Un estepario, un pájaro de mal agüero. Les ofrezco mis más sinceras disculpas por este trato. Espero sepan perdonar a mi gente por esta recepción. De haber sabido que vendrían les habría preparado un mejor recibimiento. Sean bienvenidos. Imagino que deben estar hambrientos.

—El hambre puede esperar ante las noticias que traemos —respondió Pumagrís.

—Ya han sido suficientemente maltratados como para que, además, se les niegue el alimento. Iremos a mi hogar, allí recibirán comida y abrigo ¡Vuelvan a sus casas gente de Cumbres Plateadas! —ordenó a los curiosos aldeanos—. Estos no son bandidos, son amigos de nuestro pueblo y hoy son mis invitados.

A una orden de su mano llevaron carnes aderezadas, papas asadas y licor a su morada, una casa de piedra cuyo interior estaba recubierto de madera, lana y pieles para mantener el calor. Vientofuria encendió las hogueras y se sentó en su sitio, un tocón de alerce con dos gigantescas alas de cóndor talladas en madera que se alzaban como respaldo.

—Siéntense, coman y beban, acá el frío es intenso y deben calentar sus cuerpos. La cordillera debe ser demasiado fría para hombres de la costa. —Arrojó un leño al fuego y lo atizó con un espetón—. Me imagino que fue un viaje duro. Mis vigías me indicaron que llegaron a pie.

—Queríamos que fuera un viaje discreto —aclaró Pumagrís.

—¿Y también suicida? Adentrarse en mis tierras en pleno invierno y sin avisar no es propio de la sabiduría de un chamán. Podrían haber muerto en su insensata travesía, un paso en falso y se habrían despeñado por los acantilados de la cordillera. La nieve esconde trampas letales para quienes no conocen estos derroteros —decía sin dejar de mover las brasas—. Ya saben lo que dicen: la cordillera no distingue amigo de enemigo. Imagino que la urgencia que mueve sus pies tiene relación con el canto que enviaste con una gaviota hace días. No imaginan cuánto lamento las penurias de vuestro pueblo, sobre todo por la pérdida de Sauce Briznasol, a quien consideraba un hombre digno de respeto. Supongo que han venido a buscar mi apoyo para ayudarles a enfrentar la amenaza de esa Isla Oscura y sus espectros.

—No hay error en tus presunciones, Vientofuria.

—¿Qué necesitan de mí? —Bebió un trago de licor.

—La presencia de esta Isla Oscura y las abominaciones que de ella emergieron requieren de respuestas. No podemos permitirnos luchar contra algo que no entendemos y desconecemos. Por tanto, te ruego que nos permitas seguir nuestro camino, pues deseamos hablar con el Espíritu de La Montaña. Solo de él obtendremos el conocimiento que necesitamos.

El rostro de Vientofuria se mantuvo impasible, mas los ojos del chamán fueron capaces de notar un leve temblor en uno de sus párpados inferiores.

—No sabes lo que pides, Pumagrís. Visitar su morada es sinónimo de muerte.

—Una pequeña niña lo consiguió años atrás —replicó Roble, hosco, mientras mascaba un trozo de charqui y lo bajaba con un trago de agua de hierbas—. ¿Por qué no podríamos hacerlo nosotros?

—Lo que logró Loica no fue cosa de fuerza física, sino de voluntad. Ella puso toda su fuerza espiritual en su cometido. Estuvo dispuesta a sacrificar su propia existencia por los niños que la acompañaban. Ver a un espíritu de la naturaleza requiere negarse a sí mismo por el bien de todo lo demás. No lo comprenden.

—Loica visitó al Espíritu porque estaba desesperada. Por miedo a la muerte... igual que nosotros ahora —respondió el chamán. Vientofuria guardó silencio, absorto en el crepitar de la hoguera.

—No. Es demasiado peligroso. El mismo camino a la Montaña podría acabar con ustedes y no alcanzarían siquiera a ver la sombra del Espíritu. Morirían por nada.

—Hace tiempo que nos conoces. Sabes que no moriremos tan rápido —bromeó Roble.

—Conozco los senderos de mi territorio: rocas filosas y escarpadas los aguardan, precipicios tan profundos que perecerían de viejos antes de tocar el fondo. Es demasiada responsabilidad dejarlos ir.

—Pero si no tenemos respuestas, es posible que toda nuestra gente y esta tierra dejen de existir. ¿Qué opción prefieres? —Pumagrís sonaba decidido.

Vientofuria se alzó de su sitio y se dirigió a paso quedo hacia la entrada de su estancia. “Busca a Brisafría”, ordenó a uno de los guardias y volvió a su asiento sin decir palabra alguna. Así se mantuvo por largo rato. Roble bebía con una desconfianza que disimulaba bien gracias a sus años, Pumagrís esperaba pacientemente y Cormorán permanecía indiferente.

Una silueta apareció en la puerta.

—¿Envió por mí, señor? —preguntó una mujer de baja estatura, cabello escaso, rostro macilento y brazos enjutos. Parecía ser de edad avanzada y vida difícil. Vestía ropajes blancos y grises confeccionados con pelaje de alpaca.

—Toma asiento, por favor —le pidió Vientofuria a la anciana mujer, quien prefirió mantenerse en pie, orgullosa—. Les presento a Tórtola Brisafría. Si existe alguien que conoce mejor que yo todos los senderos de este territorio, es ella. Es una experta exploradora que ha recorrido conmigo todos los pasos de la cordillera y hemos creado otros nuevos. Ella será su guía. No confío en nadie más para cumplir esta misión.

—¿Qué misión, mi señor? —preguntó la recién llegada, confundida.

—Tórtola, estos tres hombres vienen en representación de los pueblos de Costazul con una solicitud muy particular, desean llegar a la Montaña. —Apenas dijo esto, la anciana soltó una risa socarrona—. Y tú los acompañarás. —Dejó de reír y levantó una ceja interrogante—. Deben llegar sí o sí. No hay espacio para el error.

—Por el respeto que siento hacia usted, señor, no me negaré a su petición, pero a ese mismo respeto apelo para solicitar una explicación de lo que está sucediendo y por qué debo llevar a estos extraños hacia un peligro del cual ellos no tienen la menor idea. — Vientofuria miró de reojo a Pumagrís, quien asintió con la cabeza.

—Hablas con la voz de la razón. Lo que saldrá de mi boca a nadie deberá decírselo. ¿Lo juras?

—Por mi madre, mi padre, y las madres y los padres de ambos.

Respondió y, atenta, escuchó el cúmulo de malas noticias. Temió cuando escuchó sobre la Isla Oscura y las inefables criaturas que asolaron Rocalga y Montepardo. Acongojada, dejó de lado su orgullo y se sirvió de su bastón para sentarse en el tocón de árbol que habían dispuesto para ella.

—Nadie sabe cuánto pueden tardar en llegar a la Gran Montaña, por lo que partirán mañana antes de que salga el sol —ordenó Vientofuria.

—¿En cóndores? —preguntó Roble—. Ellos podrían llevarnos a la cima y acortar el tiempo de viaje.

—No. Se debe llegar a pie. La Gran Montaña no aparecerá si no siente el esfuerzo de quienes desean verla —respondió Tórtola Brisafría—. Está vedada a los ojos de los débiles y sus faldas se develan solo ante la fuerza de voluntad. Si desean verla, debemos llegar tras mucho andar, momento en que vuestra voluntad será tan grande y fuerte como para que aparezca.

—¿Cómo es posible que la montaña más alta de la cordillera pueda ocultarse a nuestra vista? No lo comprendo —replicó Roble.

—Porque no es la montaña más alta de la cordillera, ya que ni siquiera se encuentra en la cordillera... Está en otro lugar, un lugar lejano al que solo tienen acceso los muertos. Caminaremos el tiempo

que ella estime necesario hasta que, simplemente, aparecerá ante nosotros. Ella puede recibirnos, mas nosotros no podemos visitarla.

–No lo comprendo –insistió Roble.

–Y no tienes por qué, tú estás vivo... por ahora –respondió la anciana.

En la madrugada del día siguiente, Cóndor Vientofuria se encontraba desayunando una tortilla caliente con miel cuando Perdiz Soplocalmo llegó a su estancia.

–Vientofuria, los emisarios de Costazul ya están preparados para su viaje. Lo esperan en la Hoguera Perenne.

–¿Brisafría ya está con ellos?

–No.

–Pues ve a buscarla.

Perdiz no se movió. Se mantuvo estática en el umbral de la puerta, como si tuviera algo más que decir.

Vientofuria la miró con los ojos entornados.

–Si deseas hablar, hazlo ya.

–Con el respeto que te debo como cabecilla de la Compañía de los Cielos Gélidos, ¿puedo hacerte una pregunta?

–¿Si te digo que no, irás a buscar inmediatamente a Brisafría? –La muchacha no contestó–. Entonces da lo mismo mi respuesta. Habla.

–Gracias. Debo decir que veo con algo de recelo lo que está sucediendo. Hay un chamán y un líder de batalla de otro pueblo en nuestra tierra, y tú les está permitiendo emprender un viaje que podría acabar con sus vidas –habló con absoluta seriedad–. ¿Acaso imaginas el desastre diplomático que ocasionarían sus muertes? Tendríamos que responder ante los demás líderes de Costazul. –Cóndor escuchaba atentamente mientras bebía su infusión–. Los costeros nos doblan en número y dudo que podamos contra ellos si llegase a haber algún conflicto. ¿Y no has pensado lo que harían los esteparios si ese pájaro de mal agüero fallece en nuestro territorio? Aún estamos a tiempo de evitar que cometan suicidio. Toda Cumbres Plateadas te lo agradecería.

–¿Eso es todo lo que deseabas decirme, Perdiz?

–Sí –respondió temerosa.

Cóndor asintió con la cabeza y bebió otro trago de su bebida caliente sin quitarle los ojos de encima.

–¿Crees que no he pensado en todo eso? He tomado una decisión y no daré pie atrás. Los costeros irán a la Gran Montaña y que pase lo que tenga que pasar. Confío en Brisafría. Estoy seguro de que cumplirá con su misión.

–Tórtola Brisafría ya es una anciana sin fuerzas –alzó la voz–. ¿Cómo puedes depositar tu confianza en ella? Si no retrocederás en tu decisión, entonces, al menos, permíteme que yo vaya en su lugar.

–¡Solo tu juventud impide que castigue tu insolencia, Perdiz Soplocalmo! Confiaría mi vida entera a esa “anciana sin fuerzas”, como la llamas. Si ella dice que los llevará a la Gran Montaña, entonces creo en su palabra y sé que regresarán sanos y salvos.

La capitana, reuniendo toda la valentía que aún le quedaba, volvió a hablar.

–Digamos que llegan a la Gran Montaña, ¿quién nos asegura que el mismo Espíritu u otros espíritus no los lastimarán? La cordillera no distingue amigo de enemigo.

–Confiemos en la buena voluntad de los espíritus.

–Ellos morirán –insistió–. Si deseamos respuestas, ¿por qué no vas tú? Tu fuerza, temple y conocimiento de este territorio son mucho mayor que el de los costeros. ¡Vayamos los dos! Yo podría acompañarte. ¿Por qué no hablamos nosotros con el Espíritu de La Montaña?

–¡Porque yo no tengo fe ni voluntad! –le respondió ahogando su cólera–. Las perdí el mismo día que perdí a mi hijo.

Perdiz se quedó en silencio. Se dio cuenta del dolor de su líder y omitió cualquier otro argumento. Bajó la mirada cuando Vientofuria pasó a su lado para encaminarse hacia la Hoguera Perenne, una gigantesca fogata ubicada en el centro del pueblo donde lo esperaban los tres emisarios.

–Cóndor –saludó Pumagrís con un gesto de su cabeza.

–Tengan un buen día. Veo que aún no llega Brisafría.

–Estoy aquí desde la madrugada –respondió la anciana. Se encontraba fuera del círculo lumínico de la pira–. Los vi llegar... a todos. Los vi temblar por esta tibia brisa. Vi como sus narices se escarchaban y sus bocas se resquebrajaban. Los vi, los vi a todos. Así no podrán llegar a la Gran Montaña. Morirán apenas salgamos de la aldea –dijo sin levantarse de la piedra donde se encontraba sentada.

Miró con desconfianza a los viajeros, se acercó a Vientofuria y le susurró al oído.

–Sus cuerpos son débiles, sus ojos no soportan el viento, sus miembros perderán la fuerza a cada paso, jadearán hasta que sus pulmones se congelen y caerán sin remedio en los acantilados o perecerán enterrados en la nieve. Estoy a una orden suya de salvar sus vidas.

–Pues mi orden es que vayas con ellos y los traigas de regreso, sanos y salvos. No confío en los senderos, ni en que el Espíritu les dé respuestas, confío en ti, amiga mía. –Se dirigió luego a los viajeros–. Hagan caso a Brisafría y vivirán. Si desoyen sus consejos, morirán antes de que se den cuenta... o peor, la caída será tan larga que tendrán mucho tiempo para arrepentirse por no haberla escuchado. –Les entregó gruesas pieles de alpaca para abrigarse y una antorcha a cada uno–. Manténganlas siempre encendidas. En la montaña el fuego hace la diferencia entre la vida y la muerte.

–Gracias, Vientofuria –se despidió Pumagrís–. Te seguimos, Tórtola Brisafría. Eres la líder de esta expedición.

La mujer de apelmazados cabellos cenizas había logrado tranquilizar a Bastián con los acordes de una melancólica tonada. Pese al constante bullicio de los ebrios contertulios, la chingana era el único lugar en el que los nervios del maestre de campo se relajaban. Había bajado media jarra de vino caliente, mas su cuerpo apenas lo sentía, pues el frío del invierno era tal que aquel brebaje le parecía, con suerte, una mera infusión de hierbas.

—Maestre de campo —un criado le tiró de la capa—, lo busca el capitán de las Espadas de los Caminos.

—¿Dónde está?

—Acompáñeme.

La mujer de apelmazados cabellos cenizas siguió al maestre con la mirada hasta que lo perdió de vista.

No detuvo su música.

En una oscura sala de la casona real, iluminada apenas por un par de velas, Lucio Molinero, capitán de las Espadas de los Caminos, esperaba a Bastián acompañado por otro espadachín, un mocetón de cara infantil y sonrisa ruin.

—No sé si son malas o buenas nuevas las que os traigo, maestre —habló el capitán—. Las Espadas de los Caminos me han informado que los senderos están infestados de bandoleros y cuatreros. Las rondas son cada vez más sangrientas y mis hombres están cansados de tanto agitar la espada.

—Al grano, capitán. ¿Tenéis prueba de que algunos de esos bandoleros sean mercenarios de Estrechos? —preguntó Bastián.

—No puedo asegurarlo, maestre. Caras viejas y nuevas se han atrapado. Es por ello que he venido con este mozo, el más joven de las espadas. Preséntate ante el maestre de campo —ordenó Lucio.

El joven espadachín hizo una pequeña reverencia.

—Mi nombre es Blasco Fontanalta, hijo de Juan Fontanalta, maestre.

—¿El mismo Juan Fontanalta que es caballero en los tercios del rey Francisco de Odragón? —preguntó Bastián entornando los ojos.

—Sí, maestre. También es miembro de la Orden del Tenebrario. —Se llevó la diestra al pecho con orgullo.

—He oído de él y también he oído de vuestra merced. Nunca os había visto en persona. Por todas las historias que cuentan, pensaba que erais mayor, mas veo que apenas llegáis a la veintena. Contadme, pues, ¿qué es lo que han visto?

—Este chiquillo se enfrentó y derrotó a dos sujetos con entrenamiento militar avanzado —intervino Lucio.

El maestre arqueó una ceja.

—La mayoría de las veces los bandidos que apresamos en los caminos son hambrientos que atacan pequeñas caravanas para obtener algunos sacos de pan o cereales. Apenas saben maniobrar la espada, mi señor —explicó el joven Blasco Fontanalta—. Con suerte no nos reímos de ellos cuando el acero se les cae de las manos por el miedo. Siempre ha sido así. Al final del día, su majestad los perdona y les otorga terrenos y herramientas para que trabajen la tierra. Gracias a estas políticas de nuestro amado rey hemos mantenido la paz en el reino y este ha crecido. Sin embargo, hace dos noches me vi enfrentado a algo totalmente distinto.

Bastián se sirvió un vaso de vino, le dio otro al capitán y se sentó en el escritorio de la pequeña sala, dispuesto a escuchar la narración.

—Camino a Campo Yermo —prosiguió el mozuelo— me hospedé en la Posada del Peregrino para guarecerme de la lluvia. Buena gente sus dueños. Al verme llegar con la capa estilando me ofrecieron pan con tocino, caldo de vaca y una buena conversación

que duró hasta pasada la medianoche. A esas horas de la madrugada alguien golpeó fuertemente la puerta, mostrando un nulo atisbo de respeto ni cuidado de los buenos modales. El posadero, que de pequeño nada tenía, abrió su estancia y de un segundo a otro cayó herido por el tajo de una espada. Su esposa acudió en su auxilio, mas solo consiguió un puntapié en la barriga. En ese momento vi dos siluetas recortadas en el umbral de la puerta, ambas con espada en mano y un arcabuz. Me presenté como una Espada de los Caminos, mas se rieron de mi rango. Entrambos me atacaron a la velocidad del rayo y me tuve que defender con lo que tuviera a mi alcance, pues mi espada reposaba en mi habitación. Me valí de un bastón que un viejo borracho me entregó, con el que conseguí, con no poco esfuerzo, robar el sable de uno de mis atacantes, el mismo que, luego, me disparó a quemarropa. Grande es Nuestra Señora, pues la bala solo atravesó la capa. —Mostró el agujero que le había dejado el proyectil—. Al tiempo que el mocetón recargaba, logré herirlo de muerte. Su acompañante me atacó con ira y con el filo de su hoja me hirió el brazo y la pierna, haciéndome caer. El posadero se levantó para ayudarme, mas, herido como estaba, nada pudo hacer. “El perro”, le grité a la esposa. “¡Soltad a mi perro!”. La mujer corrió al patio y abrió la jaula de Fauces, que, feroz como él solo, devoró la garganta del segundo bandido.

—¿Fauces?

—El perro perdiguero que siempre lo acompaña, maestre... es una larga historia —acotó Lucio y agitó la mano como si fuera algo sin importancia.

—Esos dos eran espadachines expertos —continuó el muchacho—. Se notaba por como se desempeñaban con la espada, la quitapenas y el uso de la capa. No eran los típicos bandoleros hambrientos de Tierra Amarga. Si esos dos no eran mercenarios, yo no soy un fiel siervo de Nuestra Señora.

Bastián tenía el entrecejo fruncido. Movía los labios con algo de enojo y algo de preocupación. Hizo crujir los huesos de su mano.

—¿Dónde están los cuerpos de esos dos?

—En la Iglesia del Sagrado Halo —respondió Lucio.

El maestro meditó en silencio, se levantó del escritorio y miró por la ventana que daba a la plaza. A esa hora de la noche no transitaban los mercaderes ofreciendo su mercadería a gritos, ni las damas que paseaban del brazo junto a sus galanes señoritos. Solo el sereno rondaba con su fanal: “¡Las diez han dado y sereno!”, lo escuchó gritar a lo lejos. Cruzando la plaza estaba la iglesia, una edificación de madera y adobe de mediana envergadura que ni siquiera poseía campanario.

—Pues vamos al templo a ver a los susodichos.

—¿Cree que alguien nos reciba a esta hora, maestro? —preguntó Lucio con escepticismo.

—Si tenemos suerte estará fray Camilo Valleseco, un amigo de años y gran servidor del pueblo.

Caminaron por la vacía y silenciosa plaza de la capital, siempre vigilantes de su entorno, hasta llegar a una pequeña puerta de madera al costado del templo. Golpearon con la esperanza que fray Camilo los recibiera.

—¡Bastían, alabados los ojos que os ven! —los recibió fray Camilo, un hombre de baja estatura, delgado y de rostro bronceado. Vestía un hábito café. ¿Qué menesteres os traen al hogar de la Señora a estas horas de la noche?

—Nada muy religioso —respondió el maestro—. Mi compañía y yo solo deseamos ver unos rostros.

—¿Rostros?

—Sí, los rostros de unos muertos.

Bajaron las escaleras con sumo cuidado. La escasa luz de las antorchas de aquella lúgubre catacumba bajo la iglesia hacía que el más mínimo tropiezo fuese letal. Allí se encontraban una decena de cuerpos, desde ancianos muertos por la edad hasta niños que fallecieron de frío. Muchos se encontraban en nichos empotrados en las paredes y otros aún estaban sobre mesas de madera mohosa sin pulir, cubiertos con sábanas grisáceas a la espera de un rezo que les

diera el descanso eterno. Blasco se cubrió la nariz con la capa para soportar el hedor que los cientos de flores no lograban opacar.

–¿Dónde depositasteis los cuerpos? –preguntó el maestro.

–El mozalbete que los recibió los dejó en aquellos mesones –respondió Blasco, apuntando al fondo de la catacumba.

Fray Camilo descubrió los pálidos cadáveres de los dos bandidos caídos en desgracia. La penumbra no permitía distinguir con detalle sus rostros, por lo que acercó el candelabro para que el maestro les viera mejor las facciones.

–Esa jeta malcarada y llena de cicatrices no me dice mucho. Sin embargo... –Les desabotonó las mangas de sus camisas y desnudó sus antebrazos–. Mirad esos tatuajes hechos a fuego. Ellos mismos se los hacen para saber a qué compañía pertenecen y así evitar infiltrados.

Acercaron sus cabezas a los cadáveres y vieron que ambos tenían en su antebrazo izquierdo una cruz formada por una espada ropera vertical y una quitapenas horizontal envueltas en una enredadera de espinas.

–Ambos son mercenarios de Estrechos, de la Compañía de la Cruz de la Beligerancia para ser más exactos –confirmó Bastián–. Tuviste suerte, Blasco. Conozco pocas personas que se hayan enfrentado a estos tipos y salieran con vida.

Se acomodó el chambergo y la capa.

–Poneos derechos, señores, que iremos a informar al rey.

El rey Tulio Hojaltiva se paseaba nervioso por el salón del consejo. Masajeaba sus nudillos frenéticamente tras recibir la información del maestro y casi como un tic golpeaba la mesa una y otra vez con el puño. “Mira que venir con una noticia así tan entrada la noche”, pensaba sin saber qué acciones tomar, por lo que había convocado a una junta extraordinaria a sus más leales consejeros. Junto a él se encontraban Bastián Bocablanca, Lucio Molinero, Blasco Fontanalta, Abdón Buenaventura, la sabia Acacia Saviaviva y el duque Evelio de Mondragón, todos de pie aguardando con impaciencia una respuesta del rey.

—Sin una confesión no hay nada que podamos hacer —sentenció finalmente, agitando con impotencia su mano abierta—. Sería injusto culpabilizar a los vivos por los pecados de dos muertos. Es imposible saber si atacaron esa posada siguiendo las órdenes de alguien que los contratara. Quizás solo tenían hambre, como muchos de los bandidos que se han capturado en el pasado. La única diferencia es que estos dos tenían experiencia en combate. ¿Qué pensáis, cuñado?

El duque Evelio respiró hondo, no sabía muy bien qué pensar. Se sentó en su puesto y se acarició la barba, esperando que eso le ordenase las ideas para decir algo juicioso.

—No hay confesión de los muertos, pero vuestros fieles soldados aquí presentes comprobaron que, al menos, un ataque ya ha sido perpetrado por mercenarios, y la marca de la Cruz de la Beligerancia es nuestra mejor prueba —respondió—. Podríamos detener a los demás sospechosos que anden por el reino y revisarlos en caso de que también sean miembros de aquella nefasta compañía. Si pertenecen a ella, bueno, habrá que... interrogarlos.

El rey sabía que ese interrogatorio podría significar, en caso extremo, el uso de torturas. No le gustaba la idea. Consideraba a Tierra Amarga como un reino civilizado, ajeno a todas aquellas prácticas que denostaban al ser humano. Se dejó caer sobre un sofá de terciopelo lila ubicado junto a la chimenea, esperando que el agradable calor del fuego le ayudara a pensar mejor.

—Si es que hay otra alternativa, no la puedo vislumbrar —resopló al fin con desgano.

—Entonces no la hay —le dijo la sabia con una voz tan seria que causaba miedo—. En mi hogar tengo a un hombre, un hombre de mi pueblo, a las puertas de la muerte. Estoy segura de que quedó en tal estado por obra de aquellos asesinos. Si no he informado de esto a Pumagrís y a los líderes de mi gente es porque he confiado en que harás lo correcto... pero hasta ahora me has decepcionado.

—Acacia tiene razón, cuñado. No podéis darle más vueltas al asunto. Debéis actuar.

–Y con prontitud –intervino el maestre que estaba de pie junto a la puerta del salón–. No podemos permitir que esos criminales sigan merodeando por el reino. Fue suerte que el joven Blasco estuviera en aquella posada, mas ¿cuántas otras no están bajo el mismo peligro en este momento? No solo posadas, también casas, campos, nuestra gente...

–Consejero, aconsejadme que para eso os pago –increpó el rey a Abdón que hasta ese momento había guardado silencio.

–No creo que haya algo más que aconsejar, su majestad.

Tulio respiró hondo y negó con la cabeza.

–Pues que así sea. Desde hoy, todo hombre sospechoso de ser un mercenario de Estrechos será apresado, interrogado y sometido a juicio. De comprobarse que está cumpliendo tareas propias de su detestable trabajo, será encadenado y subido en el primer barco que zarpe a Altamiria. Maestre de campo, dad tales órdenes a los soldados de todo el reino.

–Como desee, su majestad.

–No lo deseo, mas no tengo elección.

“¡Es una injusticia!” “¡No he hecho nada, joputas!” “¡Soltadme, carajo!”, vociferaban los mercenarios al ser apresados. Los soldados reales habían invadido las chinganas de la capital y de los caminos, derribando sillas, vasos y mesas, combatiendo a punta de capa, espada y pistola.

—¡Que ninguno quede libre! —ordenaba Bastián montado sobre su yegua Poderosa—. ¡Traedlos a todos a la justicia del rey! —Agitaba las riendas con vehemencia—. Revisad sus antebrazos. Quienes tengan la marca de la Cruz de la Beligerancia o alguna otra señal de Estrechos, serán apresados inmediatamente.

Tres días duraron las escaramuzas. El resultado no fue el esperado. Capturaron apenas a menos de veinte de bandidos.

—Debo decir que me alegro de no contar con más de esos malhechores en el reino —suspiró la reina Felicia, sentada en su puesto del salón de consejos.

—Dudo que esos sean todos, hermana mía. Y, si lo son, debemos averiguar en qué barcos llegaron —reflexionó el duque. Un criado le sirvió una copa de vino—. Cuñado, ¿creéis que nuestro maestre deba marchar al puerto de Lobera a revisar los navíos?

—Me parece una idea bastante cauta —intervino la reina—. El maestre Bastián podría averiguar todo sobre el arribo de los mercenarios, los barcos en los que han llegado, quiénes son sus cabecillas, si los hubiere, sus propósitos, en fin, todo lo que pueda escarbar. Sin levantar mucho polvo, claro está. No sería una caza de brujas, sino una indagación que se apegaría a nuestras leyes.

—Tierraííz tiene mucha costa —resopló el rey con desconfianza, removía los leños de la chimenea con un espetón—. Los mercenarios deben tener algún atracadero clandestino.

—Querido cuñado, sabéis tan bien como yo que no contamos ni con recursos ni con hombres suficientes para hacer un barrido por todo el litoral, por lo que el puerto de Lobera sería un buen lugar para iniciar las pesquias.

Bastián escuchaba la conversación con las manos juntas en la espalda. Esperaba la orden del rey.

—Os haré caso a ambos —dijo con desgano—, si así mi reina se siente más segura y mi cuñado también. —Tulio se acercó a la mesa y revisó unos mapas—. Maestre, el puerto de Lobera es vuestro destino. Os acompañará un pequeño destacamento. Escoged hombres a voluntad, no más de veinte. No quiero que hagáis mucho lío, quién sabe de qué serán capaces esos montoneros. Lo que menos deseo es que se arme una revuelta en el puerto y se pierdan vidas inocentes. Actuad con sigilo. Nadie debe saber que andáis por esos lares. Nadie.

Pequeñas gotas comenzaron a golpear los techos de las casas de la capital y al cabo de unos minutos el aguacero sorprendió a los terramargos.

—¿Vamos a echar un trago a la Vihuela para celebrar? —preguntaba el poeta horas después.

—Ir a cazar cabrones no es algo digno de celebrar, amigo mío —le respondió Bastián, arrebujándose con su capa para protegerse de la lluvia.

—¡Bah! Ya has cazado a esos fantoches que andaban por aquí. Y ahora marchas a Lobera para seguir protegiendo el reino. Si eso no es digno de celebración, no sé qué podría serlo. ¡Venga, vamos a por una jarra!

—¿Habló el poeta o el consejero del rey?

—¡Que se jodan ambos! Habló Abdón, el pobre y mal pagado Abdón.

En un abrir y cerrar de ojos había un tumulto de hombres y mujeres agrupados en la barra de la chingana y, sobre esta, Abdón Buenaventura, declamando y agitando los brazos, extasiado ante su propia poesía y el suspiro de las damas.

*... Y aunque vasta en mí la bravura,
yendo por la vida con la espada
en esta diestra siempre empuñada,
me rindo ante vuestra fermosura.*

Le regaló una rosa a una parroquiana.

Siguieron aplausos, silbidos y exagerados gemidos.

—Deléitenos con más palabras, don Abdón, que si no lo escucho se me parte el corazón —rimó una mujer sentada en las piernas de un comensal.

—Eh, poeta, que a buen árbol te ha'rrimao, en esta chingana muchas moneas te ha'ganao —brindó un borracho que le arrojó una moneda de un lienzo.

—Y yo pido más poesía, que a mi alma eso le encanta —clamó un joven.

—¡Joder, que eso no rima! —gritó un ebrio.

—¡Pero igual me acosté con vuestra prima! —rimó el muchacho ante las carcajadas de los contertulios.

—Queridos amigos, todos sabéis lo feliz que me hacen las loas, pero me río más con monedas en la gorra ¡A su salud! —dijo Abdón y dejó su boina sobre la barra, brindó con una jarra de tinto en alto y la bajó de un trago ante el aplauso de los borrachos.

—¿Si ganas sueldo como consejero y como poeta, por qué sigues viviendo en un chiquero? —le preguntó Bastián cuando su amigo llegó a la mesa.

—¡Se ve que nada sabes de economía! —Se hizo el ofendido—. Nadie en Tierra Amarga o Tierraíz confecciona papel y tinta, así que debo encargarlos a los pueblos de Baluarte. Un cargamento en barco desde otro continente siempre es costoso.

—Al igual que el vino, que lo pides al por mayor —bromeó el maestro.

El maestro y el poeta iban por su segunda jarra de vino cuando recibieron una visita más que inesperada en su mesa.

—¿Y qué harás con el nativo herido ahora que no estarás en la ciudad? ¿Quién lo cuidará? Ahora que lo pienso, quizás no es tan buena idea que marches al puerto. —La borrachera siempre ponía más paranoico al poeta. Se enderezó de golpe, asustado.

—Tranquilo, don Abdón. Acacia y un turno de soldados lo vigilan día y noche. No tengo nada de qué preocuparme.

—¿No? ¿Te parece que todo lo que está pasando no es digno de preocupación, Bastián? Guerra en Altamiria, piratas navegando por nuestros mares, mercenarios en el reino, un nativo luchando por su vida en la capital y... y... —no sabía cómo verbalizarlo— y criaturas dignas de pesadilla en las aldeas del sur. Se viene el fin del mundo, amigo mío. Se viene el fin del mundo, te lo digo yo.

—Y nadie más —bebió de su jarra.

De pronto, sintió un gentil toque sobre su hombro. Bastián sujetó su daga y giró lentamente la cabeza para ver mejor a aquel parroquiano que había osado ponerle una mano encima. A sus espaldas vio a un joven delgado, imberbe y de rasgos finos, tenía el rostro maquillado con polvos blancos, rubor en las mejillas, labios delicadamente delineados con un sutil rosa y llevaba perfume de ámbar. Aquel mozuelo no se parecía en nada a los rudos hombres y mujeres que frecuentaban la chingana a esa hora de la tarde. Solo su suave voz se condecía con su belleza.

—Tenga mis cordiales saludos, maestro de campo, os vengo a buscar en nombre de mi señor. —El joven habló con tanta educación y delicadeza que el maestro pensó que hablaba con un diplomático o un erudito. Un bálsamo para unos oídos tan acostumbrados a escuchar el ruido de tugurios como en el que se encontraban.

—¿Y quién es vuestro señor? —gruñó Bastián y se levantó del asiento, haciéndole notar a su misterioso interlocutor que ya tenía la

mano en el mango de su espada. Abdón, mareado, se plantó al lado de su amigo.

—Mi señor es un hombre de confianza. Desea hablaros con urgencia acerca de su misión en el puerto de Lobera. Si vuestra merced lo desea, puede ir con vuestro acompañante. Mi señor confía en él.

Tras intercambiar un par de miradas, siguieron al muchacho.

—¿Quién es este mocoso, Bastián?

—Ni idea. Lo que me perturba es que estaba al tanto de mi viaje a Lobera. Por eso y solo por eso le he dado el beneficio de la duda. ¿Vas con acero?

—Siempre —respondió el poeta aún algo ebrio y se levantó la camisa para mostrarle a su amigo el mango de su puñal.

Llegaron hasta una casona blanca, de adobe y dos pisos. Sobre la puerta marrón había un letrero colgante con la silueta de un león rojo sobre fondo blanco.

—Su señor debe ser bastante poderoso si se hospeda en El Rugido del Alba —susurró Bastián.

El maestre conocía aquella posada, mas nunca había entrado, era demasiado costosa para su sueldo de soldado y ahora veía por qué, el piso era de mármol bruñido y de las paredes colgaban lienzos de seda y terciopelo que al tacto eran tan suaves como el agua tibia. El salón era pequeño y muy bien cuidado. Del techo colgaba una lámpara de hierro con decenas de velas blancas. En el interior, la tendera atendía a un grupo de mujeres y hombres jóvenes, de buena postura y fina delgadez. Sus camisones y pantalones eran notoriamente costosos, al igual que sus chaquetas doradas y plateadas, verdes y celestes, blancas y rosadas, todas con brillantes bordados. Algunas bebían vino caliente junto a la chimenea, otros, agua de limón; unos leían poesía, otras conversaban de política. Cada integrante de aquel pintoresco grupo sonrió amistosamente cuando vieron entrar al maestre y al consejero. Ante aquellos jóvenes, ambos se sintieron como cerdos entre cisnes.

—Mi señor llegará pronto. Podéis esperarlo en el salón. —El mozuelo subió las escaleras al trote.

Segundos después, el conde Santiago de Monteáguila bajaba los peldaños con los brazos abiertos y mostrando sus blancos y alineados dientes en una amplia sonrisa. Sus bucles dorados despedían un brillo imposible en una melena humana. Bebía una copa de vino tinto de su propia cosecha.

—Tendera, traed vino a mis invitados, os lo ruego. ¡Que no falte nada en la cena! —ordenó con su bien cuidada voz.

Abdón y Bastián hicieron una reverencia automática ante el noble.

—Dejad el protocolo para la corte, aquí somos amigos. Permitid que les presente a mi séquito. —Los llevó ante al grupo de jóvenes—. Los llamo las dagas del rocío. —Bastián y Abdón se miraron consternados—. ¿Por qué los llamo así?, se preguntarán vuestras mercedes. Pues porque son hermosos como el rocío, pero letales como una helada de invierno. Son mi propia guardia.

Tomó gentilmente del hombro a sus dos invitados y los hizo pasar con ademanes refinados a una habitación contigua iluminada por una lámpara de lágrimas. La mesa estaba dispuesta para tres. La vajilla era de plata fina con adornos rimbombantes, había copas con agua, jarras de vino, carne especiada cortada en pequeños trozos, huevos, diferentes tipos de queso, pescado y aguamaniles.

—Asiento. Comed, por favor. Tenemos mucho de qué hablar antes de que vuestra merced parta a Lobera. Sí, sé todo sobre vuestra reunión de hoy, maestre de campo. Va a cazar mercenarios al puerto. Me alegro mucho. —Sacó un trozo de carne de carnero—. Sé que vuestras mercedes están inquietas por estos bandoleros provenientes de Altamiria. Yo también lo estoy, y por tal razón los he mandado a llamar. —Comió un cubo de queso y se dirigió a Abdón—. Me han contado que sois un poeta. Me gusta la poesía. ¿Conoce los versos de Casimiro Piedrarreal?

—No son de mi agrado —Abdón frunció el entrecejo.

—¡Eso me alegra! Ya tenemos algo en común —le sonrió y chocó sutilmente su copa con la de Abdón. Claro que la copa del poeta seguía sobre la mesa. Luego observó a Bastián—. Tan silencioso como siempre, maestre, al igual que en los consejos. Me

he dado cuenta de que nunca me dirige la palabra más de lo estrictamente necesario. Sé que no soy una persona de su agrado. ¿Son mis perfumes, quizás? El aroma del ámbar y de la algalia no gustan a todas las personas. Podría cambiarlos para que me tenga más confianza. –Bastián no contestó–. Mi querido maestro, debo decirles que, de los nobles, soy uno de los pocos en los que ustedes dos realmente pueden confiar –los apuntó con su dedo índice.

–Tendré en cuenta vuestras palabras, su señoría, os lo agradezco –dijo Bastián, aunque en realidad quería decir “si vos lo decís”.

–Hablo en serio, maestro. Mire, para que confíen en mí, les propongo un juego. Díganme el nombre de un noble y yo los haré pensar. Hagan la prueba, no os defraudaré.

–Su señoría entenderá que prefiero guardar silencio, solo soy un soldado al servicio del rey.

–No cualquier soldado, sois el maestro de campo, hombre de confianza de su majestad y quien lidera a todas las tropas del reino. Vuestra opinión es escuchada por su alteza. Vamos, jueguen conmigo.

Ambos amigos guardaron silencio. Aunque ebrios, eran lo suficientemente inteligentes para no seguirle el juego a un noble.

–Muy bien, yo comenzaré por ustedes –dijo el conde–. El nombre que diré es... ¡Antoine Garraleón! Sí, el gordo marqués. –Se golpeaba el mentón con su dedo índice simulando pensar–. Garraleón añora sus rechonchos corceles y sus tierras llenas de hierba verde con interminables prados repletos de árboles frutales, flores por doquier y un atardecer que es la envidia de reyes y príncipes –alzaba las manos con irónica solemnidad–. Él no está contento de vivir en esta tierra yerma e infértil, plagada de tocones quemados y escasos bosques. –Jugueteaba con su copa de vino–. Os aseguro que él haría lo que fuera por volver a su amada Fontarragués y hartarse con sus manjares. Como sabrán, fue el rey de Baluarte, Francisco de Odragón, quien lo envió a este territorio, en parte como castigo por su apoyo monetario a Emilio Martesta. Tenía que mantenerlo lejos, aunque sin perderlo de vista ni quitarle tantos

privilegios como para que le guardara rencor. Considerando eso, aconsejó a Tulio que lo nombrara marqués de este nuevo reino, y nuestro neófito rey, inocentemente, aceptó, pues en ese entonces venía de ser un simple escudero y no sabía mucho de política. Si junto todas las piezas, puedo suponer que el gordo marqués está esperando cualquier oportunidad que le permita regresar a su tierra natal y, de paso, vengarse del rey Francisco de Odragón. Ahora que hay guerra en Altamiria, ¿quién nos asegura que el grueso marqués no hará todo lo que estime necesario para regresar a Fontarragués? Hasta podría traicionar al rey Francisco apoyando en secreto a los reyes de Secarena, Dunaria y Puerto Tiburón si con ello puede conseguir su cometido.

—Eso no afectaría en nada al rey Tulio, solo al trono de Baluarte —replicó Abdón.

—¿Y acaso pensáis que los reyes vencedores no intentarán conquistar Tierraí? Aquí hay recursos y oro para levantar un imperio entero y mantenerlo por diez mil años. El rey Tulio no lo hace porque no le interesa. ¡No nos interesa! No queremos repetir los errores del pasado. Sin embargo, con tal de volver a Fontarragués, el marqués no dudaría en traicionar a Tulio sirviendo de espía al enemigo y señalándole los puntos débiles de nuestro reino.

Pese a que el vino tenía a Bastián algo confundido, encontraba que el razonamiento del conde estaba bien fundado. Recordó que el grueso marqués hablaba a cada momento de su tierra natal, siempre con añoranza.

—Veo que al fin tengo vuestra atención, amigos míos. Vamos, decidme el nombre de otro noble y os haré pensar.

—¡Calisto Fuenteamplia! —gritó con entusiasmo Abdón.

Santiago frunció sus delineados labios.

—Él es uno de los nobles más interesantes —respondió al tiempo que limpiaba sus dedos en una jofaina tras engullir un trozo de pollo—. Calisto es un hombre poderoso, hijo de Sixto Fuenteamplia, un sujeto aún más poderoso, reconocido mercader agrícola y dueño de minas en Altamiria. Calisto vino como emisario

de su padre para explotar los yacimientos de oro y plata de este bello continente, lo cual ha hecho con esmero. Paga puntualmente sus impuestos a la corona de Tulio Hojaltiva y se dice que también deja unas cuantas monedas en Baluarte... y no precisamente en las arcas del reino. —Abrió los ojos y tapó su boca como si actuara en una comedia de cuarta categoría—. Me han llegado unas cartas de ciertos amigos informándome que un simple soldado raso de Baluarte comenzó a forjar una dudosa fortuna y, tras unas pequeñas batallas por aquí y un muerto por allá, ascendió a cabo, luego a capitán, y ahora cuenta con el rango de sargento mayor, y dudo que llegue hasta ahí. Entiendo que el actual maestre de campo de Baluarte está sumamente enfermo, parece que algo le cayó mal al estómago y no ha podido recuperar su salud.

—¿Acaso estáis diciendo que...?

—¿Envenenado? No lo sé... quién sabe. —El conde masticaba un huevo duro—. Al menos a mí me parece sospechoso. Quizás el rey Francisco de Odragón está tan preocupado por el alzamiento de Secarena, Dunaria y Puerto Tiburón que no ha tenido tiempo de pararse a pensar en esas extrañas coincidencias. La guerra se avecina y requiere de un maestre de campo sano, y no dudará en reemplazarlo de ser necesario. Vuestras mercedes ya se imaginan a quien nombrará... sí, al últimamente muy acaudalado soldado misterioso.

—¿Por qué el conde Calisto le daría dinero a este soldado? No encuentro motivo para ello. —Bastían se sentía incómodo con la conversación. Deseaba marcharse.

—Quizás Calisto encuentra que el impuesto que Tulio le exige por los lavaderos de plata y oro es muy alto. Lo mismo debe pensar su padre sobre los impuestos que le cobra el rey Francisco por sus negocios en Altamiria. Quizás ambos, padre e hijo, estén conspirando tanto contra el reino de Baluarte como contra el reino de Tierra Amarga. Si Fuenteamplia padre ayuda a derrocar a Francisco de Odragón y deja en el trono a los reyes rivales, podrían dejarlo exento de pagar impuestos e incluso darle mayores tierras y un cargo en la corte.

—Es imposible derrocar a Francisco. El ejército de Baluarte es prácticamente indestructible —argumentó Abdón.

—Y ahí entra en juego Fuenteamplia hijo. Él piensa que todos en este mundo tienen un precio, por algo estaría invirtiendo tanto dinero para que su soldado infiltrado llegue a ser maestro de campo. Con la cabeza del ejército en las manos de Calisto, Baluarte se queda sin defensas.

—Un solo soldado, aunque sea el maestro de campo, no hará que todo un ejército traicione sus votos —gruñó Bastián.

—¿Quién dice que es solo uno? Mis informantes me hablaron solo de él, pero es muy posible que el oro de Calisto llegue a muchos otros soldados de Baluarte. Y sin un ejército, Francisco de Odragón sería derrotado. Y sin el rey, Secarena y los otros reinos no tendrían impedimento para extender su imperio hasta Tierraí, viéndose beneficiado nuestro querido conde Calisto, a quien también lo dejarían libre de impuestos y hasta podrían otorgarle el cargo de gobernador como pago por su traición. Estoy elucubrando, nada más, no se asusten.

—Los impuestos que cobran tanto el rey Tulio como el rey Francisco son para el bien del pueblo. Nunca habíamos alcanzado tal pináculo de civilización. Hasta el aldeano de la granja más humilde ahora sabe leer y escribir, se han incrementado las plantaciones, fortalecido las murallas, promovido el comercio, contratado más médicos y profesores para la gente —enumeraba Abdón.

—Calisto y su padre pueden pagarse todo eso y más sin necesidad de impuestos. —Agitó su mano con desdén—. Los impuestos sirven para retribuir al pueblo su esforzado trabajo, pero esos dos odian al pueblo. Lo consideran simple chusma, parásitos que usufructúan de logros ajenos. —Santiago se notaba molesto.

—Sin pueblo no tendrían mineros ni campesinos que les den sus riquezas.

—Eso decídselo a ellos. Los Fuenteamplia siempre han sido ciegos a ese enorme detalle. Son ricachones nacidos en cuna de oro que nada saben de la falta de pan. Vamos, decidme otro nombre.

Bastían y Abdón tenían muchos nombres en sus mentes, pero fue el maestre el que habló primero.

—Santiago de Monteáguila —dijo desafiante.

—Os demorasteis más de lo que esperaba. —El conde brindó al escuchar su propio nombre.

—¿Por qué deberíamos confiar en vuestra merced?

El conde suspiró y miró sin expresión su copa vacía. La meneaba de un lado a otro sujetándola del tallo.

—Porque yo antes era como esta copa vacía, maestre. Un donnadie proveniente de una casa menor. Y, al igual que esta copa, si la lleno con vino —se sirvió de una botella de tinto—, se transforma en algo maravilloso y que a todo el mundo causa alegría. Así soy yo ahora, la persona que más lejos ha llegado en mi dizque noble familia. Que todo se mantenga tal y como está sirve a mis intereses. En Tierra Amarga soy una copa llena, un conde respetado, mi pueblo me idolatra, me invitan a sus fiestas, bendigo sus matrimonios y me aman porque comparto mi mesa con los desposeídos. En cambio, en Altamiria los Monteáguila somos vapuleados constantemente por gente como los Garraleón o los Fuenteamplia. Allá somos mal vistos, humillados. Acá somos iguales. Si Secarena y los otros reinos vencen a Baluarte y, luego, vienen a conquistarnos, me quedo sin nada. Volvería a ser una miserable copa vacía.

—Podríais comprar favores, tal como el conde Calisto o el marqués Antoine. Después de lo que hemos conversado en esta fastuosa cena, me parecéis tan sospechoso de traición como ellos —dijo Abdón sin pelos en la lengua.

—Gastáis energía innecesariamente al sospechar de mí. —Se levantó de su asiento y paseó por el salón con las manos en la espalda. De vez en cuando sacaba una uva o un trozo de queso—. Calisto tiene oro y plata, y Antoine posee tierras y caballos. Yo no tengo cómo pagar favores, no soy dueño de minas ni poseo grandes terrenos. Soy un simple hombre que ha hecho surgir a su pueblo gracias a pequeños viñedos. Aunque nuestro vino está casi a la par con el de Histolia, como me imagino han podido notar —dijo con orgullo—. Lamentablemente, el vino no sirve de nada para financiar

una guerra o pagar favores. Decidme, amigos míos, ¿cómo un rey vencedor podría beneficiarse de mis viñedos? Decídmelo y así podré pagar los favores que decís.

A Bastián no se le ocurría nada más que a los soldados enemigos saqueando las bodegas para celebrar las victorias.

—Y yo sería usado como un simple copero —dijo el conde adivinando sus pensamientos—. No quiero perder la paz de Tierraáz, conviene demasiado a mis propósitos. ¡Quiero seguir siendo conde y mantener mis viñas! Y para mantener esta maravillosa paz debemos estar atentos también a lo que pasa en Altamiria, saber las intenciones de aquellos que rodean al rey Odragón y averiguar quiénes son los posibles enemigos de la corona de Baluarte y de Tierra Amarga. Por eso necesito de vuestra ayuda.

El maestre estaba intrigado.

—Los mercenarios, piratas, la guerra —prosiguió el conde—. Si lo he llamado, maestre, es porque creo que todo está conectado con nuestra nobleza... y esta carta confirma mis sospechas. —Dejó un sobre con el lacre roto sobre la mesa—. Mis dagas del rocío la encontraron en una chingana de mala muerte en Colina Magra, la marca que dirige el marqués Antoine Garraleón. Me informaron que se le cayó del bolsillo a un hombre de aspecto huraño que estaban vigilando.

Los ojos del maestre, con la carta en la mano, se dirigieron directamente a las frases “envié un nuevo contingente de mercenarios de Estrechos... en el Día de San Clemente de Buenacepa... derrocar al rey”. Sintió un vacío en las tripas y un fuerte dolor le sobrevino en la sien derecha. Hizo crujir los dedos de sus manos. Apretó la mandíbula. Movié su bigote. Le entregó la misiva a su amigo Abdón.

—¿Quién... quién escribió esto? ¡Es... es la prueba irrefutable de una conspiración contra el rey Tulio y la corona de Tierra Amarga! —El poeta estaba iracundo. Sintió que se le devolvía todo lo comido y bebido.

—No sabemos quién escribió la carta ni quién era el destinatario, querido consejero, querido poeta. Y su dueño se perdió entre el gentío —dijo con decepción el conde.

—¡Hay que entregársela al mismísimo rey y al consejo real!

—No, mi querido Abdón. Dejemos al consejo real fuera de esto. Que esta carta haya sido encontrada en la marca me hace desconfiar de algunos de los miembros de la nobleza, especialmente del marqués Antoine. Esto debe tratarse con el máximo secreto, amigos míos —dijo con solemnidad—. Así que, mi querido maestre, a la misión que le ha dado nuestro rey en Lobera, sume la que le doy ahora: Averigüe lo que pueda sobre esta misiva y salve al reino de Tierra Amarga. Sálvemos a todos. ¡Os lo ruego!

Apoyaba su torso desnudo en el espaldar del camastro. No podía dejar de mirar a la hermosa mujer de apelmazados cabellos cenizas que afinaba concienzudamente las cuerdas de su vihuela.

—Te voy a extrañar —le dijo Bastián. Ella no respondió—. No sé cuánto tiempo me tomará la misión.

—Podría acompañarte. Sabes que no me van mal las espadas. Quizás hasta pelee mejor que tú. —Rasgueó un do.

—En tus sueños —bromeó el maestro. Se bajó de la cama y se acercó a la mujer y le rozó la espalda con uno de sus dedos. Ella seguía concentrada en afinar su instrumento.

—La única vez que he estado en Lobera fue cuando llegué al continente y siempre he querido volver. Sin embargo, nadie desea acompañarme.

—Raro en tan bella moza. —Le acarició los hombros de lado a lado—. Yo te acompañaría hasta el fin del mundo.

—Y aun así no permites que te acompañe.

—Esto es distinto, voy a cazar mercenarios, no a dar un paseo romántico por la playa. —Intentó no molestarse y mantuvo la voz suave. Quería seguir gozando de aquella compañía.

—¿Cuándo debes marchar? —Tocó una escala.

—Mañana, antes de que salga el sol, para llegar allá al día siguiente antes de que caiga la noche. Nadie debe percatarse de nuestra presencia. Algunos hombres se quedarán acampando lejos del pueblo, otros entraremos a goteras para no levantar sospechas.

—Si vas con una mujer sospecharían menos. —Se levantó para dejar la vihuela en un rincón de la habitación. Su caminar hipnotizó a Bastián.

Se recostó junto a él y le acarició los brazos.

—Llévame —le rogó.

—Es demasiado riesgo. No puedo... no puedo.

Amancay se encontraba de pie en la entrada norte de Aguatrúeno, las manos empuñadas, la mandíbula apretada, los ojos rojos de tanto aguantar un llanto colérico. *Uoooh uoooh* resonaban el cuerno que anunciaba el arribo de un nuevo grupo de refugiados. Al frente de la multitud proveniente de diferentes aldeas vio llegar a Ulte, su hermano y líder de Rocalga. *El líder ausente, el líder que no es*, lo llamaban los aldeanos.

—¡Amancay! —Ulte se sorprendió al verla.

Más sorprendido quedó al ver su rostro endurecido, rabioso, en una mezcla de ira y tristeza que se podía apreciar en lo profundo de sus ojos negros.

—Tantos muertos, Ulte —fueron las palabras de recibimiento de Amancay, apenas aguantaba el llanto—. Tantos amigos muertos. Yo quería luchar, quería defenderlos, quería salvarlos. —Apretó la mandíbula—. Cuando volví a la aldea... las casas, los árboles, todo estaba carbonizado. Muchos de nuestros amigos estaban allí, muertos sobre el pasto ennegrecido... y tú... tú no estabas.

Ulte agachó la cabeza, avergonzado.

—Amancay yo...

—Ulte —lo interrumpió la guerrera Chilca—, yo me encargaré de recibir a los refugiados. Te preparamos una tienda cerca de la cascada. Ve con Amancay —le ordenó.

Aguatrúeno estaba repleta de habitantes de las distintas aldeas de Costazul, solo faltaba que llegara Ulte con el último grupo de refugiados. Sentía la amargura en el aire, pero lo peor era el silencio de su hermana Amancay. No le habló en todo el camino

hasta la tienda. Apenas había alcanzado a encender una hoguera en el interior cuando apareció Hualo, el robusto padre del clan del norte, quien llevaba el brazo empuñando en un cabestrillo y una cicatriz que aún no sanaba cruzándole el pecho.

—Te esperamos, Ulte. ¡Juro por todos los espíritus que te esperamos! Y al fin te has dignado a estar con tu gente, cuando ya es demasiado tarde —le reclamó con amargura.

—Lo, lo lamento, Hualo.

—Tantos viajes de un lado a otro. ¡Abandonaste a tu pueblo por nada!

—Los jefes y chamanes estábamos investigando el significado de la luna roja —se excusó.

—Y ahora lo sabes. Montepardo desapareció, tal y como desapareció Rocalga, la aldea que juraste dirigir y proteger.

—Mi presencia no habría cambiado nada —se defendió.

—¡Pero al menos habrías estado con nosotros, tal como estuvo Sauce! No sabes cuánto deseo que tú hubieras desaparecido en vez de ese hombre valiente. Iba a proponerlo a él como nuestro líder... Ahora tendré que seguir conformándome contigo. —Escupió al suelo.

Ulte guardó silencio. Ya se sentía demasiado culpable como para seguir discutiendo.

Amancay mantuvo su iracundo mutismo. Quién sabe qué palabras encolerizadas guardaba para su hermano. De haber hablado, se habría unido a Hualo en el reproche.

—Lo siento... —Se disculpó nuevamente.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? ¿Sabes lo que yo siento? —siguió Hualo—. Siento dolor en la cicatriz que me dejaron esos espectros, siento dolor en mi brazo quebrado, siento tristeza por mis amigos muertos y siento asco por tenerte como líder.

—¿Y qué deseas que haga? No puedo cambiar lo que pasó.

—¡Deseo que actúes, maldición! Siempre estás ausente o calmo, esperando que otros tomen las decisiones. Te ausentaste un año de nuestra aldea, no mandaste mensajes, no llegaste a la batalla. ¡Por los espíritus, hasta fuiste el último líder en llegar a Aguatrueno!

–Se agarraba la cabeza con desesperación–. Todos saben que Amancay no es de mis personas favoritas, pero aun así me dolía verla sufrir por tu culpa. Tras el ataque, su preocupación crecía día tras día pensando que habías muerto en algún otro asalto de esos espectros. Cada amanecer subía a las torres y miraba al horizonte esperando tu llegada, y cada atardecer regresaba desolada a su tienda. Si tan solo te hubieras dignado a enviarle un mensaje para decirle que estabas vivo y que venías en camino. ¡Uno! Tú no la escuchaste como yo sollozar sola en su cama. Tan fuerte es ella que, incluso en su amarga soledad, intentaba ahogar el llanto. Si fueras la mitad de fuerte que ella, tan solo la mitad, te tendría respeto.

–No, no pensé que fuera necesario avisar. –Miró a su hermana que seguía en silencio aguantando la cólera.

–“No pensé que fuera necesario...” –remedó despectivo Hualo–. Gran líder de Rocalga es el que tenemos. Los líderes de verdad te están esperando hace días. Se han reunido en la morada de los consejos. Están con líderes guerreros. Actúa como uno de ellos –le dijo antes de marcharse entre maldiciones.

Ulte reflexionó ante las fuertes palabras de Hualo. Observaba a su hermana, arrepentido por todo lo que la había hecho sufrir. Ella seguía sin dirigirle la palabra, y con un gesto de su mentón él entendió que debía marchar a la reunión.

El fuerte viento del exterior le trajo un aroma de su pasado, una mezcla de pescado y hierbas silvestres. El olor lo transportó a más de un año atrás, antes de la luna roja, antes de Montepardo, antes de tantos viajes, antes de tantos reproches. “Son las ancianas del Fogón. ¡Están vivas!”, se alegró y se dirigió a la fuente de la deliciosa fragancia.

–¡Ulte! –Una anciana de rostro entristecido dejó las verduras en la mesa, se limpió las manos con un paño y le dio un gran abrazo y un beso en la mejilla–. Estás más crecido, muchacho.

–¡Tanto tiempo! –Lo recibió otra mujer con una vocecilla aguda–. Te extrañábamos. Tu pobre hermana pensaba que habías muerto. Estaba desconsolada, era imposible levantarle el ánimo.

—Lo sé, la acabo de ver.

—Espero que ahora no nos abandones —le dijo otra de las ancianas sin dejar de cortar unos dihueños.

—No le hagas caso, chiquillo. Nosotras sabemos que tenías mucho que hacer y nadie se imaginó lo que podría pasar. —Le dio palmaditas en el rostro—. Lo que hiciste fue pensando en tu pueblo, en nosotras.

—Gracias. —La abrazó—. ¿Hablamos después? Ahora debo ir a una reunión.

—¿Y te demorarás otro año?

—¡Ay, mujer, ya déjalo! —la increparon las demás—. Anda tranquilo, muchacho. Haz lo que tengas que hacer. Lo que termines, ven a vernos. Te espera una buena porción de comida. Toma, ten un poco de tortilla para el camino.

La amabilidad de aquella anciana no era compartida por el resto de la gente, y en su andar al consejo Ulte sentía el enojo de los aldeanos de Rocalga. Algunos lo miraban con desprecio, otros, simplemente, lo ignoraban. Solo una minoría lo saludaba y comprendía su situación. “Hice lo que creí correcto”, se lamentaba. Eran sus propios aldeanos, sus compañeros y sus amigos quienes ahora lo miraban en menos. Lo pasaban a llevar sin la menor consideración y no se volvían a pedirle disculpas. “He perdido su respeto. Es verdad, no hice nada. Todo mi esfuerzo fue una pérdida de tiempo”. El cielo reflejaba su estado de ánimo.

Una gota de lluvia le cayó en el rostro.

—Pasa, muchacho —lo invitó Quila cuando Ulte llegó a la morada de consejos—. Te esperábamos.

“Siempre me esperan. Nunca llego a tiempo”, fue el triste pensamiento que pasó por su cabeza. En el interior del salón vio a los líderes y guerreros de las distintas aldeas de Costazul.

—Ya estamos todos —dijo la anciana Totora.

—No... no veo a Roble —observó Ulte.

—Se ha marchado a Cumbres Plateadas junto a Pumagrís y un estepario —respondió la anciana.

—¿Acaso busca el apoyo de Vientofuria? —frunció el ceño con extrañeza.

—Eso me gustaría —dijo la robusta guerrera Laurel.

Ulte no comprendió. Esperó una aclaración.

—Fueron a ver al Espíritu de La Montaña —le explicó Chilca—. Pumagrís insistió en ello. Dijo que solo él daría las respuestas que nos ayudarán a enfrentar la amenaza.

—Es, es imposible. Nadie ha logrado llegar allí, solo Loica... y hace cientos de años —dijo Ulte aún sin sentarse.

—Nunca discutas con un chamán.

—¿Qué haremos entonces? ¿Esperamos a que lleguen?

—Nada de esperar. —La voz de Chilca sonaba decidida—. Debemos tomar decisiones ahora. Propongo formar un ejército, llamemos a todos los clanes de la costa, a los pueblos del valle, consigamos aliados de las tierras altas, de Pampadorada e, incluso, a la gente del reino del norte.

—Podríamos llamar a los esteparios. Sus guerreros y chamanes serían útiles —aconsejó Corcolén.

—Sabes que no confío en ellos —refutó Ciprés.

—Los esteparios deben ser los mejores guerreros de Tierraíz. Necesitamos sus arcos.

—Opino lo mismo —lo apoyó Laurel—. Mientras más armas y habilidosos guerreros que las maniobren, mejor.

—Es mejor vivir todos juntos a que nos asesinen por separado —aconsejó Totora—. Chilca tiene razón. Los clanes y pueblos deben reunirse en Aguatrueno. —Su octogenaria voz sonaba más quejumbrosa que de costumbre—. Chamana Quila, ¿cómo están las provisiones de la aldea—fuerte?

—El lago y el río nos proporcionarán peces suficientes si sabemos ser cautos. Este año guardamos mucha comida. Contamos con granos, legumbres y algunas especias. Y siempre podemos aventurarnos en las montañas para cazar. Respecto a la seguridad, sobran madera y piedra para levantar empalizadas.

Al recién llegado Ulte le parecía que todo iba demasiado rápido y sintió un leve mareo al escuchar hablar tanto de ejércitos y

provisiones. La conversación tomaba un ritmo vertiginoso que apenas podía tolerar.

—¿Estamos... —dijo dubitativo— estamos seguros de que este es el modo de proceder? Creo que estas dos escaramuzas no son motivo suficiente para prepararnos para una guerra.

El incómodo silencio le advirtió que a ninguno de los presentes le había agradado su comentario. “Cobarde”, imaginó que lo llamaban para sus adentros.

—Además, ¿qué sabemos de estos espectros? Perfectamente podrían haber sido hombres disfrazados como una estrategia para asustarnos. Hasta podrían ser los antiguos conquistadores que quieren tomar revancha por la derrota del pasado. Creo que debemos ser más cautos... esperar.

—Esas cosas no eran hombres disfrazados —replicó Chilca con una ira apenas contenida—. Tú no estuviste allí, no participaste en la batalla, tú no los viste. No te sumergiste en la siniestra oscuridad de esas criaturas. ¡No estuviste ahí, Ulte!

“Nunca lo estoy”.

—¡No tienes ningún derecho a negar mi testimonio, porque yo sí luché contra esas bestias! —Se levantó la guerrera—. Me enfrenté a ellas, sentí el temblor en mi brazo al atravesar esa extraña sustancia que eran sus cuerpos. —Se acercó y le habló mirándolo a los ojos—. Ulte, tu aldea acaba de ser devastada ¿y aun así pretendes esperar? Para ser un líder no actúas como tal. ¿Es el miedo el que te lo impide? ¿Debo llamarte cobarde?

—Calma, calma —rogó la sabia Totorá alzando su cayado con debilidad—. Ulte, si no crees en Chilca, habla con tu hermana. Al igual que yo, ella logró ver a esas criaturas y pese a que no estuvimos en la batalla, esta nos alcanzó en el bosque mientras huíamos para salvar nuestras vidas. Habiendo superado a nuestros guerreros, los espectros nos persiguieron con tal vehemencia que pensé que era nuestro fin. Amancay demostró una valentía sin igual aquella noche. Encendió una antorcha y armada con tan solo un puñal se quedó allí, de pie entre nosotros y las bestias, firme como una montaña ante un maremoto, un escudo en la noche más oscura que han visto mis ojos.

—La anciana movía la cabeza con tristeza. El recuerdo todavía le dolía—. Habla con ella, que apuñaló a un espectro, y si las palabras de tu propia sangre no te parecen motivo suficiente para prepararnos para la guerra, no sé qué podrá serlo.

“Mi hermana... ¿Ella realmente los vio?”, pensaba Ulte, testarudo.

La lluvia arreciaba cuando terminó el consejo. La decisión se había tomado. Vientos de guerra soplaban en Tierraí. Ulte salió presuroso de la morada para evitar mojarse. Al llegar a la tienda se encontró a su hermana despierta. Se abrazaba las rodillas. Cuando lo vio entrar se puso en una posición más digna, se irguió y se enjugó las lágrimas.

—¿Cómo estuvo el consejo?

—Debo reunir a la gente de la aldea —respondió acelerado.

—¿Con esta lluvia?

Él salió de la tienda sin responder. Uno por uno avisó a los aldeanos de Rocalga que se reunieran en el tótem de la Cascada, un altar de madera ubicado en las orillas del lago.

—¿Qué significa esto, Ulte? —reclamó Hualo—. Mira que sacarnos en la noche en medio de una tormenta. ¿Acaso quieres matarnos del frío?

—Lo que les diré no puede esperar...

—Nosotros te esperamos más de un año y no llegaste, ¿y ahora debemos seguirte cuando se te ocurre? —gritó una mujer que había perdido a su marido en combate—. ¡Ni de broma!

—¡Queremos dormir! Tal como tú lo hiciste durante un año —lo increpó un joven que se afirmaba en un bastón, había perdido la mitad de su pierna izquierda.

De un segundo a otro, todos le gritaban improperios, lo amenazaban con el puño en alto y le arrojaban trozos de fruta. “¡Nos abandonaste!”, vociferaban indignados.

“Esto es injusto”, se lamentaba Ulte mientras se defendía con el brazo de los frutales proyectiles.

–¡Viene la guerra, aldeanos! –gritó– ¡La guerra! –Las voces poco a poco se acallaron–. Se planea enviar cantos a todos los pueblos para que respondan al llamado de la batalla. Los jefes tienen miedo de que haya un nuevo ataque de esas... entidades. –Dudó al decirlo–. Quieren que Aguatrueno sea el punto de encuentro de todos los pueblos.

–¡Me parece una excelente idea! –exclamó la anciana Ulmo, siendo apoyada por todos los integrantes de su clan–. Desde un principio advertí que algo más allá de nuestra tierra nos estaba atacando... ¡Una bestia! Y el tiempo me dio la razón cuando aparecieron esas criaturas. ¡Me alegra que los líderes se preparen para la guerra!

“¡Guerra! ¡Guerra!”, coreaba la gente a una sola voz. Ulte no se esperaba esa reacción. “¿Es que acaso todos quieren luchar?”, se preguntaba desesperado.

De pronto, su decisión fue más sencilla.

–Yo, yo soy un hombre de paz. No puedo acompañarlos en esta decisión. –Escuchó el murmullo que esperaba–. Yo, yo no seguiré siendo su líder. Tendrán que elegir a uno nuevo y, como último acto, propongo... –Le tembló la voz– ¡Propongo a Amancay!

Todos quedaron en silencio. Un relámpago iluminó los ojos llorosos de su hermana y ni el trueno que le siguió pudo opacar la ovación de la gente.

“Tantos colores ven nuestros ojos a medida que avanzamos hacia el sur. Bellos son los parajes que estos hombres y mujeres poseen, por algo los defendieron con su propia vida hace tantos años. ¡Qué equivocado estaba Emilio Martesta al quemarlo todo para obtener recursos minerales y madereros! La riqueza de este lugar no está en sus árboles talados ni bajo la tierra, está aquí, frente a nuestros ojos: en sus bosques, en su flora, en sus animales, en sus ríos, en su cielo claro, limpio de todo humo. En una vida sencilla. A esto aspiramos los terramargos. Aspiramos a resarcir el daño de Emilio y que el territorio que nos fue entregado luzca igual que estos parajes prístinos.

Tal es mi deseo como terramargo.

Claro que tanto verde y lagos cargados no vienen solos. Se requiere de mucha agua y mucha es la que hemos tenido que soportar sobre nuestros sombreros en estos largos días de cabalgata. Al menos hemos retomado el sendero planeado, lo que alegró a los soldados, permitiéndonos avanzar con prontitud entre lomas cuyas faldas estaban cubiertas de inmensas hojas de nalcas y flores lilas y naranjas que no supe reconocer. Deberíamos haber venido con un naturalista o un herborista, de seguro habría obtenido interesantes muestras para los boticarios. Dejo tal consejo por escrito para que sea tomado en cuenta en futuros viajes.

Al fin todo está saliendo según lo planeado”.

—¡Don Asterio! —Los gritos de Lope Altagracia interrumpieron su escritura. El espadachín regresaba al galope tras una breve exploración.

Asterio Siemprebravo guardó su libro y su pluma, y se levantó para recibir al jinete.

—Don Asterio, es imposible seguir por este sendero. El río creció tanto que anegó los puentes. No hay cómo atravesar el torrente si seguimos por esta vía. —Sostenía con firmeza las riendas de su agitada yegua.

“¿Por qué esto ahora si todo iba tan bien?”, pensó Asterio, enrabiado, masajeándose los párpados. El semblante de los soldados se desdibujó.

—¿Viste opciones? —preguntó Darío García y Peñafiel.

—Solo una —respondió el batidor—. Hay un pequeño sendero que se interna en un bosque hacia el sur.

Darío sacó el mapa que llevaba en su morral y lo puso sobre la tierra para que todos los hombres pudieran verlo.

—Nos encontramos en este punto. —Señaló el mapa con su dedo enguantado—. Don Lope, si tenéis razón, este sería el sendero. Se extiende al menos por diez kilómetros y reaparece en un puente colgante que nos permitiría sortear el río.

—¿Y qué hay más allá del puente? —preguntó Asterio.

—¿Veis este cordón de cerros que parece formar un gigantesco fuerte natural? Pues ese es el Resguardo de Aguatrueno. Si tenemos suerte y logramos llegar a ese puente, daremos con el Paso Del Valle que lleva directo a la aldea—fuerte. Nos tomaría una semana como máximo.

—¿Estáis seguro? —Asterio confiaba en el acabado conocimiento de Darío, mas todos los obstáculos que habían tenido que sortear durante la travesía le habían quitado las esperanzas.

—Si fuera verano, mi respuesta sería un sí rotundo.

Los hombres se miraban entre ellos, buscando en vano un consejo que los tranquilizara.

–Joer que no hay má ruta –dijo un soldado viejo de barba abundante de nombre Miguel Bocafloja–. Esa ruta o la’e regreso –escupió al suelo–, y hasta’onde sé, a ninguno aquí le gusta recular.

–Con razón habla, don Miguel –lo apoyó un soldado joven. Darío observó a Asterio. Todos esperaban su orden.

–Será el puente, entonces –dijo al fin el cronista.

40
A MERCED DEL FRÍO

—¡Es imposible continuar, Brisafría! —gritaba Roble mientras se aferraba con todas sus fuerzas a una roca escarchada—. Este viento nos arrojará por el desfiladero. ¡Apenas podemos caminar!

—Ustedes quisieron venir, afronten las consecuencias —se quejaba la anciana a quien el viento parecía no afectarle.

El vendaval era poderoso y cada paso era una tortura que requería de toda la voluntad de los viajeros. La tormenta de nieve se había transformado en una terrible granizada que golpeaba con inusitada violencia sus cuerpos.

—¡Pumagrís, si seguimos así, moriremos!

—Y si no continuamos todo Tierraíz podría desaparecer. Necesitamos saber, Roble ¡Necesitamos saber! —gritaba el chamán—. Solo el Espíritu de La Montaña puede guiarnos.

—Si es que lo encontramos —respondió el guerrero.

—Nosotros no podemos encontrarlo —corrigió Brisafría—. El Espíritu decidirá si se nos muestra o no.

—Hemos caminado por días, dudo que quiera recibarnos —rezongó Roble.

—El Espíritu siente su falta de voluntad, costeros.

—Voluntad nos sobra, anciana, lo que no tenemos es paciencia —se defendió Roble arrebujándose como podía en sus ropajes.

Pese a las muchas pieles y botas que Vientofuria les había regalado, sentían los brazos entumecidos, los muslos acalambrados, casi no sentían los dedos de las manos y en los dedos de los pies

sentían agujas punzantes. “Hay puñales en mis pulmones”, se quejaba Roble, apretándose el pecho. Cada inspiración le provocaba un terrible ardor en las fosas nasales y la garganta.

Si el camino a Cumbres Plateadas había sido tortuoso, esto lo era cien veces más. Rocas se desprendían sobre sus cabezas y rocas se desprendían bajo sus pies. La posibilidad de morir los acompañaba a cada paso. La senda por donde marchaban era una superficie de nieve y hielo que los hacía resbalar y que en más de una ocasión los dejó colgando al borde de algún precipicio. Y cuando todo parecía imposible de empeorar, el sendero se cortó abruptamente y dio paso a un murallón de roca y escarcha de unos diez metros de alto.

—Sobre esta pared hay una cueva, la llaman Salvación de las Alturas y es donde reposan los jinetes de la Compañía de los Cielos Gélidos cuando andan en campaña. Si tenemos suerte, encontraremos a alguno con un buen fuego armado, bebida y comida preparada —dijo la anciana Brisafría.

Comenzaron a escalar. Sus dedos y uñas se laceraban por culpa de los afilados trozos de hielo que aparecían entre las rocas más veces de las que hubieran deseado. Brisafría ascendía como una niña subiría una pequeña pendiente, así de acostumbrada estaba a esa tierra inhóspita y salvaje. Llegó antes que todos. Solo el pájaro de mal agüero le pudo seguir el paso y llegó a la cima poco después. Cuando asomaron sus cabezas para buscar a sus compañeros aparecieron con una mujer de espalda recia que vestía con gruesas pieles grises y arrojaron unas cuerdas para ayudar a subir a Roble y a Pumagrís.

—Tuvimos suerte. —Brisafría palmeó el hombro de la guerrera.

La mujer se presentó como Zorzal Rachaudaz. A su lado se encontraba un cóndor de tamaño imponente, al menos un palmo más alto que el pájaro de mal agüero. El animal se acicalaba tranquilamente la parte baja de sus alas. Los viajeros ingresaron a la cueva y se arrimaron a la fogata que había en el interior. Las paredes del socavón estaban recubiertas con tablones de madera y pieles lo

que proporcionaba el calor necesario para soportar el inclemente frío.

—Beban un poco. Es sopa de changle. Les gustará. —Zorzal Rachastral les sirvió un plato de barro cocido con una espesa sopa en su interior. Apenas probaron un bocado se sintieron reconfortados.

—Comeremos algo y seguiremos el viaje mañana por la mañana. Falta poco para el atardecer y no quiero que la noche y la tormenta nos encuentren fuera de este refugio —ordenó Brisafría—. Espero que mañana sea el último día de viaje, porque mis huesos me están doliendo —se quejó mientras golpeaba sus flacos muslos.

Se alimentaron con tortilla de rescoldo, un poco de miel y siguieron bebiendo sopa de changle. Sus mantas, húmedas por la nieve, las colgaron junto a la fogata para secarlas.

El vapor llenó poco a poco la pequeña estancia.

—Mala época eligieron para subir la cordillera —les dijo Rachaudaz—. ¿Qué urgencia los llevó a transitar estos caminos en pleno invierno?

Los cuatro guardaron silencio. Preferían omitir una respuesta antes que mentir.

—Ya veo. No se sientan mal por no responder. Todos tenemos nuestros secretos. —Mascó un trozo de tortilla—. Como sea, lo mejor es que aguarden el amanecer. El frío de la madrugada puede ser letal.

—Sobre todo para estos costeros acostumbrados al sol —añadió Brisafría con desdén.

—Este frío del que te vanaglorias no es nada comparado con el de las estepas y el mar del fin del mundo —replicó Cormorán en defensa de quienes ahora consideraba sus cercanos. Estaba de pie en la boca de la cueva, vigilante, abrigado solo con su piel de ñandú—. Los esteparios nadamos en las gélidas aguas que colindan con la Tierra de Hielo apenas nos separan del pecho de nuestras madres, y son ellas mismas quienes nos arrojan —dijo con su voz ronca—. Esto no es más que una tarde de primavera para mí, y estoy seguro de que para Roble y Pumagrís también.

Roble Tallofuerte agradeció la defensa con un gesto de su cabeza.

—¡Hay que cerrar la cueva por hoy! —refunfuñó la anciana—. No quiero que el viento de la madrugada nos mate mientras dormimos. Estoy segura de que solo sobreviviría nuestro pájaro de mal agüero y eso no serviría de nada —ironizó—. Yo haré la primera guardia.

Durante la noche el viento se filtraba por las hendiduras de la cortina de cuero que sellaba infructuosamente la gruta, provocándoles escalofríos y despertándolos en la madrugada. Un trueno prorrumpió en la oscuridad. El viento aullaba con furia. Las nubes resplandecían con los relámpagos. Creyeron escuchar pequeñas piedrecillas que caían desde las paredes. Silencio. Las piedras sonaron más y más fuerte.

—Está granizando —informó Brisafría.

—Esperemos que mañana amaine —respondió Pumagrís. Eran los únicos despiertos. Ninguno de los dos parecía dormir jamás.

Faltaban pocas horas para el amanecer y el frío se mantenía a raya solo gracias al calor humano y la fogata. El sol no se dignó a aparecer para anunciar la mañana. Las nubes negras cubrían todo el cielo. “Al menos se detuvo la granizada”, agradeció Pumagrís.

Debían seguir su camino.

Rachaudaz le entregó una cantimplora de cuero con agua hirviendo y otra con caldo de changle a cada uno de los expedicionarios para que se hidrataran y nutrieran en su camino. La guerrera alzó su mano en señal de despedida, agitó las riendas de su cóndor y la majestuosa ave batió sus alas alzando el vuelo. Al cabo de unos minutos apenas la podían ver planeando en el horizonte.

Nuevamente estaban solos y a merced del frío.

—Continuemos. —Por primera vez sintieron que la voz de la vetusta Brisafría sonaba cansada.

Ascendieron por pendientes escarpadas que parecían no tener fin. El blanco paisaje y las incontables montañas filosas fueron sus únicos compañeros de viaje. Tan agotados estaban que ya no

conversaban. Incluso Cormorán se tambaleaba y cuando eso pasaba emitía un gruñido a modo de queja.

Horas más tarde se encontraron con un tótem de madera bañado en tonos negros y rojos, en el extremo superior tenía tallada la cabeza de un cóndor y en el inferior, a una pequeña en señal de rogativa.

—Las historias dicen que este fue el lugar exacto donde el Espíritu de La Montaña se le apareció a Loica Vientoleal. —La voz de Brisafría estaba cargada de respeto—. Es un lugar sagrado, único, que marca el punto de encuentro entre la humanidad y la naturaleza.

Siguieron avanzando.

Llegada la tarde el frío se hizo presente junto a un viento huracanado y cortante que les impedía continuar. La nieve caía rápida y sin parar, al cabo de una hora les llegaba a las rodillas y cuando se ocultó el sol, ya les sobrepasaba la cintura, teniendo que removerla a pulso con las manos desnudas y entumecidas. Con la oscuridad como compañera, su único consuelo era la intermitente luminosidad de los relámpagos que encendían los cielos de las montañas lejanas. Aquella noche no hubo refugio ni fogata, solo cuerpos doblados sobre sí mismos, sentados los unos al lado de los otros para soportar el frío. Todo era tolerable con tal de obtener respuestas. Estaban dispuestos a resistir cualquier prueba siempre que pudieran saber la razón de aquellos espectros en sus tierras.

La fuerza de voluntad dio frutos.

Al amanecer vieron una enorme montaña frente a ellos, la más grande que hubieran visto jamás. Las rocas de su falda brillaban en todos los colores ante la luz del alba y la nieve de su cumbre resplandecía tanto que los cegaba. Un delgado y extenso puente de piedra sólida partía desde su base y llegaba justo hasta donde ellos se encontraban.

Quedaron perplejos ante tamaña visión.

—¿Esa montaña estaba aquí ayer? —preguntó Roble sin creerlo que veía.

–Conozco estos senderos como mi propia vida y esa montaña nunca la había visto en esta zona. Es La Montaña –respondió Brisafría–. ¡El Espíritu ha decidido recibirnos!

41
DESDE LAS PROFUNDIDADES

Aquella era la última prueba. Nunca habían sentido tanto miedo al cruzar un puente, y es que aquel delgado camino pendía sobre un profundo desfiladero cuyo fondo era invisible a sus ojos. Mientras lo cruzaban, rogaban que no colapsara, sobre todo cuando alguna piedrecilla se desprendía y caía eternamente en aquel abismo insondable. Solo debían seguir recto, sin desviarse y siempre agradeciendo la ausencia del inclemente céfiro que los acompañó a lo largo de toda su travesía.

—Lo logramos —dijo Brisafría al llegar a la falda de La Montaña, frente a una pequeña entrada rodeada por rocas iridiscentes que formaban un arco.

La anciana la observó detenidamente. Se agarraba el mentón y profería unos largos *mhh*, mientras escudriñaba el interior. De entre sus mantas y pieles sacó una antorcha y, ayudada por unas yescas, la encendió para sumergirse sin miedo hacia la oscuridad. Los demás se miraron preocupados y la siguieron. Un hedor antiguo y penetrante inundó sus pulmones apenas ingresaron a las entrañas de La Montaña. Al dar unos pasos apareció una sutil pendiente bajo sus pies y descendieron hacia la oscuridad.

—¿Sabemos a donde vamos? —inquirió Roble. Brisafría no respondió.

Cormorán acarició las paredes lisas de aquella cueva ancestral, cerraba los ojos y respiraba hondo, casi como si pudiera establecer una conexión con el lugar.

—No deberíamos estar acá. Este no es sitio para humanos —advirtió.

—Si estamos aquí no es por mi voluntad —rezongó Brisafría, que agitaba su antorcha de un lado a otro, intentando disipar infructuosamente aquella negrura inescrutable.

Paso a paso bajaron unas escalinatas mezcla de piedra mezcla de raíces, el más mínimo descuido los haría rodar peldaños abajo y romperse el cuello. No podían permitirse el lujo del error, por lo que avanzaban apegados a la pared de roca, bien alejados del precipicio que se cernía a veces a su izquierda a veces a su derecha y, a veces, a ambos lados. Más de una vez les llegó una brisa densa, cálida, de olor fuerte, sentían náuseas cada vez que eso ocurría.

Tum, escucharon de pronto, mas pensaron que era una ilusión de sus cansadas mentes. Solo cuando Brisafría se detuvo sospecharon que ese retumbar existía realmente. *Tum tum*. La anciana llamó al silencio. La luz de la tea les permitió ver una sutil gota de sudor cayendo por su sien izquierda.

—O estamos llegando o no saldremos de aquí con vida —susurró con miedo.

—Debemos seguir. No tenemos otra opción. La Montaña nos recibió, nos considera amigos —dijo Pumagrís.

—La cordillera no distingue amigo de enemigo, chamán. Recibe a quien sea que tenga la suficiente fuerza de voluntad, sin distinción... pero, al mismo tiempo, te tratará sin distinción y uno nunca sabe el destino que te tiene preparado —dijo y continuaron la marcha.

Tum tum

Ya era imposible negarlo. No era su imaginación. Alguien o algo provocaba aquel retumbar.

—Reconozco ese sonido —dijo Pumagrís.

Sacó el tambor ceremonial que siempre cargaba en su espalda y lo hizo sonar dos veces.

Tum tum. La respuesta fue instantánea.

—No creo que sea una buena idea —le advirtió Roble.

El chamán siguió golpeteando su tambor, cada vez con más ahínco y ritmo. Mientras más fuerte él golpeaba, más fuerte le

respondían hasta que todo el interior de la cueva resonaba con música de tambores.

Un nuevo sonido, grave y melodioso, inundó la cueva.

—¡El llamado de un cuerno! —El chamán respondió soplando el que llevaba consigo. Mantuvo el canto por largos segundos y, luego, gritó—. Soy Pumagrís, chamán de la aldea Rocalga y miembro de la Orden de La Cascada.

—Bienvenido sean chamán Pumagrís, Roble Tallofuerte, Cormorán Surcalagos, Tórtola Brisafría —respondió la cavernosa voz de una mujer—. Los esperaba hace mucho. Sigán el sonido del tambor.

Tum tum tum tum tum tum tum tum

Retumbaba toda la cueva.

Tras descender cientos de peldaños de piedra llegaron hasta una amplia estancia que parecía no tener techo. En el centro se alzaba un tótem, una fogata y, junto a esta, una anciana vestida con mantas negras sentada sobre un tocón, a su lado, en el piso, se hallaban un tambor ceremonial y un cuerno.

—Acérquense al fuego. Deben tener frío.

La compañía observó a la mujer que apenas se distinguía ante las llamas. Creyeron ver el reflejo de plumas sobre su avejentado rostro.

—¿Dónde está el Espíritu de La Montaña?

—No puede recibirlos. La cordillera es amplia y son muchos los que requieren de sus favores.

Pumagrís apretó los puños con fuerza. Tanto esfuerzo y sacrificio para nada.

—Necesito verlo —habló el chamán.

—Eso es imposible, mas yo puedo ayudarte si así lo deseas. Pregunta lo que quieras saber.

—¿Qué es la Isla Oscura?

La misteriosa mujer arrojó hierbas a la fogata, y comenzó a tocar su tambor y a cantar una melodía con una tan voz poderosa que toda la estancia tembló.

*Muestra tu gracia
y abre tus alas
¡Oh, gran Espíritu!*

*Vuela en los bosques
Protege la Tierra
Bendice a su gente
¡Oh, gran Espíritu!*

*Que ellos aprecien
lo que tu mirada
ha visto mil veces
¡Oh, gran Espíritu!*

*Yo, la primera,
sierva salvada y agradecida,
lo pide con su alma
¡Oh, gran Espíritu!*

Los viajeros se aterrorizaron al ver que la pequeña hoguera se transformaba en una enorme llamarada que ascendió por toda la cueva e iluminó cada rincón con un fulgor dorado.

—Tienes miedo, chamán, y con razón. Lo que quieres enfrentar es algo oscuro, vil y siniestro.

Habló la mujer.

Las llamas inundaron el salón de piedra y terribles imágenes podían verse en ellas. Cormorán contempló su tierra carbonizada y su gente enjaulada y arrastrada a tierras lejanas.

—Pájaro de mal agüero, por seguir el rastro de tu propia sangre tu camino tomará intrincadas bifurcaciones. Cuídate de no avanzar demasiado o tu apodo se volverá tu hado.

Por su parte, Roble no comprendía lo que veían sus ojos. Las Huestes del Corazón de Hierro marchaban con sus espadas desenvainadas y, bajo sus pies, cientos de papeles ensangrentados y bosques calcinados.

—Guerrero, no confíes en los camaradas de aquel que registra la historia o tu sangre caerá más pronto que tarde.

Brisafría apenas pudo mantener la mirada ante aquella sombra de gigantescas alas negras que oscurecía el cielo de Cumbres Plateadas. Vio a su gente arrodillada, presa del pánico y la más profunda congoja.

—Mujer, serás testigo del nacimiento de una criatura siniestra y atormentada. Tendrás que saber tomar una decisión.

Aun con todo su conocimiento, Pumagrís no era capaz de interpretar lo que veían sus ojos. Ante él vio a la naturaleza morir y a miles de humanos llenos de odio. Sobre aquella multitud enajenada se alzaba la Isla Oscura y cientos de espectros manaban de ella como una marea de muerte que destruía toda la vida. El pánico se apoderó de su corazón cuando vio el mar, el mar que tanto amaba, azotando sus tierras, asesinando a su gente. Una enorme figura surgía desde las profundidades. El chamán se tambaleó hasta chocar de espaldas contra la muralla rocosa.

—Lo que ven tus ojos es la Isla Oscura, chamán. No tengo nada más que mostrarte y nada que decirte.

Las llamaradas se extinguieron hasta volver a ser la pequeña hoguera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pumagrís. Sudaba de terror.

—Sus ojos han contemplado su futuro, pero tú, chamán... has contemplado el fin. Y de tus decisiones dependerá que eso no ocurra —respondió la misteriosa mujer y desapareció en la oscuridad.

“Tenemos miedo.

Mientras más al sur avanzamos más peso sentimos sobre los hombros. Algo siniestro ocurre en este bosque. Lo único que deseamos es llegar pronto a Aguatrueno y ver gente. No hemos visto a nadie en los últimos días. Las noches en esta espesura no son como las anteriores. El frío atraviesa nuestra ropa y nos desgarrar el alma. El viento se desliza por entre los árboles y canta una siniestra melodía. Nos susurra al dormir, nos habla al despertar, nos grita al anochecer.

Si no fuera un férreo creyente, diría que en estos territorios no habita la Señora del Sagrado Halo.

Las lluvias son cada vez más inclementes.

Queremos llegar a Aguatrueno.

Llevamos tres días cabalgando sin parar, sacándole hasta la última gota de sudor a nuestras monturas, pero resulta complejo avanzar todo lo deseado cuando los senderos no son aptos ni para bestias ni para humanos. Apenas hemos alcanzado uno o dos kilómetros diarios, lo que en distancia no significa nada para estos fieles corceles acostumbrados, como mínimo, a recorrer hasta cincuenta kilómetros por jornada.

El camino es complejo. Hace días, quien escribe, apenas salvó la vida. Me vi colgando desde un precipicio. Fue la poderosa y siempre confiable mano de Darío García y Peñafiel la que evitó que este viaje se convirtiera en una tragedia (solicito al rey, por intermedio de estas palabras, aumentar el sueldo de este soldado e incluso propongo su promoción a cabo).

Así es como están las cosas.

El viaje se hace peligroso. Tenemos miedo.

Hace dos noches escuchamos un aullido, algo muy extraño si pensamos que estos parajes no son hogares de lobos.

Sombras se esconden entre los árboles. Sombras y un lamento maldito que se funden con el viento nos han perseguido por días.

Miguel Bocaflor juró por su madre haber visto enormes ojos amarillos entre el follaje de unos arbustos. Nadie le creyó, ni siquiera quien escribe, hasta que los vimos”.

—¿Qué miráis con tanto detenimiento, don Darío?

Asterio dejó su pluma y su cuaderno a un lado, le temblaban las manos. Quizás por frío quizás por miedo. Notó que el soldado estaba intranquilo.

—Otra vez siento que nos observan.

El cronista giró la cabeza de un lado a otro, miró hacia las copas de los árboles, escudriñó los troncos mohosos... nada.

—¿Estáis seguro?

—Este bosque me da mala espina, don Asterio. Será mejor que salgamos rápido de aquí.

—No puedo decirle eso a los hombres. Necesitan descansar.

—Aquí no hallaremos descanso.

Los ojos de los soldados oteaban en derredor con nerviosismo. Hacían esfuerzos por encender una escuálida fogata siempre mirando por sobre el hombro, siempre a la oscuridad de aquellos bosques que pocos hombres habían penetrado. A los vigías le temblaba la pistola en la mano. Los que acarreaban agua lo hacían con la quitapenas desenvainada. Asterio notó que Darío, silencioso como siempre, empuñaba su ropera.

—¿Qué aconsejáis?

Darío lo observó con esa expresión sin emociones que Asterio ya conocía tan bien.

—No perdamos tiempo aquí, don Asterio, y vámonos a prisa.

—Escuchad al muchacho —le increpó Miguel Bocafloja—. Marchemos ahora que aún es de día... si se le puede llamar así a esta penumbra.

—¿Y qué hacemos con el fogón que estamos preparando? —preguntó uno de los soldados.

—Pues haced antorchas... —respondió Darío con diligencia—. Si don Asterio así lo ordena.

El frío y el constante susurro lastimero que se fundía con el viento convencieron a Asterio.

—Haced antorchas y marchemos, pues.

Antorcha en mano, reiniciaron el viaje por aquel bosque, siempre cubiertos por enormes árboles que apenas dejaban ver el cielo grisáceo que llamaba a la desgracia. Los cascos de los caballos chapoteaban en el fango y se enredaban entre las raíces salientes. Los animales avanzaban tan cabizbajos como los jinetes, mirando siempre al suelo, apesadumbrados.

Olían el miedo.

Los hombres iban atentos a su entorno. Un sudor frío e intranquilo les corría por la espalda. El miedo los hacía sentir indefensos, cuales niños jugando a ser soldados.

La espesura de aquel bosque de árboles barbudos y suelos mohosos dibujaba figuras que trastornaban sus ya delirantes sentidos, haciéndoles alzar sus teas en dirección a cualquier ruido sospechoso. La paranoia les hacía escuchar cánticos tenebrosos en la lejanía, les hacía ver sombras entre los troncos de las pataguas y peumos que los rodeaban, les hacía sentir que un ser de las tinieblas les acariciaba los cabellos.

El delirio llegó a su cúspide cuando un soldado agitó las riendas de su yegua y disparó al cielo. “¡Soltadme, demonio! ¡Soltadme, joder!”, chillaba a viva voz al tiempo que su bestia relinchaba de terror. “¡Que me tiene de los hombros, joder! ¡Auxilio! ¡Auxilio!”. Los soldados lo observaban paralizados. Las aves escaparon al vuelo, asustadas por el estampido. El espadachín se daba palmetazos en los hombros frenéticamente como quien intenta espantar a una avispa o a una araña.

–¡Tranquilo, soldado! –le ordenó Asterio.

“¡Me tiene! ¡Me tiene!”, gritó otro hombre a sus espaldas. “¿Qué cojones es eso?”, se espantó un tercero, su caballo se levantó sobre sus patas traseras y lo botó al fango. El espadachín se levantó rápidamente y desenvainó su ropera, agitándola de lado a lado. “¡Nos observan! ¡Nos atacan!”, chilló Miguel Bocafloja, apuntó con su pistola y disparó contra el bosque. “¡Los vi de nuevo, carajo! ¡Son cientos!”, sacó a relucir el filo de su acero. “¡Son cientos de ojos!”

Toda la tropa disparaba contra los árboles, los caballos se encabritaron y los hombres gritaban improperios aterrorizados. Asterio cayó al lodo y puso las manos sobre su cabeza para protegerse de los perdigones y las pisadas de sus cabalgaduras. El llanto lastimero que los seguía se tornó en una carcajada tenebrosa. ¿O simplemente era el viento?

–¡Quietos! ¡Quietos, carajo! –ordenaba a gritos Darío García y Peñafiel, que hacía lo imposible por controlar a su corcel que daba coces para defenderse de un enemigo imaginario– ¡No hay nada, mierda! ¡Deteneos!

Se acercó con premura a Miguel Bocafloja y lo zamarreó con violencia.

–¡Contrólate, carajo, que casi le vuelas la cabeza a don Asterio!

Bocafloja buscó al cronista entre la batahola. Su rostro se puso pálido cuando lo vio embarrado en el suelo.

–¿Lo he... lo he...?

–Agradece que está vivo. Calma al resto que terminarán aplastándolo si siguen asustando a los animales –gritaba para hacerse escuchar.

Poco a poco se fueron tranquilizando, aunque juraban por todos los santos que habían visto esto y aquello, escuchado tal y cual cosa, o que los había tocado eso y eso otro. Maldecían y escupían al suelo.

–¿Se encuentra bien, don Asterio? –Darío lo ayudó a levantarse.

El cronista asintió con la cabeza mientras se limpiaba como podía el rostro embarrado de fango y moho.

Nadie habló durante el resto del viaje. Se limitaron a avanzar en silencio por aquel bosque maldito, intentando no hacer caso al tétrico lamento que agitaba las hojas y les carcomía la razón, esforzándose por controlar el miedo, mas no pudieron evitar mirar hacia el cielo al escuchar el poderoso batir de unas alas. Y quizás fue la noche, o quizás fue la paranoia o tal vez el cansancio, pero cuando alzaron la vista, más que un pájaro, lo que vieron parecía una cabeza... con alas.

Tuetué, cantó. Tuetué.

Asterio Siemprebravo hizo como que se acomodaba el sombrero para que nadie notara que, en verdad, se cubría las orejas.

Junco llevaba una semana haciendo exactamente lo mismo. Apenas abría los ojos corría en dirección al bosque Silente con un trozo de pescado, lo depositaba sobre la hierba y se sentaba lejos, siempre atento. El primer día le pareció ver una cola felpuda merodeando por entre los arbustos. En la segunda jornada vio un hocico puntiagudo olfateando con avidez la presa de pescado. Notó cómo se relamía los bigotes. Al tercer día el pequeño sonrió cuando el zorro se asomó y se dejó ver en su totalidad. El bello animal de pelaje grisáceo se detuvo en seco cuando notó la presencia del neófito cazador. Tal fue su impacto que se quedó petrificado y no le quitó la vista de encima. Se notaba su respiración agitada por la oscilación de sus costillas. Sus orejas se alzaron atentas en dirección a Junco. El zorro dio un paso, retrocedió, dio otro paso y retrocedió nuevamente. Así estuvo unos instantes hasta que decidió escapar en dirección al bosque. Recién al cuarto día tuvo más confianza. Apareció entre los arbustos, agazapado, arrastrando la cola y sin dejar de observar a Junco. Llegó hasta el trozo de pescado, lo cargó en su hocico y huyó presuroso. El mismo ritual se repitió los siguientes dos días.

“Todo marcha según lo planeado”, pensó Junco.

En la séptima jornada quiso probar algo nuevo. Dejó la presa un poco más cerca de sí. Notó que el zorro se dio cuenta de la triquiñuela, pues solo avanzó hasta donde el pescado se encontraba la mañana anterior. Allí se detuvo por unos segundos, siempre agazapado y con las orejas en dirección a Junco. Olfateaba la hierba, cauteloso, con la nariz bien pegada al suelo, moviéndola de un lado

a otro. Al llegar al alimento, lo recogió y escapó en dirección al bosque, escondiéndose entre los matorrales.

Era el octavo día y Junco nuevamente estaba allí, con la tenacidad propia de un niño, aguardando a que llegara Lomogrís, como ya en su mente había bautizado al animal. De pronto, escuchó el olfateo, vislumbró el pelaje receloso, las orejas siempre atentas. El andar del zorro era ahora mucho más confiado, se acercó al pescado sin ningún tipo de temor y comenzó a comerlo en el lugar. Terminado su desayuno, se marchó, volteando por unos segundos para ver al pequeño antes de desaparecer.

Junco regresó a Aguatrueno, satisfecho por sus avances. Le faltaba poco para domesticar a Lomogrís.

—Vaya que eres persistente —lo recibió Litre—. ¿Acaso no te cansas haciendo todos los días lo mismo?

—Algo —respondió cortante.

—¿Trajiste el encargo de Lirio?

—Aquí está —le mostró un atado con hojas de matico—. Yo se lo iré a dejar.

En otra época, Junco habría sonreído orgulloso y le contaría sus progresos a Litre con lujo de detalle; en cambio, ahora la alegría ya no era habitual en él. Su voz estaba cargada de indiferencia. Avanzó entre las casas y tiendas, esquivando con paciencia a los heridos, inválidos y a los guerreros que día a día aumentaban en número. Pese a deambular entre el tumulto, se sentía solo, abandonado. A veces tenía la necesidad de conversar y desahogar su tristeza con algún amigo. Podría haberlo hecho con Litre. “No, demasiado mayor, demasiado ocupado, no tendría tiempo para escuchar a un niño”, pensaba. En su mente se consideraba una molestia, un crío más entre tantos otros afectados por la batalla, un huérfano, un paria. Su amigo Palma estaba ocupado en su entrenamiento y mejorando los resguardos de la aldea. El estepario podría entenderlo, era un solitario, al igual que él. Sí, el pájaro de mal agüero comprendería su tristeza... o quizás no, demasiado frío, demasiado fuerte... Y ni siquiera estaba en Aguatrueno. Lirio estaba ocupada día y noche encargándose de los heridos, apenas habían

podido hablar tras la batalla. Necesitaba un nuevo amigo y Lomogrís era el ideal, él lo escucharía y siempre lo acompañaría. Domesticarlo sería su gran consuelo. Pensamientos de un niño abandonado, de un niño que sufre, que busca ser querido, que busca compañía, que desea ser importante para su pueblo, pensamientos de un niño invisible, que nadie ve, que nadie escucha, que nadie quiere.

—¡Llegaste! —Lirio le soltó una sonrisa agradecida.

—Ten. —Le entregó las hierbas.

Lirio las recogió y las dejó junto al nido de Alanoche, el tordo que la había seguido desde Rocalga. Mortero en mano, molió el matico y lo echó a hervir en una fuente colocada sobre una pequeña hoguera al interior de la rústica tienda en la que ambos pernoctaban. Junco observaba fascinado la gran cantidad de aves que reposaban en el interior. Escuchar los distintos trinares resultaba hipnótico. “Es muy similar a su casa en la costa. ¿La habrán seguido hasta aquí o serán aves distintas? ¿Las habrá domesticado? ¿Cómo lo habrá conseguido tan rápido?”, pensaba el pequeño, intentando desentrañar el secreto que podría permitirle domar de manera más sencilla a Lomogrís. Una codorniz se le posó en el hombro.

—¡Sonrisas, no molestes a nuestro invitado! —Lirio intentó espantar al ave agitando su mano.

—No es molestia. Sabes que me gustan los animales. —Junco le dio de comer una semilla que llevaba en su chiripa y una idea fugaz pasó por su cabeza.

Al día siguiente fueron juntos al bosque. Junco, orgulloso, le quería mostrar a su amiga los avances que había hecho con Lomogrís. Solo otra amante de los animales entendería el proceso de domesticación que estaba realizando.

—Observa de lejos —le advirtió.

Lirio se ocultó entre unos arbustos. Su siempre descuidada manta, llena de ramas, hojas y heces de aves, la mimetizaba bastante bien con el entorno, aunque no fuera su intención.

Junco se sabía observado, así que optó por algo más osado. Se sentó sobre la hierba, puso el pescado en sus manos y extendió

los brazos hacia adelante. “Que funcione, que funcione”, rogaba en silencio. Transcurrió toda la mañana y los brazos del pequeño ya estaban agarrotados de tanto esperar. “Sé que llegará, sé que llegará”.

—¡Junco! —le gritó Lirio al ver un pelaje pardo entre los arbustos.

—Shh, lo espantarás. Tranquila —le susurró el pequeño, sonriendo.

—¡Juncooo! —el grito ahora estaba cargado de terror.

El pequeño se puso en alerta y, de entre los árboles, vio emerger los afilados colmillos de un puma. Su poderoso himplado y el relamer de sus bigotes lo hicieron palidecer. El corazón de Lirio se agitó, pero sus piernas no le respondieron.

El felino mostró sus blanquecinos colmillos al tiempo que avanzaba. Junco le arrojó el pescado, rogando que con eso lo dejara en paz. Estaba equivocado. La bestia tenía una presa más grande y jugosa justo frente a él, y desprendía ese olor a terror que tanto le agradaba. Como un rayo se abalanzó sobre el pequeño Junco, quien chilló de dolor cuando de un zarpazo le desgarró la piel del antebrazo. Lirio, reuniendo toda su valentía, logró salir de su escondite armada con un garrote y le propinó un golpe en el lomo, el que solo provocó más furia en la salvaje bestia.

—¡Corre, Lirio, corre! —gritaba Junco desesperado.

Lirio, terca, siguió golpeando al animal al tiempo que pedía por auxilio con todas sus fuerzas a sabiendas que nadie la escucharía por encontrarse demasiado lejos de la aldea. Harto de los golpes de la pequeña, el puma detuvo su brutal embestida y retrocedió por unos segundos, lo que fue aprovechado por Lirio para plantarse valientemente entre la bestia y su amigo, que sangraba de la cabeza y el pecho. El animal himpló con rabia y se arrojó nuevamente sobre los pequeños. Cuando pensaron que sería su final, un destello grisáceo saltó desde el bosque y se atenazó con fuerza a la tráquea del puma.

—¡Lomogrís!

El zorro colgaba del cuello de su enemigo, que se agitaba con violencia y desesperación. Apretó su mandíbula y la sangre manó a borbotones del pescuezo del felino, que de un zarpazo se desprendió de Lomogrís. El pobre animal voló por los aires y cayó inconsciente a los pies de los dos niños.

El puma se tambaleaba producto de las heridas, mas seguía siendo una amenaza y no dejaría escapar a sus presas. De la nada, un silbido surcó el cielo y el puma soltó un maullido desgarrador, desplomándose inerte sobre el pasto con la daga Canto Recio incrustada en sus costillas.

—Chiquillos, estú... —Litre se guardó los insultos cuando vio a Junco ensangrentado y a Lirio pálida de terror, aún sujetando su improvisado garrote—. Por los espíritus. ¿Están bien?

El pequeño estaba recostado junto al zorro. Le acariciaba el pelaje.

—Agradezcan que estaba cerca y escuché los gritos ¿Ese era el zorro que querías de amigo?

—¡Es! Es el zorro que quiero de amigo. Se llama Lomogrís —le corrigió Junco con la voz temblorosa y llena de tristeza—. ¿Lirio, crees que puedas salvarlo?

La niña se encogió de hombros.

—¿Cómo están los chiquillos? —preguntó Amancay con enfado mientras pelaba unas papas sin levantar la vista.

—Junco quedó con algunos rasguños. Lirio resultó ilesa —respondió Litre.

—Bien, me alegro. El hijo de Sauce no debe correr peligro alguno. De ahora en adelante quedará bajo mi total custodia. Para mi pesar no puedo estar pendiente de todo lo que hace, mal que mal es el hijo de Sauce y por sus venas corre sangre testaruda. Aunque se lo prohíba, sé que se adentrará en los bosques o en el lago para buscar comida y dársela a los heridos. Sauce lo crio bien. Ese niño siempre quiere servir a su pueblo —suspiró y arrojó las papas descascaradas a una olla con agua hirviendo y comenzó a aderezar unos cochayuyos—. Debido a mi nuevo cargo no puedo alejarme de Aguatrueno ni abandonar a mi gente, pues en cualquier momento inicia una reunión o se presenta una emergencia que debo atender, así que te ruego que vigiles a Junco. Si ves que se aleja, síguelo, aunque sea a escondidas. Esa será tu misión. La lideresa de Rocalga así lo ordena.

—Es difícil. Desde la desaparición de Sauce anda distante... triste. No desea la compañía de nadie. Fue un milagro que estuviera con Lirio. Si yo no hubiera escuchado los gritos de esa chiquilla, la historia sería distinta.

—No solicité excusas. —Su voz se endureció—. Eres uno de sus pocos amigos. Tu deber es estar con él, cuidarlo de sí mismo.

—Es imposible protegerlo si él ya no desea estar con nadie. Eso lo hizo buscar la compañía del zorro aquel —se defendió Litre.

—¡Un zorro! —resopló incrédula—. Que se lo quede de amigo o de mascota, lo que sea, no me molesta, mientras no ataque a nadie... ya tengo suficientes problemas como para sumar aldeanos mordidos. —Se quedó pensativa—. ¿La aprendiz de Pumagrís está con él?

—Sí, señora.

—Ella es buena compañía para el muchacho. Ambos son reacios a juntarse con la gente. Esa chiquilla siempre anda con sus pájaros y ahora él anda con un zorro. —Sonrió con amargura—. Que sigan juntos. Tú te encargarás de vigilarlos cuando yo esté ocupada, sobre todo ahora que estamos preparando a los guerreros para luchar contra esos... *ejem* —tosió.

Le tembló el mentón. Afirmó el cuchillo con fuerza. No le salían las palabras. Siguió cortando cubos de zapallo. Litre comprendió su silencio y aguardó con paciencia a que Amancay volviera a hablar.

—Contra esos... espectros. —Agitó su mano como si fuera un asunto sin importancia. Colocó la olla con agua sobre el fuego.

La pequeña choza comenzó lentamente a llenarse de vapor.

—Es necesario que cuides a Junco. No quiero volver a verlo bañado en sangre... ya se ha derramado demasiada. —Arrojó más verduras a la olla.

—Intentaré que algo así no vuelva a ocurrir.

—“¿Intentaré?” Es una orden, mocosito. No lo intentes, ¡hazlo! Puedes retirarte.

Amancay se quedó ensimismada en el hervor del agua. Las burbujas la distraían de sus oscuros pensamientos. “Soy la lideresa de Rocalga”, respiró profundamente, “la lideresa en una época oscura”.

Pese a su esfuerzo, su mente la obligaba a recordar aquella noche lóbrega, huyendo entre los árboles ennegrecidos, huyendo de criaturas que no deberían existir, abriéndose paso entre las ramas carbonizadas y el hedor a sangre. No había luna, no había estrellas, solo el tenue fuego de su antorcha. No quería recordar el terror que sintió cuando escuchó a los espectros atrás de ellos. Obligó al grupo

a que se adelantara, ella se quedaría para hacerles frente. ¿En qué pensaba cuando hizo eso? No tenía una respuesta. Se interpuso entre los espectros y su gente con un simple puñal de piedra y una tea cuyo fuego menguaba a cada segundo. Aún recordaba la silueta espectral dibujándose en la oscuridad de la noche, aún recordaba el miedo que le recorrió el espinazo y le erizó los vellos de sus brazos.

—Amancay. —Una voz familiar la sacó de sus oscuras memorias.

Alzó la vista y vio a la guerrera Chilca en el umbral de la puerta. Cargaba su lanza y un puñal en el cinto de lana que rodeaba su manta color musgo.

—Me mandó a llamar.

—Sí. —La invitó a pasar para que se cobijara al alero del fuego y calentara su cuerpo—. ¿Cómo van los preparativos de batalla?

La guerrera torció la boca.

—Complejos. Pese a que muchos guerreros han respondido a mi llamado y han llegado a Aguatrueno, muchos otros dijeron que acudirán a la batalla solo si es Roble Tallofuerte quien los convoca. A eso se suma que algunos no creen lo sucedido y otros encuentran innecesario reunirse para combatir contra seres que vienen de una isla que no sabemos dónde o cuándo aparecerá.

—Y tienen razón —suspiró Amancay—. Cuando llegó Emilio Martesta al menos sabíamos contra qué luchábamos. Podíamos verlos, saber dónde estaban sus fuertes, espíarlos. En cambio, ahora tenemos una isla que aparece, asesina y se esfuma.

—¿Y qué podemos hacer?

—Quizás una vigilia eterna —respondió con resignación. Sacó la olla del fuego, molió las verduras, las mezcló con el cochayuyo y le sirvió un plato de guiso a Chilca.

Comieron en silencio.

Amancay caminaba presurosa con una olla de greda en sus manos. Una gota en su mejilla le advirtió que debía avanzar más rápido. Segundos después comenzó el aguacero. Por suerte había llegado a la tienda que buscaba.

—¡Lideresa! —la recibió Lirio—. Pase, pase, se está empapando. —Corrió el lienzo de cuero de su precaria carpa.

Amancay ingresó, se sacó la manta mojada y la dejó en el suelo, ya que no había donde colgarla. Recostado sobre un montón de hierba estaba Junco con Lomogrís. Observó al pequeño con tristeza. Estaba delgado, con el brazo vendado y la frente adornada con una fea cicatriz.

—¿Han comido algo? —preguntó ocultando la angustia que sintió en la garganta al verlos en esas condiciones.

Lirio respondió negando con la cabeza. Junco bajó la vista. Se sentía inútil. Lomogrís intentó subirle el ánimo lamiendo su mejilla.

Amancay le pasó la olla a pequeña.

—Coman, alcanza para los dos.

—¿Y para Lomogrís? —preguntó Junco.

Amancay sacó un pescado crudo envuelto en hojas de nalca que llevaba en su morral y lo depositó en el suelo de tierra. El zorro se acercó cojeando, lo olfateó, se recostó en el suelo y lo comió con ganas. Mientras los pequeños se alimentaban, Amancay observó el estado de la gastada tienda de cuero en la que pernoctaban: tenía goteras, el viento pasaba por las costuras, un hilillo de agua caía justo sobre el colchón de Junco y notó que diez pájaros dormían en los parantes de colihue. Sus fecas eran el triste adorno del lugar.

—Demasiado tiempo han estado desamparados. —Llenó dos platos más con guiso de cochayuyo caliente—. Eso cambiará. Desde hoy vivirán conmigo en la casa que me han otorgado. Será así al menos hasta que ustedes lo deseen o hasta que nuestro pueblo encuentre un nuevo lugar donde establecerse. Aguatrueno ya no da abasto para toda la gente de Costazul.

Los niños se miraron entre ellos, sorprendidos.

—¿Y mis aves?

—¿Y Lomogrís?

—Primero preocupense por ustedes, los animales están acostumbrados a vivir a la intemperie. Las aves no son para estar encerradas, Lirio, tienen alas para volar y ser libres.

—¡Ellas quieren estar conmigo! Ni siquiera migraron al norte. —Alzó la mano y Alanoche se posó en su índice.

—Y Lomogris me salvó la vida ¡No lo abandonaré! —gritó Junco con su voz aguda.

Amancay se llevó la diestra a la frente. Cerró sus ojos y respiró hondo.

—Lirio, dejaré que lleves tus aves solo si me prometes que la casa no estará plagada con sus excrementos. Si eres capaz de limpiarlos, puedes llevártelas. —La aprendiza asentía compulsivamente con la cabeza—. La misma regla corre para ti y tu zorro. —Junco suspiró aliviado—. Y tampoco quiero que ese animal ande dando vueltas por la aldea sin tu compañía, quién sabe qué daños podría causar.

A la mañana siguiente los pequeños despertaron más reconfortados. Las camas de la morada de Amancay no se comparaban con el duro suelo de su antigua tienda ni con los montones de pasto y tierra que levantaban con sus manos día tras día. El desayuno fue lo mejor, tortilla de rescoldo y piñones con miel de ulmo.

—¿Saben pelear? —les preguntó Amancay con la voz tosca que la caracterizaba. Los chiquillos negaron con la cabeza—. En los tiempos que corren, manejar bien una lanza marcará la diferencia entre la vida y la muerte. —Observó fijamente a Junco—. Desde hoy aprenderán a luchar. Yo misma me encargaré de ello.

Tomó unas lanzas de asta corta que colgaban de una de las paredes.

—Hoy recibirán su primera lección.

Desde ese momento comenzaron a entrenar todas las mañanas. Antes de que saliera el sol ya estaban aprendiendo a combatir en lo alto de una loma, en la ribera del lago, al interior del bosque Silente o bajo el agua de la cascada. Cuando no era Amancay la que les enseñaba a combatir, era Chilca la que se encargaba de endurecerlos.

—Ese pie adelante. ¡No ese, el otro! ¡El otro! —gritaba Amancay—. Levanta la izquierda, Junco. ¡La izquierda, muchacho, por todos los espíritus! ¡La izquierda! Lirio, defiéndete golpeando hacia el lado... ¡Eso, muy bien! De nuevo. Repítalo hasta que yo les ordene detenerse. Que sus cuerpos se acostumbren al movimiento, que sus brazos sean uno con la lanza.

Lirio atacaba primero, luego Junco. Amancay y Chilca observaban en silencio la instrucción de los niños. De vez en cuando luchaban contra ellos. Se esmeraban en el entrenamiento, enseñándoles la danza de la lanza y el correcto muñequero para que las boleadoras fueran letales. Y si no estaban entrenando, estaban trabajando, adentrándose en la foresta o en el lago para buscar hierbas medicinales y alimento.

Un día, cansado de tanto pelear, Junco se echó de espaldas sobre el pasto con los pies y brazos extendidos, Lomogrís se recostó junto a él colocando su hocico sobre su pecho.

—¡Nunca pensé que aprender a luchar fuera tan agotador! Tengo todo el cuerpo dolorido y con moretones —rezongó—. ¿Cómo Palma puede hacer esto todo el día?

—Yo lo encuentro divertido —dijo Lirio, que estaba sentada a su lado acariciando a Lomogrís—. Creo que nunca en mi vida había tomado tantas veces una lanza.

—Es divertido para ti porque me es imposible golpearte —frunció el ceño el pequeño—. En cambio, tú siempre me ganas. Mira, esto es obra tuya. —Le mostró un dedo que estaba entre negro y amarillo.

—Debes esforzarte más. Yo te puedo ayudar en lo que necesites. Estamos juntos en esto. ¡Somos amigos! —Le dio un manotazo cansado.

El pequeño Junco Briznasol sintió una súbita alegría y una sonrisa traicionera brotó al escuchar esas palabras, y allí, en compañía de Lomogrís y Lirio Hierbarcoiris, por fin dejó de sentirse solo.

RELACIÓN DE LA TRAVESÍA A AGUATRUENO V

“Perdimos a un hombre.

Diego Antonio Jaraquemada Casagrande era su nombre.

Murió entre tercianas y espasmos. No soportó el frío. Nuestra Señora del Sagrado Halo tendrá que saber perdonarme, pues ordené sepultar su cuerpo entre unas rocas a la salida de aquel bosque maldito. No teníamos suficientes fuerzas ni animales para cargarlo. Rogaremos a los nativos a que nos ayuden en nuestro viaje de regreso para llevar el cadáver a la esposa e hijos. Si hubiera soportado solo unos días más, los chamanes de Aguatrueno podrían haberlo sanado”.

Darío García y Peñafiel fumaba una pipa larga tallada en madera. La luz de la fogata en su rostro le remarcaba las facciones haciéndolo lucir como un gran señor.

Exhaló unos anillos de humo.

—¿Te queda más tabaco, Darío? —le pidió un soldado barbón. Se acercó limpiando con sus pantalones una rústica pipa.

—Solo si te queda algo de vino.

—Vaya suerte tengo, gandul —bromeó el barbón y viejo soldado—. Toma, aquí me queda algo. —Le pasó una botella.

Darío bebió sin respirar. Se limpió la boca con el antebrazo y volvió a la pipa.

—Pobre Diego, ¿eh? Nadie merece morir así. —El soldado barbón se sentó junto al joven espadachín.

—Ni vivir así. —Se entrometió Acacio Buendía, el guardia de aquella velada. Temblaba de frío.

El veterano nochera alzó la vista al cielo gris que amenazaba con un nuevo diluvio. El agua lo tenía harto. Miró a sus compañeros que aguantaban la helada solo con sus capas y una que otra manta, todos amontonados en torno al pésimo fuego que lograron encender con unas ramas tiernas y húmedas que despedían más humo que calor.

—Su majestad debería habernos mandado más avituallados en este viajecillo —escupió el soldado barbón—. ¿Pero qué se le va a hacer? Hay que tragárselas no más y seguir echándole pa’elante.

—Diego murió por culpa’el rey —soltó Acacio Buendía con claro enfado.

—No le endilgue al rey una muerte fortuita —intervino Darío.

—¿Fortuita, dice? Si hubiéramo traído ma’brigo y mejore bestia...

—Igual no hubiera servido de nada —le cortó Darío soltando una bocanada de humo—. Este frío que hace aquí es de los mil demonios. Ni un potro fontarragués aguantaría este clima y vuestra merced tampoco, aunque tuviera mil capas. Teníamos la ruta clara, cada noche nos quedaríamos en una chingana del camino, pero los cortes y las crecidas de los ríos nos desviaron de la ruta... Y vuestra merced lo sabe. Si quiere culpar al rey por el clima, hágalo, yo soy un poco más sensato.

—El muchacho habla con la verdad, Buendía. —Lo apoyó el viejo soldado barbón—. Mal que mal, si lo pienso bien, tengo una buena vida en la capital. El rey se ha portado bien con nosotros. —Soltó unas argollas de humo—. No le aportillaremos todo lo que ha hecho por un mal viaje, joder.

—¡Es que estoy encabronao, carajo! Que ya estoy cansao de aguantá este clima. ¡Que no ha parao’e lloer! Que se nos va un amigo pa’l otro barrio y ¡zas! lo enterramo bajo la piedra. ¿Qué sigue ahora? ¿Eh?

—Tranquilo, soldado. —Se acercó Asterio Siemprebravo. Le dio un trozo de carne fría y dura de su propio plato—. Tomad, ponedla al fuego y comed. Aquí tengo algo de pan. —Se sentó entre Darío y Acacio—. Todos estamos cansados de este viaje. Llevamos días y

días andando sin parar. Los músculos de la espalda me saltan solos, tengo los brazos agarrotados y las piernas muertas de tanto cabalgar. –Se sacó las botas para calentar los pies en el escuálido fogón–. ¿Cuánto nos queda de viaje, don Darío?

–Tres días, si todo sale a pedir de boca.

–¿Contemplando este jodido temporal?

–Contemplando este jodido temporal –respondió el imberbe espadachín sin dejar la pipa de lado.

–Solo nos quedan tres días, Acacio. Os pido que mantengáis la calma.

–¡Calma mi cojone! –Se levantó y desenvainó su ropera.

En una fracción de segundo Darío también estaba en pie y apuntaba al amotinado con su espada en la diestra y la pistola en la siniestra. Ambos soldados se quedaron estáticos el uno frente al otro. Las capas ondeando al viento.

Silencio.

El crepitar de la fogata era el único sonido en kilómetros.

Asterio se puso blanco como la leche y el barbón que fumaba pipa se quedó con la boca abierta mientras el humo manaba por entre sus dientes.

–Baje la espada, don Acacio. No deseo haceros daño –le amenazó Darío.

–Digo lo mismo.

–La diferencia es que vuestra merced no se apellida García y Peñafiel.

–Señores...

–Tranquilo, don Asterio. Esto es entre don Acacio y yo. Usted puede ir a descansar si lo desea. Quizás la única diferencia es que al amanecer le falte un soldado que no supo maniobrar bien su acero.

Las manos de Acacio Buendía temblaban nerviosas.

Envainó su espada.

–Ha actuado con sensatez, don Acacio. Ahora coma la carne que tan amablemente le ha dado don Asterio y haremos como que nada de esto ocurrió.

Acacio se volvió a sentar sobre el suelo húmedo y frío.

Bajó la cabeza.

—E'l clima, muchacho. La muerte'e Diego —se disculpó el veterano vigía ocultando apenas sus sollozos.

—Mañana será un nuevo día, don Acacio. Mañana será un nuevo día y ya verá cómo sale el sol. —Darío le acarició la espalda.

El temporal continuó al día siguiente y durante los otros días de su viaje.

—Me alegro que te hayas hecho cargo de esos chiquillos. Me daba lástima verlos vagabundear solos por el bosque, sin nadie que los apoyara o guiara.

—No tenía otra opción. Era yo o era nadie.

Amancay y Laurel caminaban bajo el nublado cielo matutino.

—Supe que les has sacado unos cuantos moretones a los mocosos.

—Tienen que saber defenderse, ni siquiera sabían cómo tomar una lanza. Al menos ahora saben que la punta va hacia adelante —dijo en tono de broma—. Chilca me ha ayudado bastante.

—Ella es una gran guerrera y una excelente maestra. Paciente como ninguna.

—Los niños no opinan igual.

—Eso es porque no han entrenado conmigo. —Laurel mascó un trozo de pan de trigo.

Caminaron por largo rato alrededor del lago que a esa hora de la mañana estaba alfombrado por una densa bruma. En la orilla vieron a Lirio y a Junco jugueteando con Lomogrís. Corrían de un lado a otro mientras el pequeño zorro los perseguía agitando su cola.

—Esos dos me recuerdan a ti y a tu hermano a su misma edad.

—Lástima que mi hermano haya cambiado tanto.

—Ambos cambiaron.

—Al menos yo no me convertí en alguien que no cree en las palabras de su propio pueblo... o de su propia sangre. Su escepticismo me parece imperdonable.

—Amancay, no es sencillo que alguien crea en la existencia de una isla llena de criaturas que aparece y desaparece de la nada. Si hubiese sido al revés, y es tu hermano el que llegara con esa historia, ¿le habrías creído? —Amancay no quiso contestar—. La que calla, otorga.

El sonido de un cuerno interrumpió su conversación. Desde lo alto de la torre norte el vigía anunciaba el arribo de visitantes. A lo lejos, Amancay y Laurel divisaron a un grupo de hombres armados y de caras lánguidas ingresando por el Paso Del Valle.

—¿Quiénes son ellos? —Amancay se llevó la mano al puñal.

—Tranquila. —Laurel reconoció el rostro de Asterio Siemprebravo—. Son terramargos.

—¿Sí? Pues no se van tan rudos como los recordaba —dijo despectiva—. El rostro de aquel hasta se ve enfermizo. —Apuntó al cronista.

—Es el hijo de Ernesto Siemprebravo. Salió idéntico a su desgraciado padre —rugió Laurel.

—¿Conociste al padre de ese sujeto?

—La ausencia de mi ojo izquierdo se la debo a ese infeliz y a su cuchilla calentada al rojo. No sé qué hará aquí la prole de esa sangre nefasta. —Escupió al suelo.

Amancay sujetó su puñal con mayor decisión.

Tras un galope cansado la comitiva llegó hasta el pórtico de madera donde los esperaban Amancay y Laurel. Asterio Siemprebravo detuvo a su corcel y les otorgó una sonrisa extraña, nerviosa, intentando ocultar el horror de su travesía.

Se sacó el sombrero y habló en su propia lengua.

—Buen día tengan, mis señoras. —Hizo una reverencia aún montado sobre su yegua—. Mi nombre es Asterio Siemprebravo, cronista real del reino de Tierra Amarga y heraldo del rey Tulio Hojaltiva. Vengo en paz para entregar un mensaje al chamán Pumagrís y al líder de batalla Roble Tallofuerte, que la Señora los guarde y llene de bendiciones. Junto a mí viene un séquito real. Espero que puedan recibirnos en vuestro pueblo —recitó casi de memoria.

—Lo mínimo que podrías hacer como heraldo es hablar en nuestra lengua —le respondió Laurel en un perfecto altamirio. Asterio se ruborizó.

—Mis perdones. —Asterio habló ahora en la lengua nativa—. No domino vuestro idioma tan bien como me gustaría y... y hay palabras que no reconozco o que tiendo a olvidar.

—Practica más. Por tu edad puedo adivinar que naciste en Tierraíz y aquí se habla nuestra lengua y no otra. Deberías saberlo —le reprochó con severidad.

Asterio agradeció que los soldados de su compañía no entendieran las duras palabras que le profería Laurel, pues le habrían perdido inmediatamente el respeto. Darío García y Peñafiel mantuvo el rostro imperturbable.

—Reitero mis disculpas. En Tierra Amarga no hay con quien practicar vuestra lengua y...

—¿Y acaso ves por aquí algo similar al deprimente paisaje que rodea tu pueblo?

—Mejor haz caso a Laurel y habla nuestra lengua, cronista. Es lo mínimo que puede hacer un mensajero en territorio extranjero —le aconsejó Amancay.

“Laurel”. Aquel nombre le era familiar a Asterio. Observó el rostro de la anciana, hizo hincapié en el parche de su ojo y recordó las tantas veces que leyó dicho nombre en las crónicas bélicas escritas por el fraile Francisco de Fuentemagna. “Es ella”. Ahora comprendía la rabia en las palabras de la guerrera. Se apeó de su montura y se plantó frente a ella. Pese a que él era más alto, Laurel le superaba en masa muscular. El delgado cronista nada podría haber hecho contra aquella legendaria guerrera y los poderosos brazos que nacían de su ancha espalda. Sorprendiendo a todos, Asterio agachó la cabeza, se llevó la derecha al corazón e hizo una profunda reverencia.

—Laurel Montepiedra, poniendo a la Señora como testigo, os pido perdón por todas las atrocidades cometidas por mi padre —rogó.

—Palabras vanas, muchacho. Todos saben que Ernesto Siemprebravo nunca pidió y nunca pediría perdón, aunque su propia alma estuviese en juego —gruñó Laurel.

—Aun así, siento la necesidad de recibir vuestro perdón, pues seré hijo de mi padre, mas no soy él. —Puso una rodilla en tierra y mantuvo la vista en el suelo—. No odie a quien lleve el Siemprebravo por apellido, pues no todos somos mala gente.

Laurel observó en silencio aquella muestra de arrepentimiento.

—Levántate ya, muchacho. Olvidaré que han pasado más de veinte años del fin de la guerra y que en todo ese tiempo podrías haber venido hasta aquí y rogar por mi perdón por llevar ese apellido y esa sangre vil. Te doy el perdón que ruegas, pero no perdonaré a tu padre por lo que hizo. Nuestro pueblo no lo perdonará hoy ni lo perdonará mañana, y en todas nuestras historias y canciones será siempre recordado como un infanticida, un torturador y un asesino sin honor que no respetaba treguas ni acuerdos. Él no merece el perdón ni de su Señora, ni de nuestros espíritus, ni de la gente. Lo único que merecía era la muerte que le di.

Los ojos de Asterio no ocultaron su triste resignación.

—El pasado nunca será olvidado, terramargo —intervino Amancay con ojos tan fieros como los de una serpiente—. Aunque, para nuestra desgracia, el futuro nos trae cosas peores y en ellas debemos enfocarnos... por ahora. Tú y tu compañía son bienvenidos en Aguatrueno.

Asterio agachó nuevamente la cabeza en agradecimiento.

Los jinetes se apearon de sus monturas e ingresaron tirando a sus animales de las riendas. Agradecían de todo corazón estar al fin en un lugar lleno de vida, sin embargo, Asterio sintió que los más viejos y algunos adultos los miraban con odio.

—Nunca olvidarán lo que les hizo nuestra gente —le susurró Darío García y Peñafiel—. Yo tampoco lo haría.

—Acostúmbrense —les advirtió Laurel en lengua altamiria—. Nuestro pueblo tiene memoria y hay muchos aquí que vivieron en carne propia lo que hizo Emilio Martesta y el mismísimo Ernesto

Siemprebravo. ¿Qué son unas cuántas miradas de odio en comparación a las atrocidades que cometieron los altamirios? Nada.

—Pueden quedarse en esta morada —dijo Amancay en tono conciliador—. Está algo desordenada, pues no esperábamos visitantes y la usábamos para almacenar algunos granos y carnes. Mandaré gente a limpiar. Mientras, son libres de recorrer la aldea. Eso sí —les advirtió—, no se alejen demasiado, hay pumas en los alrededores.

—No solo pumas —dijo con miedo el cronista.

Amancay y Laurel notaron el terror en sus ojos.

—Tengo... tengo algo que contaros.

UN TENUE FAROL QUE PERMITE DESENVAINAR ACERO

La lluvia arreciaba en el puerto de Lobera inundando sus angostas callejuelas y formando pozones de lodo y agua sucia. A esa hora de la noche no se veía ni un alma en las calles. De vez en cuando se escuchaba el romper de las olas, el canto de las gaviotas o el gemido de un perro vagabundo que merodeaba por un poco de comida, hurgando, olfateando, inmiscuyendo su hocico en los cúmulos de desperdicios que dejaban los pescadores y los mercaderes de frutas y verduras.

Con la espada al cinto, el sombrero en alto y arrebujaado en su capa, Bastián Bocablanca caminaba solitario por aquellos poco iluminados callejones. Si alguien lo hubiera visto desde lejos, le habría parecido una estatua alargada y delgada, una silueta fantasmal en medio de la noche. “Las once han dado y lloviendo”, se escuchó, en la lejanía, la poderosa voz del sereno.

Sus botas chapoteaban a cada paso. El barro las había manchado hasta los tobillos y ensuciado la parte baja de su capa azabache. A su alrededor había largas hileras de casas de un piso, de tonos ocres y azafranes, todas de adobe y techos de paja o teja, pegadas las unas a las otras. Por las ventanas se veían familias reunidas a la luz de las velas.

Llevaba varios días dando vueltas por Lobera, intentando obtener la información que el rey y el conde De Monteáguila le habían solicitado, siempre en silencio, siempre en las afueras, siempre en las sombras. Estaba exhausto, con sed y ganas de una buena cama y abrigo. Dejó a su yegua atada en las afueras del puerto, junto a un abrevadero, y se adentró en busca del Garañón Azabache,

una chingana donde, según le dijeron, solían reunirse últimamente algunos rufianes de poca monta y cuchilla fácil. Al llegar al final del callejón vio el cartel que lo invitaba a tomar una jarra de vino caliente. El local era más deprimente de lo que recordaba. Al ingresar se encontró de frente con un hombre de rostro hosco, cicatriz en la mejilla y pelo en hombros, quien lo amenazó con un gruñido aliñado con algo de vino y algo de guiso. Dando un paso al costado, dejó que el ebrio siguiera su camino hacia la lluvia. En el interior vio que la mayor parte de las mesas estaban vacías y, las que no, eran ocupadas por hombres gruesos y de facciones endurecidas. Bebían y comían en voz baja, en susurros, otros jugaban naipes y otros a los dados. Apenas pisó aquel tugurio de hedor agrio, los bebedores no le quitaron los ojos de encima.

—¿Qué es lo que desea, buen señor? —preguntó el calvo tabernero mientras limpiaba con un paño la barra llena de cabezas somnolientas—. Tengo cerveza para la sed.

—¿Acaso creéis que soy un borracho indigno que me ofrecéis tal brebaje, si cabe llamarlo así? Antes ofrecedme acero, que, al menos, el combate lo disfruto. —El tabernero se asustó con el tono del maestro y se asustó aún más cuando vio la ropera, la quitapenas y la pistola—. Traedme una jarra de vino caliente con cáscaras de naranja. Y dadme dos vasos.

—¿Espera a un invitado? —Le tembló la papada—. Pregunto, pues, pues ya he de cerrar —tartamudeó.

—El vaso es para vuestra merced. Tengo algunas preguntas y esta noche no quiero beber en solitario.

El tabernero miró de reojo a uno de los clientes. Bastián notó el gesto nervioso del hombre y siguió disimuladamente su mirada hasta el fondo de la chingana, hacia una esquina oscura, donde la luz de las velas no acariciaba las paredes. Allí vio a un gañán vestido de negro, de cabellos cobrizos y un mostacho que le tapaba el labio superior. Cargaba un bulto del tamaño de un arcabuz.

—¿Y qué es lo que querría de mí, vuesa merced? —preguntó el tabernero notoriamente incómodo. Intentaba disimular el nerviosismo secando unas jarras.

–He venido desde Nueva Esperanza buscando a algunos hombres de armas tomar ante la más mínima provocación.

–De esos hay muchos últimamente.

–Y a todos les gusta beber, e imaginé que algunos de ellos podrían pasar por vuestro establecimiento.

–No sé qué deciros, mi señor. Aquí la gente viene y va, y uno no se anda inmiscuyendo en asuntos que no le corresponden. Vuesa merced me entiende. Solo soy un tabernero, un hombre honrado que trabaja para sacar adelante a su familia.

–Y si no me decís nada, yo agregaría también que sois un hombre cobarde. –Una gota de sudor nació desde la calva del cantinero, rodó por su sien y cayó por su mejilla llena de venitas rotas.

–Yo... yo no quiero problemas, mi señor –le susurró–. Sé quien sois, os he reconocido –le hablaba en voz cada vez más baja. Le sirvió la jarra de vino caliente.

–Entonces, vuestra merced sabe que me debéis obediencia. El tabernero asintió.

–Los hombres que buscáis llevan más de un mes rondando por aquí. Llegaron de más allá del mar, del continente de Altamiria. Apenas vimos esos barcos atracar en el puerto supimos que habría problemas. Primero apareció uno, luego dos más y así. Ahora esos hombres superan la veintena y gustan de armar trifulcas. Un sereno fue asesinado hace cuatro noches y aún no encuentran a los responsables. Y eso no es todo, hace una semana encontraron a un hombre y a su esposa con los cuerpos agujereados y sin nada de valor. Le robaron la bolsa al señor y las joyas a la dama. En otros tiempos, a esta misma hora, nuestras calles vida tenían, cada noche parecía un festival. En cambio, ahora todos prefieren estar en sus casas y ya nadie anda pasadas las ocho.

“La situación es más grave de lo que creía”, reflexionó Bastián.

–Ese pelirrojo vestido de negro, ¿es uno de ellos?

–Algunos dicen que es el líder. Usted lo ve ahí, todo pálido y desnutrido como un cadáver, pero os digo, y a juicio de que me

tilden de mentiroso, que lo he visto derribar a un hombre que le doblaba en tamaño con un solo movimiento de su florete. Y no diré más, que se ha levantado y viene hacia aquí. Proteged a este humilde puerto, mi señor, protegedlo, por favor.

El pelirrojo se acercó y dejó un lienzo de cobre sobre la barra.

—Son... son tres lienzos —reclamó con timidez el tabernero.

—Pues dejo uno y agradece que os pago por el pésimo vino que me habéis servido, calvo maloliente. ¿Y vos, que miráis? —le espetó a Bastián, que no dejaba de observarlo con claro enfado.

—Este hombre os ha puesto vino y comida en la mesa —le respondió el maestre—. Lo menos que podéis hacer es pagarle el servicio. En cambio, le insultáis, le pagáis menos de lo que debe y, para rematar, me tratáis de vos, afrenta que no he de soportar.

—Parece que sois nuevo por estos lares y no me conocéis. —El pelirrojo se le acercó tanto que pudo sentir su aliento a pescado en salazón.

—Sí, soy nuevo en este puerto. Si lo deseáis podéis hacerme una visita guiada. —Bastián se puso en pie, desafiante—. He visto una callejuela muy pintoresca al llegar, con un tenue farol que permite desenvainar acero y pelear bien.

—¿Me estáis desafiando? —El pelirrojo llevó la mano al pomo de su florete.

—Si sois tan valiente como para amenazar a un simple tabernero, seguidme. —Bastián bebió un largo trago de vino y salió de la chingana.

Caminaron rumbo a un callejón que se encontraba al doblar la esquina. La copiosa lluvia y un farol de vida corta que apenas iluminaba el lugar serían los únicos testigos de lo que estaba por venir. El pelirrojo desenvainó su florete con la diestra y se echó la capa hacia atrás con la zurda. Bastián sacó a relucir su espada ropera y la quitapenas.

—Veo que sois ducho en estos menesteres —notó el pelirrojo.

—Con sujetos como vos, debo serlo —replicó Bastián caminando hacia su derecha con paso cruzado.

De una rápida estocada comenzó aquella gresca callejera. El pelirrojo era un buen espadachín, lanzaba ataques veloces que cortaban el aire. Bastián no se quedaba atrás, esquivando y contraatacando con su ropera. El sonido de los aceros impactando se perdía en el canto de la lluvia. Uno, dos, tres pasos dio Bastián al tiempo que agitaba su espada, mas todos los lances fueron detenidos por el pelirrojo. Le tocó retroceder. Los golpes de su rival eran poderosos y más de una vez pensó que la espada caería de su mano. Cuando se vio sobrepasado, se enrolló la capa en el brazo izquierdo, lanzándola de cuando en cuando para cegar a su rival y soltar el estoque definitivo, mas no lograba conseguirlo.

Una tregua.

El pelirrojo, con el florete desenvainado, caminaba tan silencioso como un gato en la noche. Sus pies parecían no tocar el agua ni las pozas que se formaban en el piso. No dejaba de mirar al maestre. La lluvia le corría por el sombrero y los hombros. Asemejaba a un demonio nocturno.

—Sois un buen espadachín, os concedo eso —habló con su voz pastosa.

—Digno halago si proviene de un mercenario de Estrechos.

El pelirrojo soltó un escupitajo.

—¿Nos conocemos? —Alzó la manga de su camisa y dejó ver el tatuaje de la Cruz de la Beligerancia esperando encontrar a un camarada.

Se había equivocado.

—Ahora os conozco, bribón. —El maestre frunció el entrecejo.

—¿Quién sois? —preguntó el pelirrojo y lanzó un ataque furioso.

Bastián se defendió de los espadazos coléricos y de un certero contraataque agujereó el jubón acolchado del mercenario, mas no le alcanzó la carne, lo que fue aprovechado por su rival para propinarle un golpe con la cazoleta de su espada. La sangre manó de la boca del maestre de campo, tambaleándose y cayendo de espaldas contra el muro de una casa cercana. El pelirrojo saltó a rematar, pero

con un ágil reflejo Bastián giró, se puso en pie, se sacó su sombrero de ala ancha y atacó nuevamente. Fue en un lance, algo de suerte algo de oficio, que el pelirrojo se vio superado y, sin esperarlo, sintió el frío acero de la quitapenas entrando en su barriga.

—¿Quién sois? —insistió el mercenario soportando apenas el dolor de la estocada.

El maestro no le contestó.

—Pues está claro que sois un idiota —gruñó el pelirrojo—, ya que no tenéis idea de quiénes somos nosotros.

—Claro que os conozco, mercenario —le susurraba Bastián en la oreja mientras giraba la hoja de su daga—. Os conozco bien a vos y a los de tu compañía, mas no sé qué es lo que hacéis en mis tierras, mancillándola con vuestra vil presencia.

—¿Vuestras tierras?

—Mi nombre es Bastián Bocablanca, maestro de campo de las tropas del rey Tulio Hojaltiva y fiel servidor de la corona de Tierra Amarga. Ahora, decidme, ¿qué hacéis en este reino?

—Sois un idiota. —La sangre manaba por la boca del mercenario—. ¿Acaso creéis que mis hombres no vendrán cuando noten que me he demorado más de lo que me toma matar a un gandul como vos? Estáis perdido, espadachín de la corona. No pasarás de esta noche. Ninguna respuesta llegará a vuestros hidalgos oídos, ni de mi boca, ni de la de mis hombres.

De entre las sombras provino el chapoteo de unas botas y el resonar del acero. Bastián se puso en guardia ante la llegada de tres mercenarios prestos a vengar a su vil cabecilla.

—Qué mal os ha puesto este bellaco, Migue. Mira que dejarse partir la jeta y agujerear el vientre por este hijodalgo —habló el más alto de los tres—. Si lo deseáis, vengaremos a punta de espada este agravio que se os ha hecho.

Bastián guardaba silencio. Si el pelirrojo por sí solo le había causado problemas, batirse en duelo contra tres mercenarios de la Compañía de la Cruz de la Beligerancia le acarrearía la muerte. Se decía a sí mismo que debía huir, mas no encontraba salida de aquella

situación. Por mucho que corriera, en algún momento tendría que detenerse a descansar.

—Eh, joputa, No tenéis a dónde ir. Será mejor que choquemos acero y mueras como un hombre —le amenazó un petiso que no superaba el metro y medio—. Habéis atacado a quien nos paga el vino y ese insulto se paga con sangre.

—Vuestra merced dice que debo morir como un hombre, mas vosotros atacáis de a tres, como perros a un conejo.

—Ocurre que vuestra merced es un conejito con dientes afilados. —El tercer asesino le apuntó a su ropera—. Mas si lo deseáis, nos batiremos a duelo uno contra uno, a la vieja usanza, hasta que caigáis muerto o seáis el que mantiene la cara en alto y la de nosotros yazga bajo el lodo.

La lluvia se hizo más intensa, los relámpagos iluminaban las callejuelas de Lobera. “Las doce han dado y lloviendo”, gritó el sereno a lo lejos.

—Uno contra uno me parece lo correcto ante los ojos de la Señora —gruñó Migue, el pelirrojo, con una mano en la herida, haciendo lo posible por detener la hemorragia.

—Habláis de la Señora como si fuera condescendiente de vuestras felonías —dijo una voz juvenil—. ¿O es que creéis vuestras propias mentiras y que no atacarán todos a la vez?

Bajo la luz del farol apareció un nuevo espadachín. Iba vestido con un uniforme y capa azabaches, y un chacó del mismo color cubría sus cabellos. Sus labios sonrieron con una extraña mueca que asustó a los mercenarios. Era el joven espada de los caminos Blasco Fontanalta.

—Así que teníais aliados ocultos en la lluvia, maestro de campo —se burló uno de los asesinos—. Tres contra dos quizás es más justo.

—Tres contra tres, mejor dicho —corrigió el joven espadachín y de entre las sombras aparecieron las fauces rabiosas de su perro perdiguero.

El malogrado pelirrojo yacía vencido y recostado en un camastro pulguiento al interior de una casona ubicada a las afueras del puerto que los soldados terramargos utilizaban para resguardarse. El mercenario se recuperaba de las heridas propinadas por el maestre de campo.

—Tus tres amigos están en la habitación contigua, encadenados. Ahora habla. ¿Por qué han venido a Tierraí?

—Eso a vos no os importa, lechuguino. —Le escupió sangre en la bota.

—Escuchadme, insensato, no tengo paciencia para tratar con asesinos despiadados como vosotros. —Le apretó el gaznate y presionó su cabeza con violencia contra la cabecera de la cama—. ¡Hablad ahora o terminarás en el fondo del muelle!

Con el poco oxígeno que le quedaba, el pelirrojo hizo una mueca socarrona mostrando sus dientes bañados en sangre.

—¿Y qué ganáis si muero? —dijo apenas, sin poder separar la mandíbula debido a la fuerte presión de la garra de Bastián.

—No tengo problema en mataros. Si vos no decís palabra, la dirán los otros tres. Y vos seguiríais muerto.

El rostro del mercenario pasó de un sutil rosado a un morado enfermizo, los ojos vidriosos, enrojecidos. Sus manos y pies atados a los costados del camastro se movían frenéticamente en un infructuoso intento de liberarse de la asfixia.

—¿Hablaréis? —le gritó el maestre.

Con un sonido apenas audible, casi una gárgara, el mercenario asintió. Dio una gigantesca bocanada de aire cuando Bastián le soltó el cuello.

—¡Joputa! ¡Joputa! ¡Que la Señora te maldiga, joputa! —gritó cuando al fin pudo respirar.

—¡Calla! —Le golpeó con el puño—. Hablaréis solo cuando yo lo diga. Responde, ¿qué significa esta carta? —Le mostró la misiva que le había entregado el conde Santiago.

—¿Por qué debería saberlo yo, joputa mal parío?

—Vos sois el líder de los mercenarios.

—¿Eso os lo ha dicho el calvo que sirve meados en la chingana? —Bastián guardó silencio—. Qué fuente más confiable —carcajeaba con sarcasmo—. No soy líder de nada ni de nadie.

—Los otros bandidos dijeron que vos les pagabais el vino.

—Dirijo a ese grupete, mas estoy lejos de dirigir lo que se viene.

—¿Qué es lo que viene?

—¿Qué os importa?

El rostro de Bastián se desfiguró de la rabia y golpeó al mercenario en la herida que le había propinado durante la madrugada.

—¡Argh! ¡Joputa y la perra que os parió! ¡La perra que os parió! ¡Me cago en tu perra madre! —Se retorció de dolor entre las sábanas—. Os mataré, maestro. Apenas salga de aquí os mataré, juro que os degollaré por la noche.

—Amenazar de muerte al maestro de campo ya es motivo suficiente para que os quiten la vida. Seguid haciéndolo y yo mismo ejecutaré la sentencia. —Desenvainó su espada y le colocó la punta en la garganta. Un hilillo de sangre brotó de su cuello y le manchó la camisa.

El pelirrojo se comió su orgullo bajándolo con un trago de su propia saliva sanguinolenta.

—No... no sé de qué carta me habláis. No soy líder de nada. Si... si queréis hablar con alguien, ese es Careperro —confesó entre jadeos.

—¿Careperro? ¿Tan tonto me consideráis si piensas que voy a creer que alguien con tan estúpido nombre conspira contra el rey Tulio?

—Creed lo que queráis. Careperro es vuestro hombre. Él es mi líder, así como yo lo soy de los otros tres brutos. Si alguien sabe de qué se trata esa carta —tosió sangre—, ese es Careperro.

—¿Dónde lo encuentro?

—Reza porque no lo encontréis. Verlo a los ojos es sinónimo de muerte. Nadie nunca le ha vencido en duelo y se rodea de los mejores asesinos de Estrechos. Si deseáis morir joven, id a visitarlo.

—¿Dónde lo encuentro? —repitió el maestro.

El mercenario confesó.

Al anochecer, Bastián hacía lo imposible por disminuir el sonido de su respiración. Apoyaba la espalda contra la muralla de adobe de una destartada casa donde se refugiaban Careperro y sus hombres. La espada desenvainada, la hoja frente a sus ojos. Junto a él se encontraban el joven espadachín Blasco Fontanalta y Fauces, su feroz perro perdiguero. El joven soldado de las Espadas de los Caminos tenía la pistola desenfundada, presto a utilizarla apenas el maestro de campo diera la señal. Una tropa de veinte hombres los cubría a los lejos, bloqueando las posibles rutas de escape.

Bastián contó hasta tres con sus dedos, tomó impulso y echó la puerta por tierra.

—¡Qué carajo! —gritaron desde el interior.

Los diez mercenarios que se encontraban en la casa se levantaron rápidamente, desenvainando sus navajas, cuchillas y dagas, y se lanzaron al ataque.

Tras disparar en el pecho a uno de los bandidos, Blasco desenvainó su espada y entró al combate junto con el maestro. Fauces se abalanzó contra uno de los bandoleros y le desgarró la garganta.

—¡Careperro, que han aparecido los soldaos del rey! —chillaban los mercenarios.

De una de las recámaras apareció la imponente figura del hombre más feo que Bastián había visto jamás. Era un sujeto calvo y pálido como la luna, de mandíbula cuadrada, con unos pocos pelos que pretendían ser una barba, cejas ausentes, un ojo azul y el otro negro, pómulos y mejillas llenos de cicatrices y el labio inferior abultado. Si no hubiera sido por sus más de dos metros de alto y brazos inhumanamente gruesos, Bastián hubiera reído de buena gana ante la fealdad de Careperro.

—Ahora te quiero ver, soldaíto, bailando al son de Careperro —amenazó uno de los bandidos.

El hombretón se paró frente a Bastián, quien apenas le llegaba al pecho, y eso con el sombrero y las botas puestas.

—¡Estáis arrestados en nombre del rey Tulio! —Lejos de amedrentarse, el maestre le apuntó con la espada.

Blasco hizo lo mismo con su segunda pistola.

—Ese Tulio no es mi rey. Sus leyes no me tocan... ¡Y vos tampoco! —Careperro le arrojó una mesa a Bastián y, alzando un grotesco mandoble, se abalanzó contra Blasco.

El disparo del joven espadachín falló el objetivo y no tuvo más remedio que cruzar aceros con aquel garañón malcarado. Bastián, bajo la pesada mesa de madera, hacía todo lo posible por levantarla y ponerse en pie. “¿Cómo la lanzó con una sola mano?”, se preguntaba, sorprendido ante la desmedida fuerza de Careperro. Desde el piso, veía a Blasco defendiéndose con pundonor.

El joven dejó pasar un golpe descendente que terminó estrellándose contra el suelo y contraatacó con una estocada que Careperro esquivó moviéndose a la derecha. El gigante lanzó un corte de lado a lado, que Blasco, ágil como un gato, logró eludir y le atacó directo al vientre sin resultados.

—¡Los refuerzos, maestre! ¡Llamad a los refuerzos! —le gritaba Blasco, deteniendo a duras penas los ataques de su gigantesco rival.

Envalentonados por su líder, los mercenarios también chocaron sus aceros contra Blasco, que ahora se enfrentaba a cuatro espadachines. La lucha llegó hasta la calle.

—¡Fauces, mata! —gritó Blasco con desesperación.

Su rabioso perro derribó a uno de los atacantes, mordiéndole la cara y agitando su hocico ante los horripilantes alaridos de su víctima.

Bastían consiguió salir debajo de la mesa y alertó a la veintena de soldados, quienes acudieron en seguida para proteger a su maestro. Los disparos y el chocar de las espadas en plena calle de Lobera iban en contra de todo el sigilo que el rey Tulio había exigido, mas no importaba, debían salvar la vida. El maestro sacó a relucir su espada y se abalanzó contra Careperro para apoyar al joven Blasco, que ya sangraba del hombro izquierdo. De un salto alcanzó la mandíbula del gigante, golpeándolo con la cazoleta de su espada. Careperro acusó recibo del golpe escupiendo un diente ensangrentado.

—Estás muerto, soldaducho.

Levantó su espadón y le dio un golpe que hendió el suelo. Si hubiera acertado en la testa del maestro, sus sesos estarían regados por todo Lobera. Bastían sudó frío al pensar en ello. Nunca se había enfrentado a un poder semejante.

Los demás soldados luchaban contra los otros mercenarios, todos tan ágiles y diestros como Blasco o el mismo Bastían. Aquella habría sido su última batalla, si no hubiera sido por una ayuda inesperada.

—¡A las armas!

Bastían escuchó aquel llamado y sintió en sus pies el retumbar de decenas de cascos. Giró sorprendido y vio una tropa de jinetes, todos armados con pistolas, arcabuces y espadas cargando contra los mercenarios. El rostro de Careperro se tornó más feo de lo que ya era e intentó huir, mas no lo consiguió, estaba rodeado y sus hombres muertos o vencidos en el suelo.

—¡Estáis arrestados en nombre de Julio Cortezalta, alcalde de Lobera! —ordenó un jinete.

Al amanecer del día siguiente los hombres del rey Tulio se encontraban junto a la puerta de una casona ubicada en los muelles.

Las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas haciendo la guardia a los pescadores que se encontraban desembarcando sus capturas. Las campanas de algunas carabelas anunciaban el pronto zarpe. Bastián Bocablanca y el alcalde del puerto, Julio Cortezalta, caminaban por el muelle acompañados por los constantes gritos de los pescadores que vendían su mercadería.

—Si no fuera por el mensajero que envió el conde Santiago de Monteáguila no nos habríamos enterado de vuestra visita, maestre —confesó el alcalde Cortezalta.

—Era un trabajo secreto, señor —respondió Bastián.

—Pues con todo el barullo que armaron anoche, ya no lo es. Todo Lobera está comentando lo sucedido, desde las que filetean pescados hasta los marineros —le decía mientras caminaban esquivando a los gatos y los remos que estaban en el suelo—. No me malentienda, la gente está contenta por lo ocurrido y yo también. Esos mercenarios vagabundeaban por nuestras calles hace semanas y los cuerpos de ciudadanos y soldados muertos iban en aumento. Enviamos muchos mensajeros al rey para contarle lo que sucedía en nuestro pobre puerto y no obteníamos respuesta, hasta ahora. Ayer en la tarde llegó un mensajero del conde informándonos que usted y su compañía habían llegado por orden de nuestra majestad y que, en caso de necesidad, los ayudara con las fuerzas que tuviera disponibles. Dadle mi sincera gratitud al rey Tulio por haberos enviado.

Bastián se sorprendió.

—No os mentiré, alcalde, el rey nada sabía de lo que ocurría en Lobera. Ni el rey ni nadie en la capital. Ninguno de vuestros mensajeros llegó ante nosotros. El único motivo por el que estoy aquí es porque también hemos visto mercenarios en Nueva Esperanza y sospechamos que estaban llegando por el puerto. Veo que no nos equivocamos.

El alcalde frunció sus labios y entornó los ojos, intranquilo.

—Vuestras palabras no me dejan muchas esperanzas, maestre. Deduzco, entonces, que mis mensajeros han muerto a

manos de mercenarios, mercenarios que deambulan por todo el reino y sus caminos, lo que confirma mis sospechas.

El alcalde tomó a Bastián por los hombros y le mostró la vista del puerto.

—Mire, maestre, si elegimos instalar aquí el puerto de Lobera fue porque está resguardado por dos macizos —apuntó con su índice—: El cerro Centinela, en el norte, y el cerro Protector, en el sur. Ambos guarecen del viento a las embarcaciones para que su arribo sea más seguro. Pese a los temporales que nos han azotado, ninguno de los cinco barcos que han atracado esta semana han sufrido daños, lo que genera confianza en los capitanes. Pero hay capitanes que prefieren otros puertos, capitanes que no obedecen a ninguna corona y puertos que no aparecen en los mapas. Mis vigías han avistado barcos de velas negras bordeando la costa, los que desaparecen entre los acantilados, estrechos y farallones. De los más de cincuenta hombres que he enviado a patrullar los posibles fondeaderos ilegales, ninguno ha regresado. Los piratas y mercenarios no están arribando solo por Lobera, maestre, han llegado por todo lo largo del litoral. Estamos siendo invadidos.

—Ya escuchaste a Amancay, no podemos alejarnos de Aguatrueno. ¡Hay espectros en los bosques!

Junco hacía oídos sordos a las advertencias de su amiga Lirio y seguía en su avance por el Paso Del Valle, decidido a internarse en la tupida foresta que circundaba la región septentrional de Aguatrueno. El fiel Lomogrís marchaba junto al pequeño que iba a paso resuelto hacia el camino que habían recorrido los terramargos y que, tal como narraran con miedo, estaba corrompido por bestias y aves repulsivas que por cuerpo tenían una cabeza de la cual crecían unas alas tan oscuras como la muerte.

—¿Qué deseas probar? ¡Nos castigarán! —Lirio le gritaba a sus espaldas intentando hacerlo entrar en razón.

—No tengo ni padre ni madre que me castiguen —respondió el pequeño sin detenerse—. Y, hasta donde sé, tú tampoco.

Lirio se quedó congelada ante las frías palabras de quien consideraba su mejor amigo. Una solitaria lágrima se confundió con la lluvia que caía esa mañana.

—No tenías... no tenías por qué ser tan cruel —sollozó.

Junco se arrepintió al mismo tiempo que dijo tamaña insensatez, y un sentimiento de culpa y vergüenza le hizo detenerse.

—Tengo... tengo que ir al bosque, Lirio. Lo sabes.

—No... ¡No lo sé! Los terramargos casi enloquecen por lo que sea que vieron y escucharon allí. ¡Y tú vas hacia esa locura voluntariamente!

—Lomogrís me acompaña...

—¡Ellos eran veinte, iban armados y uno murió! ¿Crees que tú y Lomogrís tendrán mejor suerte?

—¡Soy un cazador! —le gritó con su voz infantil—. Si logro cazar a uno de esas... criaturas, pájaros, lo que sea, estoy seguro de que podré averiguar algo sobre el monstruo que se llevó a mi papá. Lo que sea que hayan visto los terramargos en este bosque tiene que ser parte de todo lo que ha estado pasando en nuestra tierra. ¡Tiene que serlo!

—Déjalo ir, Junco.

El pequeño le dio la espalda y dirigió su vista hacia el bosque, lucía oscuro, saturado de amenazas incomprensibles.

—Puedo jurar que si sigo este sendero obtendré pistas de cómo encontrar a mi papá. —Apretó los dientes—. Iré... me acompañes o no.

Sin hallar más palabras para detener a su amigo, Lirio se acercó a él y lo abrazó por la espalda con delicadeza. “No dejaré que vayas a la muerte”, le dijo y de su alforja sacó unas hierbas con la intención de hacerlo dormir, pero sus intenciones fueron interrumpidas por un fuerte vendaval que los arrojó de bruces al suelo. Lo primero que vio Junco fueron las gigantescas alas de un cóndor aterrizando majestuosamente sobre una roca y, lo segundo, fue a Lomogrís interponiéndose entre él y la formidable ave. Montado en aquel cóndor iba un jinete cubierto de pieles al que apenas se le veía el rostro.

—Los vi desde el cielo. ¿Para dónde iban? Deberían quedarse en la aldea. Es peligroso que anden rondando por ahí los dos solos —les habló una voz dura que les resultaba familiar—. ¿Y ese animal que me gruñe tanto, es tuyo, Coipo?

“¿Coipo?” Junco reconoció su apodo

—¿Cormorán?

—¿Quién más? No creo que haya cambiado mucho en estos pocos días de ausencia. —Se sacó la capucha.

—¡Cormorán! —El pequeño nunca pensó que estaría tan contento de volverlo a ver—. Regresaste ¡Regresaron!

—Así es, Coipo. —El estepario apuntó con el mentón los cóndores de Roble Tallofuerte y Pumagrís que sobrevolaban en grandes círculos la aldea de Aguatrúeno.

Lomogrís se puso aún más alerta cuando el pájaro de mal agüero desmontó.

—¿Tu mascota?

—Mi amigo.

El gigantesco Cormorán se puso al mismo nivel del zorro y le dio un trozo de charqui que guardaba entre sus ropas. El animal se acercó desconfiado y de un ágil movimiento le arrebató la carne seca de los dedos y la comió entre gruñidos, sin quitarle la vista al estepario.

—No es fácil domar a uno de estos, se requiere de mucha paciencia y algo de sabiduría. *Hum...* —Se quedó pensativo por unos instantes—. Creo que ya no eres un coipo indefenso. Ahora te veo más como un gato huiña, un felino inteligente y sobre todo astuto... pero aún estás lejos de ser un puma.

»¿Hacia dónde iban, Huiña? —Cambió el tema—. Ya no es seguro internarse en los bosques, menos dos críos que apenas saben algo de la vida.

—¡Dile! ¡Dile lo que querías hacer! —Lo azuzaba Lirio, enfurecida, y decidió contarle todo a Cormorán.

El pájaro de mal agüero soltó un gruñido y levantó un labio con algo de enfado y algo de decepción.

—Huiña quiere ir a buscar a su papá. Huiña se cree un puma. Te falta mucho para ir solo a ese bosque, muchacho, está maldito, se ve a leguas. Suerte que cuentas con una buena amiga que te lo impidiera, aunque quisiera dormirte para lograrlo —bufó al reconocer el aroma de las hierbas somníferas de Lirio.

Junco la observó indignado.

—¡No te atrevas a enojarte con ella! Estaba dispuesta a hacer lo que cualquiera en su lugar habría hecho y eso demuestra su valentía. Yo habría sido menos sutil —dijo con tono amenazante.

Volvió a colocarse la capucha para protegerse de la lluvia, caminó hacia su cóndor, le acarició el plumaje y se dirigió a la aldea.

—¿Qué, acaso se quedarán ahí parados? ¡Vengan! Nadie debe salir de la seguridad de estas murallas —les ordenó con dureza.

Los niños obedecieron la orden del pájaro de mal agüero y lo siguieron sin decir palabra hasta la aldea, donde se reunía una multitud para recibir a Roble y a Pumagrís. Los imponentes cóndores que los habían transportado eran acariciados por cientos de niños que gritaban de emoción al ver a esos animales que parecían sacados de las leyendas de su pueblo.

—¿Pudieron hablar con el Espíritu de La Montaña? —preguntó Junco.

—No, no pudimos —gruñó Cormorán—, pero aun así conseguimos algo de información —soltó un bufido malicioso—. Después de entregarla, estoy seguro de que nunca más dejarán de llamarme pájaro de mal agüero.

“Tras muchos días de viaje, al fin mis hombres y yo hemos vuelto a saber lo que significa la palabra tranquilidad. Ya no dormimos con un ojo cerrado y el otro abierto. No más fogatas en noches de tormenta, perdidos en medio de la nada. No más lluvias ni viento helado flagelando nuestros huesos ni nuestra piel. No más ojos y voces acosando nuestras mentes y haciéndonos perder poco a poco la cordura.

En Aguatrueno nos sentimos seguros y libres de aquel maligno peso sobre nuestros corazones, mas no por eso olvidamos a Diego Antonio Jaraquemada Casagrande. Todas las noches pedimos a la Señora para que lo albergue y le dé eterno descanso en sus estancias.

Nuestra historia de horror no pasó inadvertida para los sureños. Tras contarles todas nuestras penurias comenzaron a mejorar las empalizadas y las murallas, y han enviado grupos de guerreros y exploradores al bosque del norte.

Algunos ya han regresado... sin novedad.

Espero que no nos crean locos o paranoicos, ya tenemos suficiente con la desconfianza que sienten hacia nosotros por culpa de las acciones de nuestros padres. Eso sí, por intermedio de este escrito, declaro que, pese a esta bien ganada animadversión para con los nuestros, los líderes sureños nos han tratado con desmedida amabilidad, sobre todo Amancay, la nueva lideresa de Rocalga, una mujer hermosa y de cabellos oscuros, siempre lisos y brillantes. Una mujer capaz de enamorar a cualquier hombre. Yo mismo he escuchado a los nuestros soldados hablar de su hermosura, la cual

solo se compara con su fuerza. Fui testigo de cómo cargaba por sí sola tremendos troncos para la empalizada como si fueran libros de apenas cinco páginas. Su figura delicada y su paciencia al enseñar el arte del tejido a las niñas, no se condice con su inusitado poderío capaz de derribar a cualquier terramarago.

Y si es por hablar de las mujeres sureñas, menciono también a una guerrera: Chilca Ramaseca es su nombre. Se pasa los días enseñando a luchar a una chiquilla flacucha de ojos inquietos y a una criatura de cara siempre triste. Se nota mañosa en el arte de la lanza y cuando les da cátedra a esos niños se mueve tan bien como nuestros espadachines.

Ambas tienen posiciones de liderazgo entre los suyos y están a la par con los hombres, trabajando, organizando y armando estrategias de guerra.

Y esto último es lo que más hacen hoy en día.

Están preocupados. Más ahora que regresaron el chamán Pumagrís, el líder de batalla Roble Tallofuerte y un gigante de las estepas llamado Cormorán Surcalagos. Los tres volvieron de un viaje a la cordillera de Piedrafría, lugar al que fueron para conseguir respuestas de los ataques sufridos.

Las obtuvieron.

No eran las que ellos esperaban, por lo que decidieron reunir a los líderes y guerreros para informarles los pormenores de su misión. Como mensajero de Tierra Amarga me invitaron a participar de aquella junta y Darío García y Peñafiel fue conmigo.

En su morada de consejos escuché el macabro mensaje. Si no nos hubiéramos adentrado en aquel bosque maldito, si no hubiera visto con mis propios ojos aquellas sombras que nos acechaban por las noches, si no hubiera escuchado con mis propios oídos aquel susurro macabro, si no hubiera visto volar a esa fantasmagórica ave, no habría dado crédito al relato del chamán Pumagrís: visiones de horror y de muerte procedentes de las entrañas de una montaña... una montaña que aparece solo cuando ella lo desea... una montaña sagrada en la que, me aseguraron, habita un poderoso espíritu.

“Sus ojos han contemplado su futuro, pero tú, chamán... has contemplado el fin”.

Tal fue la respuesta entregada por una entidad que habita en dicha montaña, la más grande de la cordillera de Piedrafría. Pumagrís interpretó aquella frase como un nefasto destino que se cierne sobre todos los pueblos del mundo.

Hoy nos toca hablar a nosotros. Tras mucho esperar, al fin podré entregar el mensaje de nuestra majestad Tulio Hojaltiva, mas por todo lo que he oído, dudo que piensen igual que nosotros. No fueron piratas o mercenarios disfrazados los que atacaron sus pueblos... fueron demonios”.

—Amancay ha venido a buscarlo, don Asterio —le avisó uno de sus espadachines.

El cronista tenía los ojos inmersos en su diario de campo, junto al fogón que le daba la luz y el calor necesario para relajar los dedos y continuar con sus escritos.

—Don Asterio —insistió el espadachín.

Con el segundo llamado el cronista recién alzó la vista, desconcertado, como si lo hubieran sacado de una ensoñación.

—Señor, Amancay ha venido a buscarlo. Dice que están aguardando por vuestro mensaje.

Asterio se levantó del tronco en el que estaba sentado y se abrió paso entre los soldados que jugaban naipes y bebían sus últimas reservas de vino. Se abrigó con una chaquetilla de lana marrón, puso la capa sobre sus hombros, el chambergo en la cabeza para protegerse de la lluvia, y guardó su cuaderno y su equipo de escritura en un bolso de cuero.

—¿Deseáis compañía allí adentro?

—Si vuestra merced desea acompañarme nuevamente, bienvenido sea —le respondió a Darío, quien se había convertido en su fiel camarada.

—Claro que os acompañaré. No me agrada la idea de estar aquí sentado sin nada más que jugar a los dados y a los naipes. Ni el vino se me apetece ya —rezongó el espadachín.

Apenas pusieron un pie fuera de la tienda sintieron aquel frío del sur. Las decenas de hogueras encendidas en la aldea, el ir y venir de gente y el aroma de la leña quemada no disminuían aquella gélida sensación que solo soportaban cobijados bajo techo. Amancay los esperaba afuera y los saludó con un gesto de su cabeza. Los terramargos apenas mantuvieron la compostura cuando la vieron vestida con una manta gris que dejaba ver su hombro izquierdo y una faja escarlata que rodeaba su cintura. Sus cabellos y su frente, mojados por la lluvia, estaban adornados con una tiara con colgantes de plata que resaltaba las angulosas facciones de su rostro.

—Esperan por ustedes en la morada de consejos —dijo ella sin hacer caso a sus descaradas miradas.

Como todos esos días, la lluvia se había hecho presente, por lo que tuvieron que caminar por el resbaloso fango que les manchaba sus botas de cuero recién lustradas. Asterio estuvo a punto de caer en un charco de agua turbia y solo los rápidos reflejos de Amancay evitaron que el cronista llegara aún más embarrado al cónclave.

—Más atento, terramargo —advirtió escueta.

En el interior de la morada se encontraban, como ya era habitual, los principales guerreros y líderes de Costazul.

—Bienvenidos —los saludó Roble con amabilidad—. Siéntense con nosotros. Sé que han esperado muchos días por entregar el mensaje de Tulio Hojaltiva. Sean libres de hablar.

El dorado brillo del fuego supo ocultar el rubor en el rostro de Asterio. Sus estudios en diplomacia no lo habían preparado nunca para tener que dirigirse a los máximos representantes de los pueblos del sur.

—¿Acaso los terramargos no saben hablar? —escupió Ciprés—. ¡Vamos, que no tenemos toda la noche!

—No incomodes a nuestro huésped —Roble lo hizo callar con seriedad—. Pido disculpas, Asterio. Habla cuando te sientas preparado.

Asterio se tapó la boca con la mano empuñada para aclarar la garganta, tosía compulsivamente. El frío y los nervios lo

traicionaban. Tras unos segundos, al fin pudo dirigirles la palabra, aunque no con el tono seguro y protocolar que había imaginado.

—Lamentablemente... *ejem*. —Se llevó la mano a la boca—. Lamentablemente, debo decir que no vengo como embajador de buenas nuevas, por lo que seré lo más conciso y directo posible.

—Entonces te habrías evitado ese prelude —lo interrumpió Ciprés—. ¡Al hueso, terramargo!

Asterio tragó saliva.

—Vengo a... vengo a deciros que... —tosió— que mercenarios y piratas de Altamiria se encuentran en Tierraíz —soltó lo más rápido que pudo y tragó saliva nuevamente. Se aclaró la garganta y comenzó su narración contándoles de los vientos de guerra entre Baluarte y los reinos de Secarena, Dunaria y Puerto Tiburón. A medida que avanzaba en su relato, los rostros, antes amables, se tornaron duros como la piedra.

Silencio.

Los sureños se miraban entre sí, intentando adivinar quién sería el primero en hablar tras la narración del cronista.

—Imagino que estarás enterado de que tal situación contraviene a los pactos firmados con tu rey, quien nos juró que tal cosa jamás ocurriría. —La voz de Roble ya no era amistosa—. Incluso el lejano rey de Baluarte juró ante su diosa que pagaría con su vida si eso llegase a ocurrir. Recuerdo sus palabras como si fueran ayer. Agradece, terramargo, que estamos enfrentando una situación mucho más peligrosa que simples bandidos, de no ser así, marcharíamos a la guerra contra tu pueblo por traidores y tu cabeza iría sobre mi lanza, a la vanguardia de nuestro ejército.

El sudor corría por la frente de Asterio, que bajó la cabeza con nerviosismo. Respiraba agitado.

—¿Tienes algo más que agregar? Habla o regresen a su reino.

—Hay... hay algo...

—¡Pues habla! —le ordenó Roble.

—Ante lo que les acabo de contar, sumado a la invasión de vuestras aldeas, los nobles... los nobles de mi pueblo —tartamudeaba— piensan que fueron piratas los que os atacaron,

piratas que se disfrazaron para engañarlos y hacerles creer que espectros venían desde el mar.

–“Piratas”. –Chilca lo miró como quien mira a una rata–. No deseo parecer una persona insolente, terramargo, así que primero te agradezco que nos digas en nuestra cara que tu pueblo ha traicionado los pactos. Hay que ser valiente para admitir que no son capaces de frenar tal invasión en territorio ajeno cedido por nuestra buena voluntad. Segundo, dile a tu rey que yo luché en Rocalga y que los asesinos de mis amigos no eran piratas. Y así como vinieron por nosotros, estoy segura de que ustedes serán los próximos. ¡Dile eso a tu rey!

Asterio se puso pálido. Aunque hubiera sabido qué decir, las palabras no salían de su boca.

–Estimados, cumplimos con entregar el mensaje –intervino Darío García y Peñafiel hablando con voz firme–. A nuestros nobles se les ocurrió tal posibilidad debido a la propia amenaza que estamos viviendo en Tierra Amarga. Os pido las disculpas si los ofendimos con nuestras muy equivocadas suposiciones. –Se llevó la mano al pecho e hizo una venia–. Por mi parte, y puedo hablar también por don Asterio Siemprebravo, creemos vuestra historia a ojos cerrados, pues, como ya saben todos aquí, la vivimos en carne propia al ser aterrorizados por sombras y voces del bajo mundo en el camino a vuestra aldea. Os creemos. Lo juro por Nuestra Señora del Sagrado Halo.

Los sureños asintieron conformes ante las francas palabras del espadachín. Pese a que el fuego les endurecía las facciones del rostro, Asterio notó que ya no estaban molestos. O eso quiso imaginar.

–Sin embargo –continuó Darío–, los nobles no creerán a ojos cerrados los testimonios escritos por el cronista real aquí presente. Es más, creo que para enfrentar lo que está ocurriendo es necesaria la alianza y no la discordia. Si de mí dependiera, enviaría todas las tropas del reino para que estén a vuestra disposición y, unidos, acabemos con esos espectros. Lamentablemente, no está en mis manos hacerlo. Lo que sí puedo hacer, junto con don Asterio, es

convencer al rey de lo que aquí vimos y escuchamos para que colabore enviando tropas, pero necesitaremos de vuestra ayuda. Si alguno de vosotros quisiera acompañarnos para entregar su testimonio personalmente ante el rey, estoy seguro de que él, en su inimaginable generosidad, pactaría una alianza de mutua colaboración.

—Yo luché contra esos monstruos, así que estoy dispuesta a jurar ante tu rey que lo que digo es cierto —dijo Chilca con decisión.

—Entiendo —prosiguió Darío sin hacer caso a la guerrera— que el legendario Sauce Briznasol desapareció en combate dejando a su hijo a merced de la cruel orfandad. Creo que el testimonio de este pequeño huérfano sería mucho más potente que el de una poderosa y valiente guerrera. —Se dirigió a Chilca, disculpándose con una pequeña reverencia—. Nuestro rey es pura benevolencia y sé que su corazón se conmoverá ante las palabras de ese pobre muchacho y forjará una alianza con vuestro pueblo para enfrentar tanto a esos espectros como a los mercenarios. Juntos debemos combatir esta amenaza. —Apretó el puño con vehemencia.

Los sureños se miraban entre sí. Todos reflexionaban en silencio el discurso de aquel extranjero de voz amable y segura. ¿Enviarían al pequeño? Y, si lo hacían, ¿quién lo acompañaría para solicitar el apoyo militar de Tierra Amarga? No era una tarea sencilla. Estaba claro que los terramargos no creerían a ojos cerrados la presencia de espectros en el continente.

—Me gusta tu idea, terramargo —habló Amancay—. Si llegamos a aceptar que Junco vaya, me ofrezco para ir con él. He asumido su custodia y soy responsable por su seguridad.

—Acabas de asumir como lideresa ¿y ya abandonarás a tu pueblo, mujer? No cometas los mismos errores que le costaron el puesto a tu hermano —le aconsejó Laurel.

Darío notó la duda que surgió en las cabezas de los sureños.

—Si apoyo militar es lo que necesitamos para forjar esta alianza, quizás vuestro líder de batalla es el más indicado para acompañar al pequeño —sugirió—. ¿Quién mejor que él? ¿Quién mejor que el hombre que dio asilo incondicional a nuestro pueblo?

El rey Tulio os tiene en alta estima, Roble Tallofuerte. Si él prestará oídos a alguien, será a vuestra merced.

—¿Y dejarlo marchar nuevamente? —Laurel no se mostraba muy convencida con la idea.

—Roble puede marchar si lo desea —intervino el guerrero Corcolén—. Eso serviría para que sondee el resto del territorio y pueda sumar a otros clanes y pueblos del norte. Muchos no deben tener idea de lo que ha ocurrido aquí. Si ven que es nuestro líder de batalla el que los convoca, sumaríamos fuerzas. No me parece algo tan descabellado, Laurel.

La tuerta guerrera gruñó y se cruzó de brazos. No estaba conforme. Algo en sus tripas le decía que no debían dejar partir a Roble. ¿Miedo tal vez? Imposible, ella nunca lo ha sentido. ¿Desconfianza? ¿De quién, del delgado cronista o del joven y bien educado espadachín? No. Ninguno de los dos era un peligro para la fortaleza de Roble. Había algo que le quitaba el sueño, mas sus aprehensiones de poco servirían si no tenía los argumentos para rebatir. De todos modos, la última palabra no le correspondía a ella.

—Iré —afirmó Roble para decepción de Laurel—. Junco es el hijo de mi amigo, de mi hermano caído en combate y he de protegerlo. Aceptamos tu propuesta, terramargo, Junco Briznasol y yo marcharemos con ustedes a Tierra Amarga.

Junco y Palma estaban sentados sobre la húmeda hierba en lo alto de la cascada que alimentaba el lago Esmeralda. Los pequeños estaban perdidos en el vuelo de las aves que surcaban el cielo grisáceo y en el murmullo de la caída de agua. Junto a ellos estaba Lomogrís, que movía su cola de un lado a otro.

—¿Te imaginabas que algún día estarías frente al rey Tulio Hojaltiva?

Junco dirigió su mirada hacia el norte.

—¿Cuántos días serán de viaje? No quiero cabalgar tanto, preferiría caminar.

—Quizás una o dos lunas, dependiendo del estado de los caminos. No más que eso. Aunque ahora los senderos están cerrados por las lluvias y tendrán que dar más vueltas para encontrar algún paso.

A Junco no le hizo gracia esa noticia.

—No me quiero ir de Aguatrueno. Por fin me estaba sintiendo bien. No me quiero alejar de ustedes.

—“Sirve a tu pueblo”, es lo que te decía tu papá. Si con tus palabras logras convencer al rey Tulio, nos darán apoyo y tendremos más posibilidades de enfrentar a los espectros, si es que vuelven a aparecer.

—Siempre serviré a mi gente, solo que no me gusta la idea de abandonarlos. —Acarició el hocico de Lomogrís—. Los extrañaré.

—Tranquilo, Roble irá contigo. Al menos no estarás solo. —Se echó a la boca un trozo de tortilla que compartió con Junco y este, a su vez, con su fiel zorro.

Los chicos se abrigaron con sus mantas y observaron en silencio el movimiento de los soldados terramargos que abajo, en la aldea, preparaban a sus animales colocándoles las riendas y ajustando las correas de las monturas. Sobre el lomo de una mula colocaban equipaje, los libros y cuadernos de Asterio y otros tantos bultos. Junco notó que Roble prefería viajar ligero y solo llevaba un morral.

Sintieron unos leves pasos a sus espaldas.

—¿Ya estás preparado? —La voz de Litre tenía un cierto dejo de tristeza.

—No... no lo estoy —respondió el pequeño.

Bajaron sin prisa por la pendiente rocosa hasta llegar a la ribera del lago. Allí los esperaban Pumagrís y Roble, que tiraba de las riendas de un caballo de pelaje castaño y crin azabache.

—Imagino que no sabes cabalgar, muchacho —asumió Roble—, así que viajarás conmigo todo el trayecto. No creo que sea un problema para el animal. Eres delgado como un junco —sonrió— y me contaron que su antiguo jinete era bastante gordo, por lo que podrá con nosotros. —Le dio palmaditas en el lomo al gentil corcel.

—¿Quién era su jinete?

—Un pobre hombre que partió a la tierra de los ancestros, dicen que por el frío —respondió Pumagrís—. Deben tener cuidado en su viaje. Marchen siempre por los senderos e intenten no adentrarse en los bosques, pues ya no son seguros. Vayan abrigados y siempre busquen refugios para guarecerse de la lluvia. No quiero que sufran ningún percance. Partirán hoy al atardecer.

Junco marchó con Palma y Litre a la morada de Amancay para ir a buscar su equipaje. No era mucho, sus boleadoras, una lanza corta y la manta que le regaló su padre. Con eso le bastaría para el largo viaje que debía enfrentar.

—Junco, la punta siempre hacia adelante —le recordó Amancay al entregarle su lanza. También le dio una manta gruesa para soportar mejor las últimas heladas del invierno—. Según mis cálculos, estarán de vuelta en primavera, pero siempre es bueno ir

un poco más abrigado. Con lo extraño que está el clima, uno nunca sabe.

—Gracias, Amancay.

—Agradécelo trayendo un ejército de terramargos, pequeño. Lo que harás es loable. Convince a ese rey y conseguirás lo que siempre quisieron tus padres: que sirvas bien a tu pueblo. Ahora ve, ve a Tierra Amarga y cuenta lo que viviste, cuenta lo que has tenido que soportar a tan corta edad.

El pequeño asintió con una sonrisa triste y guardó su nueva manta y sus boleadoras en su morral.

—Entrena todos los días o se te olvidará lo que te enseñamos Chilca y yo —le gritó Amancay desde el umbral de la puerta.

—¡Lo haré! —Agitó su mano en señal de despedida.

La tristeza lo embargó. Amancay lo había tratado muy bien esos últimos días. La echaría de menos, extrañaría sus palabras antes de dormir, sus historias al amanecer, su deliciosa comida, y hasta sus retos y castigos en los entrenamientos.

No quería irse de Aguatrúeno.

—¡Eh, Junco! ¿Te vas sin despedirte? —chilló una voz.

Los mellizos Ñirre y Lenga Finarraíz venían corriendo y se detuvieron frente al pequeño cazador.

—Los estaba buscando —se defendió Junco.

—No sabes mentir —rezongó Ñirre.

—¿Por qué te vas? ¿No podemos acompañarte? —preguntó Lenga.

—Claro que no podemos. Él va a una misión, no a jugar. —Ñirre le dio un empujón con el codo a su hermano, luego se dirigió a Junco—. Al menos podrías haber tenido la decencia de despedirte de nosotros.

—No es para tanto, chiquillos —se entrometió Litre—. Estará aquí en un par de lunas.

—¿Y si tiene un accidente y muere?

—¡No llames al mal, Ñirre! Ya tenemos suficiente con un pájaro de mal agüero dando vueltas por la aldea.

—Aun así, no le costaba nada darnos un apretón de manos.

—Perdón. Es solo que me cuesta hacerlo. No quiero ir, y si me despidió de ustedes es como si no fuera a volver.

Caminaron en silencio hacia la salida norte de la aldea, donde los soldados terramargos, con Asterio Siemprebravo a la cabeza, ya estaban sobre sus monturas, listos para partir. Los animales piafaban y daban coces al suelo, ansiosos por regresar a su hogar. Junto a ellos había guerreros, líderes, sabios y aldeanos que conversaban con Roble sobre la mejor estrategia para pedir la ayuda de Tulio Hojaltiva. Para pesar de Junco, entre el gentío no estaba su amiga Lirio.

—Tranquilo, Huiña —rugió Cormorán a sus espaldas.

Como siempre, Junco no fue capaz de percibir su presencia. Y no solo él, sus amigos también se asustaron al verlo aparecer de la nada.

—Esa chiquilla aparecerá —adivinó sus pensamientos—. Los esteparios siempre vigilan, siempre esperan, siempre saben ¿No es eso lo que ustedes dicen de nosotros? —Soltó un bufido similar a una risa—. Espero que este viaje te nutra y que cuando regreses seas más que una huiña, como mínimo un tiuque y, al igual que yo, seas capaz de ver a la distancia todo lo que te rodea... sobre todo si es un enemigo. —Entornó los ojos con suspicacia al ver a los soldados terramargos—. Marcha ahora, Huiña, que todos esperan por ti.

Sintiendo una honda pena, Junco caminó hacia Roble, que ya estaba montado y listo para el viaje. El guerrero lo tomó por debajo de los brazos y lo alzó sin esfuerzo para dejarlo sentado en la cruz del animal.

—¿Preparado? —le preguntó.

—No.

—Atención, tropa ¡marchad! —ordenó Asterio.

Cuando Roble agitó las riendas y espoleó al caballo, Junco sintió un vacío en el estómago.

No quería dejar Aguatrueno.

Giró la cabeza para ver una vez más a sus amigos que se despedían agitando las manos: Ñirre, Lenga, Litre y Palma. Junto a ellos, quieto y alto como un tótem, estaba Cormorán y, a su lado, el

chamán Pumagrís, Amancay y Chilca. De pronto, un tordo se cruzó frente a él y le hizo desviar la vista hacia lo alto de la cascada. Allí vio a su amiga Lirio Hierbarcoíris, de pie, con el viento agitando sus cabellos negros. Distinguió en su rostro una sonrisa y una lágrima. La pequeña alzó su mano en señal de despedida. Junco le devolvió el gesto y pensó: “Ahora puedo marchar”.

Acacia no conseguía conciliar el sueño, la silla era demasiado incómoda. Estiró las piernas, enderezó la espalda, hizo crujir los huesos de su anciano cuello. Se levantó con esfuerzo y se encaminó a la ventana de la habitación. La noche aún era joven. Calculó que debían quedar unas cuatro horas para el amanecer, el tiempo suficiente para dar un paseo bajo las estrellas si no tuviera que proteger el sueño de aquel misterioso hombre herido. “¿Cuándo despertarás, muchacho?”. Se alegró al notar que la fiebre no había regresado.

Sí, quizás, podría darse un merecido descanso.

—¿Tan tarde y de paseo, chamana? —le preguntó una de las dagas del rocío que vigilaba la habitación.

—En nuestro pueblo no soportamos mucho el encierro. Nos gusta sentir el aire fresco de vez en cuando, y nada mejor que el de esta agradable noche —dijo mientras caminaba a paso cansino.

En aquella madrugada sin nubes Acacia alcanzó a vislumbrar una estrella fugaz que cruzó el cielo de norte a sur, en lo alto vio la constelación de la pata del ñandú y, más allá, las de la boleadora y el guanaco. “Las tres han dado y sereno”, escuchó al vigía nocturno.

Nueva Esperanza nunca había estado tan tranquila.

Caminó hacia las afueras para relajarse con el arrullo del río Susurrante, uno de los pocos lugares del reino donde crecía el verde. A lo largo de toda su orilla desfilaban peumos, canelos y uno que otro temu. Se sentó sobre una roca de la ribera, un pilpilén aleteó

cuando sintió su presencia. Allí se quedó largo rato, escuchando el croar de las ranas y el zumbido de los insectos.

Un sonido que no pertenecía a aquella rica naturaleza la sacó de su relajo.

Pasos. Pasos en la noche.

Se levantó sin producir ningún sonido y cerca de las casas vio a un sujeto de espada y pistola al cinto orinando en una pared. “No es el sereno. ¿Será un mercenario de Estrechos?”, pensó con miedo. Aprovechó la oscuridad de un angosto callejón y desde allí lo vio ingresar a una casa que se creía abandonada. La tenue luz de una vela iluminaba el interior. Se acercó con cautela a la morada, se posicionó bajo el alféizar de la ventana y escuchó.

—Conde Calisto, sabe que lo estimo, mas no podéis tenerme en ascuas sabiendo lo que está por venir. Necesito vuestra respuesta a la brevedad. Los lavaderos de plata y oro que administráis son indispensables para la campaña. —La chamana reconoció la voz del marqués Antoine Garraleón.

—Sabéis tan bien como yo que si os unís a nosotros os veréis gratamente beneficiado —escuchó hablar al mercader Sebastián Barrancones, que se encontraba junto a la chimenea—. Están ocurriendo grandiosos sucesos en Altamiria, conde, y, si accedéis a ayudarnos, más de algún rey extranjero os daría territorios, lujos y excesos que no podrías conseguir ni en veinte vidas. Pensad con la cabeza, conde Calisto, y no con las tripas. Todos saldríamos ganando. El marqués regresaría a su amada Fontarragués con la confianza de un nuevo rey y vuestra merced hará lo que os plazca con la fortuna que reciba.

—Tengo todo el dinero que necesito —respondió Calisto con altanería—. Lavaderos de oro y plata en Tierraíz y grandes extensiones de campos cultivables en Altamiria. ¿Qué podéis ofrecerme que yo ya no posea?

—Un puesto en el consejo real de Baluarte, claro está. ¡Y oro a raudales! El rey de Puerto Tiburón es un hombre poderoso. ¿Acaso nunca habéis escuchado de sus torres de oro?

–Excentricidades. El oro no es para levantar torres ni para confeccionar monturas que ralentizan el andar de los caballos.

–Basta de excusas, conde. Con vuestro apoyo sería mucho más sencillo cumplir nuestro objetivo.

–¿Y cuál es vuestro objetivo, marqués? –Calisto bebió un trago de tinto.

–Irme de esta tierra muerta, por supuesto, y regresar a Fontarragués.

–¿Y ese banal egoísmo, nacido de una absurda nostalgia, amerita traicionar tanto al rey Tulio Hojaltiva en Tierra Amarga como al rey Francisco de Odragón en Baluarte? Os recuerdo que Hojaltiva le nombró marqués y entregó grandes tierras cultivables, mientras que Odragón os perdonó la vida por vuestro manifiesto apoyo a Emilio Martesta. Les debéis vuestra lealtad.

El grueso marqués guardó silencio. Se notaba la vergüenza en su rechoncha cara. Aclaró su garganta con nerviosismo.

–No os hagáis el inocente, conde. Ni usted ni yo apoyamos a Tulio Hojaltiva. Ambos siempre fuimos partidarios de Emilio, incluso después de su muerte. Si juramos obediencia al rey Francisco y al rey Tulio fue porque no teníamos opción. Era eso o la horca. ¡Y la Señora sabe que aún no tengo deseos de morir! –Se acarició su gaznate sudoroso—. El que me hayan enviado aquí fue prácticamente un castigo hacia mi persona. No sabéis lo que me significó haber cambiado mi hermosa tierra natal y sus manjares por esta mala broma de reino que ni castillo ni jardines tiene. Así que no tengo ningún impedimento moral para traicionar a Tulio. Ni siquiera sería una traición, pues nunca le he jurado lealtad... y vuestra merced tampoco.

Calisto Fuenteamplia mantuvo el rostro impassible. Seguía sentado. Jugueteó con una moneda que estaba sobre la mesa.

–Los reyes de Secarena, Dunaria y Puerto Tiburón no solo aspiran a hacerse con Baluarte, también anhelan los reinos y pueblos de Tierraíz –intervino Sebastián Barrancones apoyando sus manos en el espaldar del asiento donde se encontraba Calisto—. Han prometido otorgar las praderas más hermosas de Altamiria a quienes

los ayuden. Millas y millas de campos floridos y tierras cultivables, conde. Y también han prometido títulos, yacimientos de oro y permisos para realizar prospecciones donde se desee. Todo libre de impuestos. Seríais aún más poderoso que vuestro señor padre.

Aquellas palabras hicieron que Calisto enarcara las cejas. El marqués se dio cuenta del gesto y le rellenó su copa de vino.

—¿Vislumbro un acuerdo? Cuento con cien mercenarios de Estrechos que me apoyan —confesó Garraleón—. Si vuestra merced logra convencer a sus soldados personales, podríamos plantarle cara sin problema alguno a las tropas de Hojaltiva. Sé que el oro compra lealtades, así que no os costará mucho que vuestros hombres cambien emblemas.

Un golpe seco se escuchó en la ventana.

La chamana aguantó la respiración y se agazapó, lamentándose por haber golpeado sin querer la protección de madera. Agradeció cuando nadie salió de la casa a investigar el origen del ruido.

Siguió espionando.

El conde Calisto se levantó de su asiento sin decir palabra ni tocar el vaso servido por el marqués y se abrigó con su chaquetilla de lana.

—¿A dónde vais, Fuenteamplia? —se indignó Sebastián Barrancones.

—Se ha hecho tarde y tengo algo de sueño, señores. Me retiro.

—¿Y así nada más? ¿Sin darnos respuesta? —El rostro del marqués se puso rojo como una uva.

—¿Respuesta? ¿Acaso necesitáis respuestas a tan patético ruego cargado de sedición? —Los miró con frialdad—. Si yo no os apoyo, vuestra campaña será un fracaso. Por tanto, decido no apoyaros. Mas, por la amistad que nos une y por vuestra sangre noble, tampoco os acusaré de traición a la corona. No inmediatamente, al menos. Os doy diez días, marqués, diez días para que os marchéis de Tierra Amarga. Podéis marcharos a Fontarragués y a nadie diré que ha regresado a su tierra natal para que nadie vaya

a buscaros. Apelaré ignorancia. Pero, si no lo hacéis, yo mismo me encargaré de someteros a la justicia del rey.

—¿Osáis amenazarme?

La gordura del marqués no fue impedimento para que se abalanzara a gran velocidad contra el conde Calisto, mas no contaba con el espadachín que cuidaba sus espaldas, quien desenvainó con inusitada rapidez su florete y púsole la punta en la papada. El marqués Antoine se quedó paralizado de terror. Sus ojos se centraron en el afilado acero.

—No hagáis que imponga justicia tan pronto, don Antoine. — La voz del conde sonó fría como la de un asesino—. Si no deseáis acoger el plazo que os di, decídmelo y ahora mismo ordenaré que os rebanen el gaznate.

—Habéis tomado el camino equivocado, conde —dijo el marqués con la voz temblorosa.

—La lealtad nunca será el camino equivocado, don Antoine. Dejadlo —ordenó a su guardaespaldas, que al envainar su espada dejó un punto rojo en el cuello del marqués—. Nos retiramos.

Acacia corrió lo más rápido que pudo para sus ochenta y dos años. Nadie debía saber lo que atestiguó. Alcanzó a esconderse tras un muro justo cuando Calisto abría la puerta para marcharse y lo vio alejarse mientras su espadachín vigilaba el entorno.

Agradeció a los espíritus que no la descubrieran.

“Así que el marqués Antoine es el traidor. ¿Él le habrá hecho daño al muchacho?”, especulaba. Corrió a su hogar, arrepentida de haber salido a tomar aire.

No logró conciliar el sueño esa noche, atormentada por saber demasiado. El canto del gallo la encontró sentada en el sofá junto al hombre herido. “Debo hacerlo. ¡Debo advertirle al rey!”. Se disponía a ir a la casona real cuando el sonido de una trompeta llamó su atención. Miró por la ventana y vio a Bastián Bocablanca y a sus hombres regresando del puerto de Lobera y, tras ellos, decenas de sujetos malcarados, todos maniatados.

“¡Ha capturado a más mercenarios!”, sintió que le sacaban un peso de encima. La yegua del maestro relinchaba y agitaba la

cabeza de lado a lado, contenta por haber llegado al lugar que reconocía como su hogar. Bastián le acarició el cuello y le dio un trozo de zanahoria.

—Te has portado bien, chiquilla. Te lo has ganado.

Se apeó de su inseparable amiga y la tomó de las bridas para entrar a la ciudad. Se dirigió a sus soldados.

—¡Misión cumplida, caballeros! Todos tendrán un merecido descanso tras este agitado mes.

—¿Qué hacemos con los prisioneros, maestro? —preguntó Blasco Fontanalta, que iba vendado de un hombro, un recuerdo de Careperro.

—Llevad a los prisioneros a los calabozos. Ustedes —apuntó al grupo de soldados y criados que salieron a recibirlos—, vayan a buscar a todos los nobles. Deben estar presentes en el juicio de estos joputas.

—¿Qué está pasando? —preguntaba alterado el marqués Antoine Garraleón cuando llegó a la casona real donde ya se encontraba el resto de los nobles—. ¿Calisto, acaso usted...?

El conde negó con la cabeza.

—A todos nos han llamado, don Antoine. Allá está el conde Santiago. —Apuntó al barandal del pasillo del segundo piso que daba al interior del salón del rey—. Al parecer han capturado a los cabecillas de los mercenarios.

—¿Y solo por eso nos han llamado? —Se notaba el nerviosismo del marqués. Le temblaban las manos.

—Eso creo.

La nobleza se encontraba distribuida a lo largo de los pasillos y balcones del segundo piso, observando el inferior, donde los soldados empujaban a los más de treinta mercenarios que habían sido apresados en Lobera y Nueva Esperanza.

—¡Avancen! ¡Avancen, escoria! —gritaba uno de los soldados. Careperro le gruñó y le lanzó una dentellada al aire.

Lejos de amedrentarse, el soldado le golpeó el tendón de la rodilla, haciéndolo caer.

—¡Arrodillaos ante su majestad el rey Tulio Hojaltiva, perros sarnosos!

Frente a los mercenarios, sentado en el trono de madera quemada, estaba Tulio estudiando detenidamente a cada uno de los asesinos. A todos les habían cortado la manga izquierda de la camisa develando el tatuaje de la Cruz de la Beligerancia.

—¿Son todos, maestro?

—Lo dudo, su majestad. El alcalde de Lobera teme que piratas y mercenarios están desembarcando a lo largo de toda la costa. Lamentablemente, de todos los hombres que ha enviado a investigar, ninguno ha regresado.

El salón asemejaba una plaza pública por la cantidad de almas que allí se encontraban. En el primer piso unos cien soldados de la corona custodiaban a los treinta asesinos reducidos. Tras la fila de protección, había aristócratas, mercaderes, campesinos y pobladores, los que sumaban más de quinientas almas, sin contar a los curiosos que estaban en los otros salones intentando escuchar el juicio, además del gentío que desbordaba los aposentos más allá de las puertas de la casona real, extendiéndose hasta la plaza pública. La llegada de Bastián Bocablanca aquella mañana había roto el secretismo y la gente ya sabía que había mercenarios en el reino.

“Escuché que quemaron todo el puerto de Lobera”, decía una vendedora de pescado. “A mí me contaron que esos asesinos degollaron a una decena de personas”, comentó con espanto una dama refinada. “¡Que la Señora nos libre!”, exclamó un músico. “Escuché que mataron a un sereno. Lo cortaron de aquí hasta acá”, comentó un vendedor de papas dibujando con su índice un tajo del ombligo hasta la garganta. “Un soldao me contó que encontraron unos cuerpos en la casa de esos bribones”, dijo un panadero, “y también mataron a una señorita y dos señoritos en el asalto a un carruaje”, aportó una partera. “Un muerto o dos, qué más da, son asesinos y merecen la horca”, refunfuñó un alfarero. “¡Sí, a la horca, a la horca!”. “¡A la horca, a la horca!”, comenzó a gritar el gentío. La voz de los cientos de aldeanos poco a poco incrementó en volumen y con el pasar de los segundos se transformó en violencia, avanzando a empujones para ingresar al salón del rey y ajusticiar a aquellos mercenarios que tantas fechorías habían cometido, según lo que les habían contado, claro está. Empujaban y empujaban, siempre hacia el salón del rey. Pronto los soldados tuvieron que correr hacia la entrada para impedir el avance de la población que tiraba manotazos sin importar el destinatario. Apenas podían aguantar la presión de los enfurecidos habitantes del reino. “¡No los protejan!”

“¡Son asesinos!” “¡A la horca!” “¡Nada de horcas, nosotros mismos los mataremos!”, vociferaban. De los manotazos y empujones, pasaron a las lechugas, huevos podridos y panes duros como la piedra. Algunos mercenarios fueron víctimas de aquellos improvisados proyectiles con olor a pescado y azufre, y sus ya fétidas ropas ahora olían como el mismo infierno. Aprovechando el desorden, Careperro intentó levantarse para escapar, pero un pan más duro que un trozo de acero le golpeó en el ojo azul, dejándolo tuerto por unos segundos.

“¡A la horca!”, rugían.

“¡A la horca!”, clamaban.

Al ver tal batahola el rey se alzó airado de su asiento.

—¡Silencio! —gritó con todas sus fuerzas. Nadie parecía escucharlo—. ¡Silencio! —gritó aún más fuerte que antes. El alboroto estaba lejos de terminar—. ¡A callar, pueblo de Tierra Amarga, es el rey quien lo ordena!

Aquel último grito sorprendió incluso a Bastián Bocablanca.

—¿Acaso sois unos montoneros igual que estos villanos que queréis linchar? ¡En este reino hay leyes, carajo! Si con las manos queréis asesinar a estos hombres, pues seréis tratados y condenados igual que ellos, y quien sea encontrado culpable, ¡pues a la horca con él o con ella!

La algarabía disminuyó.

—Así está mejor, terramargos. —Se sentó y tomó aire—. Demostradles a estos asesinos que vosotros sois mejores que ellos, que vosotros respetáis las leyes que hemos creado en conjunto, como un pueblo unido, civilizado. Mirad a estos asesinos... vosotros no sois iguales a ellos. Vosotros sois terramargos, hombres y mujeres que trabajan por crear un mejor lugar para vivir, no por unas simples monedas, no como unos mercenarios. Somos un pueblo que nace de las cenizas de una guerra, no las provocamos, porque sabemos lo terrible que son. Sabemos cuánta sangre y vidas se desperdician en ellas.

Solo se mantuvieron unos pocos susurros.

La angustia que Bastián sentía en aquel momento le hacía crujir los huesos de sus dedos compulsivamente. Apretaba la mandíbula y movía su bigote. Estaba nervioso por la reacción de la gente. Las palabras del rey, o bien los haría sentar cabeza o bien los haría enfurecer. Y el pueblo enfurecido era peligroso. Además, ningún soldado terramargo se atrevería a alzar la espada si su gente se alzaba contra los mercenarios. “Solo un soldado cobarde atacaría a su propio pueblo”, pensó el maestro.

Silencio al fin.

—¡Que comience el juicio! —ordenó Tulio.

Junto al trono se posicionó la reina Felicia, el duque Evelio, Abdón Buenaventura, la chamana Acacia, Bastián Bocablanca, el alcalde de Lobera Julio Cortezalta y el fiel ejecutor Evaristo Manofirme. Este último sacó un libro de tapa de cuero y lomo grueso, se acomodó los lentes y procedió a leer.

—Siendo hoy el vigésimo primer día del octavo mes de nuestra Señora, se procede a enjuiciar a los caballeros aquí presentes...

—¿Bajo qué cargos? —interrumpió Careperro con un gruñido.

—¡Sentaos! —El mismo soldado que le golpeó antes en la rodilla, le asestó un nuevo bastonazo, pero ahora el hombretón ni siquiera perdió el balance.

—¡Sentaos! —Desde la pequeña tarima del trono Bastián le apuntó con su pistola. El murmullo entre los terramargos volvió.

Tuvieron que pasar muchos segundos para que el incorregible Careperro volviera a arrodillarse ante Tulio y ni siquiera en esa posición humillante dejó de desafiar al maestro con sus ojos bicolors. Las venas de su calva cabeza palpitaban al borde de la explosión.

—Es bravo ese tal Careperro —le comentó Lucio Molinero a Blasco Fontanalta. Ambos estaban en el primer nivel haciendo guardia a los mercenarios.

—Y eso que vuestra merced no cruzó aceros con él —respondió el joven Blasco.

Evaristo Manofirme aclaró la garganta, se acomodó los lentes y continuó.

—... bajo los cargos de, dos puntos, violar el Tratado de Paz y Buena Voluntad firmado entre Altamiria y Tierraíz, en el año quinientos veintitrés de Nuestra Señora, el que indica, dos puntos, abre comillas, se prohibirá en Tierraíz la presencia de cualquier hombre o mujer, de cualquier edad, rango social y arte bélica, que venda su arma al mejor postor, entiéndase mercenarios. Si llegase a poner pie en este territorio cualquiera persona que ejerza este oficio, será devuelto a su lugar de origen, siempre y cuando no haya cometido delito alguno. En caso de haberlo cometido, se le juzgará y sancionará según la gravedad de sus actos y bajo las leyes donde hayan sido realizados. Segundo cargo, asesinato de un sereno y dos ciudadanos del puerto de Lobera. Tercer cargo, piratería. Cuarto cargo, sospecha de asesinato de veintitrés soldados de Lobera...

“Mentira, mentira”, se defendían a gritos los mercenarios. “Joer que son unos putos mentirosos”, se alzaban en sus puestos, cayéndose de bruces por el peso de las bolas de hierro en sus cadenas.

Careperro volvió a ponerse de pie.

—¡No tienen cómo probar nada! —ladraaba cual perro rabioso.

Ese era el miedo de Tulio. “Bueno, para eso son los juicios”, pensó.

—¿Acaso tenéis testigos que acrediten las falsedades que decís? A nadie veo por aquí que pueda decir algo en contra nuestra —los desafió Careperro.

—Que pase el primer testigo —dijo Evaristo Manofirme haciendo honor a su apellido.

De un salón contiguo entró el tendero que atendía la chingana de Lobera. Parecía una verdadera jalea humana. El sudor corría por su calva cabeza.

—Sois libre de hablar, posadero, siempre que juréis por la Señora que solo la verdad y nada más que la verdad saldrá de vuestra boca.

—L... lo juro —tartamudeó.

–¿De los detenidos, conocéis a alguien? –preguntó el fiel ejecutor.

El tabernero apuntó al pelirrojo de mostacho prominente.

–Levantaos –le ordenó Evaristo–. ¿De dónde lo conocéis, don Luis?

–Él... él... él tomó mi chingana por la fuerza, don fiel ejecutor. Amedrentó a mi familia bajo amenaza de muerte. En mi humilde chingana se reunían todos estos truhanes. Bebían y comían sin pagar, golpeaban a mis otros clientes y yo mismo vi cómo ese bribón le ensartaba el florete en la panza a un buen ciudadano.

El pelirrojo Migue frunció sus labios, dibujando una mueca de odio y futura venganza contra el calvo don Luis que, intimidado, bajó la mirada.

–Podéis retiraros, don Luis. Hoy ha sido un hombre valiente. El segundo testigo –ordenó Evaristo.

Junto al trono apareció Blasco Fontanalta. El miembro más joven de las Espadas de los Caminos narró a toda la audiencia su batalla contra los dos pícaros en la posada y el descubrimiento del tatuaje de la Cruz de la Beligerancia en sus cadáveres.

–El mismo tatuaje que tienen cada uno de estos hombres aquí presentes –dijo sin miedo–. Esa marca me hace pensar que sois todos cómplices de aquellos bandidos que asaltaron la Posada del Peregrino y malhirieron a sus dueños.

Fray Camilo Valleseco fue el siguiente testigo, seguido por Lucio Molinero, el alcalde de Lobera, Bastián Bocablanca y otros ciudadanos. Todos apuntaban a los prisioneros como hombres peligrosos y de armas tomar.

“Tales acusaciones los califican solo como delincuentes comunes. Si nadie los contrató para armar toda esta batahola no se les puede culpar de ser mercenarios”, pensaba el rey casi con resignación. “Al menos por sus delitos no saldrán libres y muchos irán a la horca”.

–Vuestro tatuaje los incrimina como mercenarios, caballeros –habló el rey con tono paciente–. Todos los aquí presentes saben que tal marca pertenece a la Compañía de la Cruz

de la Beligerancia, reconocida asociación de asesinos de Estrechos que alquilan su espada al mejor postor. Así que confesad y seremos misericordiosos ¿quién os ha contratado para propagar la violencia en este reino de paz?

—Nadie nos paga el vino. ¡Aquí somos libres!

“¡Libres, libres!”, gritaban a viva voz.

“Mienten”, pensó el rey.

—Repetiré mi pregunta una vez más, caballeros. Sé que estáis faltando a la verdad. Si insistís en negar lo que ya sé de antemano —sacó un papel de su bolsillo—, tendré que aplicar medidas más... disuasivas.

—¡Nadie nos paga el vino, majareta! ¡Somos hombres libres! —gritó Careperro.

El rey guardó silencio por unos instantes, decidido a jugar la última carta, literalmente.

—Esto fue encontrado por mis hombres. Se cayó del bolsillo de uno de vuestros colegas. —Alzó una carta y leyó algunos fragmentos—. “*Envíe un nuevo contingente de hombres de Estrechos, todos de la Compañía de la Cruz de la Beligerancia, veteranos de mil batallas, y uno que otro delincuente avezado en el arte de la esgrima*”. “*Estarán bajo vuestras órdenes y están al tanto que deben actuar en el Día de San Clemente de Buenacepa*”. “*La orden: derrocar al rey Tulio Hojaltiva*”. —Mantuvo el escrito en su mano—. ¿Y bien, caballeros, seguiréis insistiendo en que nadie os ha pagado el vino? La misiva no tenía ni remitente ni destinatario... y yo necesito un nombre. ¡Soldados, llevad a estos señores a la plaza pública y azótenlos hasta que suelten la lengua!

Apenas los hombres del rey alzaron a los mercenarios, se escuchó una confesión.

—¡Antoine Garraleón! —gritó desesperado el pelirrojo del mostacho prominente al tiempo que un soldado lo tironeaba de la manga. Ya había soportado suficiente tortura con el puñal en el vientre y los golpes de Bastián, y la sola idea de recibir un solo azote más lo hizo cantar—. ¡Antoine Garraleón! ¡Antoine Garraleón! —Se le desgarraba la garganta de tanto gritar.

Un grito ahogado se escuchó en el salón. Los terramargos no daban crédito a la acusación del mercenario. “¡Imposible!” “¿Un noble traidor?” “¡A la horca con ese lechuguino!”

El rey negó con la cabeza, desilusionado de su marqués.

—Bajadlo —ordenó con un susurro.

En el segundo piso del salón los soldados capturaron con fuerza los brazos del noble.

—¡Es mentira! ¡Es mentira! ¿Qué clase de injuria es esta? No conozco a estos hombres —se defendía desesperado el marqués—. Nunca los he visto en mi vida. ¡Lo juro por la Señora! —gritaba colgando de los brazos de sus captores, quienes lo bajaron a rastras por las escaleras hasta llevarlo frente al trono—. ¡Soltadme! —Se compuso y se ordenó la chaquetilla de seda lila que vestía esa mañana—. Su majestad, yo nunca haría nada en contra de la corona que tantas alegrías me ha dado. —Se echó de rodillas—. Os juro por la Señora que no conozco a estos criminales. Soy fiel a vuestro reino. Tenéis que creerme —rogaba—. Tenéis que creerme. ¡Nunca os traicionaría! —Intentó besarle los pies.

—¡Altamirio mentiroso! —La chamana Acacia intervino sacando la voz—. Con estas orejas te escuché urdir tus planes para acabar con el reinado de tu rey. Tú y ese mercachifle de Altamiria, Sebastián Barrancones.

—¿Es verdad eso, sabia Acacia? La honra de dos hombres está en juego —la interrogó el rey con gravedad.

—¡Nunca he dicho verdad más grande, Tulio! Este hombre tiene una alianza con los reyes que están invadiendo Baluarte. Busca vengarse de Francisco de Odragón por enviarlo a esta tierra que él considera indigna, mi propio hogar —hablaba con rabia en la voz—. Altamirio traidor. ¡Eso es lo que eres!

—¡No tenéis pruebas ni testigos para tal acusación! —le espetó el gordo marqués.

Acacia dudó un segundo. Debía jugarse el todo por el todo.

—¡Él es mi testigo! —apuntó al segundo piso del salón.

Todos dirigieron su mirada al conde Calisto Fuenteamplia. El constante murmurar del público aumentó su volumen. “¿El conde también está involucrado?” “¿Es un traidor?” “¡Debe confesar!”

El conde se mantuvo frío como el hielo. La boca cerrada, los ojos clavados en Acacia. Apretó con fuerza el barandal al ver que el salón entero lo miraba con reprobación y desconfianza. No tuvo más remedio que confesar.

—La chamana Acacia habla con la verdad —dijo con una voz libre de todo miedo—. Hoy en la madrugada me reuní con el marqués Antoine Garraleón. Me propuso traicionarnos, su majestad.

Los murmullos eran ahora gritos iracundos. “¡A la horca!” “¡A la horca!”

—Me negué... —Sus palabras se perdían entre la algarabía del pueblo—. ¡Me negué a tal pedido! —impostó la voz—. Aun así, debo ser castigado, pues no lo delaté inmediatamente como era debido. Me dejé llevar por los lazos de amistad y le concedí diez días para que desistiera de su plan y abandonara estas tierras. Que desapareciera del mapa. Tal fue mi error, majestad, y merezco castigo.

Los habitantes guardaron silencio esperando las palabras del rey.

—¿Sabía Acacia? —Tulio miró a la anciana.

—Es verdad lo que dice.

—Correcto... —suspiró entristecido el rey—. Tranquilo, don Calisto, no seréis castigado. Actuó bajo el alero de la lealtad para con su rey y para con su amigo. Ambas acciones deben ser premiadas. En cambio, la traición será debidamente castigada. —Miró con severidad a Antoine. Su rostro estaba abatido, el sudor humedecía el cuello de su camisa—. Encarcelad al marqués. Ya veremos si merece agua y comida.

—Su majestad —insistía en su ruego con las palmas juntas mientras era arrastrado por los soldados—, no conozco a estos asesinos. ¡No los conozco! Tenéis que creerme ¡Tenéis que creerme!

Siguió gritando y alegando inocencia hasta que su voz se perdió en los calabozos.

—Vuestro señor ha sido capturado, caballeros. —Tulio se dirigió a los mercenarios—. Y sin él, vuestros servicios ya no son necesarios. —Se levantó del trono—. Como rey de Tierra Amarga, os condeno al exilio. Serán devueltos a las autoridades altamirias. Que ellos se encarguen de vuestros crímenes. No mancillaré mi reino con vuestra sangre. Se harán los preparativos para que seáis enviados al puerto de Lobera, donde se les subirá al primer barco que zarpe del continente.

—Su majestad —intervino Calisto—, os ruego que permita restituir mi honor por no haber delatado inmediatamente al marqués.

—¿Cuál es vuestra propuesta?

El conde bajó las escaleras y puso una rodilla en el suelo.

—Os solicito, con todo respeto, que me deje partir a Lobera y encargarme de los trámites necesarios para desterrar a estos criminales. Me aseguraré de que vuestra palabra sea cumplida y seré yo quien pague el costo de las embarcaciones, no las arcas reales. Los impuestos de nuestro esforzado pueblo no deben malgastarse en estas lacras asesinas. Por favor, su majestad, os lo ruego... ¡Por mi honor!

—Concedido, conde. Por su honor. Partirá hoy mismo a Lobera. Tal es mi mandato.

—Tulio —intervino la chamana Acacia—. Esto aún no ha terminado.

El rey y el resto de la corte aguardaron en silencio por las palabras de la anciana.

—Escuché a Antoine decir que contaba con el apoyo de cien mercenarios... y este grupo apenas pasa la treintena.

El rey contó treinta y dos.

—Colina Magra —confesó el conde Calisto—. Allí está el resto de los mercenarios junto al mercader Sebastián Barrancones, quien marchó ayer en la madrugada tras nuestra reunión. Aguardan la celebración del Día de San Clemente de Buenacepa para invadir la capital y derrocaros. Tal es la información que me dio el marqués.

“¡A por ellos!” “¡Atrapad a esos granujas!”, clamaba el pueblo alzando los puños. “¡Capturad a los asesinos!”.

—Maestre de campo —habló la reina Felicia con una suave voz que no lograba ocultar su angustia—, sé que vuestros hombres se han esforzado más allá de sus capacidades y me pregunto si las fuerzas de la capital podrían cabalgar hasta Colina Magra y capturar al resto de esos malhechores.

—Muchos de mis hombres quedaron heridos tras la campaña de Lobera —dijo Bastián—. Si me dan algo de tiempo podría reunir a los que estén en buenas condiciones.

—Actuáis con generosidad, maestre de campo, siempre preocupado por vuestros hombres. ¿Con cuántos soldados creéis que podríais contar?

—Llevadlos a todos —la interrumpió el rey apretando los brazos del trono. La reina le tomó de la muñeca en un vano intento de tranquilizarlo.

—Si su majestad así lo ordena...

—¡Así lo ordeno! —El rey tenía la voz endurecida—. Con suerte deben quedar unos setenta asesinos, así que marchad con todas nuestras fuerzas, maestre ¡Todas! Marchad y traedlos vivos o muertos. No escatimaré en recursos para terminar de una buena vez con esta perfidia.

—¿Y quién cuidará la capital, querido? Necesitamos contar con algunos soldados en Nueva Esperanza. —El tono conciliador de la reina podría haber calmado incluso a un animal rabioso, pero no al rey, no en ese momento.

—Ya no hay peligro aquí. Los mercenarios que pululaban en kilómetros a la redonda yacen o yacerán en los calabozos. —Observó a los asesinos arrodillados y encadenados—. Marchad mañana al amanecer, maestre. El rey ha hablado.

Bastián afilaba su espada ropera. Estaba sentado a los pies de su cama, cansado. Bebía una jarra de vino caliente.

—¿Nuevamente te irás de la ciudad? —La mujer de apelmazados cabellos cenizas se sentó junto a él y le acarició la espalda llena de cicatrices.

—Sabes que debo hacerlo, Josefina.

—Y sabes que puedo ayudarte.

—Es demasiado riesgo. —Le acarició los cabellos y le besó la frente—. Si hubieras visto cómo peleaban esos asesinos, te lo pensarías dos veces antes de ofrecerme tu espada.

Los ojos de Josefina se cargaron de lágrimas.

—Perdona. —Bastián había olvidado el pasado de la chica—. Con mayor razón no puedo llevarte. Demasiado peligroso. Apenas logré salir con vida de Lobera. No quiero lo mismo para ti. Te amo demasiado.

—Lo sé —respondió ella y le puso la cabeza en el pecho—. Lo sé.

El sol despuntó a lo lejos.

Los terramargos se despertaron con el relinchar de las cabalgaduras de los soldados de la corona que marcharían a Colina Magra. Bastián iba a la cabeza de las tropas con su capa y sombrero de ala ancha, la espada envainada, y su yegua Poderosa descansada y bien alimentada. “Espero que todo acabe con esta misión”, rogó para sus adentros. Cabalgaban a paso quedo por entre las callejuelas de tierra y las casas de adobe con techos de teja.

—Cambiad esa cara, maestre, que ya es lo último que queda —escuchó la voz de Santiago de Monteáguila que lo esperaba en los lindes de la capital a lomos de su yegua Buenamoza—. Agradezco lo que habéis hecho por el reino. Y el agradecimiento de un conde no es cosa poca. Cuando lleguéis os esperará un banquete en su honor costead por su conde favorito... y quizás un aumento de sueldo. —Soltó una sutil risa.

Bastián asintió sujetando el ala de su chambergo.

Junto al conde se encontraba el duque Evelio, montado en un caballo marrón y acompañado por una amplia comitiva de pajes y criados.

—El maestre está preocupado, conde Santiago, se le nota a leguas. ¿Qué atribula vuestro corazón, maestre? —preguntó el duque.

Bastián no sabía qué responder.

—Dejadme adivinar, querido maestre... no le gusta dejar la capital sin vigilancia —dijo Santiago. Bastián arqueó una ceja—. ¡Ay, maestre! Es tan fácil leerlos. —Se cubrió la boca con su enguantada mano mientras reía—. Nos os preocupéis por Nueva Esperanza, querido maestre, pues no quedará sola. El duque y yo contamos con soldados que la resguardarán mientras estéis fuera.

—Además, las Espadas de los Caminos tienen estricta orden de proteger la casona real —añadió el duque—. Marchad tranquilo, maestre. Nueva Esperanza y la corona estarán a salvo.

Les había tomado dos días de lenta marcha llegar al límite sur del reino. A la distancia, Colina Magra se veía hermosa, un cerro de pastos dorados protegido naturalmente por rocas, árboles y elevaciones infranqueables. No por nada había sido el más poderoso fuerte de Emilio Martesta en la época de los conquistadores. Solo las puertas sur y norte permitían el acceso a la colina, dando paso a caminos sinuosos que ascendían hasta llegar a un refugio construido con alerce que hacía las veces de palacete.

Bastián y sus hombres veían a su lado las extensas granjas de la marca. Los campesinos los miraban alegres y los saludaban con la mano alzada, sin saber que su marqués yacía en los calabozos por

conspiración. Al llegar al acceso norte fueron recibidos con el sonido de trompetas.

No se detuvieron a saludar al portero que había ido a su encuentro.

Comenzaron a ascender por el sendero que llevaba al refugio, en cuyos costados se levantaban caseríos, chinganas, pequeñas talabarterías, unas cuantas herrerías y armerías. Los habitantes sacaban con curiosidad la cabeza por la ventana al escuchar el barullo de los cascos y relinchos, al tiempo que en el palacete se preparaba una rápida recepción ante tan inesperada visita.

Seguían ascendiendo.

Bastián detuvo a Poderosa frente a una comitiva formada por alabarderos y un criado de aspecto juvenil vestido elegantemente con una chaquetilla negra y camisa blanca.

—Buen día, caballeros. Vienen de la corona, según logro apreciar en el estandarte —habló el menudo sujeto—. ¿Cómo podríamos servir a nuestra majestad?

Bastián observó de reojo al muchacho y a los soldados que sostenían las lanzas. Reconoció el rostro de cada uno de ellos.

—Soy Bastián Bocablanca, maestre de campo de Tierra Amarga. Vengo por orden del rey Tulio Hojaltiva para apresar a ciertos hombres que han llegado a la marca. —Sacó una carta lacrada por el rey y se la entregó al criado.

Al terminar de leer la misiva el rostro de sorpresa en el joven era sincero.

—¿Don Antoine encarcelado por traición? —No podía creerlo. Le entregó la carta a un cronista que lo acompañaba—. ¿Y quiénes son esos cien mercenarios que mencionaba su majestad en la misiva? No hemos visto a ningún extraño.

—¿Me vais a decir que llegaron aquí cien asesinos y vosotros no supisteis distinguir entre ellos y vuestro propio pueblo? —Pese a la clara expresión de inocencia del criado, Bastián no daba crédito a sus palabras.

—Cien hombres llegaron, sí —afirmó—. Hace meses. Mas se nos dijo que eran soldados enviados por el mismísimo rey. Se les atendió como tales y como tales se comportaron.

—¡El rey no ha enviado soldados! ¿Dónde están esos hombres? —rugió Bastián con rabia—. Serán apresados en calidad de sospechosos y llevados a la capital.

—Ellos... ellos ya están en la capital, maestro —sentenció el criado con clara preocupación.

—¿De qué estáis hablando? —Bastián respiraba agitado.

—Cincuenta de ellos partieron hace semanas. Mucho antes del Día de Nuestra Señora del Sagrado Halo. El marqués los envió para, supuestamente, preparar su llegada a la capital. El resto marchó después, junto a él, a la festividad.

Bastián sintió como si alguien le hubiera golpeado en la boca del estómago. Tragó saliva, apretó la mandíbula e hizo crujir los dedos de la mano. Faltaba apenas un día para celebrar el Día de San Clemente de Buenacepa, momento en que iniciaría el ataque de los mercenarios.

No alcanzarían a llegar.

Agitó las riendas de Poderosa, direccionándola hacia los jinetes.

—¡Todos a Nueva Esperanza! ¡A Nueva Esperanza, carajo!

El agua del río Furiatroz les llegaba hasta la cintura, por lo que caminaban con sumo cuidado, evitando resbalar para que no se los llevara la corriente. Habían desmontado y tiraban a sus animales de las riendas. Darío García y Peñafiel se acercó a Junco, a quien el agua cubría casi hasta el cuello.

—¿Por qué no te quedaste montado en el caballo? Esto es peligroso. Podrías caer.

—Esta parte del río es tranquila —respondió Junco con seriedad.

El espadachín difería del significado que la palabra “tranquila” tenía para el pequeño, pues esas aguas le parecían bastante tumultuosas, mas prefirió guardarse sus pensamientos y se limitó a soltar una sonrisa incrédula.

—Y, además, es angosto —prosiguió Junco—. Si usted se para en una orilla del río Tronador y mira los árboles de la otra ribera, pensaría que solo son arbustos; en cambio, aquí los árboles se ven sin problema de una ribera a otra y hasta podría identificarlos —dijo ya casi nadando—. La corriente del Tronador es tan fuerte que uno puede escucharla incluso si se está muy lejos. Se calma cuando se junta con el mar y forma el Nido de Garzas.

—¿Nido de Garzas? —preguntó Darío.

—Un humedal y desembocadura al lado de Rocalga, mi pueblo.

“Allí me gustaba pescar”, recordó el pequeño y una sutil tristeza se le dibujó en los ojos.

—Debió ser difícil perderlo todo y abandonar tu hogar. — Darío suavizó el tono de su voz al darse cuenta de la pena de Junco—. Sobre todo siendo tan pequeño.

“No soy un pequeño”.

—La desaparición de tu padre, abandonar Rocalga, partir a Aguatrueno y ahora marchar a un reino desconocido para ti.

Junco no respondió.

—Eres un chico valiente. Te aseguro que causarás una gran impresión en el rey. Él admira la bravura por sobre todas las cosas y, de todos aquí, eres el más valiente. Sobreviviste a una batalla contra los espectros, has luchado contra pumas, te internas sin miedo en los bosques, tienes una habilidad innata para la caza. Serías un buen elemento en las tropas de Tierra Amarga —dijo y le despeinó los largos cabellos negros con ternura.

Fuera del río se detuvieron para aprovechar el escaso sol del mediodía y poner a secar sus ropajes. Dejaron botas, pantalones, capas y mantas estiradas sobre las rocas y se echaron a descansar en la hierba. Darío ocupó la pausa para sacar su pipa y echar algo de humo. Otros soldados se le arrimaron para conversar, beber vino y jugar naipes.

—¿Cuánto queda de viaje, don Darío? —le preguntó Asterio, que revisaba desinteresadamente los naipes que le habían tocado para ver si la suerte estaba de su lado.

Darío soltó tres perfectos anillos de humo al tiempo que sacaba las cuentas.

—A esta velocidad y sin desviarnos nos quedarían poco menos de quince días.

—Pero si vamos por el camino de la costa nos demoraremos mucho menos —aconsejó Roble—. Algunas aldeas han construido pasos accesibles para hombres y animales.

—La senda que vuestra merced menciona es la que queríamos tomar para llegar a vuestro pueblo en primera instancia —explicó Darío y desplegó un mapa sobre la hierba—. Aquí, aquí y aquí nos desviamos, pues las lluvias anegaron los pasos y botaron los puentes, obligándonos a recorrer los caminos interiores.

—Las lluvias han disminuido su intensidad, es posible que algunos pasos ya se puedan transitar libremente. —Asterio albergaba algo de esperanza—. No me gustaría devolvernos por el mismo sendero que vinimos.

—Ya no hay nada que temer, don Asterio —respondió Darío—. Lo peor de la ida fue el bosque maldito, el que evadimos gracias a los caminos ocultos que conocía Roble.

—Yo seguiría por aquí sin ni un problema —se entrometió Miguel Bocafloja, que andaba vestido con unos harapientos calzones largos—. La costa me suena algo helá en estas fechas.

—Helá es, pue —lo apoyó Acacio Buendía. El resto de los soldados asintió con la cabeza—. Yo he andao por eso lare en esta fecha y no e'na agradable. Apena canta el gallo entra una niebla que te joe lo hueso y amilana al ma valiente. Y nostros somo corajuos, pero allá el clima es de la putamadre y no hay calzón que aguante. Si hasta en lobera se me hiela la testa en invierno.

—Elijamos qué ruta tomar —aconsejó Asterio—. Por mi parte, prefiero el camino de la costa, pues nos demoraríamos menos, está más poblado y quiero creer que los pasos ya están habilitados.

—Votemos, entonces —lo apoyó Darío.

Solo Roble, Junco, Asterio y Darío escogieron el camino de la costa. Los demás soldados, pocos amigos de las bajas temperaturas, optaron seguir por los escasamente transitados senderos del interior.

Al siguiente día mantuvieron el curso, avanzando por peligrosas cuestas, arroyos cargados de un agua gélida que les congelaba los pies, frías elevaciones y bosques de árboles barbudos cuyas raíces les hacían tropezar.

—Este sendero es peligroso en invierno —le susurró Roble a Junco—. Ni siquiera los guerreros lo tomamos. Si te pierdes aquí o te caes en alguna de las quebradas, nunca nadie te encontrará. —El rostro de Junco se desdibujó y se tornó pálido, deseoso de salir de ahí lo antes posible.

Al mediodía instalaron un campamento en una explanada, mezcla de lodo mezcla de pasto, y sacaron algunas viandas para

almorzar. El único sonido en derredor era el crepitar de las ramas de la pequeña hoguera que habían encendido para paliar el frío.

—¿Qué ocurre, don Roble? Os veo preocupado —le preguntó Darío al tiempo que se sentaba junto a él.

Roble parecía perdido en el frenético danzar de las llamas.

—No quiero demorarme más —confesó—. Algo me dice que debemos llegar lo más rápido posible a Tierra Amarga y regresar cuanto antes a Aguatrueno.

—¿Y por qué esa sensación? —preguntó Asterio que comía un caldo con pan.

—No lo sé... quizás por los espectros y las criaturas que ustedes vieron en los bosques. Siento que no debería haber abandonado la aldea. Temo que ataquen a mi gente y que yo no esté ahí para defenderla. —Se lamentaba sin dejar de observar las llamas. Los soldados alrededor del fogón lo escuchaban atentos—. También... también siento que debería haber traído conmigo unos cuantos guerreros. Si en Tierra Amarga hay mercenarios, podríamos haber ayudado a combatirlos. Habría sido una buena forma de demostrar interés en pactar una alianza.

—Si teméis por nuestro reino, os digo ahora que no os preocupéis, don Roble. —El joven Darío arrojaba bocanadas de humo—. En Tierra Amarga hay buenos hombres, todos duchos en el arte de la espada y leales al rey. Ellos sabrán qué hacer si tales criminales deciden actuar. No tengáis miedo. Tierra Amarga está a salvo.

La sabia Acacia acercó su oreja a la reseca boca del herido. Tras semanas inconsciente, al fin había despertado y profería susurros apenas audibles.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó una joven espadachina integrante de las dagas del rocío, la escolta personal del conde Santiago de Monteáguila.

La anciana, inclinada sobre el hombre que aún yacía en el camastro, la hizo callar con un gesto de su mano.

—“Nos encadenaron a todos... nos llevaron... nos llevaron lejos” —comenzó a traducir—. “Muchas semanas, sin comida, sin agua... Me quemaron, me golpearon... Había mucha gente de mi pueblo... Todos encadenados, todos tristes... Látigos, muertos... En los... en los lavaderos de oro... Yo logré escapar”. —La anciana miró con preocupación a las dagas del rocío que Santiago de Monteáguila había apostado en su hogar para protegerla.

—Pregúntele quién dirigía ese lavadero —dijo uno de los jóvenes.

—Todos sabemos quién los dirige —respondió una muchacha.

—Aun así, debe decir el nombre. Que lo diga. ¡Se debe hacer justicia!

—“El conde Calisto... el conde Calisto Fuenteamplia” —tradujo la chamana Acacia con desesperanza en la voz.

Una fuerte explosión se escuchó en la capital, trizando los vidrios de las casas y asustando a los terramargos. Acacia se dirigió hacia la ventana y quedó sin habla al ver una gigantesca columna de humo que se levantaba desde los calabozos.

Gritos. Pánico. Gente corriendo por las calles
–Los mercenarios ¡Han liberado a los mercenarios!

Bastían y sus soldados cabalgaban con irrefrenable premura. Azuzaban a sus bestias a punta de golpes de sus fustas.

—Maestre, mire, sale humo de la ciudad —le dijo uno de sus hombres.

Bastían agudizó la vista, divisó humo en el centro de la capital y fuego en los campos. Más cerca vio una polvareda producida por un jinete solitario.

—¡Nos atacaaaan! ¡Atacan la ciudaaaaad! —gritaba la jinete agitando la diestra con desesperación. Su caballo jadeaba cuando llegó frente a Bastían y sus hombres.

Era una daga del rocío.

—¡Maestre! ¡Están atacando Nueva Esperanza! ¡Alguien ha liberado a todos los mercenarios que habíais capturado! ¡Muchos otros han aparecido de la nada!

—¿Y el rey Tulio? —preguntó Bastían.

—Se ha guarecido al interior de la casona real. Las Espadas de los Caminos están con él —le temblaba la voz.

—¿Y los soldados del duque y del conde Santiago?

—Estamos combatiendo en las calles. Se me envió para encontrarlos en el camino y alertarlos. ¡La ciudad es un caos! ¡Está plagada de asesinos!

—Y caerán bajo mi espada —juró el maestre y agitó las riendas de Poderosa—. ¡Soldados, seguidme y defended vuestro reino!

Gritó y cabalgaron hacia las inmensas columnas de humo, siempre hacia adelante, siempre hacia el peligro.

Mientras más se acercaban a la ciudad, más fuerte sentían el nauseabundo olor de la madera quemada y más fuerte escuchaban los aterrados gritos de los terramargos. Los ciudadanos corrían asustados sin rumbo ni dirección, huían arrastrando del brazo a sus hijos, otros hacían infructuosos intentos por defenderse. Los mercenarios los perseguían montados en feroces sementales, pasándolos por la espada o atropellándolos inmisericordemente. Antorcha en mano encendían los pastizales, establos y casas. Los agónicos gritos del pueblo eran angustiantes.

—¡Asesinad a todo aquel que intente conquistar nuestra ciudad! —ordenó Bastián al ver aquel macabro espectáculo.

Desenvainó su ropera y de una certera estocada desmontó a un bandido. Sus soldados dispararon a discreción cuando entraron a la capital.

—¡A la casona real! ¡Todos al rey! —ordenaba el maestre cuando un desesperado hombre tiró de sus piernas.

—¡El templo! ¡Pretenden quemar el templo! Hay gente oculta en su interior, maestre. ¡Ayudadnos, os lo ruego!

—¡Fray Camilo!

El hombre del clero sangraba de la frente, tenía parte de su toga carbonizada, y el rostro y las manos, ennegrecidos.

—Debo ir a la casona a proteger al rey —dijo Bastián.

—El rey está bajo la protección de las Espadas de los Caminos. ¡La gente en la iglesia está a merced de los bandidos! ¡Ayudadles, por favor!

Bastián hizo crujir los huesos de sus manos, indeciso. “¿Rescatar a los pobladores indefensos o al rey?”. Se debatía entre hacer lo correcto por su gente o un posible acto de traición. En un segundo tomó la decisión y direccionó las riendas de su yegua hacia el templo.

—Vosotros cinco, acompañadme. Todos los demás vayan a la casona ¡A por el rey! —ordenó y dividieron los rumbos.

El fraile se subió a la grupa de Poderosa y cabalgó junto al maestre por entre las callejuelas infestadas de mercenarios. La plaza se había convertido en un campo de batalla donde mercaderes y

campesinos defendían su vida a punta de rastrillos y guadañas. Bastián y sus hombres se apearon de sus cabalgaduras y combatieron junto al pueblo, esgrimiendo sus espadas con gallardía, clavándolas en vientres y gargantas enemigas.

—¡Joer, maestre! Son demasiaos y la bravura de uno no alcanza pa tanto bandío —le gritaba uno de sus hombres—. ¿Tenéis un plan? Si e' así contadlo, si no, me partirán la jeta y le diré adiós a la vía.

—Seguidme a la iglesia —ordenó—. ¡Lo primero es salvar a esas pobres almas!

Fuera del templo, diez hombres de mala calaña y marcas de viruela en las mejillas intentaban echar abajo el portón de madera. “Diez de ellos contra cinco de nosotros y un hombre del clero. Vaya ventaja que tenemos”, pensó Bastián, abatido por la superioridad numérica y se lanzó a la carga. Dos invasores que maniobraban las dagas como si fuesen parte de su propio cuerpo salieron al encuentro de Bastián y lo atacaron de un lado a otro, de arriba a abajo y con la izquierda remataban con una cuchilla traicionera teñida con la sangre de algún desafortunado terramargo. Bastián movía sus pies rítmicamente, recordando cada una de las lecciones de esgrima que recibió de niño, esquivando y contraatacando. “¿Dónde está Blasco y su perro cuando más los necesito?”, se lamentaba.

—E' diestro este soldaíto, ¿eh, Baltasar?

—Más que diestro —respondió Baltasar—. Me parece que es un hijodalgo. Sí, odio ese olorcillo a lechuguino —dijo el mercenario moviendo su nariz—. Está pasao a rosas.

—¿Hablamos o bailamos? —replicó el maestre.

—Mira que deslenguao el señorito, Baltasar. ¿Le arrancamo la lengua pa que aprenda modales?

—Arranquémosela, pues.

El tal Baltasar se abalanzó con un ataque fugaz, izquierda, derecha, izquierda, derecha, avanzando uno, dos, tres y hasta diez pasos. Bastián, ducho en combates, frenó todos los estoques con su acero. Tanto retrocedió que llegó hasta los lindes de la plaza, aprovechando de tomar sin permiso el caro jarrón de un mercader

para reventárselo en la cabeza. Sin siquiera darse cuenta, el malhechor se vio escupiendo sangre por la boca y cayó al piso hecho un ovillo.

—¿Qué me ha hecho este lechugino? —exclamó con un vómito sanguinolento.

Se llevó la mano bajo la axila y notó que Bastián le había atravesado el jubón y el pulmón derecho con la sorpresiva daga quitapenas. Poco a poco fue perdiendo el conocimiento hasta que se lo llevó la muerte.

—¡Soldao mal parío, que ha matao a mi hermanito!

Chilló el otro mercenario y se arrojó con arrebato, sin técnica ni cuidado, solo con el odio proveniente de sus tripas al ver la sangre de su hermano regando el piso. Más centrado que su enemigo, Bastián lo envolvió con su capa y lo ultimó asestándole la ropera en la garganta.

Los demás soldados de la corona también acababan su trabajo, solo uno terminó herido con un leve corte en la barriga. Los mercenarios yacían a sus pies.

—Fray Camilo, la iglesia ya está a salvo. Pueden refugiarse más pobladores si es necesario. Cerrad bien las puertas. Dejaré a mis hombres para que os protejan.

—Que la Señora lo bendiga, maestre —le hizo la señal en la frente—. ¿Qué haréis ahora?

—El rey me necesita.

—Rezaré por vosotros.

—Rezad por toda Tierra Amarga —dijo Bastián, que montó sobre Poderosa y marchó a la casona real.

En las calles ya casi no quedaban habitantes. La mayoría se había encerrado en la iglesia o en sus hogares. Los mercenarios se agrupaban por decenas en las afueras de la casona, combatiendo a muerte contra los soldados del rey. Poderosa arremetió contra los asesinos, pisoteándolos y dando coces a diestra y siniestra. Cuando nadie lo esperaba, las puertas de la casona real se abrieron de par en par y de su interior aparecieron decenas de Espadas de los Caminos

con Lucio Molinero a la cabeza, siempre secundado por Blasco Fontanalta y su perro perdiguero.

—¡Ayudad a estos valientes! ¡Por el rey y por Tierra Amarga!
—Se abalanzó el capitán con la capa al viento y la espada desenvainada.

Los leales siervos del rey chocaron sus filos con los mercenarios, quienes se vieron sobrepasados ante los nuevos refuerzos. Fauces desmembró tráqueas y dedos, Blasco Fontanalta acabó con tres invasores y Lucio Molinero envió tantas almas al más allá que se asemejaba a la parca.

El frío sol del invierno estaba en el oeste cuando los pocos asesinos que seguían en pie soltaron sus armas en señal de rendición.

—Apresadlos a todos —ordenaba Bastián—. Y tengan cuidado, que son traicioneros. Ojo con sus estoques y dagas cortas. Lucio...
—Se sacó el chambergo ante el capitán y lo saludó con un fuerte apretón de manos.

—Maestre. ¡Hemos vencido!

“Pero no fue una victoria”, pensó Bastián al ver los cuerpos de los soldados moribundos en las calles y el fuego extendiéndose por la capital.

—Bienaventurados los ojos que os ven, maestre. —El rey salió de la casona para recibirlo—. Por un segundo pensé que los mercenarios os habían asesinado en Colina Magra.

Junto a él venían la reina Felicia y el duque Evelio y, tras ellos, su amigo Abdón notoriamente nervioso.

—No, su majestad. —Enfundó su espada—. En Colina Magra no había ninguno. Todos estaban aquí, ocultos a plena vista en la capital. Ellos deben haber liberado a sus compañeros encarcelados.

Tulio observó a su alrededor con tristeza.

—Qué lástima la pérdida de tanta buena gente —se lamentó el rey.

—Y faltan más por caer, su majestad —ladró Careperro, que estaba de rodillas y con las manos atadas a la espalda. Soltó una corta carcajada y escupió al suelo una mezcla viscosa entre saliva y

sangre—. No tenéis idea de lo que se os viene encima, señoritos. Con suerte tendréis tiempo de cagaros en los calzones.

—¿A qué viene tanta risa, malnacido? —Se ganó un golpe de Lucio—. ¿A qué os referís cuando decís que algo se nos viene encima?

—¡Mi rey! —gritó alarmado un vigía—. Vienen dos caballos desde el oeste. Al parecer sus jinetes están heridos.

Los potros apenas consiguieron llegar a Nueva Esperanza. Ambos tenían las patas heridas y una saeta incrustada en sus grupas. Uno de los jinetes yacía sobre el animal con un disparo en la nuca, el otro era arrastrado por un pie enredado en el estribo.

—¡Soldados del puerto de Lobera! —Bastián reconoció su uniforme y emblemas.

Tambores.

—¿Qué ha sido eso? —Lucio Molinero se puso en alerta.

Pífanos.

La tierra se estremeció. Los tambores marcaban ritmos extraños y los pífanos no dejaban de sonar.

—¿Qué ocurre ahora, pardiez? —Tulio había perdido la compostura.

—Parecen ritmos de batalla, su majestad —reconoció Lucio.

Siguieron el origen del estruendo hasta las afueras del sector oeste de la capital. A lo lejos vieron un gigantesco ejército con piqueros y alabarderos en el centro, arcabuceros en los costados, y espadachines en la retaguardia.

—¿Es el conde Calisto el que viene a la cabeza de todos esos hombres? ¿Viene a ayudarnos? —Tulio se protegió los ojos usando la mano como visera.

—Por las banderas que veo, lo dudo, su majestad —dijo el duque Evelio—. Cargan los estandartes de Secarena, Puerto Tiburón y Dunaria, incluyendo el de Baluarte.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué la bandera de Baluarte estaría junto a la de sus enemigos?

El tercio conformado por casi dos mil soldados siguió en su avance, tanto que Tulio y sus hombres pudieron ver los rostros

malcarados y macilentos de los sujetos que lo conformaban, todos con un mostacho que les tapaba el labio superior, ojos torvos, la pluma del chambergo ondeando al viento, y corazas y morriones de acero reluciendo ante el sol del atardecer.

Dum, marcó el tambor. El ejército se detuvo a no más de cuarenta metros.

Dum, dum, marcó el tambor. Los arcabuceros se adelantaron y quedaron en primera fila, apuntando a Tulio y su cohorte.

—¡Huid, su majestad, huid! —gritó Bastián.

Dummm, dum marcó el tambor. Cientos de disparos cayeron sobre el séquito del rey. Lucio Molinero, capitán de las Espadas de los Caminos, fue abatido por una bala en la barriga y se desplomó a los pies de Blasco, falleciendo con un vómito de sangre. No fue el único, decenas de soldados sucumbieron ante el ataque.

—¡Protéjase, su majestad!

Bastián se arrojó contra Tulio y lo arrastró hacia el interior de la ciudad.

Dum, dummm marcó el tambor. El tercio reinició su avance al trote. Los potros de Fontarragués, altos y de musculatura fibrosa, aparecieron desde los costados y cabalaron a toda velocidad con el conde Calisto Fuenteamplia a la cabeza.

Era el Día de San Clemente de Buenacepa.

—Nuestro objetivo es Tulio Hojaltiva y su familia. Quien se interponga entre el filo de vuestro acero y el rey, debe morir —ordenaba Calisto a viva voz.

Bastián Bocablanca, fiel a su juramento, acompañaba a su señor. Corrían presurosos por entre las calles, haciendo lo posible por ocultarse. No había tiempo de llegar a la casona real. “¡La iglesia está más cerca!”. Tomó del brazo al rey y corrieron en compañía de sus soldados y leales.

—¿A dónde iremos, Bastián? —Abdón sentía que el corazón se le escaparía por la boca de tanto correr—. Debemos ocultarnos en un lugar seguro. La iglesia es de madera, ¡nos quemarán en su interior!

—¡A los establos! —aconsejó el duque Evelio—. Hay que escapar. Debemos abandonar Tierra Amarga. Hay caballos suficientes para todos.

—¡No abandonaré a mi pueblo! —replicó Tulio—. Prefiero morir antes de que eso ocurra.

—¡Cumpliré vuestro deseo, su majestad! —Calisto Fuenteamplia los había alcanzado y con su espada hirió de muerte al duque Evelio de Mondragón.

Los hombres de Tulio sacaron a relucir sus espadas, prestos a defender a la familia real y asesinar al traidor.

—¡Por el rey! —arengó Bastián dejando de lado sus propios miedos.

“¡Por el rey! ¡Por el rey!”, gritaron los hombres que quedaban.

¿Qué importaba si eran los menos? Si algo los distinguía en batalla era su coraje y, aún más importante, su honor. Eran capaces de dar la vida si era necesario con tal de llevarse consigo a sus enemigos, ya fuera gracias a la ropera o a la quitapenas, a un estoque honorable o una puñalada arterial. No eran hijodalgos o nobles señores, no habían nacido en cunas de oro ni sabían de manjares, no vestían lechuguilla o capa de terciopelo, menos puños de encaje o zapatos lustrosos, para ellos solo valía el mostacho, la capa a mal traer, el sombrero emplumado y un acero afilado. ¿Qué sería de ellos sin su honor intachable? Quizás simples peleoneros de espada fácil y sueldos miserables. Pero no, ellos eran soldados del rey y, como tales, se jugaban el honor en cada lance, en cada duelo.

Que nadie dijera que no cumplían su trabajo.

Entre gritos e insultos, escupitajos y maldiciones, se lanzaron al combate contra los invasores. Desde los años de Emilio Martesta que no se había visto tanto derramamiento de sangre en aquel territorio. Los soldados fieles a Tulio parecían verdaderos carniceros. “Ya me estáis conociendo, joputas”, “¿qué os parece el paisaje, altamirios hijos de su madre?”, exclamaban enajenados, ya fuera peleando o en su lecho de muerte, abatidos en el suelo o desangrándose con la mano en la barriga.

Los alabarderos de Altamiria ensartaban terramargos sin piedad, las saetas se clavaban en espaldas y globos oculares, en corazones y muslos.

—¿Qué hacéis, Calisto? ¡Detened este ataque! —gritaba Tulio— ¡Confié en usted y me paga con una traición!

Calisto Fuenteamplia reía maliciosamente mientras su potro volaba dientes con sus cascos delanteros. Tulio Hojaltiva, enfurecido como nunca en toda su vida, desenvainó su espada.

—¿Queréis mi corona? ¡Pues venid a por ella! —gritaba agitando su sable—. ¡Os asesinaré! ¡Bajad de vuestro animal y crucemos aceros, traidor!

—Aún no os deseo la muerte, su majestad. Primero quiero que observéis a vuestros hombres caer, deseo que veáis cómo cae todo por lo que habéis luchado durante tantos años. Mirad y sufrid.

Su malévola carcajada se tornó en pánico cuando su gigantesco potro se desplomó herido por un sorpresivo corte en el anca. Calisto rodó por el suelo y se levantó en guardia con el sable por delante.

Frente a él vio a su rival.

—¡Santiago de Monteáguila! —gritó con furia.

—El que viste y calza, traicionero conde. Mire que traer el caos de Altamiria hasta nuestra tierra. ¡Majestad, proteja a vuestra familia que yo seré vuestro escudo! —Tulio le hizo caso y corrió a buscar a su cuñado herido y a su esposa.

—Veo que tras el maquillaje y los buenos modales hay un tonto que desea la muerte —insultó Calisto.

—Tras este maquillaje hay un siervo valiente y leal, no como vuestra merced, que siempre llamaba a la calma y a la diplomacia, mas, cual serpiente, os arrastrabais por el suelo para luego cambiar de piel, sacar los colmillos y asesinar a quien se os pusiera por delante.

—No aceptaré tales insultos.

—Y yo no aceptaré vuestra traición.

Una honda tristeza inundó el corazón de Tulio al encontrar a su cuñado moribundo en los brazos de Felicia. La reina lo había arrastrado hasta una callejuela para sacarlo del tumulto. La espada de Calisto le había atravesado el torso y derramaba sangre por pecho y espalda. El otrora celeste vestido de la reina era ahora carmesí.

—No llores, querida, que tu hermano ha sido siempre un devoto de nuestra Señora.

—Tranquilo, cuñado, te sacaremos de aquí.

—No, Tulio, no hay salvación para mí. Te ruego que salves a mi hermana Felicia. Sálvala.

Aquellas fueron las últimas palabras del duque Evelio de Mondragón, hermano de Felicia de Mondragón y fiel servidor de la corona de Tierra Amarga.

—Debemos llevarnos su cuerpo. — Felicia lloraba sin soltar el cadáver—. Hay que darle digna sepultura. No podemos dejarlo aquí. ¡Lo mutilarán!

—Claro que lo haremos, reinita.

Un mercenario la alzó de los castaños cabellos. El desesperado chillido de la reina despertó tal ira en Tulio que sacó a relucir su espada para luchar a muerte con aquel gandul mal agestado. El duelo no duró demasiado. Como escudero de Emilio, el rey contaba con muchas batallas en el cuerpo y lo demostró cercenando la diestra del invasor.

—¡Ese es el castigo que se da en Tierra Amarga a quien toca a la reina sin su permiso! —gritó enajenado.

Los mercenarios que llegaron para apoyar a su compañero de armas no contaban con la cólera de Tulio y su espada iracunda. Decapitó al primero de los asesinos, al segundo le rebanó la garganta y al tercero le sacó todos los dientes a punta de golpes con el guardamano de su sable. Levantó a Felicia del brazo y se dirigieron a la casona real para guarecerse, pero no alcanzaron a dar ni cinco pasos cuando fueron rodeados por un grupo de alabarderos, todos apuntándoles con el filo de sus lanzas.

—Abandonad el combate, Hojaltiva. Tierra Amarga ya no os pertenece.

Santiago de Monteáguila maniobraba su sable con gracia. Daba pequeños pasos cruzando elegantemente la pierna izquierda por delante de la derecha y viceversa. Medía a Calisto y hacía caso omiso al combate generalizado que lo rodeaba, hacía caso omiso a los gritos de terror de cuando se avecina la muerte, hacía caso omiso a la sangre ajena que le salpicaba y manchaba su chaquetilla de seda dorada. Para él no existía la batalla a su alrededor, solo existía un enemigo: el conde Calisto Fuenteamplia.

—¿Qué esperáis para atacar, Santiago?

—Tranquilo, don Calisto, que voy a asesinaros, solo estoy decidiendo cómo hacerlo.

—¡La puta que os parió! —El conde Calisto se abalanzó con una estocada frontal.

Santiago la esquivó con un salto felino y contraatacó con un corte que dejó un hilillo de sangre en el hombro izquierdo de su calvo rival.

Ambos se pusieron en guardia.

—Un lance de suerte —se quejó Calisto.

—Ya os gustaría eso, mas debo reconocer que no fue mi pericia con la espada, sino vuestra incompetencia con la suya.

—Jódase.

—Nunca pensé que vuestro lenguaje fuera tan soez, conde Calisto.

Santiago atacó con movimientos similares a un baile de la corte, subiendo suavemente el sable y dejándolo caer con firmeza. Más que pelear, parecía que estaba escribiendo poesía con la hoja de

su espada y por tinta usaba la sangre de su enemigo. Calisto apenas se sostenía en pie, estaba empapado en sudor y cada corte que recibía le restaba fuerzas.

—¿Cómo podéis pelear así de bien, jodido petimetre?

—Os responderé vuestra interrogante, conde, si es que os puedo seguir llamando con dicho título luego de tamaña traición. —Comenzó a atacarlo con veloces estocadas que Calisto apenas podía ver—. Como sabéis, mi familia, pese a su ralea, nunca ha sido respetada. Al no tener tanto dinero como vuestra merced, el renombre lo conseguimos a punta de espada. Mi bisabuelo participó en las rencillas de Tordezuelas y mi abuelo fue veterano de Histolia, Mar Pardo y Puente Viejo. —Le rajó la camisa de un tajo lateral. Calisto retrocedió asustado—. Mi padre no se quedó atrás, integrando los tercios que combatieron en la frontera de Zierrartera. Cuando colgó la espada, me instruyó en el arte del acero, tal como con él lo hicieron mis antepasados. ¿Y os digo algo, conde? —Le tajeó el muslo derecho con tal profundidad que Calisto gritó de dolor y empezó a cojear—. Hombres como vuestra merced siempre iban a nuestras tierras para desprestigiarnos y acusarnos de falsa nobleza, por lo que mi instrucción en la esgrima no solo fue teórica, sino que también fue práctica. —Lo hirió en un hombro—. No sabéis cuánto deseaba batirme a duelo contra vuestro sable, un sable altanero, orgulloso, petulante. Para mi pesar, me doy cuenta de que la vuestra no es más que una hoja ricachona, engalanada en joyas y que nada sabe de reyertas, una espada ornamental. Mejor envainad vuestro acero, rendíos y acabad con esta vergüenza.

—¡La envainaré en vuestro poco noble culo! —Calisto chilló con ira.

—Qué mal hablado, conde. Basta ya de palabras, basta ya de bromas. Lo que habéis hecho aquí no tiene perdón de la Señora, y yo, como fiel creyente de La Palabra, ejerceré el castigo que merecéis. —Santiago se puso en guardia con la espada vertical apuntando a los cielos—. ¡Que la Señora se apiade de vuestra alma!

Tan rápido fue el movimiento de Santiago que la única reacción de Calisto fue retroceder y dejarse caer al piso. Aquel

desprolijo movimiento le salvó la vida, pero un frío sudor le recorrió el espinazo cuando vio que la punta de la hoja igualmente le había atravesado el jubón, mas no alcanzó a hundirse lo suficiente para que la herida fuera letal, aun así, la sangre manaba a chorros de su barriga. Sintió un repentino calor en la entrepierna y un vacío en las tripas.

—¡A mí! ¡A mí! —Calisto gritó de terror, pálido como la nieve.

Los mercenarios se agruparon en torno al traicionero conde, resguardándolo del letal acero de Santiago de Monteáguila.

—Estáis perdido, condecillo. Tulio Hojaltiva ha sido capturado. Tierra Amarga ya no tiene rey —le entregó las malas nuevas el capitán del tercio de Altamiria, un garañón barbudo de mediana estatura envuelto en una coraza de acero—. Tu rey ha sido encerrado en su propio calabozo, vigilado por decenas de nuestros hombres. Mirad a tu alrededor, Santiago, ya casi no te quedan soldados.

El maestre Bastián llegó en el momento justo para equilibrar el combate.

—¡Aún quedamos algunos, invasor!

—¡Mi querido maestre! Bajad la espada. Según este conquistador, Tulio ha sido apresado. —Las palabras de Santiago provocaron una risa triunfal en Calisto que aún estaba sentado en el suelo y con la mano en la barriga.

—¿Qué estáis diciendo, conde? —le reprochó Bastián— Lucharé a vuestro lado hasta el final. No podéis rendiros ahora.

—Siempre tan honorable, querido maestre. Os agradezco la bravura, mas no estamos los dos solos en esta gresca. ¡A mí! —gritó.

De los distintos frentes del combate llegaron las pocas dagas del rocío que seguían en pie, hombres y mujeres jóvenes cuyos trajes de sedas estaban teñidos de sangre. Un puñado de soldados y espadas de los caminos se sumó al disminuido grupo. En total, veintitrés dagas del rocío, poco más de cien espadachines, más el conde y el maestre de campo, encarando a todo un tercio altamirio.

No tenían ninguna posibilidad de victoria y lo sabían.

—¿Preparado, conde? —le preguntó Bastián con la ropera en alto, lista para la batalla.

Santiago de Monteáguila asintió sonriente y al grito de “¡Tierra Amarga!” se lanzó al combate. Poco y nada pudo hacer aquel corajudo grupete de leales terramargos. A pesar de que combatían con feroz elegancia, sus fuerzas comenzaron a menguar, cayendo por obra de las balas o las espadas. Los gritos de dolor y las plegarias a la Señora inundaban el aire.

—¡Maestre, debe huir!

Aprovechando un segundo de descanso que tuvo tras matar a un altamirio, el conde Santiago tomó por el cuello a Bastián y lo arrastró hacia un callejón oscuro ajeno a la batalla. Tenía los dientes ensangrentados y los ojos vidriosos. No se asemejaba en nada a aquel hermoso y hedonista noble amante del vino tinto que fuera antaño.

—¡Huya de aquí, Bastián!

—¡No lo haré! Seguiré combatiendo hasta que caigamos todos.

—Deje ya esa altiveza de soldado. Si vuestra merced escapa mantendré viva la esperanza de recuperar Tierra Amarga algún día. —Le tomó violentamente del cuello de su camisa—. Aún soy conde, maestre, me debe obediencia. Salve la vida y regrese para recuperar este reino. ¡Huya que yo os protegeré la espalda! —le suplicó—. ¡Es una orden!

Bastián se debatía entre su honor y aquel mandato. Que nadie dijera que no cumplía su trabajo. Aprovechando la algarabía del combate, escapó. Escapó con la mente puesta en recuperar el reino para Tulio Hojaltiva. Corrió tan rápido como se lo permitieron los pies y justo antes de esconderse entre los callejones volteó para dar un último vistazo al encarnizado combate que se libraba en la plaza real. Apretó su mandíbula con impotencia al ver al conde Santiago luchando sin dar tregua. Sus dagas del rocío estaban a su lado, siempre blandiendo sus floretes para proteger a su señor. Jóvenes de una lealtad y valentía impropios para este mundo. Oculto tras un muro, observó con horror cómo el avance de la marea de

conquistadores rodeó al conde, a su séquito y a los soldados hasta hacerlos desaparecer.

“¿Soy un cobarde?”, se preguntó cabizbajo. No, no era un cobarde. Había recibido una orden y daría la vida por cumplirla.

—¿A dónde vais? —le increpó un mercenario que se terció a la vuelta de una esquina. Limpiaba su espada tras asesinar a un soldado— ¡Eh, hijodalgo, a vos te hablo! Qué mala suerte toparse con mi acero. De aquí no salís vivo.

Sin decir esta boca es mía el mercenario tenía la espada de Bastián enterrada en la barriga. El maestro retomó su camino con sigilo. No podía permitirse tales demoras. Fue a su hogar a buscar a la mujer de apelmazados cabellos ceniza rogando que estuviera viva.

—¡Tranquila! —Josefina lo recibió con un puñal en el cuello.

—¡Bastián! —Lo abrazó con fuerzas—. Perdón. La batahola es tal que ya he tenido que asesinar a un gañán que intentó entrar por las malas a la casa. Pensé que eras el segundo.

—Calma, amor. Debemos movernos rápido. He recibido una nueva orden. Quizás la última. Nos vamos de Tierra Amarga.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

—Lo más lejos posible —respondió con desazón—, pero volveremos.

60
UN FANTASMA

—No escucho ningún ruido —dijo un artesano de brazos gruesos que estaba al interior de la iglesia. Apoyaba la oreja en la puerta.

—¿Habrá terminado ya? ¿Nuestros soldados habrán vencido? —preguntaba esperanzada una señora que daba pecho a su bebé.

—Si hubieran vencido escucharíamos gritos de victoria y ya estarían celebrando con nosotros —dijo con amargura una anciana de pelo cano—. Ganaron los mercenarios. Lo único que nos queda es aguardar la muerte.

Desde el altar se les acercó fray Camilo.

—No perdamos las esperanzas. Estoy seguro de que...

Violentos golpes en la puerta lo interrumpieron.

—¡Abrid! ¡Abrid en nombre de la Señora y del imperio de Altamiria! ¡Abrid o echaremos la puerta abajo a punta de arietes! —gritó una voz desde el exterior.

Con un temblor en sus manos imposible de ocultar Fray Camilo corrió los gruesos pestillos de hierro.

Un jinete montado en un imponente semental pardo y una escolta de soldados ingresaron a la iglesia. El jinete iba protegido por un peto de acero, escarcelones y un morrión cuya cimera estaba adornaba con una cresta afilada. Cabalgando junto a él iba Calisto Fuenteamplia, cubierto de vendajes en brazos, piernas, vientre y cabeza. El brazo izquierdo lo afirmaba en un cabestrillo y vestía pantalones nuevos.

—Ciudadanos de Tierra Amarga, estad tranquilos —dijo el fornido jinete—. Ya ha pasado la tormenta. La batalla ha acabado y vuestras vidas volverán a ser las mismas de antes.

—¡Ustedes trajeron la tormenta! —se adelantó a gritos el fraile.

Un conquistador le pateó la barriga y le golpeó la mandíbula con su alabarda.

—¡Guarda silencio cuando hable Silverio Martesta!

“¿Martesta?”

Desde el suelo, fray Camilo vio la mandíbula marcada, el mostacho y la barba oscuros como un pozo sin fondo, la espalda altiva, el torso erguido y aquellos ojos negros, ajenos a toda misericordia.

“Es la viva imagen de Emilio Martesta”, reconoció horrorizado.

—¿Qué ocurre, fraile, habéis visto a un fantasma? —Se le acercó Calisto con una expresión triunfal—. Os presento a Silverio Martesta, uno de los hijos de Emilio Martesta.

—¡Emilio no tenía hijos! —replicó el fraile a viva voz.

—Su majestad la reina Anabella estaba embarazada cuando nuestro amado rey fue asesinado por los nativos de Tierraíz —explicó Calisto.

—Anabella cometió suicidio. —Fray Camilo no daba crédito a las palabras del conde.

—¿Suicidio? Para nada, ese fue un cuento que echamos a correr. En estos momentos nuestra amada majestad se encuentra en el trono de Baluarte dirigiendo los destinos de su nuevo imperio.

Fray Camilo no comprendía nada. Guardaba silencio, estupefacto.

Silverio Martesta alzó la voz.

—Sois libres, terramargos. Id a vuestras casas, reúnanse con vuestras familias y comed con tranquilidad, que mañana será un nuevo día. Tierra Amarga renacerá de entre las cenizas en las que reposa —habló como un predicador.

Los refugiados marcharon en silencio, con la cabeza gacha, menos fray Camilo, que fue apresado bajo los cargos de conspiración contra el imperio.

Silverio se apeó de su montura.

—Así que este es fray Camilo Valleseco, hombre del clero, mas no de la nobleza. —Le afirmó la mandíbula con dedos tan fuertes que parecían tenazas de acero endurecido—. Llevadlo a las mazmorras y encerradlo junto al resto.

Sin finura ni delicadeza se llevaron a rastras al fraile.

El recio Silverio Martesta hizo girar su potro tirándolo fuertemente de las riendas.

—¿Algo más que deba atender con urgencia, don Calisto? ¿Algún otro traidor a mi padre que deba encarcelar?

El conde se quedó pensativo unos instantes.

—Hay alguien... —dijo dubitativamente— hay alguien que quizás merezca vuestra atención. No es un traidor a su señor padre, todo lo contrario... y está encarcelado. —Silverio alzó una ceja—. Me refiero al marqués Antoine Garraleón. Digamos que permitió, sin desearlo ni saberlo, que vuestra merced conquistara Nueva Esperanza.

—Nadie que haya realizado tal proeza merece estar prisionero, don Calisto. Llevadme ante esa alma desamparada. —Su corcel soltó un relincho estremecedor.

Cabalaron por las ruinas de Nueva Esperanza acompañados de cientos de cadáveres que yacían en la plaza y en las calles. Los mercenarios y los tercios de Silverio arrastraban los cuerpos sin respeto ni consideración por quienes en vida fueran leales soldados o valientes campesinos. El humo se alzaba todavía en las plantaciones y la gente seguía encerrada en sus casas. “¡Ya ha pasado la tormenta! ¡Ya ha pasado la tormenta!”, gritaban los hombres de Silverio al tiempo que golpeaban con violencia las puertas de los hogares, invitando a la gente a perder el miedo. “¡Ya ha pasado la tormenta!”, gritaban cuales liberadores de un reino opresor. “¡Ya ha pasado la tormenta!”, gritaban como salvadores.

“¡Ya ha pasado la tormenta!”, gritaban a sabiendas que ellos eran los verdaderos demonios.

Silverio Martesta y Calisto Fuenteamplia bajaron por los oscuros escalones que daban al primer nivel de los calabozos. Allí yacía el gordo marqués, con ojeras, manos temblorosas y el rostro demacrado, agazapado en la oscuridad de una celda mohosa que hedía a humedad, heces y orina.

Se sorprendió al ver al conde Calisto. Se puso en pie sujetando los barrotes con sus manos.

—¿Qué ha sido todo ese alboroto, conde? —preguntó alterado—. Vi que unos hombres traían prisionero a Tulio Hojaltiva y lo dejaron en las mazmorras. También cargaban a la reina Felicia y al conde Santiago. ¿Qué está sucediendo?

Se quedó de una pieza cuando vio a Silverio. El parecido con Emilio era tan impresionante que se alejó como si hubiera visto un fantasma.

—Os debo una disculpa, don Antoine —dijo Calisto. El rostro del marqués era de un blanco verdoso—. Por favor, sentaos. Os presento a Silverio Martesta, hijo de Emilio Martesta.

—Hijo de... hijo de... —No le salían las palabras. Balbuceaba cual niño. Llevó su mano al pecho e hizo una profunda reverencia.

—Levantaos, marqués, y escuchad al conde. Tiene mucho que contaros —ordenó Silverio con su voz llena de poder.

—Don Silverio Martesta ha llegado para gobernar Tierra Amarga —continuó Calisto—. Y yo he propiciado todo para que eso sucediera.

—Pero... pero vuestra merced rechazó ayudarme cuando os pedí colaboración. —Antoine no comprendía en absoluto lo que estaba sucediendo.

—Vuestros planes eran sumamente individualistas, marqués. Su móvil para derrocar a Tulio era regresar a Fontarragués. En cambio, mis planes consistían en imponer un nuevo orden tanto en Altamiria como en Tierraí. Sin embargo, igualmente iba a ayudaros, pues convenía a mis propios intereses el que Tulio cayera. Lamentablemente, en la madrugada de nuestra reunión escuché un

golpe en la ventana que me alertó que alguien podría estar espiando nuestra conversación. Por eso opté por engañaros. Sabía que nada malo os ocurriría si os atrapaban. Tulio es un buen hombre. —El marqués escuchaba perplejo—. Me disculpo también por la pequeña herida que os dejó mi guardaespaldas, pero la actuación debía ser lo más creíble posible. Cuando la sabia Acacia os acusó de traición al día siguiente, me di cuenta de que había tenido razón aquella noche. De alguna manera ella espió nuestra... reunión de negocios.

Sacó unas llaves que tenía en el bolsillo.

—Desde este momento, y con la venia de Silverio Martesta, revoco la orden de Tulio Hojaltiva. Estáis libre, marqués. —Abrió la celda.

Antoine Garraleón se quedó en su sitio, pensando.

—No fue Tulio quien me puso en esta celda, ¿fue usted, señor conde! Yo no conocía a esos mercenarios. Los míos andaban por la ciudad disimuladamente, tanto así que ninguno fue tomado prisionero. Conozco sus caras hace años, pues hace años que venía planeando mi escape. Estoy seguro de que fue vuestra merced quien pagó a esos hombres para que dijeran mi nombre en el juicio.

Calisto guardó silencio. Le mantuvo fija la mirada al marqués, cuya papada temblaba de miedo al ver esos ojos inexpresivos.

—Por mi parte también contraté a muchos mercenarios de Altamiria y todos ellos tenían la estricta orden de quedarse en los alrededores de Lobera y asesinar a todo aquel que los viera —respondió Calisto—. Cuando Bastián nos informó en el consejo que había visto mercenarios en la capital, supe que alguien más estaba haciendo planes por cuenta propia. No me costó ni dos botellas de vino averiguar que usted los había contratado. Vuestros mercenarios son míos hace meses, marqués. Aprovechando esto, ordené a un puñado de mis mercenarios de la Cruz de la Beligerancia que se mostraran por el reino para que todo calzara según mis planes. Incluso la muerte de dos de ellos fue planeada, por supuesto, ellos no lo sabían —sonrió—. Quería que quedara explícito que había mercenarios de esa nefasta compañía, y quería que toda la culpa

recayera sobre vuestra merced. Como ya habíais contratado mercenarios, sería fácil inculparlo, pues sabía que, tarde o temprano, alguien os escucharía alardear de vuestro plan, tal como ocurrió. De hecho, mis mercenarios tenían órdenes de dejarse capturar y culparos cuando llegara el momento. Los otros mercenarios que siguieron libres se mantuvieron ocultos hasta el Día de San Clemente de Buenacepa, momento en que salieron de sus escondites para liberar a los que se encontraban prisioneros. Un plan complejo, pero salió a pedir de boca.

Calisto invitó caballerosamente al marqués a salir de su celda.

—Por favor. Usted ya no es más un prisionero. Seguiré mi historia camino a las mazmorras.

—No sé si confiar en vuestra merced. Prefiero escuchar todo antes.

Calisto observó a Silverio, que asintió en silencio.

—Muy bien. Prosigo entonces. Tanto mis mercenarios como los, en teoría, vuestros, tenían órdenes para acusaros de traición si eran atrapados. Quise advertiros de todo esto para que vuestra merced estuviera preparada. Sin embargo, ese misterioso sonido en la ventana me impidió que dijera palabra alguna, por lo que el plan tuvo que seguir tal como lo elaboré en primera instancia... con el resultado esperado. Tulio creyó que su reino ya estaba a salvo. Bastián marchó a Colina Magra a buscar asesinos que estaban en la capital hace semanas, los que atacaron en el momento y día indicado en la carta que tan descuidadamente se le cayó a uno de mis hombres —dijo con ironía—. Incluso mi desinteresado viaje a Lobera para pagar los barcos estaba planeado. Y, aunque vuestra merced no lo crea, os dejé en el lugar más seguro: la prisión, pues nadie atacaría a un simple cautivo.

El marqués no dijo palabra. Se mostró más comprensivo que cualquier otro hombre que hubiera sido traicionado e inculpado. La presencia de Silverio era lo que lo mantenía en ese estado de sumisión.

—¿En verdad sois hijo de su majestad? —le preguntó al final.

Silverio Martesta afirmó con un movimiento de su mentón.

—¿Cómo es posible aquello?

—Fue Calisto quien me salvó la vida cuando era un crío —respondió.

—Una vida por otra —dijo Calisto—. A todo el mundo se le hizo creer que Anabella se había suicidado, más el cuerpo que cayó al vacío desde la Torre de la Doncella Indomable no fue el de la reina Anabella, sino el de una miserable criada. Una vida insignificante comparada a la de nuestra amada Anabella, quien apenas tenía cuatro meses de embarazo. Desde entonces, los Fuenteamplia la hemos protegido a ella y a la prole que Emilio dejó antes de morir. Confabulamos con los otros reyes, todos fieles seguidores de Emilio y que se vieron afectados tras su derrota y nos apoyaron en la noble causa de restituir la sangre Martesta en el trono. Con pagos, sobornos y uno que otro envenenamiento logramos que Silverio pasara de ser un simple soldado a ser maestre de campo de Francisco de Odragón, volviendo en su contra a gran parte de sus tercios y traicionándolo en un momento clave de la guerra, lo que permitió la caída de Baluarte, la unificación de los reinos y la conformación del imperio de Altamiria, imperio que ahora rige Anabella de Martesta y que pretende expandir a Tierraí. Hoy partimos con Tierra Amarga, que pasará a ser provincia y Silverio será gobernador. Mañana serán los pueblos del sur y nos vengaremos de lo que Roble Tallofuerte y sus hombres le hicieron a nuestra amada majestad.

—¿Vuestra merced tenía planeado todo esto desde hace tantos años? —preguntó el marqués con incredulidad.

—No todo. —Se llevó la mano a la muy poco profunda herida del vientre—. Ese joputa de... —Perdió la compostura, mas supo contenerse—. Santiago de Monteáguila resultó ser más bravo y mejor espadachín de lo que había previsto. Os ruego que nos acompañéis a verlo.

La escena era penosa.

El conde Santiago yacía en el piso boca abajo, ensangrentado, con las manos y el rostro amoratados de tantos

golpes recibidos, los dorados bucles de sus cabellos eran una masa rojiza apelmazada por la sangre seca.

—¿Está muerto? —preguntó el marqués.

—No todavía. —Calisto miraba la escena con enfermiza seriedad—. Nos falta someter el condado de Campo Yermo y deseamos contar con la colaboración de Santiago. Lo aman y lo escuchan, así que lo mantendremos vivo para que convenza a su gente de que se unan a nosotros sin violencia.

—Una mera formalidad, creo yo —interrumpió Silverio—. Mañana marcharemos a Campo Yermo y lo llevaremos así, tal y como se encuentra. Si la gente se resiste a aliarse a nosotros, decapitaremos a su amado conde frente a ellos y pondremos su cabeza sobre una pica. Si eso no funciona para someterlos, pues los pasamos por la espada y ya. Imagino que con eso bastará. Siempre hay más personas que quieran trabajar en los viñedos.

—Fantástica idea, mi señor —dijo Calisto al imaginar la mollera de Santiago ensartada en una lanza—. ¿En esta misión nos acompañará vuestro hermano?

“¿Hermano?”, se sorprendió el marqués.

—No. —Los ojos de Silverio se afilaron como una daga—. Mi hermano fue a cumplir una misión más... personal.

61
REVANCHA

Junco se encontraba en lo alto de una elevación que caía abruptamente al río Furiatroz. Recogía ramas y palos secos para alimentar la hoguera que preparaban los soldados terramargos. Las iba guardando bajo su delgado brazo al tiempo que cantaba una melodía que le había enseñado su padre.

*Quiero el árbol ver
Quiero el árbol ver crecer
Ahí donde sale el sol
Ahí donde crece la flor
Ríe, niño y ¡mira bien!
El árbol muy fuerte es
Tanto como tus pies*

Lomogrís lo escuchaba con sus orejas en alto y agitando su cola. Se acompañaban en aquel atardecer.

—¿Tienes hambre? Toma. —Junco le arrojó un trozo de carne seca que le habían dado sus compañeros de viaje.

Dejó los maderos recolectados en una enorme pila sobre el césped y se sentó con los pies colgando hacia el vacío. Reuniendo valentía, se animó a mirar el río que rugía varios metros más abajo y desvió inmediatamente la vista, pálido por el miedo. Prefirió sentarse de manera más segura y recogió los pies bien lejos del barranco. Su peludo compañero se echó junto a él y le colocó el hocico sobre su muslo para echar una siesta. Junco se dedicó a reconocer y memorizar el paisaje. Para ser uno con la naturaleza,

debía conocerla, claro que todo ese territorio le era nuevo e inexplorado, por lo que no conocía los nombres de ninguna loma ni de ningún río, solo reconoció las enormes montañas nevadas que se alzaban a lo lejos en el oriente: “La cordillera de Piedrafría. El hogar del Espíritu. ¿Alguna de esas cimas será La Montaña?”, se preguntaba maravillado. Le hubiera gustado ir en el viaje junto con Cormorán, Roble y Pumagrís hacia esas cumbres, pero no era un puma. En esa época era apenas un coipo.

Se echó un piñón a la boca y siguió cantando.

*Dime río ¿Dónde vas?
Arrulla mi sueño,
dame paz
Alimenta este bosque
que anhela crecer,
alimenta a mi pueblo
que quiere creer
Por ti el verde brilla aquí,
en esta ribera vivaz
y en ella jugaré feliz
para encontrar mi paz...*

—A tu padre siempre le gustó esa canción —lo sorprendió Roble—. La cantaba tu madre para hacerte dormir mientras tu padre te mecía en sus brazos. Cuando ella marchó a la tierra de los ancestros Sauce nunca dejó de entonarla por las noches. Era la única manera que tenía para hacerte dormir. Ya hubiera una tormenta, un temporal o una agradable noche de verano, siempre cerrabas los ojos con esa canción.

—Lo recuerdo —dijo Junco acariciando la cabeza de Lomogrís—. Lo extraño.

—Todos, chico. Todos extrañamos a tu padre y en su honor limpiaremos Tierraíz de la amenaza de los espectros.

—¿Cree que los terramargos nos ayuden?

—Lo harán, muchacho. No son tan tercos como para quedarse esperando a que los espectros lleguen a su tierra y los asesinen a todos. Después de escucharnos, sabrán que es necesaria una alianza con nuestro pueblo. De otra forma será imposible ganar.

—No sé si podemos ganarles a esas cosas. Mi padre era el mejor y... —Bajó la cabeza.

—Tranquilo, muchacho, somos fuertes como el mar y firmes como la cordillera. Y tú vas por buen camino. Para tu corta edad eres un gran conocedor del territorio y de sus bestias. No cualquiera doma a un zorro. —Lomogrís alzó sus orejas, como si hubiera adivinado que hablaban de él—. Sigue por ese sendero, muchacho, y serás tan grande como tu padre. En los tiempos que corren se necesita de gente valerosa. Aunque debes aprender a ser precavido.

Junco lo miró con atención.

—Sí, Lirio y el pájaro de mal agüero me contaron que querías internarte en los bosques de Aguatrueno. —El pequeño se enrojeció, avergonzado por querer cometer tal estupidez—. No debes dejar que las emociones nublen tu juicio al punto de tu propia destrucción. Por lo general, la muerte siempre se lleva primero a los temerarios.

»Ya verás que todo saldrá bien. Con tu testimonio conseguiremos el apoyo de Tulio Hojaltiva. —Se quedó en silencio largo rato mirando la cordillera de Piedrafría—. Imagina nuestro miedo al ver centenares de barcos en nuestros mares, muchacho, todos con cañones abriendo fuego a las aldeas costeras... y, aun así, logramos vencer a Emilio Martesta y a sus Huestes del Corazón de Hierro. Y antes de eso, nuestros bisabuelos se alzaron con el triunfo en terribles batallas, como la guerra de Cuesta Alta o la Noche del Llanto de las Almas.

Junco conocía de memoria todos esos relatos. Ninguno era heroico, ninguno era poético, ninguno tenía un final feliz. Todos eran sumamente tristes, de terribles aflicciones y sufrimientos. La única lección que había aprendido de ellos era que los sobrevivientes siempre lograban seguir adelante con sus vidas, sobreponiéndose a la tristeza y a la amargura, intentando volcar en las nuevas

generaciones todo lo aprendido para impedir que sus hijos cometieran los mismos errores.

¿Eso era lo que tenía que hacer? ¿Seguir luchando? ¿Seguir adelante con su vida?

Dejó de lado tales pensamientos cuando escuchó la conversación y los pesados pasos de Asterio Siemprebravo y Darío García y Peñafiel, que ascendían por la pendiente.

—Ya hemos conseguido encender un pequeño brasero — Asterio se acomodó el chambergo y se abrigó con su capa—. Sería bueno alimentarlo con más ramas, pues esta noche hará frío —dijo y miró con preocupación los densos nubarrones que cerraban el cielo.

—Has hecho un buen trabajo recolectando todos estos maderos, Junco. Nos vendrán muy bien ¡Muchas gracias! —Darío le sonrió y se agachó para recoger parte del montón que el pequeño había reunido.

Roble puso el resto bajo sus brazos.

—Con esta cantidad estaremos bien por esta noche, no hay viento y las nubes no vienen cargadas.

—¡Vaya! Veo que ya no somo necesario —dijo Miguel Bocafloja, que venía del campamento con parte de los soldados para ayudar a cargar la leña.

—Siempre hacen falta más brazos. —Darío le entregó su montón de ramas a Miguel, quien no pudo con el peso y se le cayeron todas al suelo—. ¡Joder! Miguel, tienes brazos de mantequilla.

—¡Ha sí sin querer! —se defendió el viejo soldado.

Junco y Asterio rieron de buena gana.

—No se preocupen. —Roble se agachó para ayudarlos, pero un fuerte golpe en la cabeza le impidió levantarse.

—¿Qué carajo hace, don Darío? —gritó Asterio, desconcertado.

—¿Por qué golpeó al señor Roble? —chilló Junco. Un fuerte brazo lo rodeó por el cuello y lo arrojó hacia el filo del abismo.

—¡No te entrometas, mocoso! Esto no es contigo... todavía —le advirtió Miguel amenazándolo con su espada.

Lomogrís se abalanzó contra el soldado, pero recibió una fuerte patada en las costillas. El joven zorro se fue cojeando y llorando al lado de Junco, que estaba aterrado e inmóvil.

—¿Podéis decirme qué ocurre, carajo? —gritaba Asterio.

—¡Callad, terramargo pusilánime! —ordenó Darío a viva voz—. ¿Cómo es posible que el hijo del gran Ernesto Siemprebravo se haya convertido en un cronista cobarde y servil a Tulio Hojaltiva? Un rey que cedió su espada a esta escoria —apuntó a Roble con su pistola desenfundada—, que accedió a vivir en un territorio estéril y que tiene a sus ciudadanos en la miseria. ¡Respóndeme! —Se acercó hacia Asterio—. ¿Cómo es que el hijo del osado Ernesto se convirtió en esto? —Lo tomó del cuello y lo arrojó al lodo.

Asterio no era capaz de comprender las palabras de Darío. ¿Quién era aquel otrora amable soldado que ahora se comportaba como un desquiciado?

—¿Qué ha sucedido? —Roble poco a poco fue recobrando el conocimiento. Sangraba por la nuca.

Se levantó tambaleante y vio que estaba rodeado por los soldados de la comitiva. Todos con la espada desenvainada. A su espalda, al borde del precipicio, estaba Junco, pálido y con los ojos llenos de miedo.

—Muchacho, ¿qué ha sucedido? —Apenas dijo esto recibió un golpe en su mandíbula.

—El gran Roble Tallofuerte. —Darío hizo una mueca de desagrado—. El benevolente Roble. El hombre que nos dio la oportunidad de vivir en un sitio baldío. ¿Os gusta vuestro reino, muchachos?

“¡No, es un asco!” “¡La muerte hecha tierra!”, respondieron a coro los espadachines mientras escupían y pateaban a Roble que yacía en la hierba.

Asterio se interpuso entre los soldados y Roble.

—¡Basta! Él nos dio exactamente lo que Tulio pidió para no regresar a Altamiria —dijo en su defensa—. Fue Emilio Martesta el que devastó ese territorio fértil. Fue Emilio el que, en su infinita

codicia, quemó la tierra y la llenó de sal para dañar a los nativos. Fue Emilio el traicionero, Emilio el infame, Emilio el...

—Una palabra más y será la última que diga, don Asterio. —Darío le puso la pistola en medio de los ojos—. Nadie habla mal de mi padre y vive para contarlo.

—¿Vuestro... vuestro padre?

Darío le soltó una expresión maliciosa sin quitarle la pistola de la cabeza.

—Ahora quitaos de en medio, don Asterio, que tengo planes para este animal. —Golpeó al cronista con la culata de su pistola.

Roble se levantó apenas, ensangrentado y magullado. Se ayudaba con su lanza.

—¿El hijo de Emilio Martesta?

—Mi nombre es Darío Martesta —respondió el espadachín—. Y hoy, en nombre de mi padre y de todos los grandes hombres que cayeron ante ti, cobraré venganza.

—¿Grandes hombres? ¿Llamas grandeza a asesinar impunemente a gente inocente, a niños, terramargo traidor? ¡Teníamos un pacto! —Roble desbordaba ira en cada una de sus palabras.

—Mi padre no lo firmó y yo tampoco. Lo firmaron ustedes con los cobardes aristócratas de Altamiria y ese gallina de Tulio Hojaltiva, un simple escudero con aspiraciones reales.

—Tulio se enterará de esto —advirtió Asterio.

—A estas horas Tulio ya debe haber sido derrocado —dijo Darío y los soldados rieron burlonamente—. Un nuevo orden rige en Tierra Amarga y en ese orden no entran vosotros. ¡Maten a Roble!

En menos de cinco segundos los tres soldados que se arrojaron contra Roble cayeron muertos con heridas en la garganta, vientre y corazón. Roble estaba de pie y de la punta de su lanza goteaba sangre espesa.

—Tus hombres son débiles, Martesta. Si apenas pueden luchar contra un viejo herido como yo, imagina lo que pasará cuando se enfrenten a los espectros. Todos ustedes morirán. Esta venganza

tuya no tiene sentido, muchacho. Es la alianza y no la discordia la que nos permitirá vencer a esas bestias, tú mismo lo dijiste.

Los soldados se miraron con miedo. Recordaron el siniestro susurro en el bosque, los ojos que los acosaban y la muerte de su camarada. Roble tenía razón, ¿qué podrían hacer ellos contra esa maldad?

Darío se enfureció.

—Esos seres no tendrán oportunidad contra el poderío que viene desde Altamiria: cañones, pólvora, fuego y miles de hombres. —enumeraba con locura—. Y tampoco tendrán oportunidad contra mi cólera por haberme arrebatado la oportunidad de asesinar a Sauce Briznasol con mis propias manos. Sí, siempre quise matar al guerrero que venció a mi padre. Lástima que ya esté muerto. Al menos... al menos tendré el placer de liquidar a su hijo.

A un gesto de su cabeza, un soldado cortó de lado a lado el pecho de Junco y de una fuerte patada lo arrojó al río.

—¡JUNCOOOOOO! —Los ojos enrojecidos de Roble no daban crédito al horror que estaba viendo. Aquellos traidores habían asesinado a un niño, al hijo de su mejor amigo.

Corrió al borde del abismo, pero ya era demasiado tarde, el cuerpo del pequeño había desaparecido en las torrentosas aguas. Apretó su lanza con fuerza en un vano intento de ahogar las lágrimas.

—¡TERRAMARGOS TRAIADORES!

Gritó y se arrojó temerariamente hacia el asesino de Junco. Un estruendo frenó su acometida. Sintió un ardor en su muslo derecho y cayó con una rodilla sobre la hierba.

Darío Martesta cargaba una pistola humeante en su mano y caminó hacia Roble con una expresión macabra. Roble notó la semejanza de sus ojos con los de su padre Emilio. Se levantó a duras penas, respirando agitado, el muslo ensangrentado.

—¡Traidor! —alcanzó a gritar cuando cayó abatido por un disparo en el hombro y otro en el vientre. Su lanza resbaló de su mano rodando por el pasto húmedo.

En el brazo sano reunió toda la fuerza que le quedaba para levantarse, mas solo consiguió ponerse de rodillas y alzar la vista para desafiar a Darío.

—¿Cuántas pistolas necesito para matarte? Vosotros nunca aprendéis, ¿cierto? —Darío frunció su ceño—. No, siempre queréis combatir, odiáis rendiros. Mi padre cometió un error con vuestro pueblo... os respetó demasiado por tales cualidades. Yo no cometeré la misma equivocación —dijo, desenfundó una nueva pistola de su cinto y le disparó sin piedad entre medio de los ojos.

—Lleven su cabeza a Aguatrueno —ordenó—. Que los sureños sepan que ha comenzado nuestra revancha.

“¡Revancha!” “¡Revancha!”, gritaron a coro los soldados alzando sus espadas y pistolas. “¡Revancha!”, gritaron y el eco de sus bramidos resonó por todos los rincones y bosques de Tierraáz.

La historia continuará en
El despertar de los mares. Herejía

ÍNDICE

Prólogo	
Cánticos cargados de odio y terror	4
1. Rocalga: un año después	11
2. Los guerreros de Aguatrúeno	18
3. Hacia la aldea-fuerte	24
4. Conocer el territorio	33
5. Un canto de terror	38
6. Aguatrúeno	41
7. Litre Brisaveloz	46
8. Duelo de amigos	52
9. Algo más que un puma	58
10. Cazando a una bestia	64
11. Carbón y cenizas	69
12. Tierra Amarga	72
13. El Consejo de Guerra	79
14. Pájaro de mal agüero	83
15. “Que sirva bien a su pueblo”	90
16. Espadachines y arcabuceros	94
17. Coipo	101
18. Lirio Hierbarcoíris	105
19. El inicio de un nuevo año	109
20. La Isla Oscura	114
21. Último viaje al mar	123
22. Carrera de yeguas	128
23. Canto de Pumagrís	133
24. Piratas, mercenarios y pactos rotos	139
25. Infanticida	150
26. Una conjetura, no un hecho	155

27. Relación de la travesía a Aguatrueno I	157
28. Más preguntas que respuestas	161
29. La partida	168
30. Sangrerrada	173
31. Negocio	179
32. Relación de la travesía a Aguatrueno II	180
33. Siempre hay enemigos	185
34. Cóndor Vientofuria	188
35. Los rostros de unos muertos	197
36. Un sobre con el lacre roto	204
37. Llévame	217
38. Ulte	219
39. Relación de la travesía a Aguatrueno III	227
40. A merced del frío	230
41. El salón de piedra	236
42. Relación de la travesía a Aguatrueno IV	241
43. Lomogris	246
44. Estamos juntos en esto	251
45. Relación de la travesía a Aguatrueno V	257
46. La comitiva	261
47. Un tenue farol que permite desenvainar acero	266
48. Careperro	273
49. Huiña	280
50. Relación de la travesía a Aguatrueno VI	284
51. A Tierra Amarga	292
52. Atormentada por saber demasiado	297
53. La última carta	303
54. Cien mercenarios	314
55. No tengáis miedo	318
56. Pánico	322
57. Campo de batalla	324
58. La cólera de Tulio	333
59. A vuestro lado hasta el final	335
60. Un fantasma	340
61. Revancha	348

Edmundo Molina es amante de la literatura fantástica, de la naturaleza, de la arqueología y los videojuegos. En todos estos tópicos encuentra una pequeña puerta de escape del mundo real.

